

EL ÚLTIMO GIRO

Un apasionante *thriller* sobre el mundo de la Fórmula 1.

Olivia, hija del difunto piloto Nigel Steward y Silvia Díaz, ingeniera y jefa de la escudería Astorian, siempre ha querido formar parte del mundo de la Fórmula 1, pero sin estar debajo de los focos. Es por eso que se encuentra en el avión privado del equipo como miembro del cáterin cuando Oscar Campbell, uno de los mejores ingenieros de la escudería, fallece por lo que parecen ser causas naturales.

Pero algo llama la atención de Olivia: la muerte de Óscar ha llegado en un momento demasiado conveniente para la competencia para ser casualidad.

Su colaboración con la policía y sus indagaciones pondrán en peligro no solo su anonimato, sino la confianza de todos los que la rodean y, en última instancia, su vida. En la Fórmula 1, nada es lo que parece: no solo cada piloto tiene sus propios secretos, sino también los altos cargos de la Federación.

Olivia se verá sumergida en un entramado político por la lucha del poder. ¿Logrará encontrar al asesino de Óscar y salir indemne?

Paola Boutellier Rodríguez

El último giro

ePub r1.0
Titivillus 23-05-2024

Título original: *El último giro*
Paola Boutellier Rodríguez, 2024

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A los amantes de la Fórmula 1 que nunca tuvieron
una novela de ficción donde perderse para disfrutar del paddock.

A Pancho, por la emoción en tus ojos en cada carrera,
la misma que cuando me subiste a un kart junto a ti.

A Enrique, por compartir la pasión por este deporte
tanto como para animarme a escribir sobre él. Te quiero

«Muchos creen que saber pilotar es saber volantear.
Saber pilotar es mucho más: es saber frenar.
Frenar, hijo, es todo un arte».

JUAN MANUEL FANGIO,
cinco veces campeón del mundo de Fórmula 1

Prólogo

La sed de adrenalina.

La necesidad de reaccionar de manera inminente a las situaciones que nos suponen un riesgo. De donde yo vengo, una condición completamente voluntaria.

Vivo rodeada de adictos al subidón que supone poner su vida en peligro constante.

Nunca olvidaré la primera vez que lo experimenté. El corazón aporreaba mi pecho con ferocidad y, a pesar de ello, no me importaba en absoluto.

En su momento, hubiese dado cualquier cosa por repetirlo durante el resto de mi vida. Por eso no podía culparles. Tampoco se me había pasado por la cabeza hacerlo. Aun así, cada vez que uno de los monoplazas se salía lo más mínimo del trazado, la nuca se me erizaba advirtiéndome de que algo terrible podría ocurrir.

Siempre volvía a pasar.

En eso precisamente consistían las reglas de este implacable deporte. Cuanto más te acercabas al muro, a otro monoplaza o ponías tu vida al filo de la muerte, más gritaban todos de emoción. Durante esos frenéticos segundos, todos los ojos estaban puestos en ti. Algo parecido a hienas carroñeras a la espera de un buen drama.

Quien ha estado dentro de un *paddock* sabe lo que realmente acontece dentro. Las miradas de rencor entre compañeros, los tejemanejes dentro de cada equipo, la prensa hambrienta de noticias jugosas con las que regalar a los espectadores una gota más de agua, esa que lleva años intentando mantener dentro para que el vaso no rebose y acabe en desastre.

Pero la catástrofe es inminente. Los naipes que han ido formando una voluminosa torre con una baraja ya dañada y vieja están a punto de precipitarse al vacío. Lo veo en sus sonrisas forzadas, en su lenguaje no verbal, en mi madre mientras se

enfrenta a la peor entrevista de su vida cuando le preguntan por su mejor amigo muerto.

¿Asesinado?

Aún no nos ha quedado del todo claro. Nadie nos dice nada, por el bien del espectáculo. Sin embargo, en mi fuero interno, lo sé. Es entonces cuando rememoro el momento. Las risas nerviosas por creer que lo que sucede es solo una broma, el instante en que todos en el avión nos percatamos que algo no va bien. Y sus ojos, cerrados con la paz que solo la muerte sabe ofrecer. Inmóviles. La vida se había escapado de su cuerpo para corromperlo con una imagen atroz en su semblante.

Suspiro en cuanto el escalofrío termina de recorrerme la nuca. Ahora nadie saluda sin pensar previamente con descaro si está junto a un traidor; o peor, junto a un asesino. Intento pasear por el *paddock* mientras mi pelo suelto se enreda a causa del viento que hoy atiza con más fuerza atrayendo a unos nubarrones temibles. Me concentro en analizar a cada persona que, para mi desgracia, creía que era como de mi propia familia. Y, sin embargo, me es fácil, porque se me da fenomenal pasar desapercibida para todos. No soy piloto ni ingeniera ni mecánica. Ni siquiera pertenezco a la prensa. Y eso es lo que más me tranquiliza.

Solo soy una más del *catering* que intenta no tropezar al mismo tiempo que hace su trabajo de la forma más discreta posible.

Comienzo a comprender que mis amigos no están a salvo, que cada equipo sacará sus mejores armas, sus peores decisiones y su mediocre inteligencia.

Me paro en mitad del cartel de la escudería verde y suspiro. Me digo a mí misma por enésima vez que esto es lo que a todos les excita.

La adrenalina.

¿Y qué mejor que un asesinato para acrecentarla? La prensa se frota las manos con un nuevo fin de semana lleno de desgracia.

Niego con la cabeza. No estoy dispuesta a que mi madre y mis amigos corran con un mayor riesgo del que ya lo hacen. No me importa lo mucho que les fascine el drama, lo relevante que es para este circo el subidón de la tragedia.

Así que después de ver como mi progenitora esquiva con elegancia las preguntas más escabrosas de un periodista, sonrío con

un tic nervioso. Después de tanto tiempo negándomelo a mí misma, si pretendo arreglar esto de alguna forma y llegar hasta las profundidades y entrañas de este asesinato, es momento de entrar en escena.

Bienvenidos a mi mundo. Esto es la Fórmula 1.

Capítulo 1

Hay algunos fenómenos ocurridos en la Fórmula 1 que no mucha gente conoce. La historia favorita de Olivia es la de Armando Sánchez, un piloto que actualmente sigue compitiendo en parrilla. Encontrándose Sánchez en sus inicios en uno de los muchos Grandes Premios que disputaba a lo largo del año, iba comunicando de forma acertada los tiempos en los que se diferenciaba con su contrincante, que le perseguía insistente para conseguir arrancarle la posición. Su ingeniero no comprendía cómo conocía a la perfección los tiempos, dando con exactitud las décimas de segundos. Al principio, este desde el box pensó que había sido pura casualidad o que él mismo se lo habría comentado durante la conversación, y no se acordaba. Hasta que el piloto le confesó que lo veía por la televisión del circuito.

No le bastaba con conducir a una media de doscientos kilómetros hora, cuidar neumáticos, pensar en la estrategia y hablar por la radio, sino que, además, tenía tiempo de ver las pantallas de la propia pista mientras hacía todo lo anterior.

Una circunstancia peculiar algo más vigente fue cuando una vez un ingeniero de la escudería más famosa de todos los tiempos, Stallaro (ya sabéis, esa italiana del caballo), fue llevado al hospital después de haberse negado durante horas, a pesar de estar encogiéndose de un dolor de estómago que no cesaba. Cuando vieron que no podía aguantar más y le obligaron a ir al centro sanitario, aun en el camino iba dando instrucciones a sus pilotos para que estos pudieran mejorar sus marcas. Al final, resultó que era el apéndice, que le había explotado. Después de una operación más larga de lo habitual, el técnico, cabezón como muchos otros en este deporte, decidió que era mejor montar un box alrededor de él en su habitación de la planta de cirugía conforme se recuperaba.

Así que pidieron mesas y sillas extras, no solo para su familia de

sangre, sino para la que trabajaba con él día tras día.

¿Resultado? Funcionó: sus pilotos terminaron la carrera en mejor posición que la esperada, restando incluso algunas décimas.

Sabía que la profesión en la que trabajaba no era la más corriente, ni la más fácil; y, por supuesto, tampoco la más segura. Ella no era piloto, su misión era proporcionar la comida a la gente del *paddock*, pero, aun así, sabía de lo que hablaba. Por eso era incomprensible el hecho de que el ajetreo del aeropuerto a menudo pusiera de los nervios a Olivia. Era algo irremediable por mucho que luchara contra el ardor que le producía su estómago. Puede que fuese por las innumerables películas de aviones estrellados o secuestrados que había visto en su vida o, simple y llanamente, que no comprendía bien los ruidos que hacía un avión cuando estaba en pleno vuelo. Y, ante todo, el miedo irracional que le causaba. Igual le pasaba con la muerte. El temor por no saber qué hay después es lo que le hacía temblar al pensarlo.

Que una máquina de tal tamaño no tocara el suelo le daba la sensación de estar en el límite de lo mágico. Que algo tan pesado pudiera volar, ¿no era ya de por sí sorprendente?

Lo irónico era lo impactante que le resultaba aquello habiendo estudiado ingeniería y comprendiendo el funcionamiento del dichoso avión, pero no era capaz de controlar su terror.

Descartando los propios miedos y traumas, estaba el hecho de lo difícil que las aerolíneas ponían el paso hacia la puerta de embarque. Le resultaba ridículo y con frecuencia cómico. Hasta que recordaba que, gracias a esas medidas exhaustivas de seguridad, iba mucho más relajada en el avión, pero solo cuando se paraba a pensarlo con detenimiento mientras respiraba profundamente para relajarse. Parecía imposible que alguien pudiera meter algo de riesgo en el avión, incluyendo un gel de cuerpo que sobrepasara los cien mililitros. La breve sensación de seguridad se asemejaba a la que había tenido de pequeña desde que se encontraba en cualquiera de los circuitos de carreras. Hasta que ocurrió aquello. La calamidad convirtió su certidumbre en una pantomima, recreando así un espejismo del que no había sido consciente hasta aquel entonces. Solo tenía trece años. Así que su confianza plena en la pista concluyó mucho antes de lo previsto.

El aeropuerto estaba hasta arriba, así que poco le extrañó su

torpeza al tropezarse con un hombre y golpearle el hombro derecho. Intentó por todos los medios que una de las mochilas que cargaba en el otro brazo no cayera de manera estrepitosa, ya que provocaría un efecto dominó con el resto del equipaje.

—Lo siento muchísimo —se disculpó en un inglés marcado.

El hombre apenas la miró y sacudió una mano para quitarle importancia. A Olivia le pareció le que le resultaba familiar; sin embargo, no tuvo mucho tiempo de pensarlo. El hombre desapareció corriendo por uno de los pasillos. Ella suspiró y volvió a retomar su camino con hastío.

De cualquier manera, volviendo a su inexplicable sensación con los aeropuertos y la aviación, aquel viaje no iba a ser como cualquier otro. No iba a ir en un avión comercial como era costumbre, sino en uno privado y mucho más exclusivo, solo al alcance de unos pocos privilegiados. A pesar de que, en lo que ya le parecía otra vida, los había frecuentado a menudo, nunca llegaron a gustarle. En el presente no era distinto. Aunque había estado negándose a ello durante años, estirando todo lo posible el momento hasta que se olvidara por completo, Olivia había llegado al límite de su resistencia.

La ingeniera y jefa del equipo Astorian le había pedido que se uniera —por enésima vez— a su *catering* privado durante el transcurso entre carreras. La realidad era que la Fórmula 1 era un deporte extraordinario. Uno de esos que no te deja tener un sitio al que llamar hogar y, a la vez, de los que parece que el mundo entero te pertenece. Pasas cerca de trescientos días al año fuera del sitio al que llamas casa, pero también podías cruzar el mundo en tan solo una semana, y eso lo convertía en algo absolutamente fascinante y difícil de superar.

Olivia llevaba toda la vida así, entre aviones, hoteles, coches y más pastillas para relajarse en el avión de lo que le gustaría confesar. Y no, a pesar de todo no se había acostumbrado a los dichosos pájaros de metal. Lo suyo era la carretera. El suelo. Todo lo que pudiera controlar y manejar con cierta estabilidad. Y sí, ella ya sabía con certeza que los coches tenían más probabilidades de accidentes que los aviones, una estadística abrumadora en comparación. Si a eso le sumaba que su deporte favorito era de los más peligrosos que existían en la actualidad, el cálculo daba como

resultado una fobia totalmente carente de sentido. Irracional.

Terminó de pasar el control y se dirigió hacia la puerta de embarque del avión privado. Tomó su móvil y ojeó el apartado de noticias rápidamente. Un titular le llamó la atención. Era bastante suculento, así que tenía la esperanza de que fuera más bien un *clickbait* que otra cosa. Pero al desplegarlo y comenzar a leer, la cosa se ponía peor.

> El asesor de la escudería de la bebida energética, Zed Rush, tacha de «sudamericano» a su nuevo piloto y critica su manera de conducir.
>
> El asesor de la escudería, Elías Huber, lanzaba un ataque racista hacia su nuevo piloto, Michel Mendoza, al comparar su manera de pilotar con la de su compañero, el tres veces campeón del mundo Mark Peeters, con las siguientes declaraciones a los medios: «Es sudamericano y por eso su cabeza no está tan enfocada como la de Mark».
>
> El comentario ha dado de qué hablar en un fin de semana en el que Armando Sánchez le ha robado la victoria a los de Zed Rush.
>
> Ya en alguna ocasión se han escuchado este tipo de comentarios en labios de Barnett Wilkinson y otras figuras importantes de este deporte.
>
> Desde aquí, esperamos que la Federación y el propio equipo del mexicano emitan un comunicado o den alguna declaración sobre estos comentarios completamente fuera de lugar.

Olivia suspiró y guardó el móvil. Lo que acababa de leer le había traspasado el alma y le había revuelto las tripas. Tomó su botella de agua del bolso de viaje y su cajita con las pastillas de clonazepam que reservaba para antes de subir al avión e ingirió una. Sabía que más tarde, en pleno vuelo, agradecería la leve ensoñación que la medicación le provocaba.

La jefa de la escudería Astorian la había obligado a permanecer a su lado; Olivia no entendía la insistencia, pero decidió acatar la

orden por una vez en años. Al subir las pequeñas escaleras del avión y saludar al equipo de a bordo, suspiró profundamente en un intento de reducir su ansiedad. Se repitió muchas veces que aquellos pequeños *jets* eran mucho más seguros, que allí todos se conocían y que el personal era más cercano. Se sintió como toda una celebridad, aunque sabía bien que las verdaderas estrellas estaban al llegar. Dejó su maleta de mano en el compartimento de arriba y se sentó en uno de los enormes sillones. Tomó su móvil en las manos y empezó a deslizar la pantalla sin ninguna pretensión más que no analizar mucho lo que estaba viendo. Mientras tanto, escuchaba al equipo de a bordo, que iba de una punta a otra preparando el habitáculo. Estaban tranquilos e intercambiaban pequeñas conversaciones entre ellos.

Todo iba bien. Todo estaba en orden.

Una frase que se iría repitiendo a lo largo del vuelo.

—Perdone, señorita, ¿quiere algo mientras espera al resto de los pasajeros? —le preguntó una de las azafatas en un inglés perfecto.

Olivia negó con la cabeza y sonrió a la mujer con agradecimiento.

—Ya creía que no llegaba —sonó de repente una voz entrando al avión. La conocía demasiado bien.

—Silvia, no iban a irse sin nosotros —le reprochó una voz masculina.

Entraron así la jefa de equipo y su segundo al mando. Silvia era una mujer jovial, con apariencia de una deportista de élite a pesar de no serlo en absoluto. A su vez, Óscar era un hombre delgaducho con un aspecto genuino que denotaba más seriedad de la que realmente tenía.

Silvia puso los ojos en blanco al escucharlo y saludó a las azafatas. Mientras se iban acomodando, empezaron a entrar otros miembros del equipo: la responsable de comunicación y el responsable de estrategia.

—Perdona, ¿tú eres…? —preguntó el director de estrategia, que hasta entonces no había reparado en su presencia. Las gafas rectangulares y pequeñas le daban un aire jovial, a pesar de que empezaban a asomarle algunas canas y de que Olivia conocía su edad. Podía pasar por alguien que tuviera recién cumplidos los cuarenta cuando en realidad se acercaba más a los cincuenta.

—Es mi ayudante —repuso Óscar de inmediato—. Quiero que sea mi sombra. La chica tiene madera, Andy.

Olivia no abrió la boca y se limitó a asentir. Andy le regaló una sonrisa amable —puede que incluso por solidaridad al ver donde se metía— y continuó su charla con los otros miembros del equipo. Óscar también le sonrió mientras le daba un apretón en el brazo en señal de confianza. Gracias al cielo, ese hombre era un ángel. No quería tener que explicar el motivo de su presencia en ese avión privado.

Buscó con la mirada a Silvia y la encontró observándola por encima del hombro. Mientras tanto, el equipo comenzó a pedir champán para celebrar el nuevo éxito. Ganar la última carrera significó sacar unos pocos puntos de ventaja al que había sido el equipo campeón hasta entonces. Así que, aunque aún tenían mucho en lo que trabajar, aquello ya era una pequeña victoria. Los cinco se acomodaron en los asientos de cuero, cuatro de ellos alrededor de una mesa que los separaba en parejas, y Óscar decidió sentarse junto a Olivia, dejando los demás asientos vacíos a sus espaldas. Los dos pilotos de la escudería en ese momento no iban junto a ellos. La decisión de quedarse un par de días más era del departamento de comunicación, precisamente de una de la mujer que se había sentado junto a su madre en el avión, ya que tenían que grabar un par de anuncios de la marca de relojes que patrocinaba a la escudería. Era algo que ya se había vuelto rutinario para cualquier piloto. Intercalar las carreras con su trabajo de publicidad. Era como ser pluriempleado en un mismo lugar. Algunos pilotos amigos de Olivia parecían haber nacido para ser estrellas de la televisión, y otros sentían la imperiosa necesidad de insultar a cada una de las personas que decidían ponerlos delante de una cámara.

Sonrió ante este recuerdo. Echaba terriblemente de menos a sus amigos en aquel avión. Seguramente se le hubiese hecho todo más ameno. Siempre sabían qué decir o hacer en esas circunstancias. En ellos podía ver a verdaderos deportistas de élite: maduros a pesar de su corta edad y preparados desde pequeños para tener la templanza necesaria en cualquier situación. Sobre todo, bajo presión. Llegar ahí suponía pasar por innumerables envites. Ser piloto de prueba, suplente, ganar en cada una de las categorías correspondientes a su edad… y, a veces, ni siquiera eso era suficiente para ser uno de los

veinte afortunados que llegaban a ser profesionales en la Fórmula 1.

Pero este trabajo no dejaba mucho resquicio al ocio. Entre tanto pensamiento nostálgico, se reencontró con la mirada de Silvia. Olivia volvió a suspirar y decidió ir al pequeño baño de a bordo antes de que el avión encendiera motores. Entró en el cubículo, cerró la puerta y optó por tomarse otro clonazepam. Pensó que dos pastillas no iban a hacerle daño y le ayudarían a relajarse un poco. No deseaba que nadie la viera tomándoselas así que se la metió en la boca e intentó tragarla sin líquido alguno inclinando su cabeza hacia atrás todo lo posible. Al conseguirlo sintió cierto alivio y se topó con unos ojos que le devolvían la mirada desde el pequeño espejo del habitáculo.

La imagen que se reflejaba era la de una mujer desorientada. El pelo castaño claro con reflejos dorados le caía sobre sus hombros algo despeinado y decidió recogérselo en una coleta. Sus ojos se veían de un verde muy oscuro, prácticamente marrones. El rostro de tez oscura que contemplaba se asemejaba al de una ayudante algo estresada que no había descansado mucho la noche anterior. Era un punto a favor de Óscar; hacía aún más creíble su historia. Reflexionó por unos segundos si quedarse allí todo el viaje, hasta que recordó que no podrían despegar si no posaba su culo en el asiento y se ponía el cinturón de seguridad. «Aunque, ¿para qué diantres serviría en caso de emergencia?» Tampoco quería pensar ello.

Se decidió a salir del baño y, al hacerlo, se encontró con la cara de pocos amigos de Silvia. Al menos, esta vez no estaba cruzada de brazos mientras se encaraba a ella.

—¿No crees que es hora de dejarnos de chiquilladas? —le reprochó con severidad.

—¿A qué te refieres? —repuso Olivia, notablemente molesta pero sin perder la compostura.

—Estoy algo cansada de aparentar delante de mis compañeros. También son mis amigos, Olivia. No puedo estar toda la vida así porque a ti se te antoje.

—No entiendo porque sacas otra vez el tema. Es mi decisión, y prometiste respetarla. Papá lo entendería…

Silvia la miró con crudeza cortándola de inmediato. Sabía bien lo que su padre hubiese opinado. Tiempo atrás, cuando aún seguía

con vida, él mismo había decidido que Olivia no saliera en los medios de comunicación. Había exigido que siempre la emborronaran y que no la enfocaran las cámaras. Él era la estrella, su hija no tenía por qué pasar por ello.

—¡No seas estúpida! No sabía que duraría tanto esta tontería. Nunca te crie como una niña vaga y sin propósitos. Si tu padre supiera a lo que te dedicas serías toda una vergüenza…

La mirada de Silvia echaba fuego. De nuevo, la misma conversación de siempre. Ya ni siquiera le ofendía. La jefa de equipo había desaparecido para dejar paso a otro ser. Uno más terrorífico que la implacable dirigente de la escudería.

Una madre.

El camino por el que había optado era el de hacerla sentir como una desgraciada.

—Olivia… Te he traído aquí para que de primera mano veas en qué consiste este trabajo cada fin de semana. Estás más que cualificada para esto y estoy completamente segura de que disfrutarías mucho más que repartiendo comida —le soltó, visiblemente frustrada. Se avergonzaba de su trabajo. Silvia se frotó el entrecejo con un dedo dando la sensación de que, como siempre, Olivia era su eterno dolor de cabeza.

—Parece que no me conoces. No sigas forzándolo.

—Precisamente porque te conozco… —comenzó a decir con tono amenazante.

Alguien carraspeó a espaldas de Silvia.

—Ah, Óscar. Perdona, ¿quieres entrar? —preguntó esta señalando en dirección al cubículo del baño.

—No —respondió él con tranquilidad y casi en un susurro—. Vengo a pediros que os sentéis, será mejor que esta conversación la tengáis en tierra y sin nadie delante. Empieza a resultar incómodo.

Olivia asintió en señal de acuerdo y agradeciendo que aquello terminara. Por ahora. El siguiente asalto sería pronto, seguramente en cuanto el avión aterrizara. Se sentó en el mismo asiento y Óscar lo hizo también junto a ella. La miró con cara apenada y se aproximó hacia su oído susurrándole:

—Ya sabes que solo quiere lo mejor para ti. —Al terminar, se despegó de su oreja y le sonrió con dulzura.

Claro que lo sabía. Silvia no solo era el cerebro que había

conseguido arrebatar el primer puesto al equipo que llevaba años siendo dominante, sino que, además, y para su desgracia, también era su madre. Según su visión, el parentesco no era en absoluto una ventaja.

A pesar de estar acercándose a los treinta, se sentía con ella en un bucle adolescente, con discusiones constantes que la disociaban de su edad y la hacían parecer menos profesional. Y lo peor es que ambas odiaban esta situación.

El único que conocía la verdad era el bueno de Óscar, que sin éxito intentaba siempre mediar entre ambas. No solo era el segundo ingeniero, sino que se había convertido en el mejor amigo de su madre durante aquellos años. Era familia. Olivia estaba eternamente agradecida por el trato que tenía con ambas. Para él, sin embargo, debía de resultar un poco frustrante que sus esfuerzos cayesen en saco roto…

En medio de esta cavilación, las azafatas habían comenzado con el protocolo de seguridad. Óscar sonrió a Olivia con afecto como si le leyera el pensamiento.

—Este fin de semana será una auténtica locura —le dijo él. Ella se quedó en silencio sin saber muy bien qué contestarle—. Espero que desde Zed Rush estén preparados… porque entre que ya no son tan competitivos y las gilipolleces que sueltan en las entrevistas… —Dejó suspendidas las palabras en al aire.

—Si lo dices por lo de Michel, en realidad eso ha ocurrido durante… —Olivia hizo una pausa para teatralizar una pose de pensar—. Siempre, ¿tal vez? No progresamos tanto como creemos y mucho menos ellos. Ese equipo tiene integrantes que… en fin. —Suspiró como si estuviera cansada de hablar siempre del mismo tema.

—No creo que alguien que se autoconvence de que lo que dice es correcto crea que debe avanzar. En todo caso, a nosotros nos beneficia de cara a la afición.

Ella no veía ningún beneficio en ello. Pero agradeció que Óscar la hiciera olvidar por unos instantes el avión. Conocía bien lo poco que le gustaba volar y le regaló un par de toquecitos discretos en la mano haciéndole notar que estaba junto a ella. Por suerte, comenzó a notar como le llegaba el sueño y su cuerpo comenzaba a sentirse pesado.

Lo que no imaginaba es que, a partir de aquel día, su miedo iba a convertirse en su peor pesadilla, una que volvería una y otra vez, a todas horas, de noche y de día, cobrándose la macabra imagen que estaba a punto de vivir. Pronto, recordaría con angustia que en esos momentos previos se había comportado como una chica caprichosa y no había valorado lo que tenía. El privilegio del que estaba rodeada.

Después de aquel día, solo le quedaría abrazarse a la familia que le quedaba y comprender que su madre no era el mayor de sus problemas. Ni por asomo.

Aquella misma tarde se originarían sus mayores terrores y, cuando mirara al pasado, no podría hacerlo sin revivir los últimos momentos que pasó junto a Óscar.

Capítulo 2

Miércoles, 24 horas después

Era junio, pero llovía torrencialmente sobre el Circuit de Catalunya. Las gotas de lluvia disimulaban las lágrimas que caían por las mejillas de Olivia, que apenas se daba cuenta de que lloraba mientras escuchaba a su madre en la rueda de prensa que la escudería había decidido ofrecer a los medios.

Todo el que se dedicaba a cubrir el motor se encontraba allí. Muchas de las caras que iba observando Olivia le eran conocidas, y no era de extrañar. Temporada tras temporada, los medios especializados de cada país mandaban a los mismos reporteros a cubrir cada gran premio y, al final, se conocían entre todos. Por un lado, eso era de agradecer. Se terminaba formando una pequeña comunidad —había tanta gente que podía considerarse una aldea, y no era un chiste—, pero esta vecindad también podía ser una oportunidad para lanzarse dardos, extender rumores y complicarle la vida al contrincante.

No obstante, ese día fue una verdadera excepción. Se permitió no solo acceso a los de siempre, sino también a un grupo reducido de medios de comunicación externos que nada tenían que ver con la Fórmula 1. Y entre todos ellos, Olivia veía a su madre, completamente rodeada. Las ojeras que ahora reflejaba su rostro eran oscuras y profundas. Eso era mucho decir de alguien que se había pasado noches en vela mirando telemetrías de coches. Olivia se quedó de brazos cruzados apoyada en la cornisa de la puerta, desde donde tenía una perspectiva amplia de todo el camión. Quizá era una sala extraña para una rueda de prensa, pero un entorno habitual para los equipos. Una especie de casa con ruedas.

En la primera línea tras los micrófonos y las cámaras se encontraba parte del equipo Astorian. Dos de los integrantes que

habían estado en el avión junto a ella, Silvia y otro hombre más que Olivia reconocía vagamente de algo, pero aún no podía recordar de qué. La consternación no dejaba paso a la lucidez.

—Gracias por asistir —comenzó a decir Silvia en inglés con una voz ronca y que luchaba por salir de lo más profundo de sus entrañas—. Ante todo, os pedimos comprensión y paciencia. Óscar Campbell era un ser muy querido en todo el *paddock*, especialmente para mí. No solo lo consideraba un amigo, sino también mi familia.

Los asistentes, que anteriormente habían estado murmurando, permanecían en absoluto silencio, escuchando y grabando. Expectantes, esperando que dijera de una vez por todas la causa de la muerte. Olivia se tomó un momento para observar las caras de cada una de las personas que se encontraban allí: había expresiones de consternación y tristeza palpables, muchas que conocían bien a Óscar, y otras que simplemente empatizaban con la situación.

—Desde la Federación se ha decidido que el fin de semana seguirá adelante, no sin hacer un tributo y correr por nuestro compañero. No hace falta decir que para nuestra escudería era alguien irremplazable y que correremos esta temporada y todas las venideras atesorando la sabiduría que nos regaló.

Olivia notó cómo las lágrimas recorrían sus mejillas. Aún le costaba mantener la compostura y no entendía cómo Silvia podía enlazar más de dos palabras con toda esa gente observando. A decir verdad, lo único que quería era ir a abrazarla. Sabía lo rota que estaba por dentro.

—Si os parece bien, pasamos a las preguntas —cortó Mila, la chica de comunicación que había viajado con ella en el avión.

Fue entonces cuando toda la sala levantó la mano. Comenzó la pequeña histeria colectiva que había estado fraguándose desde que habían entrado por la puerta. Una chica de pelo negro azabache y largo fue la elegida por Mila. Era Miriam, una periodista española.

—Sentimos mucho la pérdida del señor Campbell, y creo que todos estamos de acuerdo en que era alguien muy querido y admirado en el sector. Apreciamos mucho que pueda comparecer junto a nosotros de manera tan reciente, pero nos preguntamos todos lo mismo: ¿se sabe ya la causa de la muerte?

—Estaba claro —susurró Olivia con un resoplido bastante

sonoro en la sala.

Algunas cabezas se giraron hacia dónde se encontraba Olivia. No lo había dicho tan internamente como ella creía.

Silvia negó con la cabeza e intentó dirigir de nuevo la atención hacia el frente.

—Sería una estupidez por mi parte adelantarme a la autopsia, que se está realizando con la mayor rapidez posible y de la que esperamos obtener pronto los resultados. —El rostro de la jefa se hizo más duro y, sin titubear, miró fijamente a la periodista—. Solo puedo adelantar que ha sido traumático para los integrantes del avión. Se subió completamente sano, o eso creíamos. Estaba feliz y hacía chistes. Y, de un momento a otro, se nos fue. No nos dimos cuenta, creíamos que estaba dormido. Así que, al menos, puedo asegurarle que fue apacible.

Intentó observar la sala conforme Silvia iba hablando. Se limpiaba las lágrimas para disimular su desazón y escudriñó al jefe de equipo de Zed Rush en la otra esquina con uno de sus ingenieros. Cuchicheaban en voz baja tapándose la boca con la mano y agachando sus cabezas. Eso lo hacía de todo menos discreto. Olivia se sintió más ofendida de lo que le hubiese gustado reconocer y les echó una mirada asesina. Johnson, el jefe de equipo, no era precisamente del agrado de la mayoría del *paddock*. Era un hombre difícil, y se le reconocía por su arrogancia.

Olivia volvió a mirar hacia el frente para intentar concentrarse en lo que ocurría en la rueda de prensa. Mila y Andy, que estaba al otro lado de Silvia, tragaron saliva preocupados por el comentario que había hecho su jefa. Ya había hablado demasiado, pero no había dicho ninguna mentira. Cuando Óscar cerró los ojos, no imaginaron que nunca más volvería abrirlos. No cambió de color, ni siquiera fue una muerta aparatosa. A simple vista, parecía una muerte súbita, como la de los recién nacidos. Y eso era lo que realmente los había aterrorizado. Olivia fue consciente de lo que significaba estar viva en aquel mismo instante. No había ningún motivo más que estar vivo para morir.

Levantaron de nuevo las manos otra docena de personas. Mila volvió a dar paso al que parecía alguien de la prensa italiana. Fue cuando se percató de que la jefa de prensa estaba eligiendo a las personas que sabía que eran más benevolentes a la hora de hacer

sus preguntas. No iba a pasar desapercibido para el resto, pero mientras tanto daría algo de tranquilidad al equipo.

—Mi más sentido pésame a sus familiares y amigos. Todos teníamos un gran aprecio a Campbell —comenzó a decir con voz apenada—. ¿Cómo harán este fin de semana sin su segundo ingeniero? ¿Se verá mermada la confianza en el monoplaza?

Silvia volvió a menear la cabeza a modo de negación como había hecho con la pregunta anterior. Parecía ya un efecto reflejo de contestación.

—Tenemos ingenieros de sobra capacitados. Todos tenemos un sustituto en nuestro puesto por si alguno estuviera indispuesto u ocurriera alguna emergencia por la que no pudiéramos trabajar, como bien sabéis…

Por supuesto, esa emergencia no significaba una muerte, pero había que adaptarse a las circunstancias.

—Nuestro compañero Karl Jackson será el encargado de sustituirlo. Es nuestro tercero y está en todas las reuniones y *briefings* de equipo —aclaró Silvia, y señaló con el dedo al hombre que a Olivia le resultaba vagamente familiar. Este se incorporó un poco más en su asiento al escuchar su nombre.

—Pero Jackson acaba de llegar de Zed Rush hace tan solo dos fines de semana. ¿Se ha adaptado adecuadamente?

La pregunta vino de un periodista holandés al que no se le había dado la vez para hablar. Mila puso cara de pocos amigos, pero viendo que toda la sala lo había escuchado, Silvia respiró hondo y decidió encarar el comentario. Olivia sabía que a veces era mejor contestar de manera directa que dejarlo estar, porque sería así como comenzarían rumores no deseados.

—Por supuesto; si no, no habría sido elegido sustituto. Confiamos plenamente en sus capacidades. Son muchos años de recorrido en este deporte para Jackson.

Su mirada había pasado de la tristeza a la rabia en tan solo unas milésimas de segundos. Ahora era dura y desafiante. Jackson asintió agradeciendo las palabras de Silvia al pequeño ataque del periodista.

—Gracias por la confianza en mí, Silvia —contestó por primera vez Jackson. La voz de este despertó aún más la curiosidad de Olivia. Sabía que lo conocía y comenzaba a desesperarle no saber

de qué—. Intentaré estar a la altura del equipo. Estoy aquí para trabajar al máximo, creo en el proyecto de Astorian y por eso estoy hoy frente a ustedes. Es una auténtica desgracia que tenga que ser a consecuencia del fallecimiento de alguien tan talentoso y querido como Óscar.

Mila miró a Karl Jackson y asintió orgullosa de cómo había salido del mal trago. Eso seguramente le ahorraría trabajo a ella para limpiar de algún modo lo dañada que podría estar la imagen del nuevo integrante por llegar de una manera tan rápida e inusual a su puesto.

Inmediatamente después, un trueno se hizo eco en todo el circuito, haciendo que algunos de los presentes dieran un pequeño salto en su asiento. Las luces comenzaron a parpadear y todos se miraban con sobresaltos.

Mila aprovechó el momento de confusión y tomó el micrófono para dar por terminada la rueda de prensa e invitando a todos a marcharse con la excusa de la tormenta que se cernía y prometiendo que cuando tuvieran nueva información se la harían llegar lo más rápido posible.

Olivia se echó a un lado para dejar paso, observando así a cada integrante de la sala salir y escuchando las conversaciones que entre unos y otros iban entablando.

Buscó a su madre entre el gentío y se percató de que mantenía una charla intensa con Mila. Así que tomó su teléfono móvil y mandó un mensaje a uno de los mejores pilotos que había conocido.

Michel la esperaba en la puerta de su habitación del hotel. Había escogido una algo alejada a la de sus compañeros del *catering* y eso le otorgaba cierto margen y tranquilidad. Sin decirle una palabra, abrió la puerta con el móvil y ambos entraron. Fue entonces cuando el chico la abrazó.

—Estas hecha un flan.

—Y tú unos zorros, ¿te has duchado? —le respondió haciendo caso omiso a su saludo.

—Extrañaba tu amabilidad —espetó Michel con ironía.

Olivia no creía capaz que nadie en la faz de la tierra no supiera de la existencia de Michel Mendoza, una estrella mexicana que se alzaba en el mundo de las carreras. Su nueva escudería, la vigente ganadora hasta que Astorian le quitó el puesto el pasado fin de

semana, había apostado por él en el último momento, cuando todos pensaban que no quedaría un hueco para él en la parrilla para ese año.

Por suerte para ella, su mejor amigo había podido quedarse. Conocía a Michel desde que tenía recuerdos. Habían pilotado juntos en los karts años atrás y se habían encontrado por diversos países. Él había sido su primer amigo, su confidente y quería pensar que ella también significaba lo mismo para él. Era ese tipo de persona que, a pesar de la distancia, está siempre para ella. Es cierto que ayudaba que, conforme pasaban los años, Michel tuviera una independencia económica para poder coger un avión y plantarse donde quisiera en cuestión de horas.

—¿Dónde estabas? —preguntó ella dejando la chaqueta encima de la cama estirada y perfectamente hecha del hotel.

Michel se encogió de hombros y luego se sentó en el sillón que estaba en la esquina de la habitación. Olivia se acercó a la ventana que enseñaba cómo desde fuera llovía torrencialmente. Cerró la cortina para dar intimidad mientras su amigo seguía hablando.

—*Órale*, ¿te soy sincero? —No dejó que ella respondiera afirmativamente—. Mirando la aplicación de X. Se dividen en gente que odia el mundo y gente a la que el mundo odia.

—No sé por qué te metes ahí. No es sano.

—Mientras no me afecte —respondió él, tocándose la sien—, no hay problema. ¿Cómo está la jefa?

Así se refería su amigo a Silvia desde que le habían ofrecido el puesto en el equipo. Esta solo era su segunda temporada, y la anterior la comenzó a la mitad. Así que la gente no había podido atar cabos aún.

—No muy bien, aunque lo disimula de escándalo.

—¿Y tú?

Olivia miró a su amigo a los ojos y por un momento pensó que volvería a echarse a llorar. ¿Cómo no hacerlo? Se sentía terriblemente desconsolada.

—He tenido días mejores. Habrá que adaptarse.

—Este fin de semana será demasiado agotador. Mentalmente estamos pinches jodidos y la prensa nos va a asfixiar.

—La prensa a ti te adora. Además —añadió ella—, tú solo tienes que concentrarte en pilotar; lo demás es cosa de vuestros jefes de

prensa.

—Qué fácil lo dice la cocinera —bufó él de manera despectiva. A Olivia le molestó el comentario y le miró contrariada—. Ya me entiendes. Qué bueno que al menos nos han cancelado todas las tonterías de patrocinadores y publicidad. Una chiquita cosa que respetan.

—Aun así, las ruedas de prensa seguirán.

No era una pregunta, lo afirmaba. A pesar de ello, él asintió y Olivia suspiró. Michel odiaba todo lo que no significaba pilotar un coche. La parafernalia que envolvía toda su profesión le causaba náuseas. Y le comprendía a la perfección. Ella tampoco estaba hecha para aquello.

—Si te sirve de consuelo, yo tengo que aguantar en *catering* las tonterías de más de un ricachón de turno al que se le ha subido la fama a la cabeza.

—Eso te pasa por no mencionar de quién eres hija —le recordó—. Y eres la más inteligente de todos, porque si no también estarían siguiéndote un par de cámaras a cada sitio que vayas. O algún *paparazzi* te seguiría a cualquier reunión con amigos.

—Tú eres mi amigo.

Hizo una expresión de fastidio al escucharla. Olivia lo ignoró.

—Sí y aquí estamos, platicando en habitaciones de hoteles porque desde que entré al equipo grande eres la única que me quiere bien lejos —respondió.

¿Estaba dolido? Olivia intentó sonreír quitándole importancia. Michel solía ser así. Sarcástico, a veces un poco malhumorado, pero siempre muy humilde. Era algo que a día de hoy seguía sorprendiéndole, que a su edad y con todo lo que había logrado tuviera los pies en la tierra. Podía contar con los dedos de las manos a los corredores profesionales que se comportaban como él. Y en esa mano no estaría su compañero de equipo, al que tanto Michel como Olivia tenían cruzado.

En ese momento, toda aquella conversación le parecía absurda. Había muerto alguien a quien consideraba de su propia familia. Y delante suya tenía a otra persona a la que no quería perder por nada en el mundo.

Al instante alguien golpeó a la puerta y Olivia miró a Michel confundida. Este se levantó y fue a abrir.

—¿Os divertís sin mí? —preguntó el recién llegado.

Ella observó a ambos y puso los brazos en jarra.

—Estoy rodeada de críos.

Robert lució una plena sonrisa de galán y cerró la puerta tras de sí. Fue hacia Olivia y la abrazó con fuerza.

Esa era una de las grandes diferencias entre sus dos amigos. A Robert lo conocía de hacía menos años, aunque había llegado a su vida para quedarse y conquistar su amistad —y nada más que su amistad, por mucho que Silvia no parara de recordarle lo mucho que él hacía por ella en un intento de transmitir algo más—. La relación que tenía con este era completamente diferente a la de Michel: todo era más fácil, era cariñoso y espontáneo. Y no le habían hecho falta años de confidencias para ese tipo de lealtad que se tenían.

Robert tenía un cabello castaño por el que las grandes marcas de champú peleaban por que fuera su imagen —Olivia esperaba que su amigo jamás se quedara calvo, pues imaginaba que se quedaría traumatizado—, muy alto y con labios carnosos. Cualquiera con dos ojos podía apreciar el atractivo del chico. Por donde él pasaba todo el mundo lo veneraba. Era el piloto de moda de su generación, a pesar de no ser campeón del mundo —aún— y estaba en la escudería por excelencia de la Fórmula 1: Stallaro. Por si eso fuera poco, su padre había sido el mejor de todos. Una leyenda. Una sombra muy larga que tenía que soportar cada día que le recordaran, haciendo que su carácter, aunque afable, se volviera un tanto prepotente.

—De críos que se preocupan por ti —le reprendió al separase de ella—. ¿Qué me he perdido?

Michel volvió a sentarse en el sillón mientras contestaba a su pregunta.

—La vida de cocinera es demasiado dura —respondió burlándose.

—He visto a tu madre abajo en el vestíbulo del hotel rodeada de un grupito de policías —soltó Robert sin miramientos—. Creo que hay noticias sobre… Óscar.

A Olivia le dio un escalofrío al escuchar el nombre. Este se sentó en la cama y dio varias palmadas al colchón pidiéndole así que se sentara a su lado para proseguir con la charla. Ella obedeció y

Robert le tomó la mano.

—Me he acercado disimuladamente…

—Tú no sabes lo que es eso —cortó Olivia—. Se te ve a más de tres metros de distancia.

Robert sonrió y se llevó la mano al pelo despeinándolo hacia atrás. Michel soltó una carcajada al escucharla. Al trío no le había costado mucho tener su propia dinámica, una en la que incluso Michel sentía que podía relajar los hombros y apaciguar su mirada, algo difícil en él, que siempre estaba alerta.

—Bueno, yo creo que no se han dado cuenta, si no se hubiesen callado al acercarme —prosiguió él—. Uno de ellos le decía a tu madre que tenían que hacerle preguntas rutinarias a todos lo que estabais en el avión, pero Silvia ha pedido que, por favor, no molesten a nadie si no es estrictamente necesario… Creo que han pedido comenzar con ella y se han marchado juntos.

—Vaya, parece muy interesante…

—En serio, Olivia, escúchame —ordenó Robert. Le había cambiado el semblante.

Fue entonces cuando ella se asustó. Miró a Michel sin comprender nada y este se inclinó hacia delante para prestar atención.

—Al negarse tu madre a que hablara con el resto de los pasajeros, el que parecía el inspector le ha indicado con, déjame decirte, poca amabilidad que esa no es su decisión, precisamente. Ella, como civil, no puede determinar qué caminos sigue la investigación. Por muy jefa que sea.

—¿Otra vez van a interrogarnos? —preguntó Olivia intentando mantener la compostura.

—Eso fue justo lo que preguntó tu madre —respondió satisfecho —. No llegué a escucharlo bien, pero en la cara de Silvia hubo un convencimiento inmediato. Se la veía… preocupada.

—No manches, no entendí nada —intervino Michel.

Olivia tampoco comprendía bien hasta dónde quería llegar Robert con aquello. El silencio incómodo del muchacho solo la hizo desesperarse.

—Don Roberto de Castro —esta mención de su nombre completo la dejaba para casos en los que estaba enfadada o la sacaba de sus casillas—, ¿puede usted explicar exactamente qué es lo que quiere

decir con todo esto? Y dese prisa, que no me apetece que se pongan a buscar a dos de los pilotos más famosos y los encuentren en la habitación de una de las chicas del *catering*: creo que hablarían de más.

—Y con razón —añadió Michel con aire socarrón.

—No lo entendéis —suspiró Robert, exasperado—. Silvia estaba aterrorizada… nunca la había visto así…

Olivia abrió mucho los ojos y se levantó de un salto de la cama ante la mirada sorprendida de sus amigos. Los chicos se incorporaron de inmediato también al ver su reacción.

—Dios mío… creen que ha sido asesinado. De verdad lo creen.

¿Podía ser posible? Ella era la compañera de viaje de Óscar en el vuelo fatídico. ¿Sería la potencial sospechosa? O peor, podría ser su propia madre. Todo por lo que había luchado en su equipo se iría al traste.

Lo que al principio parecía una pesadilla para Olivia había acabado convirtiéndose en una realidad terrorífica.

Nadie tenía motivos para matar a Óscar y, a su vez, cualquiera podría haberlo hecho. Un escalofrío recorrió su cuerpo. E involuntariamente su mente se puso frenética al pensar que no podía fiarse de nadie.

Capítulo 3

¿Era real?

Por un momento, había pensado que las últimas veinticuatro horas habían sido un espejismo. España la había recibido con un cielo negro desolador que había podido observar con detalle desde la ventanilla del avión. Suspiró y su cuerpo se relajó de inmediato en cuanto las ruedas del pájaro de metal tocaron el suelo. Aun así, el descanso duró muy poco. Los gritos, sin embargo, estuvieron mucho más presentes en su cabeza después de aquello.

Olivia negó con la cabeza intentando desterrar el momento que se repetía en su mente una y otra vez mientras le ofrecía a Mila una bandeja con la comida del día.

—¿Te encuentras bien? No tienes muy buena cara… —preguntó con preocupación la muchacha.

Olivia afirmó con la cabeza mecánicamente y la responsable de prensa salió de allí conformándose con su respuesta. Todos habían estado en ese maldito avión. Nadie estaba bien en esos momentos. Así que la chica prefirió convencerse con la respuesta plácida que le había regalado.

Sin embargo, no pudo evitar la mirada recelosa que le echó a la chica antes de marcharse con su bandeja: ¿podría haber sido ella? Que alguien había podido matar a Óscar, a pesar de que nada ni nadie había dado por concluida la autopsia, seguía dándole vueltas a la cabeza. Pero lo que Robert le había revelado la había dejado paranoica.

Y es que tampoco tuvo mucho tiempo de pensar después de aquella revelación. Miró su reloj y se dio cuenta de que llegaba tarde a su puesto. El tiempo le comenzaba a parecer una extraña variable que iba cambiando según su antojo entre estático y vertiginoso.

Así que volvió sobre sus propios pasos, se cambió con rapidez y

bajó hacia cocinas. Poco después se encontraba repartiendo los menús, como un fin de semana corriente de trabajo. Se movía de forma automática, esperando que, en algún momento, apareciese su madre por algún lado. No lo hizo. Su ausencia se hizo notar durante el transcurso de las horas.

Algo llamó la atención de Olivia y la sacó de su ensoñación. Los jefes de las escuderías se habían sentado juntos para comer en los que parecía una reunión improvisada en medio de todo el mundo, y eso sí que era inusual.

—Cuando sucede eso parece que el mundo va a echar a arder —repuso Robert, que se había plantado delante de ella sin haberse dado cuenta, lo que la sorprendió y le hizo dar un pequeño sobresalto.

—Joder, qué susto. No te había visto.

—Lo que me sorprende es que me hayas escuchado.

Olivia hizo una mueca con la boca replicando la respuesta de Robert.

—Dame de comer, que estoy hambriento.

Esta se cruzó de brazos y negó con la cabeza.

—De eso nada, tú tienes tu entrenador y cocinero personal. No pienso darte nada que la bronca va para mí.

—Venga vamos, son circunstancias especiales —le reprochó, poniendo ojitos de carnero.

Olivia volvió a negarse. Ya se conocía las triquiñuelas de su amigo y no funcionaban con ella. Además, no podía apartar la mirada de la pequeña reunión improvisada que se había formado frente a ella con los jefes de equipo.

—¿Qué crees que están hablando? —le preguntó al piloto.

Este se encogió de hombros.

—Están en medio de todos. Dudo que sea un secreto. Estarán compartiendo opiniones respecto al fin de semana, eso es lo que tengo entendido.

Olivia vio como Johnson —el jefe de escudería de su amigo Michel— estaba algo enzarzado.

—¿Qué le pasa a don Simpatía?

—Ah, eso también lo sé. —Aunque la manera repelente en la que Robert hablaba normalmente hacía divertirse a Olivia, en ese momento empezaba a sacarla de sus casillas—. Me lo ha

mencionado Michel antes. Al parecer, todos los jefes de equipo quieren cancelar el gran premio. Lo ven irrespetuoso y desconsiderado. Pero adivina quién no está dispuesto.

—Johnson… —respondió esta, y después siguió pensando en voz alta— y mi madre.

—*Voilà*. Son los dos equipos que más tienen que perder.

Olivia miró hacia su izquierda y comprobó que no hubiera nadie más detrás de Robert para ser atendido. Una vez chequeado, se quitó el delantal y salió del mostrador.

—Para mi madre es al revés: sería irrespetuoso no competir. Óscar hubiese querido que se corriera en su honor.

—Bueno, eso se llama disparidad de opiniones, las cuales todos tenemos derecho a manifestar, pero ninguno deberíamos llevarlas a cabo hasta no saber la voluntad de su familia.

Olivia lo miró con cara de pocos amigos.

—No te hagas el políticamente correcto conmigo, Robert. —La o retumbó en sus labios—. Nosotras éramos su familia, lo sabes. Tiene una hermana que no ve desde hace décadas y sus padres murieron. No tiene pareja ni hijos. ¿Quién va a pronunciarse si no somos nosotras?

—Bueno, en ese caso tu madre.

Ella chasqueó la lengua irritada y puso los ojos en blanco. Robert llevaba razón. O dejaba de ser una chica anónima o tendría que seguir en las sombras. De todas formas, eso era algo que ya se le había pasado por su cabeza. Si de verdad Óscar había muerto por causas… no naturales, entonces sería interrogada por la policía y tendría que declarar con su verdadera identidad.

—Voy a acercarme a la testosterona —anunció a su compañero señalando la mesa de los jefes de equipo.

Tomó entre las manos un trapo limpio, su delantal y se lo fue poniendo conforme se acercaba a la mesa. La de al lado acababa de ser dejada por un par de integrantes del equipo de Michel, así que aprovechó para limpiar y atinar con su oído.

—… no es normal —empezó a escuchar de uno de ellos.

—Claro que no lo es, pero en este deporte nada lo es —repuso Johnson—. Seguro que tenía callada algún tipo de enfermedad.

—A mi parecer, estaba completamente sano —intervino el jefe de la escudería roja, la de Robert, con un marcado acento italiano.

Johnson contuvo una risita sarcástica.

—Vamos, Andrea. Aquí todos guardamos cosas. Con tal de que nos dejen hacer nuestro trabajo, escondemos cualquier inconveniente entre las piedras.

Ahí Olivia tuvo que darle la razón a Johnson. Era un hombre sumamente inteligente, pero no lo soportaba ni un instante. Era un tipo arrogante, lo cual es fácil cuando tienes todo a tu favor. Desde pequeño, había sido un prodigio en el automovilismo y había conseguido elevar a su equipo a lo más alto, por encima del equipo rojo de Andrea y Robert. Los últimos años, Johnson había tenido la Fórmula 1 justo donde quería. Se decía que todos bailaban a su ritmo, que las reglas se cambiaban a su beneficio. Al menos en los últimos años.

En opinión de Olivia, aquello eran habladurías. Este deporte era demasiado grande para bailar alrededor de un hombre. Todos eran sustituibles, a veces incluso los propios pilotos. Sin embargo, el halo de grandeza y superioridad de Johnson era tan palpable que se volvía real.

—Ha sido una gran pérdida para todos. Era un hombre grande, lleno de amabilidad y, ante todo, un genio.

—Sí, supongo que sí —concluyó Johnson, con cierto hastío—. De todas formas, la afición estaría muy desilusionada si cancelamos el gran premio. No digamos de las pérdidas desorbitadas que todos obtendríamos…

¿Estaba quitándole importancia a la muerte de Óscar? Olivia apretó el trapo que sujetaba en su mano con fuerza y notó las uñas clavándosele en la mano al otro lado de la tela.

—Seguiremos hacia delante. Pero no por tu negativa a parar, Johnson.

Una voz grave se alzó entre el ruido. Al jefe de la escudería alemana se le escuchaba perfectamente desde cualquier zona. Müller imponía más que su contrincante. Él no tenía florituras. No existía el sarcasmo en su mirada ni había resquicio para el humor. El trabajo duro, la constancia y la serenidad eran lo que le caracterizaba. Le había salido bien en años anteriores, pero Johnson le quitó el campeonato hacía ya casi cuatro años consiguiendo una nueva edad dorada para la escudería y desde ahí no consiguió cambiar las tornas de nuevo. Había sido un duro golpe para Müller,

pero lo sobrellevaba cada año mejor.

—Continuaremos porque Silvia así lo ha querido y confío en su palabra. Necesitará distracción para el calvario que va a pasar. Y, por supuesto, la Federación se ha pronunciado y ha dado luz verde.

—Pues eso decía —reafirmó Johnson entre dientes—. Ya lo he comentado con Barnett Wilkinson.

—La cuestión era cuán de acuerdo estábamos con esas decisiones. Pero si no hay una decisión unánime, poco queda por hacer. Además, al parecer Jackson ha tomado las riendas con rapidez. —Olivia notó que Müller se levantaba de la silla. Miró de reojo hacia la mesa y observó cómo se iba, dejando al resto de los integrantes con las palabras en la boca.

Fue entonces cuando Olivia se descubrió tirando uno de los vasos de la mesa que estaba limpiando. En cuanto se dio cuenta de la torpeza, ya era demasiado tarde para arreglarlo. El estruendo provocado por el cristal rompiéndose por el golpe con el suelo causó que todos los jefes se dieran media vuelta para encontrarse a una Olivia que los miraba directamente a los ojos. Johnson la miró de una forma tan gélida que los vellos de sus brazos se erizaron de inmediato, como si de un peligro inminente se tratara. Le traspasó todo su ser, estudiándola sin discreción.

Olivia se tomó lo que parecía una eternidad para reaccionar, pero finalmente susurró un leve «lo siento» que no creyó que nadie hubiese escuchado más que ella misma. Se volteó dándoles la espalda y se agachó para recoger los cristales más grandes del suelo y limpiar con el trapo el poco líquido que quedaba. Fue entonces cuando escuchó concluir la conversación que estaban teniendo.

—Siempre hace igual —concluyó Johnson hastiado. No sabía si estaba respondiendo a Müller o a ella, y eso le provocó un nerviosismo en su estómago que no había sentido hasta aquel momento.

Los jefes de equipo comenzaron a levantarse de sus asientos y a dividirse entre ellos hasta despejar la zona, como si aquella conversación ya no fuese segura después de haberla descubierto allí plantada. Robert se acercó a Olivia.

—¿Has conseguido algo? Creía que la discreción era lo tuyo, pero a partir de ahora permíteme dudarlo.

Ella bufó e intentó no pensar en su metedura de pata.

—No. Lo de siempre, que Johnson es estúpido.

—Ah, ninguna novedad entonces. Mala suerte —soltó Robert—. Tengo reunión con el equipo de estrategia. Han cancelado las ruedas de prensa y los juegos.

Lo dijo con aire apenado. Robert era de los pocos en toda la parrilla que disfrutaba de las actividades que le imponía la prensa o el equipo para subir a redes. Le mantenían distraído y, además, siempre aprovechaba para sacar algún material a favor de su imagen.

Cierto era que, al ser un piloto no solo querido sino también alabado por su estirpe, era más inmune que muchos otros. Y eso enfurecía a más de uno.

—Pobrecito… se ha quedado sin su entretenimiento antes de correr a más de 300 kilómetros por hora —comentó Olivia con tono lastimero.

Entonces apareció Silvia por la puerta. Su cara era un poema y no uno de amor. Más bien uno al que habían destrozado y desamparado dejando sus letras esparcidas por todo el suelo.

Silvia hizo contacto visual con su hija y pidió que la acompañara.

Esa vez Olivia no iba a rechistar ni a oponer una pizca de resistencia.

Capítulo 4

Silvia abrió una de las puertas y la invitó a pasar. Aunque invitar era un eufemismo. Su mirada prácticamente la obligaba a pasar al habitáculo.

Aunque desde el exterior no daba la impresión de que los camiones de las escuderías fueran tan grandes, una vez dentro los pasillos podían hacerse insuperablemente largos. A Olivia, en ese exacto momento, aquella casa con ruedas le parecía no solo gigante, sino también taciturna. Deseaba salir de allí, pero sus piernas seguían por inercia los pasos de su madre, que retumbaban a cada cual más.

Este era su segundo año trabajando en el *catering* para los equipos, pero había estado bastantes más veces de las que podía recordar recorriendo aquellos camiones que terminaban siendo hogares. Desde pequeña, de la mano de su padre. Y en todas aquellas veces jamás los había tomado como un sitio oscuro y frío. Hasta ese momento. Se topó con algunas caras que reconocía del *catering*, aunque dudaba que ellos la recordaran. Apenas levantaban la vista para mucho más que para indicarle lo que querían y para regalarle un escueto «gracias». Sin embargo, al pasar al lado de Jackson, que hablaba con uno de los mecánicos casi en susurros, sus miradas se encontraron brevemente, haciendo que Olivia la apartara con rapidez y él callara de inmediato. Era de esos momentos incómodos cuando alguien te descubre observándole e intentas hacer como si nada. A Olivia le salió terriblemente mal.

—Esto no puede ser bueno —dijo, rompiendo el silencio.

—¿Cuánto tiempo va a aguantar la tontería de decir que no eres mi hija? —la increpó entonces Silvia.

—¿Me has traído aquí por el mismo tema de siempre?

Olivia no podía creer lo que acaba de escuchar. Silvia negó con

la cabeza.

—Acabo de salir de un interrogatorio largo. Van a hacerlo con todos, primero por protocolo y después cuando salga la autopsia.

—¿Creen que hay algo destacable en la autopsia? —preguntó Olivia simplemente.

—Sí —constató su madre con sequedad—. No puedes mentir a los inspectores, y yo tampoco. Les parecerá raro que los demás no supieran que eres mi hija, Olivia, ¿tan cabezota eres que no puedes verlo?

Olivia ya había imaginado en su cabeza esa posibilidad. Pero la realidad era que no quería que las cámaras la persiguieran junto a su madre o la enfocaran. Ya había vivido eso hacía años a través de su padre. Él siempre había velado por su privacidad cuando no era consciente ni de lo que eso significaba, y ella se lo agradeció eternamente. Pero su padre tenía que exponerse. Era parte del trabajo.

Olivia conocía bien a su progenitora. Para ella, era una vergüenza que su propia hija estuviera en el *catering* y no preparándose para ser ingeniera. Era demasiado insistente con que empezara como mecánica, un primer paso tras la carrera.

Al recordar esto último, el enfado volvió a su ser y la mirada que al principio le había dirigido a su madre de compasión y preocupación se tornó fría.

—Cuando llegue el momento, controlaré la situación a mi manera. —Silvia se cruzó de brazos al escucharla y comenzó a abrir la boca para replicar. Sin embargo, ella no le dejó.

En su cabeza, pensó en los mil y un insultos que podía haberle lanzado, los gritos que habrían salido de su garganta sin control.

—Y, por cierto, yo también tengo un trabajo que hacer. Así que si me lo permite… —ironizó con un tono de voz insolente, sabiendo que se acercaba fatídicamente a una quinceañera—. Que tenga buen día, señora Díaz.

Inspiró profundamente todo el aire que pudo y pensó que se merecía un buen café cargado para sobrellevar aquello.

Dio media vuelta y se obligó a no mirar atrás.

La lluvia seguía cayendo en el circuito, aunque esta vez de una manera mucho más liviana. Olivia respiró hondo y se concentró en el aire que entraba y salía de sus pulmones.

Miró su reloj. Ya habían pasado diez minutos desde la hora en que habían concertado verse. Comprobó su teléfono móvil y, al momento, un emoji con una sonrisa apareció. Fue a contestar a su remitente, pero al instante una sombra apareció delante de ella.

—No era mi intención hacerte esperar, pero he tenido que pasar por una avalancha de firmas de gorras —se excusó Robert—. Dejé de contar los selfis cuando me di cuenta de que no me daba tiempo a mirar a las cámaras. Este año está siendo una locura.

A Olivia se le escapó una sonrisa al escucharlo.

—Diez minutos no es nada.

—Para mí es un mundo, la verdad.

—No estamos en una carrera —suspiró ella poniendo los ojos en blanco.

—¿Y? —Robert lo solucionaba todo sonriendo con galantería.

Era el niño favorito de su profesión. Le había pedido verse lejos del circuito, pero en las proximidades del hotel. Una manera de esquivar las miradas indiscretas. Su amigo era portada de muchas revistas, tanto si era temporada de carreras como si no. Era imagen de marcas de lujo y estaba muy activo en redes sociales. Hacía tiempo que Olivia era consciente de que sus amigos cercanos vivían entre el glamur y el lujo. Y, por supuesto, en su mayoría eran hombres. No es que aquel deporte fuese indulgente con las mujeres precisamente, así que no podía encontrar muchas amigas. Aunque Robert criticaba el sistema firmemente, era parte del problema. Olivia no se consideraba estúpida, sabía que ella se había beneficiado de privilegios por su ascendencia. Necesitaba pensar que la diferencia entre ambos radicaba en que ella era consciente del poco margen de maniobra que existía para la mayoría de la población. Su padre se había encargado tiempo atrás de confiarle la realidad.

Era complejo verse con Robert y pasar desapercibida. Pero él tenía sus propios trucos.

—¿Alguna novedad?

—Nada fuera de lo común —dijo él encogiéndose de hombros—. Me he cruzado con Michel, estaba un pelín saturado. Johnson está muy encima de él y está bajo bastante presión.

—Entonces nada fuera de lo común, como bien dices —afirmó Olivia con una media sonrisa—. La conversación con mi madre no

ha ido bien. Parece ser que van a interrogarnos a todos, como supusiste —comentó cambiando de tema.

—Vaya… Silvia estará más simpática de lo habitual.

La ironía de Robert siempre la hacía sonreír. Este se limpió unas pocas gotas de lluvia de los cristales oscuros de las gafas de sol que llevaba.

—Me cuesta acostumbrarme que lleves eso un día así.

—El famoseo —dijo riéndose— es innato en mí. Ya se encargó mi padre de ello.

Y llevaba razón: era mejor conservarlas en público. Aunque a veces a Olivia le resultaba más discreto ir sin ellas que llevarlas cuando el día en absoluto lo requiere.

—Bueno, solo quería invitarte a tomar algo antes de que comience de verdad el fin de semana. Hace un par de años vine a un bar de por aquí y estaba muy bien. Así nos ponemos al día —le propuso Robert ofreciéndole la mano para llevarla camino a su carísimo y nada discreto coche.

Olivia lo siguió y terminaron en un bar bastante desértico. Antes de entrar, ella atisbó solo a un par de parejas de personas mayores embelesadas en su propia conversación.

—¿No crees que ya empieza a ser tarde para tomar otro café? Si ni siquiera lleva leche.

—¿Y cómo sabes que no es el primero?

Robert la miró con cara de pocos amigos.

—Tú no sobrevives el día entero sin café. Eres una adicta.

Ella asintió confirmándolo y le dio un sorbo a la taza que le habían traído.

—Yo no soy deportista de élite, puedo permitírmelo.

Robert no dijo nada más. Una de las cosas buenas de su amigo era que no insistía. Dejaba a cada uno ser y hacer a su manera, pero esta vez su semblante se ensombreció al verla ignorar su advertencia. A Olivia no le preocupó. Ya suficiente tenía con lo que estaba viviendo como para pensar en la insignificancia de tomar más de seis cafés al día.

—¿Sabes algo de tu padre? Uno de los mejores pilotos de nuestro país no debería perderse este fin de semana —atajó ella, cambiando radicalmente el tema.

Él gruñó ante la pregunta.

—No vendrá al gran premio. Está liado con su nuevo negocio. Sea cual sea.

Robert no iba admitir que lo echaba en falta, pero ella tampoco quería hacerlo. Así que, al igual que el tema de la cafeína, era mejor dejarlo estar.

Olivia pudo desahogarse con su amigo como hacía tiempo que no podía. Le vino bien, pero cuando quisieron darse cuenta ya era hora de volver al hotel: ella tenía que entrar al *catering* de la cena y él seguir entrenando, así que dieron la velada por terminada.

El simulador era el pan de cada día para los pilotos. La mayoría de las personas tienen vida social, pero ellos convivían con su simulador de pilotaje. Era su manera de practicar antes de comenzar cada campeonato. Algunos iban más que otros y, de hecho, Robert era el que menos pisaba esa sala, por eso Olivia podía verlo algo más que a Michel. Este último se esforzaba día y noche para estar a la altura de su compañero, Mark, el tres veces campeón del mundo. Pero eso, mejor contarlo más adelante.

Al finalizar el servicio de cenas y de vuelta a la habitación del hotel, Olivia se tomó un momento antes de entrar en su habitación. Le fue inevitable no girar su cabeza de un lado a otro del pasillo del hotel antes de sacar la tarjeta. Durante todo el día se había sentido observada. Incluso mientras estaba en su jornada laboral y repartía las diferentes bandejas de comida en la cena se concentraba en estudiar a cada uno de los integrantes del circuito que se acercaban. Comenzaba a ser un acto reflejo que rozaba la línea de la locura. La desconfianza en su entorno.

Ya en su habitación, decidió darse una larga ducha y, al salir con el albornoz puesto, se quedó con el pelo goteando toda el agua que aún no se había secado. No recordaba una Barcelona tan lluviosa, pero apreciaba que no hiciera un calor excesivo como años anteriores. Con las cortinas abiertas, se quedó mirando las vistas desde su cama. Aunque era inusual que los equipos grandes se quedaran en el mismo hotel, ese año tres de los cinco se encontraban allí. Por eso tanto Michel como Robert estaban a unos pisos más arriba de distancia, en unas habitaciones algo más lujosas que la suya. Las *suites* se reservaban para ellos. Aun así, no hubiese cambiado la suya por nada. La calma y la tranquilidad eran lo que más le importaba en ese instante.

Conforme las gotas de lluvia se marcaban en la ventana, comenzó a percatarse de la humedad en su cara.

Lloraba porque echaba de menos a Óscar. Porque se sentía en soledad entre tanta gente ante sus decisiones. Porque extrañaba a su padre. Y, sobre todo, lloraba por lo que había perdido e intuía que iba a perder ante el miedo que le causaba pensar que su madre llevaba razón y que, en realidad, había sido una auténtica cobarde todo ese tiempo.

A pesar de lo miserable que se sentía, no tenía ni la más remota idea de que aquello solo iba a empeorar.

Capítulo 5

15 años atrás…

Pude alcanzar su jovial mirada por detrás de mi visera. Sé que gritaba mi nombre, aunque no la escuchara. Lo hacía cada mañana al despertar, cada vez que me veía sobre un monoplaza o las noches antes de irse a dormir plácidamente.

Desde que llegó a mi vida, la percepción que tenía de esta me cambió por completo. Las cosas que realmente me importaron en su día carecieron de sentido para entonces. ¿Qué clase de cliché era este? Yo que nunca me había imaginado con un amor más grande que el que sentía por mis propias ambiciones. Y, sin embargo, no existía nada como sus abrazos, su sonrisa… No se acercaba ni de lejos lo que producía en mí a todo lo que la adrenalina de las carreras me había ofrecido un día. A veces, cuando la tenía lejos, le escribía cartas. Cartas de amor que entrañaban lo solitario que me sentía. Puede que dijeran que lo tenía todo, pero no era así. Ni por asomo.

Me lo arrebataron todo y no supe verlo hasta justo antes de la tragedia.

La miré y sonreí mientras me quitaba el casco. No podía ir para estrujarla contra mi pecho, tenía que permanecer junto a mi ingeniero para que me comentara cómo habían ido los entrenamientos y las vueltas de prueba. Me enseñó la telemetría en una tabla y me explicaba en qué punto exacto de la pista creía que podía mejorar. Sabía bien que podía hacerlo mejor. Siempre lo hacía, pero me guardaba unas décimas en el bolsillo para el final. Asentí con la cabeza mientras rescataba todos los números que había contabilizado. La realidad era que la conversación empezaba a parecerme tediosa, así que no tuve reparos en soltarle que necesitaba ir al baño e hidratarme antes de seguir.

No hacía calor. Silverstone era un circuito agradecido en temperatura. Inglaterra era benevolente en plena primavera. No es que fuesen las Islas Canarias, pero tampoco era un circuito en Austria.

Justo antes de abrir la puerta del baño, escuché mi nombre. Permanecí ahí, intentando concentrarme en el sonido. No me gustó nada lo que oí. Tampoco quería comprender lo que decían. No.

Necesitaba convencerme de que lo poco que había podido escuchar tenía que ser un error.

—¡Papá! —gritaron de repente detrás de mí.

Me giré rápido para encontrarme con Olivia, que me sonreía con orgullo. Ya tenía trece años; crecía a una velocidad desorbitada, pero seguía siendo mi pequeña.

—Lo has hecho genial; no sé por qué siguen pidiéndote que frenes antes en esa curva para salir con más tracción, ¡si le sacas al siguiente tres décimas!

Le regalé una amplia sonrisa, olvidándome así por completo de lo que había detrás de la puerta del baño. Olivia era inteligente a un nivel sobrenatural. Entendía mi profesión casi tanto como yo mismo. La experiencia en *karting* y la disciplina que llevaba desde pequeña la hacían más madura de lo que le correspondía. A todos les pasaba, pero la generación de Olivia venía pisando más fuerte. Ella corría en su categoría haciendo que pareciera fácil competir. Observo como la miran los chavales y se maldicen cuando los adelanta y termina ganando la carrera. Incluso forjando amistad con alguno, sigo escuchando la frase «una chica me adelantó». Su amigo mexicano vocifera insultos que no comprendo y mi mujer me traduce. Aunque tengo la sensación de que me los dulcifica para no crear en mí un amasijo de rencor hacia el chaval.

Por una parte, exponerla a esta vida me aterrorizaba. Sentía que le estaba arrebatando su infancia. Así que mi decisión fue imperturbable cuando comuniqué que no quería que las cámaras la enfocaran y persiguieran. Prefería que nadie la identificara: al menos, no por ahora. Quería retrasar ese momento lo máximo que me fuera posible. Estaba seguro de que algún día mi hija me lo agradecería. O no, quién sabe. Estos chicos son muy diferentes a nosotros. Pero yo quiero pensar que hice lo correcto. Por ella.

—Todos nos guardamos algo. Pero está controlado, no te

preocupes —repuse, contándole algo que ella misma ya sabía.

Fue entonces cuando la puerta del baño se abrió, me di la vuelta y me topé a pocos centímetros de mi cara con el jefe de mi escudería.

—Nigel —me dijo. Su tono era de sorpresa con un matiz de enfado, como si mi sola presencia ya le molestara—. ¿No deberías estar pilotando?

—Acabo de terminar, iba a refrescarme un poco antes de leer la telemetría.

—Claro, claro…

Detrás de él apareció otro hombre que había visto en contadas ocasiones. Era uno de los patrocinadores que querían tener en cartera. Asintió con la cabeza a modo de saludo y se fue rápidamente.

—Yo también debo irme, tenemos reunión de equipos. Si me disculpáis…

—Claro, jefe —le dije con cierto sarcasmo.

Me volví a girar para mirar a Olivia, que había presenciado la escena sin decir palabra.

—Me cae fatal. Ojalá cambien a tu jefe de equipo.

—No digas eso, Liv. Cada uno lleva la presión como puede. Y él tiene mucha.

Olivia puso cara de pocos amigos a pesar de mi argumento. Sin embargo, internamente no podía estar más de acuerdo con ella. Mi jefe de escudería era un imbécil. Intentábamos intercambiar las justas palabras, ya que la relación era de todo menos buena. Y después de lo que creí acabar de oír, no parecía que fuese a mejorar. Sin embargo, tenía un trato muy especial con mi compañero de equipo que, casualmente, era el segundo en la tabla de clasificación. Justo por detrás de mí.

—Si me permite la señorita, voy al baño.

—Mamá te espera en la sala de descanso. Sabe que no vas a volver al box.

Esa mujer me conocía mejor que yo mismo. Sonreí para mis adentros y asentí a mi hija antes de entrar al aseo. Al colocarme en el pequeño lavabo me paré unos instantes a observar mi aspecto. Estaba sudado y tenía el pelo alborotado. Ese año había cumplido treinta y tres años y empezaba a preguntarme si quería seguir

alguna temporada más. No me gustaba cómo estaban evolucionando las cosas dentro del box, ni dentro del deporte. Estaba cansado, y después de haber ganado un par de campeonatos seguidos me sentía más que realizado. Pero también me sentía presionado. Por decepcionar a mi familia, la de casa y la del equipo. Me sentía perdido, y comenzaba a notarlo en la pista.

¿Estaba deprimido? Puede. La prensa inglesa era aterradora y, para qué engañarnos, yo no era más que un títere en todo este circo. Ni siquiera tenía un papel protagonista, únicamente era la presa de un animal mucho más grande de lo que podía imaginar.

Capítulo 6

Silvia Díaz, la mujer sin piedad del paddock

La noticia ha llegado al corralito como una catástrofe. El segundo ingeniero del equipo Astorian, Óscar Campbell, ha fallecido repentinamente en el transcurso del vuelo desde Londres a Barcelona.

La jefa del equipo Astorian, Silvia Díaz, no solo era compañera sino también amiga del fallecido. Sin embargo, después de la rueda de prensa extraordinaria a los medios, ha dejado claro que la prioridad es el equipo. En un fin de semana en donde se disputan el campeonato con el actual vencedor, Zed Rush, parece que Díaz ha preferido dejar de lado el luto para conseguir la victoria.

¿Terriblemente profesional o una mujer sin piedad? Puede que, al fin y al cabo, sea el dinero el que mande y nadie sea imprescindible en una escudería.

Olivia odiaba los jueves.

Era el peor día de la semana. Los pilotos estaban con sus ingenieros recorriendo las curvas del circuito en cuestión, tenían diversas ruedas de prensa y algún que otro evento privado de sus clubs.

Hoy se centraba en los menús que tenían que preparar en cocina. Por primera vez en su vida, agradeció enormemente distraerse allí. Abstraerse del ruido exterior. Sin embargo, el fracaso fue estrepitoso. Había leído con tristeza todo lo que la prensa decía de Silvia y, por desgracia, eso se materializaba en algún que otro

cuchicheo por el circuito. Olivia resoplaba al escucharlo. Intentó hacer caso omiso a los diferentes comentarios de los compañeros de cocina, que estaban en una espiral constante, no solo por lo que decían de la jefa de equipo sino también ofreciendo diversas hipótesis de por qué Óscar Campbell había muerto. Algunos divagaban comentando que seguramente estaba enfermo, otros que simplemente la muerte llegaba, sin más. Qué elocuente.

Olivia se limitó a escuchar y a trabajar de manera automática, no pensaba abrir la boca. Tampoco es que pudiese. Nunca había sido de hablar mucho, así que a nadie le iba a resultar extraño su comportamiento. No podía parar de recordar los minutos antes de que se percatara de que Óscar ya no respiraba. Lo frío que estaba cuando tocó su mano por última vez. Por la espalda le recorrió un escalofrío inmediato.

—¿Tú qué dices, Olivia? —preguntó Ernest, uno de los compañeros más jóvenes.

—¿Sobre qué? —respondió, intentando no sonar muy borde.

—Pues sobre todo este lío… Harán algo en su honor este fin de semana, ¿no? Qué menos… ya que van a correr.

—No tengo ni idea —contestó ella encogiéndose de hombros. Y era completamente cierto. Silvia no le había comentado nada, y dudaba que fuese a hacerlo.

—Yo creo que sí, y seguro que todos empezaran a hacerse los hipócritas y poner buena cara en la prensa para quedar bien…, pero Johnson seguro que está la mar de feliz. Me lo imagino en el box con una buena copa de vino celebrando. De todas formas, seguro que Óscar Campbell no era tan perfecto como decían. Todos tienen su lado oscuro, pero cuando morimos, oye… ¡que todos somos unos santos!

Olivia lo miró sorprendida. El comentario le pareció fuera de lugar.

—No creo que nadie se alegre por el fallecimiento de una persona, por muy enemigos que sean en lo profesional —le reprochó.

Y esta vez, lo hizo con cierta rabia contenida. No le agradaba en absoluto imaginarse un escenario en el que Campbell hubiese sido asesinado. Menos aún que hubiese sido de la mano de alguien del *paddock*, por una simple enemistad de equipos. Era una ridiculez.

No. Claramente, eso estaba fuera de lugar y esperaba que a nadie se le ocurriera volver a comentar esa estupidez. Ella no era precisamente amiga de Johnson ni de nadie de su equipo, a excepción de Michel —que, por desgracia estaba dentro de la manada de lobos—. Realmente no quería creerlo, pero la paranoia aumentaba conforme pasaban las horas y parecía más que evidente que había gato encerrado. Por descontado. Decidió ahorrarse el decir nada sobre el malintencionado comentario sobre Óscar. Contuvo la ira entre sus puños y respiró hondo.

Ernest la miró con cara de no entender por qué estaba reaccionando de aquella manera. Para él seguramente sería un simple cotilleo. Para ella era como hablar de su familia. Por suerte, sí que tuvo la lucidez de captar el hecho de que quisiera terminar zanjando el tema de inmediato.

Cuando su jornada acabó al llegar la hora del almuerzo, tomó su táper y se fue hacia las mesas del interior del *paddock*. Ya no llovía como el día anterior, pero el cielo seguía muy nublado y habían pronosticado lluvia todo el fin de semana, así que optó por no arriesgarse y quedarse a resguardo. Cuando ya llevaba la mitad del táper, a su lado se sentó Mila con un suspiro.

—Qué mañana de locos… —se quejó conforme apoyaba la bandeja—. ¿Puedo?

Olivia asintió, aunque no le estaba pidiendo permiso, porque ya estaba sentada antes de esperar su respuesta.

—¿Mucho caos en el corralito?

—Ni te lo imaginas. No paran de preguntar por Óscar ¡Cómo si alguno de nosotros supiera de autopsias! Entre eso y el ánimo del equipo…

—Lo siento mucho, de veras… —le respondió Olivia con sinceridad mientras removía uno de sus brócolis de un lado a otro —. Estoy segura de que mañana al comenzar los entrenamientos libres la gente estará más pendiente a la carrera y se habrán olvidado del tema un poco.

—Me gustaría pensar que llevas razón, pero ambas sabemos que es casi imposible. —Esto último Olivia lo entendió por el contexto, ya que Mila acababa de dar un bocado a su hamburguesa—. ¿Sabes? Tengo una prima periodista en Londres, es algo mayor que yo. Freya, se llama. Su novio es inspector. Me dan unas ganas

terribles de preguntarle un par de cosas.

—No deberías. Es otorgarle más importancia y aún no sabemos mucho más de lo que hemos vivido.

Mila asintió, pero de forma muy pausada. Se quedó mirando hipnotizada su plato. Olivia sabía en lo que estaba pensando y decidió sacarla de su ensoñación.

—¿Qué tal vuestros pilotos? Armando lo está dando todo.

—¡Es una pasada! —Los ojos le brillaron de forma automática y la tristeza se disolvió de su expresión, como si lo que acababan de contar no hubiese ocurrido en absoluto—. Si este fin de semana queda de nuevo entre los tres primeros tenemos muchas posibilidades de quitarle el campeonato a Zed Rush.

—La pista beneficia a vuestro coche, hay curvas lentas, así que os va genial. Tenéis muchas posibilidades y ellos van a necesitar algo más si quieren pelear.

Mila se sorprendió al escucharla.

—¡No sabía que entendías de Fórmula 1!

Olivia maldijo para sus adentros. Sonrió con delicadeza y retomó por otro lado.

—Bueno, aquí todos escuchamos a los ingenieros, mecánicos y eso, ya sabes. Al final vamos aprendiendo.

—Ah, claro —era innegable que había aparecido cierta decepción en ella—. Es que es difícil encontrar mujeres con las que hablar del tema.

—Me pondré al día entonces —le garantizó Olivia.

Comieron con tranquilidad sus platos hasta que el móvil de Mila comenzó a sonar sin parar. Se despidió de ella bastante más relajada que al llegar, aunque seguramente le esperaba otra ronda infernal de medios.

Olivia decidió darse un paseo por el *paddock* y comprobar si podía alcanzar a escuchar alguna entrevista con alguno de los pilotos o ingenieros. Los equipos rojo y azul tenían un evento con fans esa misma tarde y a la misma hora, por lo que debía repartirse para poder pasar por los dos. Primero se dirigió a la escudería Stallaro, la de Robert. Otra ventaja que daba estar en el *staff* era poder entrar y salir de los sitios, incluso aunque tuviesen aforo completo, como era el caso aquella tarde.

Llegó al escenario con el evento ya empezado. Robert estaba con

un micrófono en mano y, a su lado, Lucas, su compañero de equipo. Era un italiano un par de años más joven que él que había sido bien recibido por el público y la escudería, pero era innegable la predilección de todo el mundo hacía Robert. Todos creían que ganaría al actual campeón, Mark, el compañero de Michel.

La cuestión era que había una posibilidad de que a Michel no le dejaran pelear por el campeonato por ser el compañero de equipo de Mark, puesto que, por norma, si uno era campeón del mundo el otro debía ser segundo piloto —que Michel no tuviera el apoyo interno que se merecía le quemaba las entrañas a Olivia ya que era más rápido que su compañero, aunque este fuera el actual vencedor —, y entonces tendría que ser Robert, que ya había ganado varias carreras, el que se impusiera en el podio. Sin embargo, la Astorian había resurgido. En la fábrica habían dado con un significativo aumento de potencia y una mejor degradación en los neumáticos, y eso ponía a Robert más abajo en la lista, por detrás de Armando y Michel.

Para sus dos amigos, aquello era frustrante, pero así eran las carreras. Entonces recordó las palabras de su padre muchos años atrás:

—Los mejores pilotos del mundo compiten entre sí. Todos vienen de ser los mejores a lo largo de su vida y cuando llegan aquí se dan cuenta de que solo uno puede ganar. Eso es frustrante, porque el noventa y nueve por ciento de las veces, no depende en absoluto de ti.

Así era como Olivia veía a sus amigos. Dependiendo de otros factores más allá de su pilotaje.

—¿Tú que piensas, Lucas? ¿Crees que este fin de semana tendréis posibilidades? —La pregunta de la presentadora la sacó de su ensoñación.

—¡Por supuesto! Mark esta vez tendrá que esforzarse algo más para ganar la carrera. Y nosotros estamos al cien por ciento.

—Os veo centrados —replicó la chica que, en ese momento, se echó su larga melena para atrás y miró a Robert con picardía—, aunque me han comentado, Robert, que por fin te has dejado ver con tu novia.

Robert fue a contestar antes de incluso escuchar a la chica, por lo que, cuando terminó de hablar, este se quedó con la boca abierta.

No entendía muy bien a qué se refería.

—No sé de qué me hablas; ojalá tuviera tiempo para mantener una relación, pero no es el caso —soltó sin dejar que el nerviosismo fluyera por su voz. Es más, Robert siguió mostrando una sonrisa de galán de película.

—Bueno, no esperaba que me lo admitieras ¡con lo reservado que eres! —El público se rio con la ocurrencia. Excepto Olivia, que estaba mirando la escena sin comprender nada. Si tuviese algún lío, Robert se lo hubiese contado, sin duda—. Bueno, esperamos verla pronto… O no, porque aquí hay muchas chicas que se sentirían decepcionadas. —Los gritos del público se hicieron más evidentes. Robert miró a la presentadora y después a los fans.

—No es el caso, pero gracias por el cariño —le soltó al público guiñando su ojo derecho.

—Es lo malo de las redes sociales, al final todo se sabe —insistió ella, hasta que se percató de la cara de Lucas, que parecía exasperarse por un tema que no le concernía—. Bueno, chicos, vamos a regalar gorras firmadas por vosotros a los fans, ¿estáis listos?

Olivia aprovechó para coger su móvil y mirar las redes sociales. Fue a Instagram y escribió el nombre «Roberto de Castro». Verificado, con su *tick* en azul. De inmediato, se dirigió hacia las fotos en las que le habían etiquetado. Y ahí estaba. Un sinfín de fotos con una chica, sentada en un bar. Robert estaba completamente expuesto y sin duda alguna se le reconocía bien. Sin embargo, la muchacha estaba casi de espaldas y apenas se le veía un poco el rostro. No iba a ser fácil de identificar. Después vio otra foto que le habían tomado aún más comprometida.

Abrió la aplicación de X, el antiguo Twitter —que Dios sabe por qué su actual dueño cambiaría el nombre a algo tan ridículo— y se metió en el apartado de tendencias. El nombre de Robert apareció con un *hashtag* al lado.

«No, no, no… ¡mierda!», pensó, y por un momento, creyó que se desmayaría.

Dio un grito ahogado y miró a Robert que, en aquel momento, la localizó y la miró sin comprender.

La chica misteriosa no lo era tanto.

Porque era ella.

Capítulo 7

No necesitó más que salir corriendo de donde estaba. Era lo único que su cuerpo le pedía. Correr sin cesar. O, al menos, permanecer alejada de Robert en ese instante. Era lo mejor para ambos. Así cabía la posibilidad de que mañana se hubiesen olvidado del tema. Además, mañana comenzaban los entrenamientos, por lo que los medios tenían otras cosas de las que ocuparse. Y, por supuesto, estaba el tema de Óscar, que eclipsaba todo lo demás. O, al menos, era lo que esperaba, por muy egoísta que sonara.

Cuando se alejó por fin, se encontró cerca de donde la escudería Zed Rush celebraba su evento, al que le quedaba poco para terminar. Necesitaba ver a su amigo, aunque fuese solo unos minutos. Era curioso que en ese equipo estuviera el campeón del mundo actual y que, sin embargo, no hubiera ni de lejos el mismo número de personas que estaban junto a Robert y Lucas. Aun así, había muchísima gente.

El evento terminó con el público español coreando el nombre de Michel —y la cara de póker de su compañero de equipo—, con quien conectaban mejor por su procedencia latina. En un deporte en el que predominaba el inglés, los hispanohablantes hacían piña.

Ver a Robert y a Michel en estas circunstancias hacía que Olivia olvidara por unos instantes el trauma con el que estaba conviviendo. El estrés del *paddock* provocaba a veces eso. Meterte en un mundo interno en donde nada más existe. Solo la carrera de ese fin de semana. Los patrocinadores, las entrevistas, la climatología y los tres primeros puestos del podio.

Esperó pacientemente y, cuando alcanzó a ver que Michel terminaba, se acercó a su lado.

—La gente te adora —le dijo ella a modo de saludo.

—Hasta que sea un chafa en una carrera, sí —respondió con cierto tono sarcástico.

—¿Estás bien?

Un fan que llevaba acreditación se acercó a ellos para hacerse una foto con Michel conforme andaban. Ella se apartó un momento para dejarle tomar el selfi y volvió con su amigo.

—No sé cómo puedes preguntármelo —respondió él mientras se alejaban del barullo.

Olivia lo miró a los ojos sin comprender nada. Michel llevaba sus clásicas gafas de sol de aviador, así que no pudo sacar nada en claro de su expresión.

—¿Me he perdido algo?

—No, está claro que me lo he perdido yo. Pero podríais habérmelo dicho, creí que podíamos contárnoslo todo. Igual pedí demasiado. —Olivia percibió en su tono de voz un vestigio de dolor.

Olivia dejó de caminar, pero Michel comenzó a andar a paso más apremiante en dirección a Johnson, quien llegó hasta él y lo rodeó por el hombro para llevárselo al box y hablarle cerca de su oído. Él no paró, ni siquiera miró hacia atrás cuando ella se quedó allí plantada y lo dejó caminar junto a su jefe. Había comprendido a la perfección que la conversación se había acabado.

La confusión que Olivia sentía era latente en su piel, las mejillas le ardían. Estaba cabreada, pero también dolida. Los sentimientos por Michel que durante tantos años había acumulado comenzaban a surgir en los momentos en que más desconcertada la dejaba. Los había estado reprimiendo por inercia. Su amistad era algo intocable, que había perdurado a lo largo de los años. De las pocas cosas que había podido mantener estables en su vida. Dejar que su corazón se disparara era lo máximo que se permitía. La actitud de Michel la hería más si lo pensaba. Por suerte, no pudo parar a reflexionarlo mucho, porque mientras se maldecía por el comportamiento de su amigo, a sus espaldas apareció Robert. Este tampoco parecía tener la menor idea de lo que estaba pasando.

—Menos mal que te encuentro. He mirado mis redes al terminar el evento y…

—Lo sé, lo he visto —cortó ella.

—Mis patrocinadores no van a estar nada contentos. Les encantaba que fuese un soltero de oro —bufó con ironía.

Olivia se volteó hacia su amigo y le devolvió una mirada de

reproche.

—Me importa una mierda la marca, la verdad. No me hace ni puñetera gracia.

Robert levantó las palmas de las manos en señal de inocencia.

—En serio, entiendo que estés irascible, y más en estos momentos. Pero este es mi trabajo, y que un patrocinador no esté contento y pueda dejarme me parece bastante más importante que tu necesidad de ser una completa desconocida —escupió, rabioso. Lo cierto era que Olivia no se había parado a reflexionar que las fotos pudieran hacer peligrar el trabajo de su amigo—. Y si quieres una estúpida solución, eso se arregla negándolo todo. Eres una compañera del *paddock*, no hay más.

—Pero ¿tú has visto la foto?

Olivia comprendía por qué la gente podía pensar que era su novia. En una de las fotos, ella estaba de espaldas casi por completo, pero él la abrazaba. Pero en la otra se podía apreciar como Robert la consolaba quitándole las lágrimas de las mejillas. Había sido solo un momento en el que se había permitido llorar por la muerte de Óscar. Uno que le costaría muy caro, al parecer.

Él suspiró y se frotó la cara intentando relajarse.

—Vamos, Liv. No pasa nada, lo arreglo por redes sociales. También tengo mis contactos, déjamelo a mí —soltó, completamente confiado—. No te preocupes por tonterías, no es el momento. Estamos todos devastados por la muerte inesperada de Campbell. Nadie puede reprocharnos eso —le dijo apoyando su enorme mano en su hombro, haciéndolo más minúsculo de lo que ya era. Intentó así relajar el tono y la tensión entre ambos. Ella giró su cabeza hacia este y suspiró.

—Pues Michel no lo ha dudado. Creo que está enfadado con nosotros.

Robert bufó.

—Está también que salta a la mínima. Demasiada presión… No se lo tengas en cuenta.

Olivia miró hacia el cielo y respiró profundo. Procuró calmarse y reflexionar sobre lo que le estaba comentando el piloto.

—¿Qué es eso de que tus patrocinadores no te quieren con novia?

Entonces Robert sonrió y su cuerpo pareció relajarse. Hasta ese

momento, Olivia no se percató de que estaba en tensión. No había sido consciente de que a él también le preocupaba la situación.

—Si yo te contara… Son tonterías de publicidad.

Ella asintió con la cabeza, dando por terminada la conversación. Si él no quería contar algo, no iba a hacerlo, y menos siendo insistente. A veces, sus temas de conversación podían resultar frívolos; más allá de la pasada velada, le costaba recordar las veces que había entablado con Robert un tema más personal y profundo, uno que realmente le afectara.

—Deberías ir al box, solo falta que te vean por aquí conmigo también.

Su amigo se despidió con la mano y se fue hacia el pequeño edificio rojo que había más adelante.

La gente pasaba de un lado hacia otro sin cesar, preparando los últimos detalles para la carrera. Algún que otro piloto pasó firmando autógrafos a los que tenían pase para entrar al corralito. Fue así como se dio cuenta de que, a lo lejos, se apreciaban pequeños rayos entre las nubes. Eran lejanos, así que no creía que fuesen a llegar. La imagen que dejaba el cielo era tan bonita como escalofriante.

Al bajar la mirada, se topó con una mujer y un hombre que la miraban mientras se acercaban a ella con paso decidido. Los dos llevaban colgado del pecho los pases de visitantes.

—¿Olivia Stewart? —preguntó la chica.

—Sí, soy yo —afirmó Olivia algo confundida.

Cuando estuvieron frente a frente, pudo fijarse en que la mujer rondaría la treintena, mientras que el hombre, que de lejos parecía un chaval, de cerca revelaba arrugas de expresión alrededor de los ojos o en la mueca al final de sus labios. Este último sacó una placa del bolsillo.

—Carles Vila, inspector de Policía. ¿Podría dedicarnos unos minutos? Llevábamos un rato buscándola. Silvia Díaz nos dijo que podría estar por aquí. Sabemos que estuvo en el avión junto a Óscar Campbell y necesitamos hacerle unas preguntas de rigor. Tengo entendido que habló con uno de mis compañeros al bajar del avión, pero nos gustaría hablar con usted de nuevo —explicó, señalando a su compañera.

Desde que había hablado con su madre, Olivia había estado

esperando ese momento. No obstante, ningún escenario en su imaginación le preparaba para un encuentro así, de repente, en mitad del circuito.

—Nos han habilitado una sala en el equipo de Astorian, ¿nos acompaña?

Ella afirmó con lentitud y se percató de que conocía esa sala muy bien. Una vez dentro, las preguntas no se hicieron esperar:

—¿De qué conocía a Óscar Campbell?

—Solo del avión.

—¿En ningún momento se dio cuenta de que había dejado de respirar? —dijo la otra inspectora, que se había presentado como Valeria Rodríguez.

Estas preguntas ya se las habían hecho al bajar del avión. «Las preguntas de rigor» que tanto mencionaban ya habían tenido lugar con anterioridad. En aquel momento, intentó hacer de tripas corazón y, con toda la valentía que sus cuerdas vocales tenían para emitir algún sonido y más de dos palabras juntas, relató los hechos que había vivido, creyendo —de manera muy ingenua— que no volvería a pasar por ello nunca más. Recordar el momento era extremadamente exigente.

—No… Di por hecho que estaba durmiendo, y yo… me puse los cascos en cuanto el avión se dispuso a despegar. No me gustan nada… Tengo… bueno, tengo aerofobia. Antes de subir al avión me tomé mis pastillas para relajarme e intenté desconectar con un audiolibro, y al poco comencé a adormilarme. Me hicieron más efecto de lo normal.

—¿Se quedó dormida? —preguntó el hombre, que sostenía una grabadora desde que había comenzado el interrogatorio. Olivia había consentido sin problemas que se grabara todo lo que respondiera—. ¿Por qué cree que tuvieron un efecto más fuerte?

—Me tomé una pastilla más de mi dosis normal. Estaba muy nerviosa y creía que sería la mejor forma de disipar el estrés.

¿Cómo no iba a hacerlo? Pensaba en las diferentes formas en que el avión podía caer en picado.

—Entiendo… ¿Vio algo raro? ¿Comieron todos lo mismo? Usted es cocinera, ¿verdad? ¿Notó algún cambio sustancial en la comida?

La pregunta le resultó, como mínimo, peculiar.

—Que yo recuerde, no comimos nada diferente. Y soy cocinera,

pero, como comprenderá, no probé los platos de cada uno. Si me disculpa, en ese momento tenía demasiado con lo que lidiar por la aerofobia… —La inspectora se había cruzado de brazos conforme la escuchaba y el hombre torció su gesto—. A su pregunta… no. No comimos nada diferente que yo recuerde. Sí bebimos cosas distintas. Cuando me desperté, ya casi al final del vuelo, bebí agua, pero creo que ellos tomaron vino, champán… Estaban de celebración. Habían ganado el último gran premio.

Los inspectores se miraron al escucharla y el hombre asintió a su compañera, dándole su beneplácito para continuar preguntando ella.

—¿Por qué nadie sabe que usted es la hija de Silvia Díaz y el conocido piloto Nigel Stewart?

Los miró estupefacta. Imaginaba que lo sabrían y que Silvia podía haberlos puesto al día. Pero, aun así, escuchar el nombre de su padre seguía doliendo como pequeños puñales clavados por todo su cuerpo.

A pesar de ello, estaba preparada para esa pregunta. Llevaba ensayándola en su mente desde ayer. No titubeó.

—Quiero labrarme mi futuro en el *paddock* de la forma más silenciosa y apacible posible. No me gustan las cámaras, desde pequeña. He visto el estrés que conlleva que hablen de ti en los medios. El no tener vida privada… Y cocinar no tiene que ver con la mecánica, pero me gusta estar aquí. Hace que esté cerca de las personas que aprecio.

—Entiendo… —replicó la inspectora—. Entonces, ahora nos gustaría saber la verdad, porque lo contrario sería mentir a la justicia. Así que le daremos otra oportunidad. ¿Qué tipo de relación mantenía con Óscar Campbell?

¿Que quién era Óscar para ella? Eso, era largo de contar.

Capítulo 8

4 años atrás…

Tenía veinticuatro años y acababa de terminar un máster en Ingeniería del Motorsport Avanzado en Inglaterra. Era julio y, a pesar del calor arrollador de Madrid, su hogar tenía un clima agradable. Vivían en las afueras, en una casa que su padre había mandado construir años atrás. Estaba algo alejada de la civilización, pero fuera de las miradas de los curiosos. Ahora, el caserón se les había quedado enorme. Ya lo era para tres personas, y cuando su padre falleció y ella decidió estudiar fuera, todavía parecía más vacía y hueca. Al terminar sus estudios, cogió sus maletas, se despidió de sus compañeros de piso y volvió en el primer avión que pudo a casa para recordar lo que era un día soleado. Por desgracia, su madre le había dicho que tenía un compromiso aquel día y no podía retrasarlo, así que nadie pudo recogerla. Cargada de maletas, llamó a un Uber al llegar al aeropuerto y puso rumbo a casa.

En el *hall* escuchó voces provenientes del comedor. Dejó sus zapatos y las llaves en el recibidor y entró con decisión. Hacía unos meses que no pisaba su casa, echaba de menos el olor a pino fresco del limpiador de suelos. Y cuando llegó al salón, apreció el humidificador con esencia a lavanda que tanto obsesionaba a su madre. Silvia estaba hablando con un hombre flacucho, con gafas y pelo rubio platino. Él estaba sentado en una de las banquetas de la isleta del comedor y ella de pie apoyada en el mármol mientras tomaba un vaso de lo que parecía agua. El invitado parecía estar sumergido en la conversación en un inglés muy fluido. Cuando su madre la vio entrar al comedor, le sonrió ampliamente cortando la conversación de inmediato.

—¡Cariño! Bienvenida a casa —dijo acercándose a su hija para

darle un abrazo—. Óscar, esta es mi hija, Olivia —la presentó, tirando del brazo de Olivia para acercarla. Óscar le tendió la mano —. Este es Óscar Campbell. Ingeniero mecánico. Lleva unos cuantos años en la Fórmula 1 y me estaba comentando un nuevo proyecto que tiene entre manos.

Su madre había estudiado mucho, al igual que ella y a diferencia de su padre, sobre ingeniera mecánica y aeroespacial. Olivia mantenía la firme idea de que era la mejor en lo suyo. Silvia había estado trabajando para la escudería Zed Rush, pero hacía unos años que lo había dejado. Por norma, le ponían más trabas que a cualquiera. Primero porque ser mujer en un deporte de hombres ricos era algo jodidamente complicado. Segundo, porque se había convertido en la viuda de un piloto consagrado. Y, a veces, las miradas de lástima o la forma en que la trataban no eran lo que ella necesitaba para trabajar. A eso se le sumaban los problemas internos. Existía algún que otro alto cargo que a Silvia no le agradaba y al que se veía obligada a soportar por ser de la Federación.

—Encantada de conocerle, señor Campbell.

—Nada de Campbell, solo Óscar. —La sonrisa del hombre era como un rayo de luz—. Recuerdo haberte visto en el *paddock* alguna que otra vez… ¿en el Gran Premio de Mónaco puede ser? Eras una cría… ¡madre de Dios! ¡Cómo has crecido, muchacha! Es difícil reconocerte. Claro que Nigel era contrario a las cámaras. Muy receloso de su intimidad… No le culpo. Se parece mucho a su padre, Silvia —concluyó volviéndose hacia la aludida.

—Sí que se parece, sí… Y no solo en el físico. También es igualita a él en carácter —comentó su madre con cierto tono de orgullo.

—Entonces esperamos grandes cosas de ti, Olivia.

No sabía si era sincero con sus palabras o simplemente era un cumplido más para agradarla. Años más tarde, no solo entendería que era lo primero, sino que Óscar jamás hablaba en vano. Todo en él era sincero, sin una pizca de hipocresía o falsedad.

Desde aquel instante supo que ese hombre venía solo con noticias buenas. Con un rayo de esperanza. Su madre había estado meses deprimida y la mera idea de pensar en lo lejos que había estado de ella mientras estaba estudiando le revolvía el estómago.

Sabía que Silvia necesitaba volver al ruedo, que estaba destinada a hacer cosas grandes.

—¿Y qué proyecto es ese, Óscar? —preguntó Olivia con ilusión.

Fue entonces cuando conoció el plan que tenían para alzarse con un nuevo equipo en la categoría reina del motor.

Consistía de, al menos, cinco años, ya que en el cuarto se había preestablecido por la Federación del automovilismo un cambio de normativa en el deporte, un pequeño cambio que les daba cierta ventaja si se ponían a trabajar ya en la fábrica y así tener listo el monoplaza para ese momento. Había una nueva y suculenta inyección de dinero porque acababa de comprar el equipo un magnate de negocios y lo único que quería era llevarlos a la gloria. Era una de esas veces en las que alguien que lo tiene todo no sabe qué hacer con tanto dinero y necesita un nuevo reto y algo que le apasione para seguir viviendo.

El plan estaba dibujado, pintado y barnizado. Es decir, contaba con ser el sueño que cualquier aficionado y profesional necesitaba alcanzar. Sin embargo, quedaba lo más duro: trabajar en ello. Estaban buscando a los mejores en su campo para poder hacerlos partícipes y elaborar toda aquella fantasía, hacerla realidad sobre la pista. Nada de hipótesis ni retóricas.

—¿Y cuál es el lugar de mi madre en todo esto?

Al escuchar Silvia su pregunta sonrió con una ilusión arrolladora. En su cara podía vislumbrarse todo lo que había ansiado a lo largo de los últimos años. La ambición que había estado manteniendo en su interior salía a la luz descubriéndose para Olivia. El puesto de jefa de equipo sería suyo y ella lo veía cristalino.

Después de aquel primer encuentro, Óscar pasó mucho tiempo con su madre. Al menos, mucho más de lo que esperaba Olivia en primera instancia. Ambos tenían muchas reuniones en las que resolver los complejos galimatías sobre rendimiento del motor. Viajaban mucho y la relación se fue estrechando. En algún momento, se pasó por la cabeza de Olivia que podían ser pareja o, al menos, tener algún lío. Pero cuando intentaba sonsacarle información a su madre, ella no estaba muy interesada en soltar prenda. Así que comprendió que no era asunto suyo y que Silvia le contaría lo que necesitara saber.

Desde ese primer día, Óscar admitió haber sido un gran fan de su madre cuando trabajaba para otra escudería en años anteriores, así que decidió ofrecerle la oportunidad a ella antes que a cualquier otro. Había conseguido su contacto a través de amigos en común que solo se deshacían en aduladoras palabras hacia su buen hacer. Reconoció que no tenía plan B, y eso era tremendamente inusual en este deporte: tenías que tener en la mano incluso un plan G si se diera la ocasión. Tras ponerle a la junta directiva su nombre, ellos le dijeron que, si tan convencido estaba de que Silvia era la persona para el puesto, él mismo debía ir y convencerla de que aceptara.

La vida de todos daría un vuelco después de esta decisión.

Por irónico que pareciera, en ese día en que conoció a Óscar no imaginaba que esa decisión haría que Olivia se distanciase más de su madre. Comenzaron a llegar las horas interminables en la fábrica y las ruedas de prensa. Cada semana, un artículo nuevo cuestionaba el trabajo de Silvia como jefa de equipo en la nueva escudería. Era la única jefa de equipo al mando de la parrilla y, por desgracia se la cuestionaba más que a la mayoría, a pesar de que en cada gran premio y cada nueva temporada podía verse el cambio significativo y la evolución constante que el equipo estaba teniendo. Se creó una careta externa que penetró hasta los cimientos de la relación con Olivia. Esta comenzaba a descubrir que de la madre cariñosa y hogareña que recordaba ya solo existía un recuerdo muy lejano, a pesar de ser consciente de que todo lo que Silvia estaba haciendo era en pos de ayudar a mejorar a cada uno de los integrantes, incluidos los pilotos que, con su fama de egocéntricos y sabelotodo, coincidían con su jefa de equipo en la mayor parte de situaciones.

Olivia decidió que no quería esa presión. No necesitaba ser juzgada con cada acto que decidiera llevar a cabo. La brecha que había entre ella y su madre se abrió más cuando le comunicó que haría un curso de cocina. Silvia no la comprendía y tampoco quería hacerlo, a pesar de que Olivia le explicó que la cocina la tranquilizaba y ponía en orden sus ideas. No tenía ni la más mínima oportunidad de hacerla entender.

Sin embargo, cuando se lo contó a Óscar un día cualquiera, en mitad de la fábrica, sus ojos se aniñaron de repente, tornándose a un gesto tierno. La abrazó susurrándole al oído:

—Aunque no lo creas, ya te lo dije la primera vez: vas a hacer

grandes cosas, y yo estaré ahí para verlo.

Pero no lo estuvo. Y esa frase atormentaría a Olivia como un martilleo constante en su sien y en su corazón roto y perdido por la pena.

Capítulo 9

En la actualidad

Los agentes se quedaron mirando a Olivia consternados. Sus lágrimas caían de manera incesante por su rostro y, una vez que salieron, fue imposible pararlas. La inspectora le ofreció un pañuelo, después otro y, al final, terminó regalándole todo el paquete. A Olivia se le escapó una sonrisa nerviosa y pidió perdón por el espectáculo.

—Es completamente normal —dijo el inspector.

—Aquí mi compañero Carles llora hasta con las películas de dibujos —confesó la inspectora Rodríguez con humor.

El inspector la miró con cara de pocos amigos durante unos segundos y retomó la conversación junto a Olivia.

—Entendemos que esta tragedia le ha afectado personalmente, señorita Stewart, pero también tiene que comprender la situación en la que nos encontramos nosotros. Permítame que la ilustre —anunció, levantándose de la silla y agarrando sus manos detrás de la espalda con las manos cogidas. A diferencia de su compañera, este no la tuteaba, sino que mantenía visiblemente las distancias—. Verá, nos encontramos con un cadáver en un avión privado. Ninguna de las personas que viajaba con él dice haberse dado cuenta de su fallecimiento hasta que el avión no aterriza y se disponen a despertarlo del largo sueño en el que creen que está. En el avión solo son cinco pasajeros y dos azafatas, más los dos pilotos. Óscar Campbell se encuentra al lado de la única pasajera que no es recurrente y que, por primera vez, viaja junto a ellos: aquí, Olivia Stewart —le dice señalándola—. Bien. Cuál es la sorpresa cuando cada uno de los integrantes de ese avión nos comenta que es usted la nueva ayudante de Óscar. Que su cara les resultaba terriblemente familiar, pero que, a decir verdad, nadie supo decir quién era usted

en ese momento —relata el inspector mientras anda por el habitáculo mirando a Olivia a los ojos. Había comenzado a ponerse nerviosa. El tono de voz del inspector ya no era tan cálido y amable como en un inicio, y estaba claro que quería llegar a alguna parte. Olivia tenía claro que, adondequiera que fuese a parar, no iba a ser un buen lugar para ella—. Entonces, tenemos una divertida conversación con Silvia Díaz y ¿cuál es nuestra sorpresa? Se sincera comentándonos que usted es su hija y que, ante todo, lo único que nos pide es que lo guardemos en secreto, ya que nadie en su trabajo o, bueno, la mayoría de la gente, desconoce esa relación.

A Olivia solo se le ocurre asentir para confirmar el relato del inspector.

—¿No es eso muy conveniente para usted, señorita Stewart?

—¿A qué se refiere? —No se consideraba una persona ingenua, pero la verdad era que no tenía ni idea de adónde quería llegar.

—Alguien fallece a su lado, y es la única de todos los pasajeros que guarda con recelo su identidad. No solo eso, sino que su madre defiende su postura. Entendemos que el señor Campbell estaba al tanto de su verdadera identidad.

Al escucharlo, Olivia puso los ojos en blanco sin dar crédito.

—Pero ¿ha escuchado lo que acabo de contarle? ¡Claro que me conocía! Estaba al tanto de todo.

—Eso es lo que usted y su madre cuentan. Y tenemos que creerles, por supuesto, no hay nada en su contra que indique lo contrario.

Entonces, su compañera chasqueó la lengua en señal de frustración por los comentarios de su compañero. Su semblante dejaba al descubierto lo poco que le gustaba su manera de llevar el interrogatorio. Aquello le daba a entender a Olivia que tomaría el rol de la poli buena, como en las películas norteamericanas que tan poco le gustaban. Arrimó su silla a la de ella en señal de confianza.

—¡Oh, vamos Carles! Deja a la chica en paz —repuso indignada. Él le dirigió una mirada voraz por haberle interrumpido y, por lo que Olivia podía imaginar, desacreditarle delante de una sospechosa—. Olivia, lo que queremos decir es que la situación es delicada; sin embargo, aún no tenemos autopsia. Solo unas cuantas vías de investigación. Lo que está claro es que ni a usted ni a su madre les beneficia en absoluto el fallecimiento del señor Campbell.

Sabemos lo de las pastillas, lo vimos en el interrogatorio inicial que le hicieron, y que se desmayó al salir del avión, porque el resto de pasajeros lo han confirmado. Es un momento delicado, pero dadas las circunstancias en las que ya está atrapada… —hizo una pequeña pausa y miró de nuevo al inspector— queremos que nos ayude.

—¿Que os ayude… yo? ¿Cómo?

El inspector se agachó para hablarle de manera más cercana.

—Nadie sabe realmente quién eres y trabajas en el *catering*. A la gente le encanta hablar mientras está comiendo. El chismorreo. Conoces esta jerarquía y a la gente que la compone…, pero con tu trabajo pasas desapercibida.

—Nosotros no se lo hemos mencionado a nadie *aún*. —La inspectora recalcó muy bien la última palabra dejando clara su temporalidad—. Le guardaremos el secreto siempre y cuando intente conseguirnos un poco de información extraoficial, ayudarnos recordando alguna conversación subida de tono, ¿puede que alguna rencilla interna? No lo sabemos, justo por eso la necesitamos.

—¿Esto no es chantaje? —preguntó Olivia indignada aún con los pañuelos en la mano.

El inspector volvió a ponerse de pie y miró con una expresión hosca a Rodríguez.

—Tómeselo como prefiera. Nosotros lo vemos como un intercambio de favores.

No le quedó otra que aceptar. Estaba realmente jodida y hasta arriba de mierda. Casi podía oler cómo apestaba a ella.

Con tiempo hasta el turno de cenas, Olivia decidió ir primero a la rueda de prensa de pilotos del jueves. Desde el COVID, los pilotos la hacían en sillas separadas y con mascarilla. En esta temporada, por fin dejaban las mascarillas a un lado. La sala ya estaba abarrotada cuando entró, con cinco pilotos de escuderías diferentes colocados de izquierda a derecha: Robert, Armando, Michel, David Thomas —un muchacho de diecinueve años con un talento sobrenatural perteneciente a la escudería Larec—, y la reunión la terminaba Hiro Ogawa el único japonés de la parrilla. Lo normal era que no te tocara con un compañero de equipo, para que hubiera variedad, y que fueran pasando en grupos unos detrás de otros. En medio de todos se encontraba un moderador, que les hacía una pregunta a

cada uno en pequeñas rondas y que luego daba paso a las intervenciones de los periodistas.

Michel estaba respondiendo a una pregunta sobre la degradación de los neumáticos en esta pista. El moderador asentía con tranquilidad, aunque más bien parecía estar quedándose dormido. La pregunta venía de un periodista cercano a donde ella se encontraba, así que lo veía asintiendo con regularidad.

—¿Más preguntas? —dijo el moderador. Algunas manos se levantaron, y él dio paso a una chica morena.

—Armando, ¿crees que el rendimiento del equipo se verá mermado este fin de semana? ¿Estás de acuerdo con que corráis este gran premio? Si pudieran responder todos a esta pregunta sería genial, gracias.

Los pilotos se miraron y cogieron el micrófono a la vez. Armando comenzó a hablar.

—Estamos muy motivados y también emocionados por poder regalarle esta carrera a nuestro compañero y amigo. Va a ser un fin de semana durísimo, pero dedicarle una victoria es lo mejor tenemos en nuestra mano para honrarle.

Dio por concluida la contestación y miró a los demás. Robert tomó la palabra. Llevaba una pulsera con los colores del arcoíris que se veía a la perfección al sostener el micrófono para contestar.

—Podríamos debatir mucho sobre este tema. Seguramente se hablará todo el fin de semana. Nosotros al final hacemos lo que la FIA nos dice. Si dicen que se corre, corremos. Y a nuestra manera, intentamos llevar la pena y la tristeza de la mejor forma posible.

Hiro se acercó el micrófono en ese instante:

—Óscar Campbell era un tipo fenomenal. Único. Nos hacía reír a todos en el corralito. Creo que hablo en nombre de mis compañeros cuando digo que nuestros pensamientos están con él y su familia. Este fin de semana correremos por él.

Con esto, tanto Michel como David se limitaron a asentir de acuerdo con Hiro. En ese instante, las miradas de Michel y Olivia se encontraron, y este se recolocó en su asiento un tanto incómodo.

El moderador despidió a los cinco pilotos y dejó que entraran los cinco siguientes. Olivia aprovechó para salir de allí esquivando a los periodistas que estaban pendientes del próximo pase. Michel la había visto y, al contrario de lo que creía Olivia de que la esperaría

en la salida, no lo hizo. Así que ella aligeró sus pasos para ponerse a su altura. Por suerte, comprobó cómo Robert hacía que su amigo relajara el paso.

Casi sin aire por las prisas, alcanzó a tocarle la espalda con sus dedos. Se acercó con la esperanza de que esta vez su amigo recapacitara y le diera la oportunidad de escucharla.

—Tengo en cocina un postre perfecto para el fin de semana. ¿Podrías venir a probarlo?

Él la miró sin entender mucho por qué estaba allí y fue Robert el que terminó conciliando y dándole un golpecito en la espalda a su amigo.

—Ve, yo te cubro si preguntan. Hazme el favor.

Michel puso los ojos en blanco, pero siguió a Olivia sin rechistar, cosa que ella ya contaba como una pequeña victoria a pesar del silencio incómodo que se había llegado a producir entre ambos. Al llegar, hizo que se sentara en el comedor y fue corriendo a cocina a por un yogur cremoso de arándanos. Se lo puso en la mesa a su amigo y le miró a los ojos.

—¿Qué narices te ha pasado al salir del evento?

—Debería ser yo el que hiciera las preguntas —advirtió el mexicano.

Olivia chasqueó la lengua cabreada.

—No quiero… No, más bien no puedo creer que estés mosqueado por esto. ¡Michel! ¿De verdad piensas que estoy con Robert? Solo fuimos a tomar algo. No estaba bien, y lloré como una niña de cinco años. Cómo si no lo conocieras, ¿crees que se va a quedar sentado mirándome berrear? ¡Es Robert!

—No mames, Olivia.

Ella se cruzó de brazos. Seguía incrédula.

—Sé sincera. ¿No estáis juntos?

Olivia lo miró fijamente. Sus ojos se encontraron en una batalla que conocían muy bien. Llevaban años en ella. Una guerra fría y silenciosa que no terminaría hasta que alguno de los dos reconociera lo evidente.

—Y aunque así fuera, serías el primero en saberlo. ¿Por qué narices te ha afectado tanto?

Michel arrugó la nariz al escucharla. Bufó y le quitó la mirada haciendo que el contacto que habían mantenido por unos segundos

se perdiera.

Ella creía conocer la respuesta, únicamente esperaba ansiosa a que Michel pudiera corroborarlo. A su pesar, este se cruzó de brazos. Apenas había probado el yogur y lo miraba con recelo.

—Eres mi mejor amiga, que no me lo cuentes es una puñalada trapera. Pero además… saber que estás mal…

Puñalada era lo que acababa de regalarle. Hasta parecía haberlo hecho a conciencia conforme lo decía. Así que no, ese tampoco sería el día en que ganaran la maldita guerra.

Olivia descartó esas ideas de su mente y optó por seguir con la conversación.

—¿Y tú lo empeoras?

—¡No manches, Olivia! Si siento que nos distanciamos de más.

—¡Es que es así, Michel! Desde que entraste a este equipo eres otro. Entiendo que tienes un rol más importante, que Mark te aprieta las tuercas sin cesar. Es jodido, porque sé que odias tener una cámara encima y ser el titular de prensa que te compara constantemente con tu compañero. Pero te cierras en banda, no hablas conmigo de ello, ni con Robert. Tu humor ha ido a peor conforme han pasado los meses. Ya bastantes problemas tienes como para irte llorando como una niña desva…

—Ha muerto alguien a quien apreciabas —cortó él de repente—. A tu lado, en pleno vuelo. Creo que es un motivo de peso suficiente para que esté junto a ti… —Hizo una pausa y suavizó el tono—. Yo no soy Robert. Hay muchas formas de sobrellevar una pinche amistad. No veo necesario tener que decirlo todo y ser sincero. Con frecuencia, valoro más saber callar para no dañar a mi amiga. Porque, por muy sincero que seas, probablemente no es lo que necesita.

Michel sonrió con tristeza a su amiga. Volvieron a mirarse y, esta vez, una electricidad invisible recorrió el cuerpo de Olivia. Deseó con todas sus fuerzas que se disipara el espacio entre ambos y poder decirle cómo se sentía.

Sin embargo, el móvil de Michel sonó de manera estrepitosa, resquebrajando por completo la tensión de ambos. Le echó un vistazo rápido y se volvió hacia Olivia.

—Tengo que irme… Debería ver los datos del simulador…

Olivia asintió en silencio. No le culpaba, era su trabajo y el fin

de semana era para que los pilotos se concentraran al cien por cien.

Sin embargo, Michel le guiño el ojo y cogió la cuchara para comerse el yogur.

—Está demasiado *chévere* para no terminarlo —concluyó metiéndose la cuchara en la boca y relamiéndose.

De vuelta en su habitación, Olivia se dio cuenta de que el día se le había hecho mucho más duro de lo que pensaba. Aún no sabía muy bien cómo manejar la propuesta de chivo expiatorio de los inspectores. No le gustaba en absoluto. Aunque si lo consideraba y reflexionaba con tranquilidad, aquello era una clara pista de que creían que no había sido una simple muerte súbita, lo que significaría que alguien en ese avión había podido hacerle daño a Óscar.

¿Envenenándolo?

Era lo primero que habían soltado. La ridícula idea de que por ser cocinera podía haberlo intuido le hacía querer estrangular a esos dos. Olivia agitó la cabeza percatándose de que ese pensamiento quizá no era el más adecuado precisamente en ese momento. Pero se maldijo.

Tiro su pequeña mochila al suelo con rabia. Fue hacia las almohadas y las arrojó hacia la pequeña televisión plana que estaba colgada. Incluso la agenda y la libreta que tenía en el pequeño escritorio de su habitación fueron víctimas de su rabieta.

Se tiró al suelo con las manos en la cara para acallar el grito de frustración. Una vez que pudo calmarse, se enjuagó las lágrimas, que esta vez habían sido de ira, y se levantó para volver a recoger el desastre.

Desde la muerte de su padre, había descubierto algo oscuro en ella. Cuando la rabia y angustia brotaban, no existía nada que la pudiese consolar. Además de tirar cualquier objeto que se pusiese en su camino, todo concluía de la misma forma: haciéndose daño a sí misma. Se arañaba los brazos hasta que la sangre brotaba. Apretaba tanto sus puños que las uñas se clavaban en sus manos hasta provocarle heridas.

No quería volver a llegar hasta ese punto. Así que intentó ordenarlo todo y respirar hondo hasta que los malos pensamientos pasaran. Se dirigió hacia el baño para lavarse la cara y ponerse cómoda y, en ese momento, su móvil vibró. Fue hacia él con

decisión esperando que Michel le hubiese escrito. La ilusión desapareció radicalmente al comprobar que el número que aparecía en pantalla no lo tenía registrado.

Intentó hacer memoria. Aun así, tenía la mente completamente emborronada por el episodio que acababa de vivir.

«¿Qué es esto, una broma pesada sacada de una película mala?», pensó irremediablemente.

Olivia leyó el mensaje una y otra vez en un bucle. No sabía cómo reaccionar a lo que veían sus ojos. Pasó por diferentes fases: la primera fue la confusión, pensar que no estaba leyendo bien, que no estaba entendiendo lo que se le decía. La segunda, que quien enviase el mensaje se había podido equivocar. La tercera, fue darse cuenta de que iba dirigido a ella y de que sus ojos no la estaban engañando. Con total claridad podía leerse: «Si investigas, tu madre será la siguiente».

—¿Qué narices…? —susurró, luchando por llevar aire a sus pulmones.

Capítulo 10

Viernes

Los primeros entrenamientos libres habían dado comienzo. El día iba a ser muy exigente para Olivia, que, desde muy temprano, se encontraba en la cocina y trabajaba para preparar los menús con sus compañeros. La mayoría venían precocinados del *catering*, pero, a veces, alguno de los entrenadores físicos solicitaba platos especializados para sus pilotos. Cuando empezaba el fin de semana era vertiginoso. La vuelta al ruedo y las diferentes órdenes de comida según el país en el que se encontraban —por climatología, sobre todo— lo hacían toda una locura. Ya no solo los pilotos cuidaban su alimentación: los mecánicos intentaban estar en la mejor de las formas; por ejemplo, los que cambiaban los neumáticos en las paradas de las carreras debían ser rápidos y que su comida no fuese muy copiosa.

Tampoco era el mejor día para Olivia: apenas había dormido, y al despertar su cabeza tampoco había parado de darle vueltas al mensaje que había recibido. Por eso, cuando Ernest le había estado hablando, no había prestado atención a nada en absoluto.

—¿Hola? Tierra llamando a Olivia —escuchó por primera vez ella, y al mirar a su izquierda vio a su compañero agitando las manos para hacerse notar.

—Perdona, ¿qué decías?

El chico puso los ojos en blanco, desesperado.

—Johnson quiere que le lleves estos menús al box —lo dijo conforme sacaba una lista de su móvil que enseñó a Olivia de manera fugaz y después copió para mandársela por mensaje.

—¿Yo? —preguntó ella con sorpresa—. ¿Es que no tiene a nadie para eso?

—Sí, dice que el entrenador de Michel Mendoza le ha hablado muy bien de ti. Chica, no sé cómo lo haces. De mí no se acuerdan ni de que existo y llevo ya cuatro años. —El dardo envenenado se apreciaba con facilidad en su tono.

—Hay un mundo de especias más allá de la sal, Ernest. Será eso —dijo ella, devolviéndosela.

Aquello le pareció un tanto curioso. No había conocido jamás al entrenador de Michel. Sí al de Robert, pero la sutil diferencia era que este último presentaba a todo el mundo que tuviera a su lado. Y ¿desde cuándo Johnson pide comida a una sola persona? Intentó no preguntárselo mucho, ya que el tiempo se le echaba encima.

Se dio media vuelta y comenzó a preparar los diez menús que le habían pedido antes de que acabara la hora de los entrenamientos libres. En cocina tenían una pequeña pantalla en donde podían ver la retransmisión en directo. No pudo estar muy atenta mientras trabajaba, pero pudo comprobar que los tiempos de Armando eran los mejores, y eso era una buena noticia —aunque estas primeras salidas a pista no tenían por qué marcar el resultado de la carrera, pues eran el momento en que equipos y pilotos probaban estrategias diferentes—. La imagen de su madre apareció en cámara y el corazón le dio un vuelco. Llevaba unos cascos enormes y miraba a la pantalla cruzándose de brazos y atenta a lo que ocurría en el circuito.

Debajo de su imagen pusieron un gráfico con su nombre y el rango. Cuando se dio cuenta de que la enfocaban, hizo un pequeño y tímido saludo a la cámara con su mano derecha, pero sin dejar de tener los brazos cruzados junto a su pecho. Los comentaristas hablaban por encima de la imagen admirando el hecho de que el equipo estuviera al pie del cañón a pesar de las circunstancias. En especial, decían, Díaz, que tenía una relación estrecha con su segundo al mando.

Olivia tragó saliva y pensó en lo mal que debía sentirse su madre por la muerte de su amigo. Aún no la había visto llorar después del *shock* en el avión. Allí gritó y zarandeó a Óscar durante unos minutos hasta que sus lágrimas salieron a borbotones comprendiendo que no podría despertarlo jamás.

Conforme los gritos resonaban en su cabeza se mezclaban con los que provenían de la cocina. Miró hacía Ernest, que miraba la

pantalla con las manos en la boca. Olivia dirigió su mirada hacia dónde él tenía clavados sus ojos intentando comprender lo que acababa de pasar. Un coche se había estrellado contra las protecciones. Era un Zed Rush.

—¿Quién ha sido? No lo he visto —preguntó, intentando no sonar muy ansiosa.

Ernest subió el volumen de la televisión y los comentaristas dieron el nombre.

> «Vaya golpe se ha dado el mexicano. Ha perdido el coche con ese sobreviraje. Esperemos que esté bien».

El corazón de Olivia dio un pequeño vuelco. Michel no salía del monoplaza y los trabajadores de seguridad se acercaban ya hacia el coche para ayudarle a salir.

«Más te vale salir, Michel, más te vale…», pensó angustiada.

Ernest la miró extrañado al verla tan inquieta. En lo que le parecieron unos segundos eternos, Michel levantó la mano y comenzó a salir del coche. Olivia tomó un poco de aire al darse cuenta de que había estado sin él durante unos segundos.

—¡Parece que Mendoza está bien! Vamos a ver la repetición, Jorge, porque el piloto estaba muy nervioso y no ha podido controlar el coche.

—Tiene daños y los ingenieros tendrán que trabajar mucho en el monoplaza… No sé yo si llegará para los siguientes entrenamientos libres.

En ese instante, enfocaron la cara de Johnson, que estaba gritándole a un ingeniero muy malhumorado. Estaba frenético. Aquello solo empeoraría la situación de Michel. El realizador cambió para dar paso a la repetición del accidente. Había sido un golpe potente y había destrozado toda la parte de delante dejando el alerón inutilizado. Con eso no habría problemas, podrían cambiarlo por el que siempre tenían de repuesto, pero con total seguridad habría daños internos en el coche que llevarían mucho más tiempo. A continuación, apareció en pantalla la imagen de un Michel cabreado dando un par de golpes al halo del coche conforme se levantaba. Comenzó a quitarse los guantes y con uno de ellos golpeó de nuevo el halo, frustrado. Sus manos fueron directas a frotarse los ojos a través de la visera. No se había quitado el casco y

Olivia sabía que no lo haría, no iba a dejar que la frustración se percibiera en su cara, aunque los gestos hablaban por sí solos. Los comisarios se acercaron para ayudarle a salir, pero el piloto hizo caso omiso y salió por su cuenta. Uno se le acercó a preguntarle algo. Michel asentía. Estaban comprobando si estaba bien. Quisiera él o no, se lo iban a llevar al centro médico para hacer un chequeo, como ordenaba el procedimiento.

Mientras veían esa imagen, los realizadores habían pinchado la radio de momentos antes, cuando Michel se había golpeado contra las protecciones.

—*¿Estás bien, compañero*? —se escuchó decir a su ingeniero de pista.

—*¡AHHHHHH! ¡NO, NO, NO!* —gritó Michel furioso en inglés —. *¡SE HA DESCONTROLADO EL MALDITO COCHE! ¡NO HE PODIDO HACER NADA! ¡PINCHE CABRÓN!* —volvió a gritar después de un pequeño silencio, esa vez con un acento mexicano muy marcado.

—*Habrá que trabajar mucho, Michel. Lo hablamos después* —comentó su ingeniero con sequedad—. Me alegro de que estés bien.

—*El jefe de equipo no está nada contento*.

—*Bueno, Tomás, para eso están los viernes. Mejor que pase hoy a mañana o el día de la carrera. Tenemos que agradecer que el piloto se encuentra en perfecto estado. Este finde semana tiene que estar siendo una pesadilla para todos…*

Olivia coincidió con la afirmación del comentarista, solo que no era una pesadilla.

Era un terror diurno.

Los primeros entrenamientos libres habían terminado y Olivia se encontraba con diez bandejas apiladas encima de ambas manos. Aunque no era comida muy pesada, tuvo que hacer verdaderos malabares para llegar sin que ninguna cayera al suelo.

—¿Necesitas ayuda? —La voz provenía de detrás de ella e intentó dar un giro de ciento ochenta grados con visible torpeza.

Karl Jackson la miraba curioso, tenía un bloc de notas en la mano de cuya espiral salía un bolígrafo.

—Te lo agradezco. Pero voy bien. Estoy a unos pocos pasos.

Y era verdad, el box se veía ya a unos metros.

—¿Segura? No me importa…

Ella negó con la cabeza. No sabía qué le ocurría con aquel hombre, pero le costaba verle allí. Era un recuerdo constante de que Óscar la había dejado, haciendo que la presencia del nuevo ingeniero fuera demasiado abrumadora para ella.

Jackson se dio por vencido y siguió su camino. Ella volvió a girarse y retomó su rumbo hasta llegar al box de Zed Rush.

Encontró a Mark, el compañero de Michel, justo en la puerta.

—¿Hemos pedido comida, preciosa? —preguntó con cierto desdén el piloto.

Mark era belga. Sus lenguas natales eran el francés y el flamenco, pero tenía un inglés perfecto. Podría decirse que era atractivo a simple vista, rubio de ojos claros. Un azul profundo y oscuro que, depende de la luz, podías apreciarlo en diferente gama cromática. Sin embargo, Olivia era de las pocas que no encontraban el atractivo al chico. Se dice que cuando conoces el interior de alguien y no es amable ni tiene nada bueno a su favor, por fuera, aunque sea un adonis, solo lo verás con una belleza corriente. Y eso es lo que a ella le pasaba. No odiaba a Mark, simplemente era demasiado egocéntrico y agresivo en su profesión como para soportarlo más de dos minutos cerca.

—Me han dicho que Johnson ha pedido expresamente estos menús.

—¿De veras? No me han comentado nada…

Mark estaba quitándose el mono de pilotaje, había empezado a desabrocharlo y dejárselo caer por la cintura.

—Pues a mí sí me han hecho el encargo. Tengo que entregárselos personalmente, ¿sabes dónde está? —Era un farol, pero así podría verle y preguntarle sus dudas.

—¡Mark! ¿Qué ocurre aquí? —se escuchó la voz de Johnson a sus espaldas.

—Una chica del *catering* dice que has pedido comida.

Johnson apareció por detrás y sonrió como un auténtico carroñero.

—Oh, sí. Yo me encargo, vete con tu ingeniero para leer la telemetría que hay que trabajar para los segundos entrenamientos, que bastante tenemos encima hoy.

Mark asintió, coincidiendo con su jefe.

—Nos vemos cuando quieras, chica del *catering* —la desafió Mark con una sonrisa cual don Juan acompañado de un guiño de su ojo izquierdo.

«Este tío es un egocéntrico de mierda», pensó Olivia, mientras ponía los ojos en blanco sin poder disimularlo.

—¿Te importa acompañarme? —le preguntó Johnson.

—Para nada.

Traspasaron el principio del box, donde se encontraba el coche de Mark ligeramente elevado. Los mecánicos estaban trabajando en él arduamente, algunos tumbados en el suelo debajo de él y otros de pie a los lados. Parecían estar concentrados con el fondo plano.

—Sin cotillear —le advirtió Johnson llevándola hasta una pequeña sala en donde había unas cuantas sillas y una mesa grande blanca.

—¿Lo dejo aquí? —preguntó ella con ingenuidad.

Johnson afirmó y cerró la puerta. Con la mano le hizo un ademán para que se sentara.

—Tengo que seguir con la comida para después de los segundos entrenamientos —le anunció Olivia, que empezaba a ponerse nerviosa con la situación—. ¿Me han dicho que el entrenador de Michel le había hablado de mí? —preguntó con cierta inocencia en la voz.

Fue entonces cuando Johnson le dedicó una sonrisa irónica.

—Vamos a dejar de hacernos los tontos, muchacha. No me gusta, a no ser que sea en mi propio beneficio.

Olivia dejó las bandejas en la mesa y se dio la vuelta para mirarle. Puso las manos en jarras intentando comprender de qué narices hablaba ese hombre.

—¿Perdone?

—Hay algo muy bueno en ser el jefe de equipo mejor pagado. Tres veces campeón del mundo y, seguramente, una cuarta en camino… Y es que tengo ojos en todas partes. Eso me hace saber dos cosas: una es que tienes una relación muy estrecha con uno de mis pilotos, y otra, mucho más importante, es que te encontrabas en el mismo avión que Campbell… —Se puso la mano en el mentón como si estuviera pensando la palabra más correcta a lo que quería decir—. Y, sin embargo, no eres un miembro esencial del equipo.

—¿Me ha estado espiando? —No iba a darle razón a sus

afirmaciones, aunque después cayó en la cuenta de que ya con esa pregunta a su revelación le daba toda la información que necesitaba.

—Lo necesario. No me gusta que mis pilotos se distraigan… Sin ir más lejos, el accidente tan tonto que acabamos de presenciar ha sido porque Michel no estaba concentrado. Es cierto que no es Mark, y que el campeonato no depende del mexicano, ni mucho menos —soltó con desprecio, y Olivia notó que empezaban a hervirle las entrañas—. Pero no dejaré que le pases información de mi equipo a mis rivales. Tengo a mi piloto bien vigilado.

Ella lo miró desafiante. Nunca le había dedicado a nadie una mirada así, ni siquiera en las peores discusiones con Silvia. Estaba cansada que la amenazaran, y desde ayer parecía que la gente a su alrededor solo sabía hacer eso.

—No sé de dónde narices saca que Michel me pasa algún tipo de información. No hablamos de la competición y, definitivamente, no va a dejar que otro equipo gane al suyo. Es algo que no le conviene. Por eso de su reputación como piloto o algo llamado contrato, ¿no? —dijo con aire irónico—. Hay que ser un tanto estúpido para llegar a pensar algo semejante.

—Un piloto puede hacer locuras para quitarse a su competencia, y el primer enemigo es el que tienes a tu lado en el box, tu compañero de equipo. Mark es tres veces campeón del mundo. ¿Tienes idea lo que puede hacerle eso a la moral de un deportista de élite?

Sí, tenía constancia de ello y parecía que a ese hombre le encantaba remarcar que Mark era campeón del mundo, tres veces, por si alguien no se había enterado. Pero también conocía otras cosas de Michel. La perseverancia y el trabajar duro. Dos cosas que ese hombre parecía ignorar por completo.

—Si lo que quieres es que te tome por una ingenua, siento decepcionarte, pero no me lo trago. Eres una zorrita de mucho cuidado.

Escupió sus palabras con asco.

—Podría decirle muchas cosas, Johnson, pero no merece la pena. Es patético. Ni siquiera es lo suficientemente profesional para defender a su piloto de la calaña interna que tiene en el equipo. A decir verdad, usted es de esa misma índole, no es una sorpresa. —

Olivia tomó aire para seguir, esta vez con un tono más errático—. Pero no es el caso de Mendoza, ya lo siento por usted. Y si eso es lo que le preocupa, puede estar tranquilo. Nadie trabaja como ese hombre en su pilotaje.

—Trabaja igual que los diecinueve restantes, no te equivoques —le contestó él de manera automática—. Hay gente que ya se ha ido a un equipo nuevo sin historia… y se llevó todo lo que un día le enseñamos. Silvia Díaz es de esas. Una desagradecida. Manchó la memoria de Stewart. Seguro que el pobre estará retorciéndose en su tumba viendo como le regala todo a un equipo novato que nada tiene que ver con él. La verdad es que es muy raro por su parte, con todo el dinero que le ofrecían y todo lo que hubiese podido ganar estos años junto a nosotros… Imagínate lo que haría alguien como Michel, que aún no ha ganado nada con nosotros.

Fue entonces cuando Olivia dio un paso adelante y se encaró con él. Lo señaló con su dedo índice cerca de su cara a modo de advertencia. Ya había tenido suficiente. Ella también sabía jugar a ese juego y estaba cansada de ser la víctima. Harta de los miles de rumores y acusaciones que su madre había tenido que soportar durante tantos años.

La gente no solo no conocía la decencia y el dejar en paz a una familia que había llorado una pérdida terrible, sino que cogía todo ese dolor y lo transformaba en algo mucho más peligroso. En falacias.

—No meta a la señora Díaz en esto. ¿Me habla de desagradecimiento? —bufó incrédula—. Es un miserable. Da igual lo que crean en el equipo. Stewart les dio la gloria desde un principio y usted no estaría donde está hoy sin él. La señora Díaz tiene todo el derecho a irse donde le plazca. Y ojalá les quite todos y cada uno de los grandes premios que les quedan. Disfrute de la poca gloria que le queda porque lo único que tendrá son las migajas de esos recuerdos lejanos.

Empujó a Johnson hacia un lado para poder abrir la puerta y salir de allí de inmediato. No podía estar ni un minuto más en la habitación con aquel individuo. Todo lo que decía y hacía empeoraba por momentos. No tenía ni idea de cómo había logrado descubrir tan rápido que había estado en ese avión, y mucho menos desde cuándo controlaba las salidas de ocio que Michel tenía

mientras estaba activa la temporada. Algo tenía seguro, y es que, en la anterior, nadie sabía que eran amigos. Así que tenía que haber sido reciente… ¿Johnson había empezado a investigar cuando Astorian se interpuso para ganarles en carrera? No descartaba esa posibilidad, pero tampoco muchas otras. Su mente iba a mil por hora y creyó que lo mejor era irse de aquel box para no volver.

Johnson la tomó de la muñeca antes de dejarla salir. Le apretaba muy fuerte y aguantó un quejido de dolor para no mostrarse débil.

—Ni se te ocurra acercarte a Michel, porque si me entero de que vuelves a verlo, sea para hablar o no de trabajo… será un placer concluir su contrato.

Se zafó de su enorme mano y le sostuvo la mirada de nuevo. Los rumores eran ciertos: el jefe de equipo de Michel no le quería allí y estaba buscando cualquier excusa para librarse de él. Al final, tenía que reconocer el buen hacer de la prensa. Algunos artículos eran terriblemente equivocados, pero otros… eran tan verídicos que parecían un pequeño rumor a voces. Por desgracia, era la revelación que menos podía desear que fuese cierta.

Se alejó de la sala a paso ligero. Sus piernas querían echar a correr lo más rápido posible de allí, pero su cordura le pidió reaccionar de forma discreta. Así que volvió sobre sus pasos hasta plantarse en la entrada, donde seguía estando levantando el coche de Mark.

Salió al *pit lane* y anduvo unos pocos metros hasta quedarse debajo del cartel donde estaba escrito el nombre de Michel con una foto enorme de él.

Se quedó observando a su amigo, que hablaba con su ingeniero de pista completamente concentrado. Tenía el mono a medio quitar a la cintura —igual que Mark hacía unos minutos— y la gorra con el nombre del equipo y los patrocinadores le tapaba parte de los ojos de la vista de Olivia. Después se giraron y, sin ser conscientes de que ella estaba allí plantada mirándolos, se metieron en el box, perdiéndolos de vista.

Ella suspiró cogiendo todo el aire de sus pulmones. Se miró las palmas de las manos y comprobó con pesar que había vuelto a clavarse las uñas. No había llegado a hacerse una herida, pero había estado a punto. Totalmente inconsciente del movimiento, se maldijo por no poder controlarlo.

Olivia no iba a consentir que Johnson se saliera con la suya. Michel era el primer piloto mexicano en años y el primer latino en toda la existencia de la escudería.

Acto seguido, recordó el estúpido mensaje de la noche anterior en su habitación. No sabía cómo, pero se había visto envuelta en dos situaciones peliagudas que ponían en riesgo a las dos personas que más quería.

Metió las manos en los bolsillos después de unos minutos y se dirigió hacia cocinas antes de que alguien se percatara de su extraña presencia. No era muy normal encontrarse a una chica plantada en el *pit* sin estar haciendo absolutamente nada.

Sí había sacado algo en claro de todo ese encuentro: si se trataba de jugar al gato y el ratón, entonces estaba dispuesta a marear al depredador hasta dejarlo exhausto y sin salida.

Capítulo 11

La Fórmula 1 es un deporte complejo. La mayoría de la gente piensa que lo más importante es un buen coche, uno que sea rápido, a poder ser en todos los circuitos. Y, en parte, llevan razón. Sin embargo, para Olivia y para el resto de la parrilla que conocía aquel mundo, eran mucho más importantes la estrategia y unos buenos mecánicos que no fallen en ninguna parada en boxes, ni siquiera en las paradas irrisorias.

El viernes por la mañana se realizaban dos entrenamientos, y después los pilotos tenían todo el día para ver telemetrías, dónde iban mejor y en qué partes del circuito se encontraban sus puntos débiles. Si desgastaban mucho neumático, si eran más o menos rápidos en las rectas o si, por el contrario, lo eran en las curvas. El problema de ese fin de semana radicaba en la climatología. El viernes no servía de mucho dado que para el sábado y el domingo se pronosticaba lluvia extrema, así que el tipo de neumático que utilizarían para la carrera no iba a ser el mismo.

El sábado tenían los terceros entrenamientos —de una hora—, y, aproximadamente dos horas después, comenzaba la clasificación de salida para la carrera del domingo.

La estrategia que seguían los equipos era diferente según el horario del circuito. Por ejemplo: había algunos grandes premios nocturnos, como Singapur, pero los primeros entrenamientos y los terceros aún eran de día. ¿Qué significaba eso? Que la temperatura de la pista era completamente diferente a la de la carrera.

¿Y los pilotos? En la época en la que el padre de Olivia competía, el piloto marcaba por completo la diferencia. Podías apreciar el pilotaje de cada uno y sentir cuando hacían magia en la pista —y de verdad, a veces lo hacían porque el coche no era el mejor, y aun así conseguían sacarle el máximo partido—. No obstante, en esta nueva era, si el coche es superior, la mayoría de

los equipos no tienen nada que hacer.

Era lo que pasaba con Zed Rush desde que habían dado con la clave en la nueva era híbrida de la Fórmula 1. Todos los pilotos de la parrilla deseaban conducir sus coches, pero solo dos privilegiados podían hacerlo. Por eso, cuando Olivia tuvo la certeza de que su amigo Michel entraría en la mejor escudería del momento, no pudo más que compartir su felicidad con él.

Lo supo antes que cualquier filtración de la prensa, antes de que incluso su propia familia se enterara. Michel estaba en su mejor momento, había ganado un par de victorias dentro de un equipo mediocre, a pesar de que sus monoplaza habían tenido problemas de fiabilidad y algún que otro accidente. Pero él había estado impecable, sin cometer ningún error y dejando altos los estándares de su pilotaje. Donde mejor se podía apreciar el talento era cuando un buen piloto conducía un mal coche. Por desgracia, eso no fue suficiente para su equipo, que habían ya fichado a un nuevo piloto al acabarse el contrato de Michel. Por eso, cuando escuchó la noticia de su boca al otro lado del teléfono, fue el doble de emocionante.

«Te lo mereces. Más que ningún otro en la parrilla», le dijo ese día. Si bien es cierto que Olivia no era muy objetiva cuando se trataba de Michel.

Estaba en el *hall* de su hotel, tomando un pequeño descanso en uno de los grandes sillones de los tantos que formaban parte de la recepción. Después de haber preparado cientos de menús, necesitaba un respiro del ajetreo constante del *catering*.

Sabía que tenía que hablar con Silvia, explicarle lo que ocurría…, pero no quería meterla en esa mierda. Los fines de semana eran excesivamente exigentes y no se permitía una mínima falta de concentración. Además, Silvia ya estaba hasta arriba con la muerte de Óscar, a pesar de no tener ninguna intención de admitirlo.

¿Cómo iba a contarle que había recibido una amenaza hacia ella? ¿Y que la policía le había pedido ayuda de manera discreta? Y, sobre todo, ¿cómo iba a decirle lo crispado que estaba Johnson con el campeonato? Había comenzado una pelea silenciosa entre ambos equipos que se encontraba fuera de control. Estaba claro que debía hacerse cargo sin su ayuda. Y, como su madre, tampoco iba a

reconocerle a nadie que se sentía más sola que nunca.

—¿Liv?

Ella se giró al escuchar su diminutivo. Solo Robert la llamaba así, pero no era él.

—Soy el entrenador de Robert, Paolo —dijo el hombre, dubitativo—. Te llamabas así, ¿no?

Claro, así le había presentado él.

—¡Sí! Perdona, estaba pensando en mis cosas —dijo con toda la amabilidad que pudo.

—Robert me ha dicho que te diga de veros en media hora en su habitación. Sin rollos raros —explicó sonriendo—. Me ha pedido que te diga esto textualmente. Se le ha quedado el móvil sin batería y está en la reunión de estrategia.

Ella asintió con la cabeza.

—Gracias, eso suena muy a Robert.

—¿Te apetece tomar un café mientras tanto? Estoy aburrido y cansado. Además, tengo que aprovechar que estoy en España, el segundo mejor país de Europa donde un italiano puede tomar café.

—Me encanta el café italiano, pero a mí el de aquí me sirve igual —respondió ella con una leve sonrisa, aceptando su propuesta. Llevaba toda la mañana nerviosa porque no había podido echar mano de la cafeína. De hecho, sentía una jaqueca intensa por la falta de esta.

Después de todo, tenía que reconocer que en amistades le había tocado el premio gordo. De entre todas las personas del mundo, Robert siempre estaba de su lado incluso cuando él no tenía ni la más remota idea de lo aislada que se sentía.

Paolo trajo el café de la zona del bar. Parecía estar un tanto asqueado del fin de semana, cansado como Olivia. Y ella estaba agradecida de poder tener una charla tranquila y normal con alguien, más allá de los problemas que la perseguían. Sin embargo, el entrenador se saltó la parte de charla ligera y fue directo a un tema que, era obvio, le importaba:

—Eres la chica que salía en las fotos con él, ¿verdad? Creo que esta mañana ha subido una historia a su Instagram desmintiendo todo y diciendo que eras una amiga de hace años, ¿lo has visto?

No. No lo había hecho. No había tenido tiempo de meterse en redes sociales y, al contrario que sus dos mejores amigos, ella

apenas le hacía caso a ninguna de sus cuentas. Sacó el móvil y fue a buscar lo que Paolo le había comentado. Y ahí estaba, con un fondo negro y letras en amarillo chillón. En inglés, y más abajo en español:

Hola, chicos!
Siento decepcionaros, pero la chica
de las fotos (que me hicieron a traición)
es una gran amiga.
Nada de novias por ahora.
Estamos pasando un momento difícil
por la muerte de nuestro compañero.
Gracias por el apoyo y
¡vamos a por todo este fin de semana!

—Gracias por avisarme, no lo había visto.

—Te lo hubiese dicho él en un rato —argumentó Paolo—. La verdad es que es desesperante tener que dar explicaciones por todo.

Olivia se mostró de acuerdo y le dio un sorbo a su café.

—¿Cómo crees que le irá el fin de semana?

El entrenador se lo pensó antes de contestar.

—Físicamente él está genial. Lo da todo y más. Pero cada campeonato tiene una nueva causa a la que dar voz. Un día lo van a sancionar.

—Ya tiene más de una advertencia.

Paolo asintió.

—Lo sé. —Dio un sorbo corto a su café y prosiguió—: Creo que este fin de semana lleva el casco por los derechos LGTBIQ+. La verdad es que el diseño es una maravilla.

—Hace bien. Este mes es el del Orgullo, y pocas voces tan importantes como la suya se alzan para la visibilización.

—Ya —respondió Paolo con sequedad.

—¿Te molesta? —preguntó ella algo confusa.

—No, para nada —dijo, intentando no sonar maleducado—, simplemente creo que a veces debe centrarse en las carreras, como los demás. Me preocupo por él, ya sabes. Con frecuencia es más complicado para el piloto verlo con objetividad. Les da el arrebato de hacer algo más por el mundo aparte de pilotar y se olvidan de su verdadero propósito. Y entre tú y yo —dijo aproximándose más a ella y bajando el tono de su voz—, meterse en esto te puede poner

una diana en la cabeza. A los de arriba no les hace ningún tipo de gracia luchar por causas ajenas a las de sus bolsillos.

Olivia asintió.

—A no ser que eso infle sus pantalones —coincidió ella.

Empatizaba con la reflexión de Paolo y también sentía cierta inquietud por Robert, pero sabía que su amigo hacía una gran labor y creía fervientemente que su defensa de ciertas causas sociales hacía mucho bien a los aficionados de las carreras. Convertirse en algo más que un piloto era algo que Robert había necesitado desde pequeño. La sombra de su padre, que había sido el piloto con mayores victorias de la Fórmula 1, no era corta precisamente, y él estaba harto de comparaciones. Quería ser algo más.

—Y tú, ¿cómo te hiciste miembro del *catering*? —le preguntó él, cambiando radicalmente de tema.

—Oh, pues porque estoy un poco loca. —Aunque Olivia se rio cuando dijo esto, la cara de incomprensión de su acompañante la instó a explicarse un poco más—. Estudié un curso de cocina, pero también amo este mundo. Desde pequeña. —De pronto se dio cuenta de que no podía continuar sin exponerse—. Así que… decidí mezclarlos.

—¿Estudiaste cocina? Me fascina el mundo culinario. Como entrenador estudié nutrición, pero no soy muy bueno cocinando, no te voy a mentir. Aunque Robert me ha convencido para que, de vez en cuando, le prepares algún menú. Sabe que soy muy estricto, pero puede que contigo haga una excepción.

—Bueno, estudié más tarde un curso sí. Cuando mi padre murió me di cuenta de que no se me daba mal la cocina. Me tranquilizaba. Es algo que me salía natural. Todo llevaba un orden y unos pasos y eso ayudaba a mi mente a organizarse. Puede parecer raro, lo sé. Tiene algo metódico que me ayudaba a no pensar en absoluto en lo triste que me sentía —se sinceró ella finalmente—. Pero, en realidad, estudié ingeniería mecánica y aeroespacial. Y aquí estamos.

Paolo puso la boca en forma de O sorprendido por la revelación. Dejó su taza de café sobre la mesa, la cual había estado sujetando entre sus manos todo el rato.

—¡Qué me dices! ¿Eres un cerebrito como los demás?

—No, soy mejor. Recuerda que yo no cometí la locura de

meterme en esos lodos.

Paolo se carcajeó por la ocurrencia.

—Aún no me explico cómo no te he conocido antes —confesó—. Es cierto que me suena tu cara de haberte visto rondar por el *paddock*, pero como supongo que cualquier persona que trabaja en este mundo, y me pilla algo lejos de mi cometido con Stallaro.

Olivia se encogió de hombros: llevaba razón, era una bala que conseguía esquivar cada fin de semana, no sin esfuerzo.

—Nadie se fija en una trabajadora cualquiera que no lleva siquiera identificación de un equipo en concreto. Lo esencial es invisible a los ojos, ¿no era así? —respondió mencionando la famosa frase de *El Principito*—. Aunque Robert sea mi amigo intentamos en la medida de lo posible ser cautelosos y discretos.

—¿Robert discreto? La verdad es que esto hay que concedérselo. Ha sabido guardar bien las distancias —respondió con una sonrisa.

Parecía un tipo divertido y entendía por qué Robert le tenía tanto aprecio. No le cabía en la cabeza que no hubieran tenido antes la oportunidad de charlar y conocerse. Era agradable hablar así con alguien, le proporcionaba la tranquilidad que necesitaba. La que, hasta hace poco, le había regalado sin pedir nada a cambio Óscar Campbell.

Así fue como Olivia dejó de tener el control de su cuerpo. Paolo se había convertido en Óscar, sentado a su lado y sonriendo con tranquilidad. Bromeando y tomando su café. Era él, allí mismo. A continuación, todo se tornó borroso. Óscar empezó a ahogarse frente a ella, a gritarle que no lo había salvado y a morir, de nuevo, ante sus ojos.

Olivia comenzó a gritar y a llorar sin remedio. La mala jugada que había sido creada por su propia mente dejaba paso a una desesperación absoluta. Una en la que Óscar le hacía culpable por no encontrarse junto a ella ese fin de semana. Responsable por no haberse dado cuenta de que, justo a su lado, en el avión, estaba muriendo en silencio. Fue entonces cuando volvió a ver a Paolo en la sala. Ya no estaba frente a ella, sino que se había colocado a su lado, pidiéndole con dulzura que se tranquilizara. Preguntándole qué le ocurría. Ella no podía responder, no tenía ni siquiera fuerzas para hacerlo.

Vinieron a la mente los inspectores preguntándole por aquel

momento. Haciéndole ver que, en realidad, lo que le había ocurrido a Óscar no era una simple muerte natural. Así fue como en su mente todo cobró sentido y se prometió que, aunque la amenazaran o pusiera su vida en peligro, tenía que descubrir qué había pasado con su amigo.

Aunque al menos fuese para que su conciencia viviera tranquila.

Capítulo 12

Robert había llegado al hotel justo cuando Olivia estaba en pleno ataque de pánico. Con la ayuda de Paolo habían conseguido llevarla hasta la habitación de él de la manera más discreta posible —dentro de todo lo desapercibido que había sido el *show* que acababa de montar en un sitio público— y la habían sentado en uno de los sofás de su *suite*. Le había pedido a su entrenador que los dejara solos y que, a ser posible, no contara nada a nadie de lo que había pasado.

Olivia percibió en la mirada de Paolo un atisbo del respeto y la confianza que tenía hacia Robert, por lo que se quedó tranquila sabiendo que no comentaría nada en absoluto.

Robert le tendió un vaso de agua al cerrarse la puerta de su *suite* y se quedó agachado junto a su amiga, observándola con sumo cuidado.

—Liv… ¿pero qué narices acaba de pasar?

Ella negó con la cabeza queriendo borrar el recuerdo, a pesar de que sabía que era imposible. Se debatió internamente. Una parte de Olivia no quería involucrar a Robert, pero su amigo tenía un carácter diferente a los demás y este le daba la ventaja de poder contarle ciertas cosas que, por desgracia, no sentía que podía confesarle a Michel. Y, aunque sonara egoísta, sincerarse con él podía ayudarla a no sentirse tan sola con esa carga. Comprender mejor entre ambos a qué se estaba enfrentando. Sin contar que necesitaba respirar y liberar la presión que oprimía su pecho.

No solo cómo vivió el fallecimiento de Óscar, sino el interrogatorio con los inspectores, la amenaza posterior en su teléfono móvil y, por último, el encuentro con Johnson.

Sabía que Robert también debía de estar concentrado en su carrera, pero no quería involucrar a Silvia y mucho menos a Michel después de ver que su jefe de equipo no le apoyaba de ninguna

manera. Iba a ser un golpe emocional tremendo que podría jugar en su contra mientras competía. Y, a pesar de todo, decidió contárselo a su amigo, que escuchaba atento toda la historia haciendo solo algunos aspavientos. Comprobó como a él se le escapaba alguna lágrima cuando le relataba el recuerdo del avión de Óscar. Acto seguido, vio su preocupación al descubrir que había recibido aquel mensaje y, por último, pasó a una rabia contenida por culpa del enfrentamiento que había tenido con Johnson.

—No sé por dónde empezar —dijo Robert levantándose al terminar de escuchar todo el relato.

—Sería la primera vez —respondió ella intentando quitarle incomodidad al asunto—. No puede salir de aquí, Robert. Te lo digo en serio. Hay mucho en juego.

Robert dio un par de vueltas por la habitación pensativo.

—Vale… a ver —comenzó a decir sin saber muy bien cómo manejar la situación, lo que era algo nuevo para Olivia, que siempre lo había tenido como una de las personas más seguras y confiadas en su persona—. ¿Tienes idea de quién puede ser el anónimo?

Olivia negó con la cabeza.

—No. Aunque no es muy difícil deducir que tiene que ser el que… —hizo una pausa al atragantarse con la palabra— asesinó a Óscar.

—Entonces, estamos dando por supuesto que no fue una muerte natural.

Ella se encogió de hombros.

—Entiendo que debe ser así. Puede que el propio asesino o asesina no supiera que aún no lo sabíamos y se ha delatado a sí mismo.

—Si ese es nuestro razonamiento, debe ser alguien sin muchas luces. Torpe y que nunca lo ha hecho, ¿no?

Olivia lo pensó detenidamente.

—¿Estamos jugando a los detectives? Porque se parece mucho y no sé si estamos cualificados para ello.

—No, ¡por supuesto que no lo estamos, Liv! Pero tampoco nos podemos quedar de brazos cruzados, ¿no? Creo que…

Se detuvo en mitad de la frase y fue hacia la ventana. Desde ahí había unas vistas impresionantes que ayudaban a su amigo a reflexionar sobre la situación.

—Si los inspectores te metieron en esto a costa de tu propia seguridad —prosiguió Robert—, tuvo que ser porque creen de verdad que puedes sacar algo que a ellos se les escapa. Así que deben estar convencidos, al menos lo suficiente para arriesgar a un civil y chantajearlo.

Eso ya lo había pensado ella. Lo había considerado y reflexionado durante todo el día y siempre llegaba a la misma conclusión.

—Yo también lo creo. Desde hace años en la cúpula de este deporte hay gato encerrado… Y que el Astorian esté cogiendo fuerza para tomar la delantera y justo muera Óscar antes de una carrera decisiva, y amenacen a mi madre…

—Sí, huele mal.

—Huele a…

—¡A Johnson! —gritaron los dos al mismo tiempo.

Se miraron los ojos y Olivia vio un brillo en la mirada de Robert. Había pasado de la preocupación a la excitación.

—Es una acusación gravísima —dijo ella, echándose para atrás ante esa idea.

—Lo sé. Es terrible. Por eso deberíamos estar seguros. Pero ¿no te parece demasiado hijo de puta como para no hacerlo? Es de ese tipo de personas que tiene algo oscuro y tampoco es que lo oculte.

—No sería tan tonto como para cometer él… —no podía decirlo. Seguía sin poder articular palabra.

—Yo tampoco lo creo. Aunque hasta hoy, descartaba la idea de que pudiera ponerle la mano encima a alguien y no me gusta ni un pelo que te atrapara así en la sala de descanso del box. —Eso era un punto para Robert—. Me reitero, es un hijo de puta de cuidado.

Olivia suspiró.

—Tampoco sabría por dónde empezar. No podemos meter a Michel en nada de esto.

—Ni de broma —acordó él—. Pero lo que sí puedes hacer es hablar con tu madre y preparar la comida para su equipo. De esa forma podrás comprobar que se cuece detrás de Astorian. ¿No te quería tu madre algo más cerca de ella, en su *catering*?

—Por supuesto, para tenerme bien amarrada con su correa. ¿No sería mejor hacerlo con el equipo de Michel? —preguntó ella confundida.

Robert se rio de su comentario haciéndole sentir algo estúpida. No le agradaba cuando se hacía el listo.

—Johnson no dará el visto bueno y no deberías acercarte mucho a Michel, ¿no? Eso es una idea absurda, y lo sabes. De todas formas, déjame a mí, a ver qué información sobre su equipo puedo conseguir en estas horas.

—¿Tienes algo en mente?

Olivia empezaba a preocuparse por lo visiblemente involucrado que estaba ya Robert con el tema. Estaba disfrutando de la situación, y eso no le venía nada bien. Se estaba arrepintiendo de haberle contado todo lo que conocía y había vivido hasta ese momento.

—Oh, sí. ¿Sabes que Paolo y el entrenador de Michel se llevan genial? Y Paolo sabe cómo tratar a la gente para que le cuente cosas. Seguro que te has percatado. Es un cotilla de cuidado.

—¿No me digas? Habló el que pasa desapercibido en el *paddock* —repuso ella echándose las manos a la cabeza—. No hagas ninguna tontería Robert, no hagas partícipe a nadie que pueda correr peligro.

Robert arrugó la nariz en señal de desaprobación. Se despeinó el pelo castaño hacia atrás y se frotó el mentón.

—No pienso discutir contigo, Liv. Haré lo que crea necesario. Si decides contarme esto debes dar por supuesto que no voy a quedarme de brazos cruzados, y menos con gentuza como Johnson. La gente sabe que Michel y yo somos muy amigos, y vernos juntos de manera continuada no es un problema precisamente. Veré que puedo hacer y, por favor, estate tranquila. —El piloto fue hacia ella y, por primera vez en todo ese rato, la abrazó con dulzura. Olivia acurrucó la cara en su pecho y él le susurró al oído—: No voy a permitir que te pase nada. Y tampoco a Michel.

A veces, y aunque le resultaba algo abrumadora, admiraba la galantería de Robert. No quería que le prometiera algo así. Quería que le dijera que estaría a salvo y no se atrevería a meterse en problemas. Por mucho poder que creyera tener, a veces eso no era suficiente. Todos eran vulnerables. Y Robert, aunque no lo quería reconocer, solo era un piloto más. Era cierto que la Federación lo tenía en alta estima que apostaba por él hasta el punto de, a veces, no reportarle las sanciones que debería en pista; por mucho que a

Olivia le doliera reconocerlo, era el niño mimado. Otros recibían amonestaciones y sanciones por las cosas que él hacía. Puede que por eso se viera a sí mismo como alguien intocable. No obstante, a Olivia le causaba una horrible sensación ver que él se concebía a sí mismo de esa forma, porque innumerables veces había visto cómo esa ceguera hacía trastabillar a los mejores. Para pelear y salir airoso había que ser consciente del peligro.

—Debería cenar con mi madre esta noche y proponérselo. Empezar mañana mismo —propuso ella en un momento de lucidez.

—Pues respira hondo, porque seguramente te propondrá el tema de trabajar en la escudería.

—Y, mira, por una vez estaré de acuerdo con ella —observó—, solo que, en vez del coche, le administraré combustible al equipo a través del estómago.

—Vaya metáfora más bonita te ha salido en un momento muy poco oportuno —contestó él de manera risueña.

—Ya sabes lo que pienso.

—Lo sé, Liv. Y ella también, pero a veces pensamos que escogiste el camino fácil, no el que realmente te apasionaba. Según me ha contado un pajarito, eras una niña muy competitiva en los *kartings* y ganabas todas las carreras.

Olivia se puso a la defensiva al escucharlo.

—Eso es decisión y problema mío.

Él asintió calmado. No había discutido con ella nunca por eso y ese no iba a ser el día.

—No lo dudo, pero tampoco lo has negado. —Robert suspiró y se separó de su amiga—. De todas formas, tenemos muchos problemas ahora mismo. Eso es mejor que lo pienses en un momento de tranquilidad, sin ser Holmes, al menos.

Intentó bromear para no discutir. Olivia lo conocía bien como para saber cuándo Robert no quería entrar en temas peliagudos. En ese momento, se lo agradeció internamente.

—Vale, a ver… Voy a mandarle ese mensaje a mi madre.

Escribió, borró, volvió a escribir… releyó… y terminó mandando algo que no le convencía, pero era todo lo que tenía en ese momento.

Hola, ¿podemos vernos para cenar? Creo que
tenemos mucho de que hablar…

De inmediato el mensaje se puso en visto y su madre comenzó a escribir al otro lado:

Claro, me apetece. Pero tendrá que ser en el *motorhome*, estoy hasta arriba, ¿te importa?

Olivia suspiró al leer el mensaje. La realidad era que no le importaba, pero le hacía recordar todo lo que había dado su madre por aquel equipo.

—¿Todo bien? —preguntó Robert, que se había sentado ahora él en el sofá esperando a que ella le confirmara el plan de la noche.

Olivia asintió y retomó la escritura.

Perfecto, llevo comida. Así verás mis artes culinarias.

Por descontado, aquello iba con segundas y, para su sorpresa, no se arrepintió en absoluto. Su madre volvió a contestarle a los pocos segundos.

No esperaba menos de ti.

Olivia puso los ojos en blanco y le enseñó la conversación a Robert, que esperaba expectante. Este se carcajeó.

—No podrás decir que no es tu madre. Hasta cuando tenéis el cuchillo en la mano sois igualitas.

Seguramente Robert llevaba razón, pero pensaba ignorar el comentario. Antes de irse, quería sacar otro tema que había olvidado por completo.

—Robert, gracias por desmentir lo de las fotos.

Él agitó la mano en señal de «no tiene importancia».

—Lo he hecho más por mí que por ti. Ya había llamado a mi representante la marca para saber si era cierto… A veces me ponen de los nervios. Que se jodan.

Aun así, Olivia se lo agradecía sinceramente. El día que Robert apareciera con pareja no quería imaginar el revuelo que eso causaría. Tanto en anunciantes como en redes. Esa pobre persona iba a estar entre el amor y el odio constante. Gente que la amaría y gente que le pondría una diana en el pecho.

—Por cierto, yo tenía que cenar hoy con mi *manager*. Menos

mal que me los has recordado —dijo echándose las manos a la cabeza—. Tengo que ducharme. No me importa si quieres quedarte, estás en tu *suite* —dijo picarón.

Y esa fue justo la señal que necesitaba Olivia para marcharse de allí y volver hacia su habitación antes de ir a por la comida y cenar junto a su madre.

No le apetecía en absoluto. Mientras caminaba, recordaba las cenas de su madre junto a Óscar las noches de fin de semana de gran premio. Ahora que él ya no estaba, la dura realidad era que Silvia la necesitaba a su lado o, en cualquier momento, sin previo aviso, se derrumbaría por culpa de la pena y el dolor de perder a su mejor amigo. Por muy fría que Silvia pareciera.

Y ella se negaba a presenciar por segunda vez a su madre en un pozo, sin poder salir, como sí había podido hacer antaño gracias a Óscar.

Capítulo 13

15 años atrás…

Nunca pensé que en algún momento de mi vida dejaría de amar con pasión este deporte. Puede que, en algún instante fugaz, imaginara un escenario en que estaría cansado y le daría prioridad a otras cosas en mi vida. Como a la familia… Pero jamás que dejara de apasionarme subirme a un monoplaza y que la adrenalina recorriera cada poro de mi oscura piel. Pero así era, por extraño que me pareciese. Mi mujer apenas había comenzado su carrera como ingeniera en esta misma escudería, y no es que yo la considerase la persona más talentosa del sector, es que realmente lo era. Le esperaban grandes cosas, estaba completamente seguro de ello.

Ella tenía una ilusión que a mí se me estaba escapando y, por desgracia, eso creaba una brecha cada vez más grande en nuestra relación. La separación por los diferentes puntos de vista que teníamos cada uno en nuestro trabajo era palpable. A ella no le importaba que las cámaras nos siguieran, mientras que yo era extremadamente cauto con mi privacidad.

Ese día teníamos carrera. Me había despertado en el hotel junto a Olivia y Silvia. La primera llevaba despierta desde las cinco de la mañana, intentaba no hacer ruido para no despertarme, pero cualquier ruido me ponía alerta y ya era imposible conciliar el sueño. Mi alarma sonaba una hora más tarde, pero no me importó levantarme y acurrucarme junto a mi hija en el sofá de la *suite*.

—Lo siento, no quería despertarte… —repuso ella con voz apenada.

—Ya estaba despierto, no te preocupes. —No era verdad, pero no quería hacerla sentir mal. Parecía alicaída.

Ella afirmó con la cabeza y se acurrucó más aún junto a mí.

—¿Te pasa algo, Liv?

Mi pequeña parecía ansiosa, pocas veces la había visto así. Era una chica muy risueña y con gran sentido del humor.

—He tenido una pesadilla.

—¿Y qué pasaba en ella? —le pregunté susurrando para no despertar a Silvia, mi mujer, que sí que tenía muy mal despertar, sobre todo si no descansaba bien durante la noche.

Olivia se lo pensó dos veces antes de responderme, y con una voz ahogada se sinceró por fin:

—Tenías un accidente en la carrera y… no salías del coche. Intentaban sacarte, pero no podías escapar. Estabas atrapado.

Más me hubiese valido no haber preguntado.

El himno de Reino Unido sonaba de manera estridente. Las carreras en casa siempre me gustaban y me traían buenos recuerdos. La afición era absolutamente maravillosa. Se volcaban tanto en nosotros que era imposible que el calor de las gradas no te llegase. La Fórmula 1 era un deporte europeo, pero, a mi parecer, los ingleses estábamos mucho más volcados que cualquier otro país. Miré a mi joven compañero de equipo, que estaba ensimismado, y fui repasando uno a uno mis contrincantes. Ese año, Harold, el alemán, y Armando, el nuevo y jovencísimo piloto español, estaban muy fuertes. Sin embargo, les haría falta algo más de velocidad y buena estrategia si querían ganarme. Aunque aún quedaba mucha temporada, si no bajaba la guardia era fácil volver a conseguir otro campeonato. O al menos así lo veía yo.

De hecho, en aquel momento no salía primero. El día anterior de clasificación tuve un problema en el último momento con el suelo del coche y no pude hacer el último tiempo para mejorar. Así pues, salía en tercera posición. Por detrás de esos dos pilotos y delante de mi compañero de equipo. En ese sentido estaba tranquilo, no pensé en ningún momento que me podía causar ningún daño y, entre los dos, podríamos ganar el mayor número de puntos posible para el equipo.

Una vez terminada la parafernalia, volvimos a la parrilla de salida, cada uno al lado de sus coches. Mi ingeniero estaba dándome las últimas instrucciones y, aunque yo intentaba prestarle la mayor atención, estaba más centrado pensando en cómo superar las dos primeras curvas en vez de en gestionar los neumáticos como

él me estaba pidiendo.

Para mí la salida era muy importante, pues cualquier mínimo roce puede echarte fuera de la pista, y eso era algo que no estaba dispuesto a tolerar. No cuando corría en casa, con mis amigos y familia cerca, apoyándome. No cuando mis paisanos estaban arropándome y gritando hasta dejarse la garganta.

Nos montamos todos en nuestros coches e hicimos la vuelta de reconocimiento rutinaria. Todo iba bien, sentía el coche de manera excepcional. Al terminar, cada uno nos colocamos en nuestro casillero de salida y esperamos a que el vehículo de seguridad diera el *ok*.

A continuación, el semáforo que estaba apagado se puso en rojo. Noté mi respiración acelerada. Estaba completamente concentrado para reaccionar lo más rápido posible en cuánto el semáforo se apagara de nuevo.

3, 2, 1…

Apreté el acelerador y salí con mejor tracción que Harold, que estaba en segunda posición. En la recta ya me había quedado con su lugar y estaba dispuesto a rebasar a Armando en la curva, a pesar de que él había salido también muy bien. En ese momento, mi ingeniero me habló por radio.

—Nigel, bandera amarilla. Dos coches se han quedado clavados en la salida. Aparecerá el coche de seguridad delante de vosotros a la siguiente vuelta, precaución. Precaución —reiteró.

El coche surgió de repente. Eso significaba que no podíamos competir y debíamos estar uno detrás de otro a una velocidad controlada y sin adelantarnos hasta que hubiesen retirado ambos coches.

—¿Van a tardar mucho? —pregunté, preocupado porque los neumáticos se enfriasen.

—No creo que sea más de una vuelta. Van rápido —me resolvió mi ingeniero de pista.

En cuanto el de seguridad se fuera, Armando tendría la potestad para empezar la carrera y dar un tirón. Yo debía de estar preparado para ese momento, que no me pillara desprevenido para poder sacar segundos muy valiosos de ventaja que iban a ser claves si quería ganar la carrera. Miré por los retrovisores. Detrás de mí se encontraba mi compañero de equipo, que también había

aprovechado la mala salida de Harold para adelantarlo sin problemas. Éramos dos contra uno. Zed Rush contra Stallaro. Incluso si nos quedábamos así, nuestros dos coches puntuarían más que los suyos, pero quedaba mucha carrera y yo no quería quedarme segundo. Si ese año iba a ser el de mi retirada, tenía que ser por la puerta grande, ganando todas las carreras posibles.

Aunque de vuelta a la carrera, Armando, de forma muy inteligente, había decidido empujar el coche para que no lo rebasara: hasta él mismo sabía que con mi velocidad era cuestión de tiempo que me situara en primer puesto.

Escuchaba como la afición coreaba mi nombre, incluso con estos coches tan rápidos y ruidosos podía sentirlo. Enseñé a mi contrincante el morro en la siguiente curva, sin éxito, ya que me cerró condenadamente bien.

Tuve que desacelerar un poco para evitar que su alerón diera con la parte delantera de mi coche. Decidí hacerle un exterior. Si salía mejor de la próxima curva rápida, en la siguiente sería fácil de adelantar. Mi ritmo era superior y estar ahí detrás solo me perjudicaba y me hacía perder tiempo. Harold y mi compañero empezaban también a seguir mis ritmos.

Giré a la derecha y seguidamente a la izquierda, el coche traccionó de maravilla y salí de la curva con más velocidad dejando a Armando detrás de mí.

Vi por una de las pantallas como la gente se levantaba celebrando el adelantamiento. Aquello sí que era adrenalina pura. Una que… yo ya no sentía igual. Había estado dándole vueltas todo el fin de semana y pensaba que en la carrera todo cambiaría. A pesar de ello, era yo el que estaba cambiando. Me gustaba esto, pero no me apasionaba. Al menos no como antes. Y quería aplicarme lo que le decía a mi hija cada día: «Haz las cosas con pasión o no las hagas, porque a medias puede ser una pérdida de tiempo».

Mientras el sudor me caía por la cara, suspiré pensando en esa frase. Todavía me quedaba este campeonato por ganar, y la realidad era que quería irme como el mejor. Así que seguiría dándolo todo.

Unas siete vueltas después, observé por el retrovisor como mi compañero también había lograda adelantar a Armando. Por la radio, mi ingeniero me alentaba a mantener el ritmo, pero también

a cuidar el desgaste de los neumáticos, porque aún quedaban unas vueltas para realizar la primera parada. El coche comenzaba a sentirse ligero debido a la falta de combustible también.

Conforme pasaban las vueltas me percaté de que mi compañero se acercaba más y más a mí. Parecía que tenía ritmo, pero yo me guardaba unas centésimas.

—Nigel, déjalo pasar —me pidió mi ingeniero por la radio.

—Estás de broma.

—No, tiene más ritmo.

—De eso nada, sabes que me estoy guardando tiempo porque me has pedido antes de comenzar que cuide neumáticos. ¿Él los está cuidando?

Se hizo el silencio en la radio.

—Déjalo pasar, por favor.

Esta vez, fui yo el que no contestó. No iba a dejarle pasar, no tenía ninguna clase de sentido. Si quería ganar él esta carrera, debería adelantarme como cualquier otro contrincante, y si el equipo nos dejaba pelear en pista… entonces eso haría.

El riesgo para la escudería iba a ser muy alto, sus dos coches podían irse al traste. Pero yo no iba a ceder.

Pasaron un par de vueltas más y mi sorpresa llegó cuando mi compañero entró antes que yo a hacer la parada en el *pit*.

Esto no era lo normal, por supuesto. Lo habitual era que el piloto de tu escudería que iba delante entrara antes. ¿Por qué? La consecuencia de que entre el que va justo detrás hace que tenga cierta ventaja. Una maniobra que se conoce como *undercut*. El piloto que iba detrás, ahora salía con ruedas nuevas, mientras yo aún seguía con los neumáticos antiguos. Eso hacía que él fuese más rápido y me recortara segundos, pudiendo adelantarme fuera de pista y compitiendo coche con coche.

—¿Por qué cojones lo habéis metido a él antes? —vociferé a mi ingeniero.

—Lo discutimos después de la carrera.

—Lo haremos —respondí yo de manera tajante.

Entré un par de vueltas más tarde que mi compañero y cuando salí del *pit*, tuve que hacerlo detrás de él. La rabia que sentía era descomunal. Se me había olvidado por completo todo lo demás. Estaba ciego de ira. Así que comencé a apretar, iba a enseñarle al

novato cómo se pilotaba limpio y sin jugarretas. A él y a parte del equipo que parecía que, por alguna razón, estaba en mi contra en aquella carrera. La de mi casa.

Conduje bien, y me acercaba de manera paulatina a mi compañero de equipo. Solo quedaban dos vueltas para final, así que, si quería colocarme primero, debía ser más pronto que tarde. Lo tenía muy cerca.

Empujé el coche para intentar pasarlo por el interior. Aunque sabía que no iba a conseguirlo en ese momento, podía enseñarle el coche y hacer que cometiera algún error, como pasarse de frenada o salirse.

No obstante, hizo algo mucho peor. Ya en la última vuelta, cuando iba a adelantarle al final de la recta por la izquierda, él cerró por la derecha creyendo que iría por ahí. Sin embargo, cuando vio mi coche por el otro lado, cambió la maldita trayectoria, haciendo que mi coche chocara y diera una vuelta sobre sí mismo hasta salir de la pista. No lo vi venir. Aquello fue una jugada rastrera. En ese momento no pude pensar, ni siquiera escuché los gritos de los aficionados esta vez. Solo pensaba echar la cabeza para atrás, para intentar sufrir lo menos posible en el accidente. Pensé en Olivia y en mi mujer. Pensé en sus palabras aquella misma mañana.

Cerré los ojos y, por vez primera, deseé no haberme enfrentado ni a él ni al equipo.

Capítulo 14

En la actualidad

Silvia se encontraba frente a uno de los ordenadores del *motorhome* de su equipo. Seguramente, habría pasado allí toda la tarde, incluso después de que los miembros de su equipo se fuesen a descansar y a disfrutar de su tiempo libre antes de la cena.

Olivia carraspeó para hacerle ver que había llegado, ya que Silvia estaba con unos cascos enormes mirando ensimismada a la pantalla. Obviamente, aquello no funcionó y decidió ponerse frente a ella con la bolsa de comida delante.

—¿Te pillo en mal momento? —preguntó ella conforme su madre se quitaba los cascos.

—No, no. Habíamos quedado, te estaba esperando. Acabo de tener un *briefing* con el equipo. Poniendo a Jackson al día también… —Miró a Olivia y negó con la cabeza—. Perdona, es que aún estoy pensando en la reunión.

La piel de su madre, a diferencia de la suya, era tan blanca que los fluorescentes del habitáculo le propiciaban un aire fantasmal, haciendo que se pronunciara más la oscuridad de sus ojeras.

—Nadie lo diría. —Intento no sonar malintencionada, pero no lo consiguió—. Si quieres nos quedamos aquí, no nos hace falta mucho espacio.

Silvia asintió brevemente, mostrándose de acuerdo con la idea.

—Vaya, tiene buena pinta —dijo con tono de sorpresa cuando Olivia comenzó a sacar los envases de cartón.

—Espero que te guste. —Lo deseaba de verdad.

Había hecho arroz con pollo al curry. El toque a manzana y mango le daba un sabor maravilloso y diferente a la salsa. Era de los platos que más le gustaba hacer.

Silvia se llevó un trozo a la boca y sus ojos vibraron de gusto. Se relamió y asintió como si necesitara aprobar la comida que su hija le había cocinado. Así que Olivia no lo pensó más y se atrevió a pedirle formar parte del *catering* particular de su equipo. Dio la justificación más creíble que imaginó: la de pasar más tiempo juntas.

—Bueno, esa era mi idea inicial… Por eso te invité al avión y quise que estuvieras con nosotros… —Paró en seco dándose cuenta de lo que había significado haberla arrastrado hacia allí. Sin embargo, Silvia no pedía perdón—. Así que dime, ¿qué te ha hecho cambiar de opinión tan radicalmente?

Olivia levantó la mano en señal de no querer escuchar una palabra más.

—Déjalo ahí, mamá, que íbamos muy bien —dijo resoplando—. No voy a hacerme ingeniera, te estoy diciendo que me gustaría probar la dinámica con el equipo. Es menos gente y podemos vernos más a menudo.

Para su sorpresa, Silvia la creyó sin ningún tipo de reparo y, mientras la veía devorar, decidió que era el momento de entablar conversaciones que habían quedado en el aire, ahora que este no parecía tan cortante.

—Me interrogaron ayer los inspectores. —Su madre levantó la mirada e hizo una expresión con las cejas que decía estar esperando más información—. Me dijeron que le habías pedido que no se mencionara mi identidad… Gracias.

Silvia tragó un trocito de pollo y contestó con frialdad.

—No podía engañarlos. Tarde o temprano adivinarían tu nombre completo si iban a interrogarte y pedir información sobre ti…, pero al menos podía intentarlo —explicó—. No es que esté de acuerdo con lo que has decidido, Olivia, pero te sigo respetando y soy tu madre. Mi deber es protegerte.

A Olivia se le hizo un nudo en la garganta, y supo que no era por la comida. En sus palabras no había rastro de cariño, más bien parecía que lo que Silvia le decía era más una obligación y, sin embargo, le habían calado hondo. Hacía mucho tiempo que no escuchaba palabras amables por parte de su progenitora, e incluso ahora parecían irreales. Desde la muerte de su padre, no había indicios de que volvieran a ser las de antes, y, con total seguridad,

puede que nunca lo fueran, pero ahora podía vislumbrar una salida más placentera a la que habían estado teniendo. En todo caso, solo pudo asentir a las palabras que le había dedicado.

—¿Actuaron bien? —preguntó—. Conmigo fueron bastante amables, pero… hay algo que no cuentan. Creo que en cuanto la autopsia salga, en una semana más o menos, nos dirán algo que no nos gustará escuchar.

Olivia se debatía entre decirle lo que sabía y lo que los inspectores le habían pedido. Pero, de nuevo, no quería estresarla más de lo que ya estaba. Las ojeras de su madre eran dos barcas moradas debajo de sus ojos que durante todo el día había disimulado muy bien con sus gafas de sol. Sin embargo, a la caída de la noche y con los horribles fluorescentes en sus cabezas, era imposible conseguir camuflarlas.

—Sí, fueron… —Intentó buscar una palabra para ocultar lo que realmente había ocurrido—… comprensivos. Me pidieron que les contara mi historia con Óscar y cuál era nuestra relación…, poco más —terminó diciendo—. La verdad es que no fueron muy duros conmigo. Supongo que en estos casos van con cierto tacto. Aunque preferiría que fueran completamente sinceros con la información que tienen.

Silvia parecía estar a punto de echarse a llorar mientras la escuchaba. Era digno de ver: mantenía la postura regia y su mirada penetrante y, aun así, sus ojos centelleaban.

—Se hace raro, ¿verdad? Pensar que no lo vamos a volver a ver más.

Olivia la vio vulnerable por primera vez en mucho tiempo y tomó su mano izquierda, la que no sostenía el cubierto, para estrechársela.

—Es muy extraño y tardaremos en acostumbrarnos. Sobre todo tú, mamá. Pero ¿sabes qué? En peores circunstancias nos hemos visto. Ahora sabemos que podemos superarlo.

Silvia asintió a su hija y carraspeó avergonzada por su comportamiento. Olivia la conocía muy bien y ya imaginaba que se estaba arrepintiendo por mostrar un vestigio de fragilidad.

—Por cierto, cambiando un poco de tema —dijo en tono bromista—. ¿Por qué Johnson es tan imbécil?

—¡Olivia!

—Es cierto, es imbécil. No para de llegarme el rumor de que no soporta a Michel. ¿Sabes algo? Y, por otro lado, está la prensa con los comentarios de ese Huber. Le dan más voz aún de la que debe tener.

Silvia volvió a meterse una cucharada en la boca antes de contestar. Sabía algo; en su mirada Olivia pudo ver como su madre encontraba las palabras correctas para contarle en confidencia la información que tenía en sus manos.

—Bueno, a ver. Por el amor de Dios, ¡sé discreta!

—Siempre lo soy, por eso no digo que soy tu hija. Creo que es un buen punto a mi favor para que me cuentes cualquier chismorreo.

¿Estaba pidiéndole cotilleos del *paddock* a su madre? Esa noche iba a ser rememorada por los siglos.

Los ojos de su madre se pusieron en blanco.

—Lo sé, pero Michel es tu amigo desde hace años, no puedes ir a contarle todo esto. Su moral puede caer por los suelos si se entera, y ni siquiera sé cuánto hay de verdad. Es un rumor, y ya sabes que los pilotos intentan ignorar por completo todo lo que no les llega de primera mano. Sus representantes ya se encargarán de solucionarlo si realmente es algo que necesita ser arreglado. —Silvia rebañó el plato y bebió un poco de agua de su botella, que ya estaba prácticamente vacía—. Tengo algún que otro amigo en Zed Rush, ya sabes, por los viejos tiempos. Al final, nos conocemos todos y allí hemos pasado bastante tiempo.

Olivia lo recordaba, por supuesto. En parte, eso era lo que Johnson tenía contra Silvia. Ella podía tener años de información de ese equipo y, seguramente, para él, ese era el principal motivo por el que estaban ganándole. Ni se planteaba que fuera un tema de talento.

—La cuestión es que ya ha escuchado varias veces quejarse de «lo mal que corre ese latino» y decir que está ahí solo por sus patrocinadores…

—¿Y es cierto? —preguntó Olivia con suma preocupación.

—En absoluto. —Silvia negó con la cabeza—. Bueno, por supuesto que hay que tener patrocinadores a la altura para firmar un contrato decente, pero Michel está ahí por su talento y la increíble temporada que hizo el año anterior. La cuestión… —

comenzó a decir ahora en voz mucho más baja y acercándose a su hija—… es que Johnson está dispuesto a lo que sea para que su caballo ganador —se refería a Mark, por supuesto— sea el que está al frente de todo. Así que, si hay mejoras, las tiene primero él, pero si quieren probar cosas nuevas que no saben si funcionarán, las prueba Michel. Súmale que es el primer año de Mendoza y que su actual coche no tiene nada que ver con el anterior. El coche de Mark es perfecto para él. Para colmo no ha ayudado la salida de pista de Michel en los primeros entrenamientos… así que si mezclas un poco de allí y de allá…

—Le dejas en evidencia ante la prensa.

—Y ante todos. Puedes hacer que parezca un mal piloto —concluyó su madre con tristeza.

—Es horrible… —susurró con pesar—. Pero ¿por qué Mark?

—Cariño, sé que tienes una edad, pero déjame recordarte que a veces la gente es una racista de mierda. Y Johnson lo es. No voy a mentirte. Lo he visto despotricar de cualquiera que no tenga los ojos azules y sea rubio… Es un Hitler andante —argumentó con un suspiro de cansancio por el tema—. No voy a hablar de Huber, es igual o peor. Como Wilkinson, el de la Federación. Y si quieres la verdad, estoy segura de que todo viene a que Mark es el hijo de un gran amigo suyo, así que creo que de ahí radica todo. Este tema no es nuevo, Olivia.

—Me parece ridículo. Esto parece un patio de colegio. ¿Es que ahora se lleva acosar a tus propios pilotos? O peor —respondió ella con indignación y cruzándose de brazos. Silvia asintió de acuerdo con su hija.

—¿Sabes otra cosa? —preguntó su madre con una sonrisa. Ella negó esperando la contestación—. Óscar hubiese estado muy orgulloso de nosotras por esta pequeña reunión. Así que solo por eso, deberíamos brindar.

—¿Hay champán?

—Claro que sí, en la pequeña nevera de la sala de descanso. Solo lo tomamos con los buenos resultados, pero soy la jefa. Así que yo digo lo que es un buen tanto para celebrar.

Obediente, Olivia fue a coger la botella para llevarla a la sala y brindar junto a ella. Parecían dos amigas confidentes que hacía años que no se encontraban, y en parte así era. Justo en el momento en

el que las copas de cristal chocaron, a su mente llegaron unas imágenes muy parecidas, pero en el *jet* en el que habían estado días atrás. Recordó cómo brindaba con Silvia y el resto del equipo celebrando la victoria del fin de semana. Acto seguido, la imagen de Óscar sonriéndole y dándole un pequeño empujón en su mano para hacerle ver que estaba allí con ella, ayudándola en su terror a volar. Los gritos de su madre resonaron de nuevo en su cabeza. Una y otra vez.

Olivia cayó al suelo de rodillas y se tapó las manos con las orejas. Silvia dejó la copa en la mesa y se agachó junto a ella.

—¡Olivia! ¿Qué te pasa? ¡Olivia, por favor, me estás asustando!

El nombre de Óscar salía de sus labios y, de un momento a otro, se percató que la estancia se tornaba en negro y en sus oídos sonaba un timbre infernal unido a los gritos de la jefa de equipo.

Se dejó llevar sabiendo que no podía hacer más por ella misma.

Se despertó en una camilla. Estaba en el camión de primeros auxilios del circuito. En cuanto abrió los ojos, su madre la abrazó.

—Qué susto me has dado.

—¿Qué ha ocurrido?

Silvia no supo responder.

—No te preocupes, te has desmayado. Por lo que veo está todo en orden, me ha dicho la señora Díaz que llevas unos días de mucho estrés. Seguramente haya sido eso —le explicó una mujer desconocida en su lugar—. ¿Duermes bien? —Era alta y llevaba puesto el uniforme de la ambulancia.

No. No dormía nada bien. Apenas podía pegar ojo. El café americano que tomaba de forma continuada no era de gran ayuda tampoco.

—No mucho, la verdad.

La mujer asintió y le dio un papelito.

—Aquí no tenemos, pero te recomiendo ir a la farmacia y pedir estas pastillas. Te ayudarán a conciliar el sueño. Con una media hora antes de dormir será perfecto.

Olivia asintió y comprobó que podía incorporarse sin problemas. Silvia le ayudó a bajarse de la camilla y juntas decidieron ir primero a una farmacia de guardia y por último al hotel.

—Olivia, antes de desmayarte parecías fuera de ti… —le contó entonces con angustia—. Creo que tienes estrés postraumático. ¿Has

pensado ver a un psicólogo? Los inspectores me dijeron que en estos casos podíamos solicitar uno sin problemas.

—Sí, lo haré en cuanto pase esta locura de fin de semana.

Lo dijo convencida, pero realmente no tenía la seguridad de atreverse hacerlo. Ni siquiera podía pensar en subirse a un avión y temblaba imaginando cómo lo haría el lunes para seguir con el siguiente gran premio en otra ciudad.

Se despidieron en el ascensor. Ella le prometió que mañana mismo empezaba el *catering* en su box y, aunque Silvia fue reticente dado a lo que acaba de ocurrir, pudo convencerla sin mucho esfuerzo. Olivia estaba en una planta bastante más baja, así que la dejó seguir en el ascensor y ella salió y recorrió el interminable pasillo. Cuando llegó a su habitación, no podía creer lo exhausta que se sentía. Cerró la puerta y tiró la chaqueta un tanto asqueada. Nunca había pensado en fumar, pero por un momento creyó que la nicotina le podría ayudar con el estrés que iba acumulando en su cuerpo y que empezaba a hacer mella.

Entonces, su móvil volvió a sonar y, al revisarlo, su corazón comenzó a latir tan fuerte que su pecho no podía retenerlo.

—Otra vez no… por favor —dijo en voz alta.

El número era el mismo y, debajo del anterior mensaje, ahora se podía leer:

> No puedes protegerla, caerá igual que él.

Y el horror volvió de nuevo a ella. Como una sombra detrás de las cortinas acechando, esperando a que estuviese cómoda para atacar.

Capítulo 15

Sábado

Esa mañana se despertó atontada. La noche solía jugarle malas pasadas y, al salir el sol, solo deseaba volverse a dormir. Lo cierto es que parecía que aún no había amanecido porque todo parecía oscuro. Miró el reloj de la mesita del hotel: las seis de la mañana. Eran horas intempestivas y el amanecer en junio no llegaba hasta media hora más tarde. Así que tomó su móvil en un acto automático y comenzó a leer las noticias que había del gran premio a modo de evasión durante unos minutos antes de comenzar el día. Por desgracia, al poco de curiosear redes sociales y distintos medios se topó con un artículo en el que el titular no le gustó en absoluto.

Lo de Stewart fue una gran pérdida,
pero beneficioso para la Fórmula 1

Notó como la sangre le hervía y se metió en la noticia. En ella le preguntaban a Barnett, uno de los cargos de la Federación, por la seguridad de los pilotos en un fin de semana tan lluvioso.

> «Nunca este deporte fue tan seguro ni tan aclamado. No vamos a cancelarlo ni por la lluvia ni por los recientes acontecimientos. El último accidente mortal fue el de Nigel Stewart, y fue una gran pérdida, pero también fue beneficioso para la Fórmula 1. No solamente por la seguridad que empezó a implementarse, sino también porque todo el mundo hablaba de este deporte debido a su accidente. Más gente nos veía en la pequeña pantalla. Fue asombroso».

—Será gilipollas… —dijo en voz alta Olivia, aún desde su cama. Eran inconcebibles las declaraciones que estaba haciendo. Como si la muerte de su padre hubiese sido una suerte para él, y para el deporte que más amaba.

En ese momento, alguien comenzó a golpear la puerta de la habitación. Olivia se incorporó, pero no se levantó a abrir, aún adormilada y sin entender quién podía necesitarla a esa hora. Pero unos segundos después, los toques en la puerta se tornaron insistentes y una voz salió de detrás:

—¿Olivia? Soy la inspectora Rodríguez.

Reconocía la voz. Se puso corriendo la sudadera al ver que el frío se había adueñado de la habitación.

—¡Voy! Un momento.

Quiso abrir las ventanas para ventilar, pero solo dejó una entornada ya que era inminente la lluvia que llevaban pronosticando toda la semana.

Se miró un momento al espejo e intentó peinarse un poco el pelo con las manos para mejorar un poco su aspecto, sin éxito por supuesto.

—Lo siento, ¿te he despertado?

—¿Usted qué cree? —replicó ella con ironía poniendo los brazos en jarra.

—¿Puedo pasar? Vengo por tu mensaje de anoche.

Casi lo había olvidado. Al acabar el interrogatorio —o más bien la encerrona—, la inspectora le había dado su teléfono por si recordaba algo de utilidad. La noche anterior, al ver el segundo mensaje de texto, entró en pánico y tomó la única decisión que le pareció coherente en días: avisar a la Policía de las amenazas que estaba recibiendo. Normalmente, en las películas de suspense, el protagonista rara vez da información a las fuerzas de seguridad, y a ella le daba rabia cada vez que lo veía, así que le parecía lo más razonable hacerlo.

—Sí, claro… No esperaba que viniera tan temprano, o pensé que al menos me avisaría antes.

—Te avisé… hace una hora —repuso la inspectora un poco culpable.

—Sabe que a las cinco de la mañana puede que no vean sus mensajes, ¿verdad?

La inspectora sonrió. La verdad era que podía haberlo visto en aquel rato que había estado recostada, pero no había abierto WhatsApp y las notificaciones las tenía silenciadas mientras dormía.

—Lo imaginaba, lo siento. Me pareció urgente… —Rodríguez se dio por invitada y mientras entraba fue inspeccionando la habitación. Olivia imaginó que estaría creando un buen perfil de su personalidad solo por cómo estaba ordenada o lo que tenía en su habitación de hotel. O al menos, eso era lo que creía después de haber leído unos centenares de libros de misterio—. ¿Puedo sentarme? —Señaló el sillón que había en la esquina. Estaba despejado y, por suerte, todo lo demás moderadamente ordenado.

Olivia convino que era el mejor sitio y ella se sentó en la cama desecha.

—¿Puedo verlo?

Se levantó casi al mismo tiempo que había plantado su culo en la cama y fue hacia la mesita de noche a por el móvil. Se lo tendió a la inspectora, que la miraba con ansiedad y decidió sentarse al pie de la cama, más cerca de su acompañante.

Intentó estudiar la cara de Rodríguez, pero sus años de experiencia fingiendo inexpresividad ganaban a su nula formación como detective.

—Por desgracia, no creo que vayamos a llegar a ningún lado con esto. Pero me apunto el número. Suelen llevar a tarjetas prepago sin vínculo alguno. Lo tienen bastante bien controlado.

Olivia accedió sin reparos. La inspectora suspiró.

—¿Y el inspector? No me malinterprete, la verdad es que usted me cae muchísimo mejor, pero la curiosidad me puede —preguntó sin pelos en la lengua.

—Tutéame, por favor. Valeria.

—¿Puedes decirme lo que está ocurriendo, Valeria?

—La realidad es que no puedo. Pero fue cosa mía meterte en esto por una idea loca que tuve, así que creo que tengo la responsabilidad de contarte, hasta donde puedo, lo que está pasando.

—Dime —ordenó, aunque a Valeria no le gustó cómo de imperativo había sonado—. Fue un asesinato, ¿verdad? ¿Qué ha dicho la autopsia?

La inspectora la miró recelosa. Se acercó más a ella.

—En nuestro primer interrogatorio no quise insistir. No creo que fuese necesario y, a mi parecer, seguías en *shock*. Pero ahora tengo que preguntártelo: ¿en qué momento despertaste durante el vuelo?

Olivia hizo un ejercicio de reflexión. Le costaba mucho volver a aquellos instantes. Rememorar en qué momento se había despertado era un suplicio. Su mente no le dejaba acceder a ese momento.

—No podría asegurártelo… —contestó apesadumbrada.

—Hay algo que comentaron los demás pasajeros. Hubo un momento en que el avión descendió de manera muy brusca.

Conforme la inspectora hablaba, las imágenes venían a su memoria. Los gritos, las mascarillas de oxígeno cayendo desde arriba. La mano de Óscar sosteniendo la suya. El champán caído sobre la moqueta del avión. Los gritos… el insoportable zumbido de sus oídos.

—¿Lo recuerdas? —insistió la inspectora sacándola de su trance.

Su corazón parecía querer escapar del pecho cuando las imágenes volvían, y hacía unas pocas horas que se había desmayado simplemente por recordar el trauma. Decidió asentir con la cabeza lentamente para confirmar lo que decía la inspectora.

—¿Qué es exactamente lo que recuerdas?

—El avión descendió de manera brusca, sí… El comandante dijo que era debido a corrientes de aire o algo parecido. Todos estábamos muy asustados.

—¿Saltaron las máscaras de oxígeno?

Olivia asintió.

—¿Te la pusiste?

—No. No me hizo falta, creo —dijo intentando recordar los *flashes*—. Fue un susto horrible…, pero eso sí lo sé —confirmó segura—. No me la puse, me agobian más que ayudarme.

La inspectora Rodríguez se reclinó hacia atrás pensativa. La inspeccionó de arriba a abajo intentando averiguar si Olivia decía la verdad o había algo que se le escapaba. Ella podía ver como sus ojos la traspasaban, analizándola.

—¿Qué tiene que ver eso con los mensajes que he recibido?

La inspectora negó con la cabeza.

—Nada. Solo aprovechaba que me habías llamado con lo del mensaje para comprobar si habías podido recordar algo. Aunque no

lo creas, lo que me cuentas es valioso. ¿Recuerdas si alguien sí se la puso?

Olivia intentó acceder a sus recuerdos, pero, antes, ella también quería sacar algo en claro de todo aquello. Debía de ser importante tanta insistencia por parte de Valeria.

—No lo sé, ¿debería? Estoy aterrorizada por los mensajes que recibo y la inspectora de Policía se presenta en mi habitación a horas intempestivas. Que, la verdad —hizo un inciso—, se lo agradezco. Pero ahora me da la tonta sensación de que vuelven a interrogarme con algo que nada tiene que ver con lo que mi problema real y, como le dije, me cuesta recordar.

La inspectora se cruzó de brazos a la defensiva. Intentó que no se le notara que le molestaba el comportamiento de Olivia y la miró fijamente en silencio antes de contestarle.

—Te he dicho que intentaremos hacer todo lo que esté en nuestra mano con ese mensaje. Para nosotros es importante para la investigación, no te creas. Pero te pedimos que nos contaras todo lo posible. Estás en una situación peliaguda, Olivia, y si quieres que te descartemos como sospechosa definitivamente, todo lo que recuerdes ayudaría.

—¿Cómo puedo ser sospechosa? —preguntó alzando la voz inconscientemente y levantándose del suelo—. Estaba aterrorizada por subirme a ese avión, mi madre prácticamente me obligó, y, por si fuera poco, iba drogada con las pastillas. Estaba prácticamente incapacitada.

¿Acababa de decirle a una inspectora que iba bajo los efectos del clonazepam? De todas formas, ya no podía dar marcha atrás y la cara de Valeria era de fastidio al chascar su lengua. Aun así, Valeria le dio lo que pedía:

—No. Creo —hizo suficiente ahínco en esta palabra— que nadie más se la puso —repuso, intentando sonar pacífica. Al fin y al cabo, estaba con una agente, tenía que mantener la compostura en la medida de lo posible—. No recuerdo qué hacían las azafatas, creo que se pusieron el cinturón corriendo y pidieron que nosotros también. No sé si ellas se pondrían las mascarillas de oxígeno, no recuerdo que lo hicieran.

—Está bien, gracias —terminó diciendo la inspectora, aunque su postura no había vuelto a ser todo lo comprensiva y apaciguadora

que había sido al entrar.

La inspectora Rodríguez se dirigió hacia la puerta para marcharse. Olivia realmente quería recordar aquel momento, parecía muy importante para ella. Entonces se miró las manos y el *flashback* vino a su mente. La mano de Óscar encima de la suya. Alzó la mirada hacia su rostro. Su mente recordó algunos lapsos de tiempo.

—¡Espere! —le gritó a la inspectora justo cuando ella comenzaba a girar el pomo de la puerta—. Sí que se puso la mascarilla. —Era casi un grito ahogado, y un nudo se le formó en la garganta.

La inspectora se volvió y, esta vez, su mirada se había tornado misericordiosa. Como si ya supiera la respuesta y simplemente esperaba que Olivia fuese capaz de articularla.

—Óscar. Óscar se la puso; tenía asma.

Valeria asintió con la cabeza.

—Y eso le costó la vida —sentenció. Se dio la vuelta y salió de la habitación cerrando la puerta tras de sí y dejando a Olivia sola de nuevo.

¿La mascarilla le había matado? Entonces sus manos comenzaron a temblar y casi deseó ese cigarro que nunca había probado.

Ella había sido quien le había colocado la mascarilla a Óscar Campbell. Pero no estaba dispuesta a decírselo a la inspectora.

Después de todo, Olivia pudo haberle asesinado.

Capítulo 16

Mendoza se pone en cabeza con una vuelta impresionante. Le funcionan extraordinariamente los neumáticos blandos al mexicano. Parece mentira que ayer se chocara contra las protecciones. El equipo ha estado trabajando mucho para estar ahora mismo aquí con el coche de una pieza.

—¡Ni que lo digas, Tomás! Ha resurgido de sus cenizas. Aunque no está todo dicho, ahí va Armando, que, a pesar de ser el piloto con más edad de toda la parrilla, sigue haciendo magia con ese coche. ¡Ha hecho récord del segundo sector!

—Mark está dándolo todo también, ha mejorado su propio tiempo, pero me temo que no es suficiente para alcanzarles.

—¡Y éramos pocos, Tomás! De Castro viene como una exhalación, rompiendo el primer sector. Pero todo está en el último, tienen que aguantarle esas ruedas hasta el final de la vuelta.

—Está todo apretadísimo, Jorge, y esto son solo los terceros entrenamientos libres, ¿qué van a dejar para esta tarde?

—No tengo ni idea, pero el español Armando ha conseguido quedar primero, aunque a tan solo ¡0,035 milésimas de ventaja con Mendoza!

—Ya sabes lo que dicen, Jorge: si pestañeas te lo pierdes. Esto es la Fórmula 1 señoras y señores. El español Roberto de Castro se ha quedado también a centésimas de Mendoza con la tercera posición. Quedan dos minutos para el final de la carrera y entre los cuatro primeros coches hay tan solo dos décimas de diferencia. Mark Peeters, el actual campeón del mundo, no ha podido esta vez con su compañero.

—Tomás, hoy no hay en absoluto nada claro. Cualquiera puede hacer la *pole* en la clasificación para la carrera de mañana.

—Estoy tan nervioso que ni me apetece hacer el parón para comer, Jorge. Nada de esto servirá esta tarde si al final termina

lloviendo como pronostican. Todo podría cambiar. Qué ganas de que lleguen las tres de la tarde.

—Terminamos viendo las pruebas de arranque de los veinte pilotos en parrilla de salida y a ti te veo en un rato. No se lo pierdan, amantes del motor.

Los comentaristas habían terminado de retransmitir los últimos entrenamientos libres del fin de semana. Llevaban razón: la cosa estaba muy apretada, y eso lo hacía interesante. Cualquier aficionado estaría disfrutando de lo lindo, entre las condiciones climatológicas y la poca diferencia entre coches, el espectáculo estaba servido. Había dejado de llover y la pista estaba casi seca, por lo que no había sido necesario sacar los neumáticos de lluvia, pero seguramente sí que tendrían que llevarlos en la clasificación.

Había intentado concentrarse en el trabajo que tenía por delante durante la mañana. A pesar de esforzarse todo lo posible por cumplir sus propósitos, la sombra de la inspectora y sus palabras unas pocas horas atrás en la habitación del hotel lapidaban cualquier intento de focalizarse en lo que estaba haciendo. Había recordado cómo le ponía la mascarilla a Óscar y esa imagen era un bucle constante.

Olivia estaba en el box del Astorian. Todos llevaban cascos y ella había estado preparando esa mañana la comida para el almuerzo de las setenta personas que tenía apuntadas. Junto con un par de hombres extremadamente amables —aunque algo estresados— de unos cuarenta y pocos que ya trabajaban para el equipo en cocinas, había podido sacarlo adelante sin problemas. Silvia los había presentado horas antes y les anunció que seguramente ella se encargaría de la comida de los pilotos a partir del siguiente gran premio. Eso la ilusionó bastante más de lo que creía, porque así no tendría que estar preparando platos de manera automática y podría entregarse algo más a la cocina para el alto rendimiento de los profesionales.

Su madre miraba expectante las pantallas y, en cuanto Armando se colocó el primero, todo el equipo lo celebró como si fuese la victoria del domingo. Algunos vips habían sido invitados por el equipo: un joven *streamer* famosísimo, un futbolista de primera y una cantante catalana reconocida mundialmente. Aquello era una locura. No sabía qué iban a dejar para la carrera. Estar allí para

Olivia fue como un *flashback* de años anteriores, cuando era una adolescente sin pelos en la lengua y con una pasión arrolladora por cada carrera.

La ilusión se reflejaba en los rostros de todos. Óscar hubiese sido muy feliz allí. Adoraba el gran premio de España y sabía a la perfección que el equipo estaba pensando en él.

—¿Olivia? —preguntó una voz justo a sus espaldas.

Ella dio media vuelta y se encontró al jefe de estrategias, Andy.

—¡Qué alegría verte! No te veía desde…

Sí, desde el avión.

—Lo sé. Ahora estoy en el *catering* —cortó ella, intentando no rememorar lo sucedido de nuevo.

—Creía que ibas a ser la mano derecha de Óscar, ¿no estudiaste ingeniería?

Ella asintió.

—Sí… Pero también me formé con un curso de cocina. Así que he estado en el *catering* de las carreras.

—¡Ah, de eso me sonaba tu cara! ¡Qué curioso! Nunca habría imaginado dos trabajos tan dispares en una persona. Bueno, sin desmerecer el trabajo de chef —pretendió no sonar irónico, pero sí que lo fue—. Si nuestro querido Campbell vio algo en ti para ser su ayudante, no podemos dejarlo pasar. Podría hablar con Silvia si quieres… Supongo que, si estabas ya con Óscar, es que habrías pasado su entrevista. Él era muy estricto a la hora de dejar entrar a alguien en la escudería. Así que entiendo que, si quisieras —volvió a insistir, esta vez con amabilidad en el tono—, el puesto podría volver a ser tuyo. Estoy seguro de que le hubiese gustado que siguieras adelante con su propuesta.

Olivia negó rápidamente con la cabeza. Si él supiera…

—Silvia está informada. Te lo agradezco enormemente, no quiero sonar desagradecida, pero ahora mismo estoy bien donde estoy.

Andy la miró confuso —no era de extrañar, nada tenía que ver un puesto con otro—, pero comprendió que era inútil hacer más preguntas.

—Bueno… espero que estés más animada, y que sigamos viéndonos en mejores circunstancias que la anterior —se despidió con una amable y amplia sonrisa.

El pobre hombre estaba bastante desubicado, como era de esperar. No comprendía por qué Olivia estaba en la zona de *catering* en vez de reparando coches. Cuando ella levantó la mirada, al despedir a Andy, se percató de que Jackson, que ahora ocupaba el puesto de Óscar, estaba observándoles desde su posición. Parecía analizarles de arriba abajo. ¿Cuánto tiempo llevaría ahí? No creía que desde esa distancia pudiera escucharlos.

Andy se giró sobre sí mismo y se dirigió hacia este y comenzaron a entablar una conversación animada. Al retirar los ojos de Olivia, el semblante del segundo del equipo cambió radicalmente. «¡Ahora lo recuerdo!», pensó Olivia. Por fin su cerebro había conectado su torpe y pequeño encuentro en el aeropuerto con aquel señor que tenía a unos metros de distancia. Porque era la misma persona. Y no quería reconocérselo a sí misma, pero no le daba buena espina. Prefería pensar que el recelo era por el simple hecho de que Jackson ocupara el puesto de Óscar. Para ella, era un asiento aún caliente y que necesitaba luto.

Acto seguido, observó como los monoplazas entraban en el garaje casi al mismo tiempo. Armando quitó su volante, lo sacó fuera y después se levantó para poder salir del coche. Todos fueron a abrazarle con ganas y a felicitarle. El hombre estaba sudado y agotado y, aun así, el reflejo de la ilusión en su mirada era irremediable. Olivia fue hacia el otro lado del box, donde se encontraba el compañero de Armando, Adam Jones, que había quedado sexto. No era mal resultado, pero estaba bastante lejos de la primera posición que había ganado el otro. Al salir del coche, lo hizo cabreado y sin ganas de saludar a nadie. El enfado era comprensible, pero, a veces, simplemente el coche no se adaptaba a la forma de conducción de un piloto y costaba mimetizarse con él. Además, a diferencia de Armando, Jones era de los más jóvenes de la parrilla y aún tenía mucho que aprender.

Se fue de vuelta a cocinas para terminar lo que quedaba y que el equipo pudiera comer. Los pilotos no tomaban comida muy copiosa antes de una carrera; su digestión debía ser muy rápida y fácil; principalmente bebían mucho líquido, pero entre que la pausa para comida la pasaban con su jefe de equipo, ingenieros de pista y directores de estrategia para preparar la clasificación y que en unas horas debían estar de vuelta en el monoplaza, tampoco tenían

tiempo. Intentaban que fuese al menos con una hora y media de antelación a subirse al coche y que incluyera hidratos y proteínas. En una carrera podían perder hasta tres kilogramos.

Terminado el turno, Olivia pudo descansar y sentarse. Maldijo un par de veces mientras se dejaba caer en la silla. Recordó de inmediato cuando la gente se quejaba de que el tiempo afectaba a las rodillas y ella lo achacaban a absurdas elocuencias de vejestorio. Ahora, blasfemaba por su propio dolor articular.

—Ha ido fenomenal, ¿verdad? —le dijo una voz que ya conocía bien.

—Fantástico, tenéis que estar muy contentos —respondió a Mila, que se sentó a su lado con una media sonrisa en un intento frustrado por disimular el cansancio.

—Lo estamos, yo especialmente. Así en las ruedas de prensa se olvidan de Óscar por un momento. —Dio un largo suspiro—. No es que quiera que se olviden de él, por supuesto —intentó excusarse de inmediato—, que no suene mal, por favor. Me refiero a que necesito un descanso de no querer llorar cada vez que escucho que ha fallecido. Además, el equipo necesita esta victoria. También Armando. Después de tantos años y todo lo que pudo haber ganado con ese talento…, ya le tocaba volver a estar en lo alto. Se encuentra en una forma espectacular. Ojalá todos los deportistas pudieran decir lo mismo a su edad. Y, por supuesto, nosotros también la merecemos.

Olivia estuvo de acuerdo.

—Por lo que estoy viendo, ahora nos encontraremos más, ¿no? No te haces idea de lo que me alegro —siguió Mila.

La felicidad era mutua. Mila tomó del brazo a Olivia y acercó mucho su cara, lo que le pilló completamente por sorpresa.

—Por cierto, ¿te acuerdas que te comenté que mi prima era periodista?

Olivia puso cara de confusión, pero asintió enseguida.

—Se llamaba… —lo tenía en la punta de la lengua.

—Freya —respondió Mila con rapidez—. Verás, me ha escrito esta mañana por un artículo que ha escrito —le comentó mientras tomaba su móvil buscando algo con una rapidez impresionante. Le enseñó la pantalla en pocos minutos—. Lee. No quiero pensar que estoy loca.

El título decía así: «Hallan el cadáver de un joven español en las habitaciones del Hampton Gatwick Airport». La noticia estaba escrita por Freya Lake.

El artículo decía que el hombre trabajaba en la aerolínea de *jets* privados en la que habían volado hacía unos días. Había sido encontrado muerto junto a una botella de un carísimo champán que contenía arsénico. Tenía claros signos de veneno en su cuerpo.

Olivia terminó de leer todo lo rápido que pudo y levantó la vista hacia una Mila expectante.

—Mi prima Freya me ha llamado. Al parecer, ese hombre tenía que volver a Barcelona como nosotras y trabajaba para la aerolínea en la que volábamos.

—¿Crees que puede estar relacionado con lo de Óscar? —le preguntó Olivia esperanzada.

Se sentía despreciable por aliviarse, pero ante la insistencia constante de su mente en recordarle que, según lo que había dicho la inspectora Rodríguez, ella había podido matar a Óscar —de forma involuntaria—, buscar a otro implicado, a aquel que pudo haberlo planeado, le mitigaba el dolor. Pero también acrecentaba su cólera.

—Freya lo cree. Si no, no me hubiese preguntado si me sonaba su cara o si lo había visto cuando subimos a bordo. Ella tiene información del inspector que lleva el caso allí, pero ha preferido no darme más detalles, por si acaso.

Olivia se detuvo a pensarlo un momento. Mila estaba ansiosa, tenía un tic en la pierna derecha, que no dejaba de mover.

—¿Por qué me lo cuentas a mí? Óscar murió de manera natural. Tú lo viste. —Quiso ver la reacción de la chica a su mentira. A esas alturas, solo le faltaba una confirmación oficial por parte de las autoridades, pero a la vez era un secreto a voces.

La chica suspiró aliviada de que esa fuese la pregunta.

—No puedo decírselo a la jefa con el estrés que tiene. Y sé que es dura, no como una roca, sino como un maldito barranco enorme. Pero lleva la procesión por dentro, está distinta. Pocas personas lo van a notar, pero yo lo veo en sus detalles.

Olivia deseaba decirle que también. No lo hizo.

—Andy está centrado también en este fin de semana y en poner al día a Jackson. Ninguno habla del tema, supongo que es su forma

de llevar el duelo…

—Necesitas compartirlo con alguien —resumió Olivia, sintiéndose mal por hacerse la tonta mientras tenía más información que Mila.

La muchacha asintió.

—No creo que los inspectores estuvieran haciendo tantas preguntas y rondando tanto por aquí si se tratara de una muerte natural. Y después de esto… —recalcó agitando su teléfono móvil —. Mi lema es que las casualidades no existen; puede parecer rebuscado…, pero me han saltado las alarmas.

Hubiera preferido que Mila no estuviera dándole vueltas al asunto, pero la mera coincidencia de que aquella periodista fuera su prima podía, o más bien debía, significar algo. Ya había decidido que haría esta «investigación» por su cuenta. Demasiado tenía ya con haber contado —casi— todo a Robert. A excepción de lo que la inspectora le había terminado por confesar esa misma mañana.

—Supongo que tienes razón… —reconoció Olivia.

—¡Casi se me olvidaba! También me ha pedido hablar con alguno de los que estuvimos en el avión por si recordábamos al trabajador de casualidad. Silvia no va a dar declaraciones, por descontado, y Corner aún menos, él solo sirve para la estrategia, pero ponerlo delante de una grabadora no va con él. ¿Tú estarías dispuesta? No es por desprestigiarte… pero al fin y al cabo eres la que menos información puede ofrecer del equipo. Voy a pasarle tu número y así puedes intentar indagar un poco más, si quieres.

A Olivia le pareció mejor que bien y le agradeció el contacto. Al cabo de unos minutos, recibió el teléfono de la periodista en la agenda.

—Sinceramente, espero no llevar razón. Eso significaría que…, bueno, que Óscar no murió por causas naturales, lo que complicaría mucho nuestro entorno. Por decirlo de una manera bonita.

—Que lo asesinaron —soltó bruscamente Olivia. Y percibió que el cuerpo de Mila sufría un pequeño espasmo. Pero esa era la horrible verdad. Aunque ni siquiera ella lo había podido asimilar aún. Además, los mensajes con las amenazas que recibía no hacían más que reafirmar el asesinato. En ese momento unió algunos cabos: si los estaba recibiendo ahora, lo más probable es que fuese alguien del *paddock*, incluso alguien que se quedaba en el mismo

hotel, ya que siempre llegaban en cuanto cerraba la puerta de su habitación. ¿Estarían espiándola mientras entraba y salía de su refugio? Un escalofrío le recorrió la columna.

Si eso también era así, podía significar que era alguien muy cercano, alguien que conocía su paradero… y que sabía que era la hija de Silvia Díaz.

Le mandó un mensaje rápido a la periodista mientras Mila y ella seguían sentadas. Quería preguntarle si podía sacarle un poco de tiempo aquel sábado para una videollamada rápida. Así, mientras todos estaban distraídos con la clasificación, podría seguir investigando tranquilamente. Nadie notaría su ausencia.

—Gracias, Mila —dijo rompiendo el silencio de nuevo—. Creo que me será muy difícil superar ese momento. Incluso cuando nos confirmen la autopsia de Óscar. Es un alivio saber que alguien puede comprender lo que estás pasando.

A Mila pareció extrañarle la afectación y el interés que Olivia tenía por Óscar, pero también le conmovió. Había visto a Olivia llorando en el avión, y en principio pensó que sería por el *shock*, pero…

—Imagino que ninguno podremos recuperarnos de ello. Por desgracia se quedará en nuestro recuerdo —dijo suspirando conforme se levantaba de su silla—. Supongo que nosotros elegimos cuánto queremos que nos sigan doliendo y perjudicando los traumas. Con el tiempo, espero que al menos podamos soportarlo. Pero sí, a mí también me resulta un alivio poder hablarlo contigo.

—Suerte —la despidió Olivia—, seguro que arrasáis hoy.

—Más nos vale, o eso sí que no podré soportarlo —respondió con tristeza.

Olivia vio a Mila marchar y, en ese instante, le llegó un mensaje de parte de Freya. Le preguntaba si le vendría bien al día siguiente, ya que hoy tenía mucho trabajo. Parecía que el fin de semana tampoco era de descanso para los periodistas. Olivia suspiró. Era mucho más tarde de lo que le hubiera gustado, pero no le quedaba más remedio que esperar; lo importante era poder sacar toda la información posible sobre aquella extraña muerte. Si tenía que esperar hasta el día siguiente, eso haría.

De todas formas, aún tenía mucha gente a la que observar y, ante todo, no podía ni debía llamar la atención si no quería volver a

recibir otro maldito mensaje de advertencia amenazando la vida de su madre.

Capítulo 17

Dónde estás? No te he visto por el *paddock*

Estaba en el *motorhome* del Astorian, recabando información ;)

Yo también tengo algo, ¿nos vemos en el mío?

Estás seguro?

Cuándo he dudado yo de algo? Corre, antes de que empiece la clasificación.

Roberto de Castro no solo era un piloto excepcional, también era un activista en todos los sentidos. Se sumaba al carácter de una persona con tendencia a ser muy intensa y, que por qué no decirlo, le encantaba ayudar en cualquier situación. El problema es que, por mucho que quisiera, nunca pasaba desapercibido, ¿lo había dicho ya? Estaba segura que sí. Pero el magnetismo del piloto era latente allí donde fuese. Por suerte, su intención no era que sus acciones fueran por y para una cámara, solo para ser grabadas, sino porque realmente le salía del corazón. Bonachón por naturaleza y, a su vez, competitivo a rabiar. Eso significaba que hiciera lo que hiciese siempre daba el cien por cien. En consecuencia, al verse involucrado en una situación como la actual, no tenía ni la más remota intención de dejar sola a su amiga.

Mientras Olivia iba hacía el box de la escudería de Robert, pasó por una sala llena de trofeos y fotografías antiguas del circuito. Se paró en seco, a pesar de la evidente prisa que tenía. Una fotografía enmarcada y colgada en la pared captó su atención. Los ojos de su padre miraban a la cámara. No sonreía mucho y sostenía un trofeo en sus manos. En la foto aparecía junto a tres hombres más. A su

lado, se encontraba su compañero de equipo de aquel entonces, con un trofeo algo más grande que el suyo. Olivia supo que ese era el motivo de la falsa sonrisa, añorándolo de inmediato por su forma de ser. Un joven Barnett Wilkinson posaba al lado del ganador. Al lado de su padre, otro hombre al que no logró reconocer, pero que le sonaba muchísimo. Seguramente lo habría visto de pequeña o quizá aún formaba parte de la profesión y se lo había cruzado por el *paddock* sin fijarse mucho. Pero no le ponía un nombre. Negó con la cabeza intentando volver a la realidad y despegar los ojos de los de su padre.

Olivia había corrido bastante para volver a retomar el ritmo y llegar al encuentro. No pretendía ni que el equipo de Rober lo echara en falta ni que él se desconcentrara más de lo necesario. Lo que sí era cierto es que estaba en una batalla interna. Primero, porque no podía engañarlo. La conocía bien y era tan cristalina para él que mentirle era inútil. Esperaba entonces usar la carta de disimular, no mintiendo, pero sí omitiendo información. Al menos, hasta que la clasificación hubiese llegado a su fin.

Robert la esperaba en la puerta. La llevó directamente hacia su pequeña habitación de descanso. No entablaron conversación con nadie. Simplemente la tomó de la muñeca y tiró de ella hasta llegar a su destino. Cerró la puerta tras de sí y le pidió que se sentara en el pequeño sillón que había. Las paredes estaban rodeadas de un rojo llamativo, mezclado con amarillo. Para ella, era el equipo más reconocible por sus colores con mucha diferencia. El prestigio de la escudería Stallaro que había estado desde los inicios de ese deporte era intachable y mítico. Olivia nunca había estado allí y le parecía un honor como fan, su niña interna estaba dando saltos de alegría. Eso sí, había podido ver el habitáculo como el resto de los mortales por las redes sociales del piloto que, de vez en cuando, subía vídeos relatando las carreras, haciendo *challenges* con el compañero o *vlogs* de su día a día. En la reciente Fórmula 1, la campaña de imagen que se hacía de los pilotos era en su mayoría por este método. Pensó en su padre y en lo lejos que aquello le quedaba; estaba completamente segura de que él se hubiese negado incluso a tener redes sociales. No pudo evitar sonreír internamente al recordarlo e imaginar exactamente lo que él haría o diría. Era un inmenso alivio saber que no olvidaba aún su voz, ni su carácter.

Al mirar a su amigo, no le costó mucho percibir que algo le preocupaba. Detrás de la fachada relajada y de tipo seguro de sí mismo, Robert estaba ansioso.

—¿Tu pelo ha sufrido una horrible desgracia con un champú nuevo? Te noto estresado —preguntó con humor intentando rebajar la tensión.

—No, la pregunta es: ¿estás bien tú?

Olivia arqueó las cejas, ¿qué estaba pasando? El piloto había puesto los brazos en jarra, con el mono medio quitado por la cintura.

—Estoy bien, Robert, de verdad.

—¿Me puedes explicar por qué la agente esa de Policía estaba en tu habitación a primera hora de la mañana?

A Olivia se le desencajó la cara de la sorpresa. El cómo se había enterado su amigo no era lo más relevante, pero aun así necesitaba una explicación. Cuando fue a preguntar, él levantó su mano para hacer una señal de *stop* en el aire, para que le dejara continuar.

—La recepcionista estaba chismorreando con su compañera de que una agente de Policía le había pedido la habitación de una persona en concreto y no había podido negarse a dársela. No sabía si había hecho bien, pero se sentía en un apuro. Pensé que sería tu madre, y quería asegurarme. Así que le pregunté a la recepcionista que de quién estaba hablando.

—Te metiste en la conversación —indicó ella, indignada.

—No, le puse atención a un diálogo que se hacía en voz alta.

—Ya, por supuesto, y decidió decírtelo por las buenas.

—Por las buenas, y por un selfi de regalo.

—Pocas veces te lo digo, pero eres un presumido y un egocéntrico de mierda. No sé cómo te soporto.

Olivia resopló haciendo que su flequillo volara unos milímetros. No esperaba menos del galán.

—A veces uno tiene que hacer uso de sus armas —respondió él con picardía.

—Las de conquista —atacó ella—. Y hay otras formas, Robert, solo que no te apetece ir por la vía complicada.

—Bueno chica, cada uno con lo que tiene. No me hagas sentir mal si tú no puedes usarlas. —El humor de Robert no era precisamente el mejor. Y para ser sinceros, Olivia nunca le había

visto así, irascible. Como mucho, al bajar del coche en un fin de semana complicado y que el circuito se le hubiese atragantado. Aunque ella tampoco estaba en su apogeo.

—No mientas, yo no sé hacerte sentir así. Ni yo ni nadie. Estoy hasta las narices de seguir mandándonos dardos envenenados sin sentido, Robert. ¿Qué coño pasa?

—Está bien. Tienes razón, se acabaron los dardos entre uno y otro. Pero yo soy el que necesita respuestas, estoy algo cansado de que me cuentes lo que te conviene, ¿qué mierda ha pasado? Bueno, otra más de la que ya teníamos encima. Me preocupo por ti, Olivia. Estás más extraña de lo normal, que ya es decir. Esa policía no me da buena espina y tú me dijiste que me contarías las novedades —la reprendió él, visiblemente afectado—. ¿No se te había ocurrido contarme que la inspectora pasó por tu habitación *de madrugada*?

Ir con la intención de omitir la verdad, ese era el plan desde el principio. Y, sin embargo, estaba en una situación sin salida. Tenía qué decírselo y, en parte, sabía que estaba siendo muy egoísta porque podría simplemente engañarle y contarle que la inspectora había estado para hacerle otro par de preguntas sin importancia. A pesar de que sabía que él no le creería, pero al menos aguantaría lo suficiente para que se mantuviera centrado. Asimismo, ese egoísmo le pedía (más bien, le exigía) que su amigo estuviera con ella en esos momentos que tanto necesitaba. Pero ¿sería capaz de soportar la verdad? ¿Y si era cierto que ella había matado a Óscar?

Tragó saliva y le hirvió la garganta. ¿Cómo iba a contarle aquello? Al escuchar a Robert decir que la inspectora no le daba buena espina se encendieron las alarmas en ella. Tampoco le había gustado la actitud con la que le había tratado esa mañana. Daba la sensación de ser alguien distinta a la del día anterior, menos amable y comprensiva.

Así que los siguientes quince minutos los pasó contándole a Robert todo lo que ahora sabía desde que habían hablado. Desde la segunda amenaza hasta lo que le había revelado la inspectora de manera fugaz antes de irse por la puerta y, por último, la jodida casualidad de la periodista inglesa y Mila. En cuanto le contó la teoría de Mila, el piloto necesitó sentarse. No lo tenía por alguien aprensivo, y, aun así, daba la impresión de que se iba a caer en redondo en la pequeña habitación. El silencio se hizo latente por

unos segundos que parecieron minutos mientras él procesaba toda la información que Olivia le había vomitado.

—Robert…, ¿estás bien? —preguntó acercándose a él realmente preocupada.

La miró y puso una mano en su hombro.

—Estoy manejando la situación como puedo, pero estoy bien.

—Si te soy sincera, mi intención no era decírtelo, Robert, no es lo ideal sabiendo que te juegas la vida en un rato.

—Arriesgo mi vida desde antes de ser mayor de edad, no digas tonterías —inquirió el piloto con dureza—. Además, no pretendas hablarme de riesgos en esta situación porque no estás en posición, Liv —le reprendió.

Ella lo abrazó con fuerza. No era una estratagema para que le dejara de regañar como una adolescente, sino porque sentía que los dos necesitaban el confort de lo que suponía abrazar a un amigo.

En ese momento, la puerta se abrió de golpe. Los dos se asuntaron tanto que se quedaron de piedra al ver la escena. Era un chaval adolescente con el móvil en la mano. Llevaba una gorra y la camiseta del equipo y un pase vip del circuito. Completamente equipado para la ocasión.

—NO PUEDO CREER QUE ESTÉ EN EL *MOTORHOME* DE ROBERT DE CASTRO. ¿LO ESTÁIS VIENDO? —le dijo a la pantalla, y a continuación se puso el móvil a modo de selfi para colocarse en la estampa—. Con su novia, chicos, ¡¡esto es primicia!! —gritó con una voz exageradamente teatralizada.

Fue cuando Robert reaccionó y se levantó dispuesto a quitarle el móvil al chico. Justo por la puerta aparecieron un par de seguratas trajeados, que tomaron el dispositivo y lo apagaron de inmediato. El muchacho no paraba de hacer aspavientos con las manos.

—¡De qué vais! Estaba en directo.

—Chaval, te has metido en un buen lío. Aquí no se puede entrar.

—A mí nadie me ha dicho lo contrario. —La excusa más terrible que había escuchado Olivia—. Y yo solo quería que mis suscriptores vieran a mi piloto favorito. Por cierto, mi nombre es SeñorDelMotor2007 y tengo doscientos cincuenta mil seguidores —informó, guiñando el ojo a Robert.

El chico tenía el ego subido por las nubes. Olivia, más que enfadada estaba ojiplática. Su boca hacía una O constante mientras

observaba la situación tan surrealista.

—Esto no puede estar ocurriendo —soltó Robert echándose las manos a la cabeza. Parecía desquiciado, sus ojos miraban de un lado a otro intentando comprender la situación—. ¿Cómo ha entrado? —preguntó a los de seguridad visiblemente afectado; ni siquiera miraba al chico, estaba trastornado. Jamás lo había visto en ese estado.

—No tenemos idea, pero en cuanto nos hemos dado cuenta hemos venido corriendo. Lo sentimos, Robert, ha sido un despiste. Ven con nosotros chaval —ordenó uno de ellos cogiéndole el brazo —. Esto te va a pasar factura.

—Nunca mejor dicho —soltó Robert—. Y a vosotros también, ¡joder! ¿Nadie sabe hacer bien su puto trabajo?

Los tipos trajeados se miraron entre sí avergonzados al escuchar a Robert.

—Un autógrafo al menos —dijo el adolescente señalando su camiseta—. Creía que eras más simpático, al final a todos se os sube a la cabeza.

—Pero qué… —empezó a decir Robert sin dar crédito al circo—. Quitádmelo de mi vista o vosotros no volvéis a aparecer por aquí esta tarde tampoco.

Olivia le cogió todo lo fuerte que pudo del brazo y negó con la cabeza. Era mejor no meterse, ni seguir siendo desagradable. Los profesionales se encargarían, ya se veía en sus rostros el arrepentimiento. Había sido una metedura de pata enorme.

Mientras se llevaban al muchacho, Olivia pensó en eso. En lo fácil que había sido para un adolescente entrar sin llamar mucho la atención y acercarse tanto a uno de los pilotos. Cierto era que habían tardado menos de treinta segundos en reaccionar, pero lo suficiente para poder hacer daño. Para sentirse inseguros. Si eso podía haberlo hecho un chico corriente con un pase vip, no quería imaginarse alguien que conociera los protocolos y que realmente tuviera decidido hacer algo como lo que le hizo a Óscar. Hasta ese momento no lo había sopesado y, si estaba en lo cierto, Robert tampoco hasta ahora, igual que ella. Por eso el terror en su mirada fue más atroz, porque era el mismo que ella estaba sintiendo.

—Esto no me ha pasado en la vida, te lo juro… —le prometió volviéndose hacia ella—. ¡JODER! —Su puño dio un golpe en la

pared que lamentó al momento—. ¡Joder! —volvió a lamentar—. Lo siento, Liv. Vaya niñato.

—¿En serio? No sé si lo dices más por ti o por él. Es un fan loco que quería hacerse el guay con sus amigos, nada más —respondió ella quitándole hierro al asunto—. El problema es que ahora los amigos —dijo esta última palabra haciendo comillas con sus dedos — son virtuales y se llaman suscriptores —intentó tranquilizarle.

Lo decía también por ella misma o, si no, la consecuencia de ese encuentro se tornaría a echar a correr en dirección contraria al circuito sin mirar atrás. A pesar de reflexionarlo un par de veces, en una milésima de segundo se recordó a sí misma que ya no había marcha atrás, estaba metida de mierda hasta las orejas.

Robert asintió, algo más tranquilo al escucharla. Miró su mano. Por suerte, no parecía que estuviera mal. Miró su reloj. Sus ojos se abrieron de nuevo, esta vez por su culpa.

—Dios, me van a matar —le comunicó—. En parte no tendría que haber estado aquí, si ese chaval hubiese venido en circunstancias normales no me hubiera encontrado. Eso sí, habría disfrutado de mi habitación para él solo —argumentó—. Lo siento, Liv, tengo que volver al box, ¿vienes? No puedo dejarte sola, no porque no quiera, sino porque ya sabes que no debería dejar entrar a nadie que no sea del equipo ahora mismo.

Ella asintió, de acuerdo, no tenía que darle ninguna explicación, lo sabía. Lo que pasaba es que Robert necesitaba sentirse mejor si lo decía en voz alta.

En cuanto llegaron a la puerta, comprobaron que el cielo estaba cumpliendo lo que había prometido. Los nubarrones negros estaban empezando a descargar agua. Por ahora, de forma leve, pero un trueno sonó tras ellos. Robert recogió su chubasquero oficial de la entrada y se lo puso. Le dio un beso en la frente antes de salir y le dio las gracias por ser tan extraordinaria. No comprendía bien por qué se lo decía, pero le alivió el alma.

Olivia lo observó montar en su patinete eléctrico en la puerta del *motorhome* y dirigirse hacia el *pit lane* de camino a su monoplaza. La lluvia comenzaba a caer más fuerte conforme los segundos pasaban.

Mientras lo veía, recordó a su padre, en los limitados besos de frente que le regalaba y en cómo pronunciaba Liv en sus labios, con

ternura y con miedo por dejarla marchar. El mismo terror que hoy había observado tan vivamente en los ojos de Robert.

Capítulo 18

15 años atrás…

Salí del maldito coche antes de que fuese a peor. No sabía cómo, había acabado contra las protecciones inevitablemente. A pesar de intentar cambiar la trayectoria del monoplaza, el contravolante fue más grave de lo que parecía en un primer momento. Al notar el cambio de dirección de mi compañero, intenté girar para no subirme encima de él y chocar desde atrás, pero ya le había dado un pequeño golpe y, después, todo empezó a girar sin control. Los auxiliares vinieron enseguida después de lo que, para mí, fue una eternidad. Estaba tan absolutamente aturdido que no podía pensar con claridad. Pero, de repente, pensé en Olivia. Y en Silvia. Y reaccioné instintivamente. Mis manos respondieron y me permitieron deshacerme del cinturón y levantarme. Ya había un par de manos para ayudarme. Me hicieron un pequeño cuestionario muy rápido y me pidieron que me apoyara en el hombro de uno de ellos. Escuchaba los gritos de la grada corear mi nombre y aplaudir, yo no pude más que levantar la mano en señal de que todo iba bien. Ya no solo por los aficionados, sino para que mi familia supiera que respondía adecuadamente.

La ambulancia me esperaba justo al salir de la pista. Estaba mareado, pero sentía que todo estaba bajo control.

—De todas formas, deberíamos llevarte al hospital para hacer unas pruebas y quedarnos tranquilos. Has dado toda la vuelta con el coche y el golpe contra las protecciones ha sido muy feo.

—Ya, pero ha acabado de pie —intenté quitarle hierro.

—Mi recomendación es esa —dijo el de primeros auxilios.

—Iré, pero después de la carrera. Tengo asuntos por resolver, y puedo andar por mi propio pie, ya lo has visto —le respondí tajante. Reconozco que le hablé cortante y mal, pero no estaba de

humor, aunque también supuse que no era la primera vez que un piloto le hablaba así. La mayoría éramos un poco engreídos.

Lo más humillante fue escuchar que mi compañero había ganado la carrera; no porque no lo supiera ya, sino por la rabia que me producía pensar que mi propio equipo me había dado la espalda. Un joven llegó en motocicleta para recogerme y llevarme al box. No pensaba ir a ver la celebración del podio, me negaba en rotundo a ello. Pero estaría esperando allí para tener un par de palabras con el resto del equipo. Iban a escucharme, tanto si querían como si no.

El ego del ser humano a veces provoca una sensación de desazón y ardor en la garganta cuando lo que deseas no sucede como lo habías planeado. En mi caso, sentía que el orgullo me martilleaba en la cabeza y, estudiándolo después en retrospectiva, seguramente fui demasiado descuidado al dejar entrever mis emociones a gente que no deseaba. Quizá debí pensar más en la retirada que ya había rondado mi cabeza justo unos minutos antes. Pero la soberbia, la vanidad y el amor propio nos nublan la vista y pueden ser nuestro peor enemigo y, por desgracia, es demasiado intrínseco como para poder detectarlo por ti mismo.

En el box estaban Liv y Silvia para recibirme. Mi hija estaba con los puños cerrados y mirando la pantalla sin pestañear. Suponía que para ver si daban más información sobre mí, pero, en vez de eso, estaban ya retransmitiendo el podio. Silvia, sin embargo, miraba en mi dirección. Sabía de dónde venía y me esperaba con los brazos cruzados y una mueca dura en sus labios perfilados. No estaba preocupada como nuestra hija. Conocía a esa mujer como si fuese yo mismo. Estaba furiosa, a unos niveles en los que necesitaba reprimirse o mataría a alguien con sus propias manos. En ese momento suspiré de alivio al sentirme vivo, al no haber ido al hospital solo por abrazarlas allí mismo y calmarlas. A Liv se le pasaría solo con mirarme a los ojos, pero a Silvia… Con ella tendría que apaciguar sus llamas; las mismas que no mitigaría dentro de mí mismo.

Bajé de la motocicleta, le di las gracias al muchacho junto a un par de palmadas en el hombro y me dirigí a paso ligero hacia mi mujer. Ella relajó sus brazos cruzados para ofrecérmelos en un fuerte abrazo. Sus manos rodearon mi nuca y me presionaron un poco hacia ella. Su olor volvió a mis fosas nasales para provocarme

una tranquilidad que solo ella me ofrecía. Después me apartó y me miró de arriba abajo, chequeando que tuviera todo en mi sitio.

—¿Estás bien?

—Claro —le respondí de inmediato.

—No. En serio, ¿estás bien? —me preguntó mirándome a los ojos. Yo sabía perfectamente a lo que se refería.

—Sabes la respuesta.

—Vaya hijo de puta —lo dijo en español, pero yo sabía lo que significaba. En inglés suenan demasiado dulces los insultos comparados a como mi mujer los pronunciaba en su idioma nativo. Y tenía muchos más de lo que me podía haber imaginado nunca.

—¡Silvia!

—Es la verdad. Un *rookie* haciendo eso a un campeón del mundo, ¿qué quiere demostrar?

—No es él quien me preocupa.

—Lo sé —me dijo, suspirando y echándose una de las manos a la frente—. Lo sé, Nigel.

Todos estábamos muy frustrados, hasta Liv, que vino enseguida hacia mis brazos corriendo. La abracé y a continuación la besé en la frente.

—Has tardado mucho en salir, papá —dijo con lo que parecía un nudo en la garganta—, no vuelvas a hacerlo.

—¡Anda ya! He salido bien, lo que pasa que en la televisión parece que tardo más.

Ella puso los ojos en blanco; sabía que intentaba amortiguar el golpe.

—De todas formas, lo has hecho todo bien papá, ha sido extraordinario —me alentó mi hija—. La forma en la que has llevado la carrera. ¡Y cómo le has alcanzado al final! Ha debido mosquearse mucho cuando te ha visto por el retrovisor… No ha sabido ni reaccionar bien… el estúpido.

Yo volví a darle otro beso en la frente.

—Esa boca —la reprendí—. Tú sí que eres extraordinaria, cariño.

Liv me miró con un brillo en los ojos al escucharme y, por un momento, pensé que nada de aquella rabia tenía sentido. Así que me calmé y entré en la sala del box. Me esperaba mi directora de prensa, tocaba ir a dar comunicados, y después… me iban a tener

que escuchar.

Volví del corralito y me dirigí a la sala de reuniones del camión para esperar al jefe de equipo. Sabía que no iría a celebrar nada hasta que no hablara conmigo. Aunque nuestra relación había sido estrecha e intensa durante años, yo le proporcionaba patrocinadores y dinero con mis carreras. Para mi sorpresa, ya estaba allí, fumando y con la pantalla fija en su ordenador.

—Stewart —saludó—, ¿cómo te encuentras? Te estaba esperando.

—Imagino —dije escuetamente. Me negué a sentarme y me quedé de pie frente a él. Quería que me hablara desde abajo. Me sentía como un felino que necesita analizar la situación desde arriba y sentir que tenía la situación bajo control.

—No me ha gustado nada lo que acabo de escuchar en una de las entrevistas.

Yo bufé incrédulo.

—Sorpréndeme. Creo que poco he dicho para lo que podía haber soltado ahí fuera.

—¿Estoy hablando con un joven piloto adolescente? Porque yo creo que no. «El equipo tendrá que darme explicaciones sobre por qué ha decidido que mi carrera valía menos que la de mi compañero» —dijo leyendo en la pantalla, replicando mis palabras exactas a uno de los periodistas.

—Una manera muy educada de comentar lo que ha pasado, si me preguntas.

—Muy inglesa, Nigel. Políticamente correcta y, aun así, mandando el veneno dentro de una buena botella. ¿Te crees que la prensa es tonta?

—Ni por asomo. Además, creo que lo he dejado claro y todavía no tengo mi respuesta. ¿Qué diablos ha pasado ahí fuera? —puede que lo último lo dijera exaltado e incluso con un volumen que se acercaba al grito.

—Él tenía más ritmo, tu ingeniero de carrera te lo comunicó por la radio.

—¡Vamos, no me jodas! —grité sin miramientos—. ¡Sabes que eso es una jodida mentira! Yo tenía más ritmo, pero me pedisteis que conservara los malditos neumáticos y eso hice. ¿Estaba él gestionando?

—No le hacía falta, no tenía tanto desgaste.

—¿Tú te estás escuchando? Gestiono los neumáticos mejor que cualquiera de la parrilla o ¿cómo crees entonces que pude alcanzarlo al final habiéndome hecho mi propio equipo un *undercut*? Es de locos. Él estaba tirando más rápido para que yo no le alcanzara y eso le dejó sin neumáticos al final, por eso llegué en las últimas vueltas.

—Él nos pidió entrar.

—¿Se te ha olvidado que el primer piloto en la parrilla decide si entra antes o no? Parece que tu memoria está perdiéndose y eso no es bueno para un jefe de equipo.

—Yo decido quién entra y quién no. Por mucho que te pese en esa cabeza hueca que tienes. Ponte tan histérico como desees, Stewart, pero todo esto ha pasado por tu soberbia. No eres intocable, deberías ir acostumbrándote.

Ya lo imaginaba. Ese año, no solo mi nuevo compañero era la novedad, sino el hombre que tenía en aquel momento justo frente a mí. Con anterioridad había estado con él en las categorías inferiores y habíamos tenido algún que otro encontronazo que no había acabado bien. En realidad, todo se remontaba a que su hijo había estado siempre compitiendo junto a mí y, en una carrera de Fórmula 3, la cosa no acabó bien. Su hijo acabó en el hospital con varios huesos rotos que no volvieron nunca a recuperarse.

Tuvimos el accidente los dos, aunque fue más culpa mía, pero él acabó peor. Así eran las carreras y todos los pilotos lo sabíamos al subirnos a un monoplaza. Su hijo había sido mi amigo y, a ese día, aun seguíamos hablando. Pero el que ahora era mi jefe de equipo no me lo había perdonado nunca. Criticaba cada uno de mis pasos con dureza y, cuando podía, dejaba caer que su hijo habría sido mejor que yo… si no hubiese sido por mí.

Era doloroso. Me culpé durante muchos años por lo que ocurrió. Le pedí perdón innumerables veces, a pesar de que ninguno lo hicimos bien. Él me perdonó, o eso quiero creer, al ver que seguíamos en contacto de vez en cuando, pero este hombre parecía que no lo superaba. O que intentaba por todos sus medios que el que no lo superara fuese yo.

—¿No van a investigar el cambio de dirección de mi compañero? Sabes que eso está prohibido, el manual es claro. Ha

conducido de manera errática y eso es peligroso.

Él negó con la cabeza sonriendo diabólicamente.

—No sé de qué hablas. Ha hecho lo que debía para defenderse y no vamos a pegarnos un tiro en nuestro propio pie. Si lo sancionan por eso no quedaría en el primer puesto y nosotros no ganaríamos puntos contigo fuera. Llámalo trabajo en equipo.

No estoy orgulloso de lo que hice a continuación. Puede que sea de las cosas de las que más me avergüenzo en toda mi carrera, ya que fue mi soberbia la que tomó el control total de mi cuerpo, me convertí en una marioneta a su merced. Dejé que la frustración me consumiera tanto que me cegara por completo. En cuanto las palabras salieron de su boca, arrastré el ordenador que tenía en la mesa y el cenicero que estaba usando tirándolo al suelo de un golpe seco y fuerte. Después me apoyé en la mesa que nos separaba y me acerqué mucho a él en actitud amenazante.

—Ni se te ocurra mancillar el trabajo de todo mi equipo con esta mierda. Me da igual lo que tengas con ese chaval, pero a mí no me metas porque soy el que te llena el jodido culo de dinero.

Lo peor de todo, es que ni siquiera se amedrentó. Incluso vi en sus ojos un atisbo de satisfacción por haberme sacado de mis casillas, algo que había estado esperando por años.

—Parece que ese chaval —recalcó la última palabra lentamente — puede llenar también mi culo de dinero; y los patrocinadores le aman.

Me quedé sosteniéndole la mirada por unos segundos. Él apagó su cigarro en la mesa tranquilamente, ignorándome.

—Si pretendes echarme, estás muy pero que muy jodido.

Salí dando un portazo arrepintiéndome de inmediato. No era eso lo que quería, pero como había venido diciendo… me era difícil controlar mi arrogancia, y, ahora, era ella la que me controlaba a mí, cambiándome todos los planes de retirada que había creado en mi mente.

Capítulo 19

En la actualidad

Olivia se encontraba en una de las mesas exteriores de un pequeño quiosco que habían colocado en el *paddock*. Por suerte, habían tenido la lucidez de poner un pequeño techo encima de las mesas para que no hubiese problema con la lluvia. Había recibido un mensaje alarmante de la agente Rodríguez: «Olivia, tenemos que hablar. Quedamos en diez minutos donde me indiques o voy a las cocinas a buscarte». Ella había pensado que no era prudente verse en las cocinas, pero después de ver la cantidad de gente que había a su alrededor, a pesar de que en breve era la clasificación, le hacía preguntarse si había elegido bien el lugar de encuentro.

Los asistentes con pase estaban disfrutando viendo las pantallas que había por allí o comenzaban a dirigirse hacia sus palcos. Parecía que todo estaba en su lugar y con el mismo ambiente que siempre. Incluso a Olivia le resultaba una versión renovada y con más entusiasmo que en ediciones anteriores. Por primera vez en años, las entradas se habían agotado hacía meses, había visto centenares de autocaravanas aparcadas fuera y muchísima gente que no había tenido tanta suerte estaba agolpada detrás de las vallas a pesar de la lluvia para no perderse el espectáculo. El deporte estaba resurgiendo innegablemente. Había pasado en la época de su padre, pero después había dado un pequeño bajón. En España siempre había sido más complicado llegar al público. Sin embargo, Inglaterra o Italia eran países muchísimos más involucrados y —por qué no decirlo— más apasionados por este deporte. También era cierto que tenían sus escuderías y, en España, todavía no tenían ninguna en parrilla. Había habido anteriormente algún intento, por desgracia sin éxito. Decidió pedirse un café bien

cargado, sin leche, como siempre. Necesitaba algo que le quitara el dolor de cabeza y la sensación de cansancio que llevaba acumulado desde que aterrizó en Barcelona.

Alcanzó a ver a la inspectora venir de frente con un paraguas negro bastante grande que le cubría de sobra. Llevaba una chaqueta de cuero y unos vaqueros. Nadie diría que era oficial. Olivia supuso que ir de paisano era la opción más sencilla para no llamar la atención ni las miradas de la gente que las rodeaba.

Valeria cerró el paraguas en cuanto llegó a la zona del tejadillo y se sentó junto a ella. Su cara desprendía gravedad. En consecuencia, Olivia se incorporó un poco más.

—¿Qué ha pasado? —No podía esperar más para preguntar.

—La lluvia va a dar espectáculo, ¿eh? —vaticinó la inspectora sin prestarle atención—, no recordaba que podía ponerse a llover así en segundos. Menos mal que tengo esto siempre en el coche —comentó refiriéndose al paraguas.

—¿Y bien? —insistió Olivia.

—Puede que volvamos a interrogaros a todos.

—¿Habéis encontrado algo?

—Podríamos decirlo así… —Hizo una pausa corta para reflexionarlo unos segundos—. Pero creo que no es a lo que te refieres.

—Me estoy poniendo un poco de los nervios y no sé adónde quieres llegar, así que, si puedes ir al grano, te lo agradecería. —Sonó un poco pasivo agresiva. No le gustaba las intenciones con las que la inspectora había llegado y, por qué no decirlo, había tenido suficiente con la mañana como para tener otro interrogatorio encubierto por la tarde.

La inspectora suspiró.

—Esta mañana te he puesto en una situación difícil.

—Sí, lo recuerdo.

—¿Y qué era lo que te había dicho?

«Y eso le costó la vida», pensó Olivia, rememorando las palabras de Valeria por enésima vez.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó desesperada—. Porque no sé más de lo que te dije.

—Como digo, hoy os interrogaremos a todos.

—¿Y por qué me pones en preaviso? —preguntó de nuevo,

cruzándose de brazos—. Perdona que desconfíe, Valeria —hizo ahínco en su nombre para recordarle la cercanía que la misma inspectora le había otorgado—, pero me resulta raro que me des cierta información.

Valeria también se cruzó de brazos y chascó la lengua.

—Mi compañero Carles te propuso un trato. Nosotros no damos tu paradero si nos ayudabas. Así que tendré que darte cierta información si quiero que confíes en mí —argumentó sin quitarle la mirada a Olivia—. Creo que es lo justo.

No la creía ni por un segundo; su mirada era afilada y con un brillo de soberbia.

—¿La información es dejar caer antes de salir por la puerta que la mascarilla mató a Óscar? Sin dar más explicaciones. No es tan sutil como imaginas que suena en tu cabeza.

—Olivia —su tono fue grave—, no soy el enemigo, te lo aseguro. Y por nuestro pequeño pacto que Carles gentilmente me recuerda a cada momento, debo hacerte varias preguntas.

—Está bien, pero podemos jugar a eso de: no hablaré sin presencia de mi abogado.

—¿Incluso si tiene que ver con la seguridad de tu madre? —aventuró la inspectora con malicia.

—Eso es rastrero para ser inspectora —inquirió Olivia.

Había tensión palpable en el aire, y el cielo negro no ayudaba a que la ambientación fuese más amigable. No quería que aquello se convirtiera en una batalla. Reflexionó unos segundos y se recordó a sí misma que la mujer que tenía delante solo quería averiguar qué había pasado con Óscar. Su trabajo era esclarecer los hechos, no torturarla. Así que decidió tender una mano en honor a la paz, a pesar de no gustarle los métodos de la inspectora.

—Está bien, ¿qué necesitas saber?

—Karl Jackson, ¿qué sabes de él?

Olivia levantó una ceja confusa.

—Es ingeniero. Prácticamente acaba de llegar al equipo. No he tenido mucho contacto con él; si me lo preguntas, entiendo que es porque me da reparo el puesto que ocupa ahora.

—¿Y no te parece raro? —le preguntó analizando su expresión. Olivia se encogió de hombros.

—¿Raro? No. Todos los trabajadores deben tener alguien que

pueda sustituirle.

—Pero venía de otro equipo, ¿no es así? El de la bebida energética.

Olivia soltó una sonrisa al ver que Valeria no recordaba el nombre. Era normal para los que no estaban muy metidos en aquel mundo.

—Zed Rush —le corrigió—. Sí. Suele pasar, un equipo suele comprar a trabajadores de otros y quedarse los mejores, o los que al menos pueden comprar.

No iba a decirle que tenía un mal presentimiento con Jackson. Esencialmente porque se reducía a que verle significaba la pérdida de Óscar, y eso no era muy objetivo para una investigación policial. Así que reprimió el impulso.

—Entonces, ¿no lo conoces mucho? —insistió.

Olivia negó con la cabeza.

—Me suena su cara de verlo por aquí, es alguien conocido por su nombre. Pero precisamente me tropecé con él en el aeropuerto y no recordaba quién era.

La inspectora puso su mano en el mentón pensativa.

—¿En el aeropuerto? ¿El día de la muerte de Óscar?

Olivia asintió.

—Él no venía en nuestro avión. Supongo que tomó uno comercial.

—Eso es interesante, podría ayudarnos —pensó en voz alta la inspectora—. Gracias.

—Tengo una pregunta para ti —atajó Olivia—. He visto una noticia en el *Times* de que han encontrado el cuerpo sin vida de un trabajador de la aerolínea en la que trabajábamos. Era español. ¿Tiene algo que ver con nosotros?

La expresión de Valeria cambió de inmediato y pasó a estar en estado de alarma. Se acopló en su asiento intentando disimular.

—No puedo ofrecerte esa información, Olivia. —La miró desafiante, pero ella atisbó algo más. Un destello que hizo comprender a la chica que se lo confirmaba en silencio.

—Entiendo —contestó ella sin quitarle la mirada.

Un par de personas se acercaron corriendo hacia donde ellas estaban: comenzaba a llover más fuerte y se resguardaban en el pequeño techado, teniéndose que acercar a las dos y dejándolas sin

la poca privacidad que ya tenían.

—Esta tarde lo sabréis mejor, ¿sabes? Hay gente muy poderosa que para hasta investigaciones tal de que este espectáculo siga su curso… Dime una cosa. —La inspectora sacó de su abrigo un paquete de cigarrillos. Tomó uno en su mano y lo encendió con el mechero que había sacado del bolsillo contrario—. ¿En qué consiste esa clasificación con la que están todos tan alborotados? Simplemente dan la posición de cómo salen mañana, ¿no? ¿Qué gracia tiene eso?

Olivia sonrió para sus adentros. El cambio de tema había sido poco sutil. Pero iba cargado de significado.

De todos modos, la inspectora llevaba razón: no podía detener a todo el deporte por un homicidio cuando ni siquiera se podía hablar del mismo de manera oficial. No había motivos suficientes, ni siquiera para los que habían estado *in situ* en la tragedia; y estos no querían ni oír hablar de aquel momento, que seguían sin asimilar.

Olivia pegó un pequeño salto en su silla a causa del trueno que acababa de sonar. Miró el pequeño televisor que tenían dentro del quiosco y pudo ver desde la distancia que habían retrasado veinte minutos la clasificación por climatología adversa. No le extrañaba: con la que estaba cayendo en ese momento apenas se veía a unos metros de distancia.

—Vaya…, parece complicado que puedan competir, ¿no? No creo que puedan —volvió a soltar la inspectora sin quitarle ojo a Olivia.

—Los neumáticos de lluvia extrema sirven para este tipo de condiciones, el problema es que tienen poca visibilidad… Y el que vaya sin nadie delante podrá conducir decentemente, pero los de detrás tendrán que soportar los aerosoles que genera el coche de delante, y eso hará que vea aún menos —explicó, todavía con la mirada fija en la pantalla—. Vamos, que no es seguro para ninguno. Mejor esperar a que afloje un poco.

Valeria hizo una mueca como si mostrara media sonrisa.

—Sí que entiendes sobre el tema —el tono de sorpresa se mezclaba con admiración.

—Oh, sí. Era el único mundo que conocía cuando era pequeña —respondió algo avergonzada—. Tengo que reconocer que a veces lo echo de menos.

—¿Él qué?

—El estar en un box, poder opinar sobre una carrera y que mi voz cuente algo.

—¿Eso no pasa?

Olivia negó con rotundidad.

—Por supuesto que no. No trabajo de mecánica ni ingeniera con mi madre. La última vez que alguien me escuchó sobre un consejo sobre una carrera fue mi padre, y dudo mucho que él no supiera ya lo que le estaba contando. Seguro que me seguía la corriente para hacerme sentir mejor. Tenía trece años.

—Comprendo —repuso Valeria—, pero sigo sin verle la gracia a la expectación de hoy: la carrera es mañana.

—Hay circuitos en donde quedar en el *top* tres de la clasificación te hace tener muchísimas más posibilidades que en cualquier otro. Es cierto que no es el caso del Circuit de Catalunya, pero con el problema de la lluvia, ir de los primeros puede ayudar a tener más visibilidad, como te he comentado.

—¿Y por qué lo dividen en tres tandas?

Olivia sonrió.

—De verdad no tienes ni idea, ¿no?

Valeria negó.

—No me interesa en absoluto. Me parece un deporte de ricos.

—Lo es —inquirió Olivia. Acto seguido, cogió aire mientras veía la columna de rayos acercándose más y más a la pista. En realidad, le emocionaba contarle de qué iba aquello—: Consiste en tres rondas, como bien dices: Q1, Q2 y Q3. —Una abreviatura para el término anglosajón *qualifying*—. La parrilla está compuesta por veinte pilotos, de los cuales, cinco caen en la primera ronda. Después, dan unos minutos de descanso y los quince pilotos restantes pelean en la Q2: En esta, caen otros cinco, quedando diez. —Valeria asentía mínimamente intrigada y eso animó más a Olivia a terminar con su explicación—. La posición en la que quedan los pilotos en ambas rondas será su correspondiente en la casilla de salida del día siguiente, en la carrera. Cada vez que comienza una nueva *qualifying*, empiezan desde cero de nuevo, para volver a marcar el mejor tiempo.

—Lo siento chica, sigo sin ver la expectación —volvió a repetir una Valeria aburrida que no paraba de dar caladas a su cigarro.

—Hay que vivirlo para entenderlo. De todas formas, suena mucho más aburrido de lo que es.

Valeria asintió con su cabeza. Parecía estar de acuerdo con ella.

—Dejaré a Carles su derecho a saber más que yo del tema. Te dejo tranquila —empatizó Valeria al notar que Olivia miraba su reloj; se había ido en mitad del turno y el tiempo apremiaba—. Te mantendré informada. Y por favor —la miró a los ojos con expresión seria—, ten cuidado y no confíes en nadie.

—Solo en mi madre, entendido.

—No. Siento decirte que en ella tampoco, Olivia. Es difícil para ti, pero en estas circunstancias no puedes fiarte ni de tu propia familia. Hazme caso.

Valeria apagó el cigarrillo en el cenicero de encima de la mesa y se levantó.

No supo por qué, pero aquello le dolió más de lo que quería reconocer. Pedirle algo así era escalofriante. No había nadie a quien conociese mejor que a Silvia y, por mucho que hubieran pasado unos años distanciadas, jamás se le pasaría por la mente que ella era la causante, no de una, sino de dos muertes a sus espaldas, en las que se incluía la de su mejor amigo y compañero. Era una completa estupidez y tenía la esperanza de que la inspectora Rodríguez no la tuviera realmente como sospechosa, porque, por esa dirección, no encontraría nunca al culpable.

Cogió su chaqueta, que por suerte llevaba gorro, y se la puso mientras veía a Valeria irse sobre los propios pasos por los que había venido. A continuación, dio media vuelta y puso rumbo hacia el box del equipo Astorian. Aligeró el paso para intentar mojarse lo menos posible y llegar rápidamente a su destino.

Tan pronto como se encontró en la puerta de la escudería, pudo alcanzar a ver a su madre, que estaba ya con los cascos y metida de lleno con los ingenieros. Los mecánicos de ambos pilotos estaban concentrados con la manta de cada uno de los neumáticos, sosteniéndola encima para que no se enfriaran ni perdieran el calor. Otros estaban ya sentados esperando a que el espectáculo comenzara. Los representantes de los pilotos también estaban allí, y algún que otro amigo o familiar. Fue hacia la cocina, pasó entre medias de todos y ofreció varios refrescos a los que estaban allí. Después, se quedó en el fondo, de pie, observando la escena.

Entonces, su mirada se encontró con la de su madre, que le sonrió y levantó su pulgar en señal de que todo iba bien. Olivia forzó una sonrisa de vuelta e hizo lo mismo con su pulgar. El ingeniero le comentó algo a Silvia y ella, después de un par de gritos nerviosos como contestación, volvió al trabajo.

Silvia no era capaz de hacer algo tan horrible, y tampoco lo pensaba de la gente que la rodeaba. Sin embargo, estaba cada vez más claro que una de las personas con las que se topaba día tras días era un asesino.

Después se sintió fatal, porque había sido la primera vez que le había mentido de verdad a Silvia, haciéndole creer que todo iba bien cuando lo cierto era que estaba viviendo una auténtica pesadilla.

Capítulo 20

Con frecuencia, dependiendo del circuito, la clasificación del sábado suponía haber ganado la mitad de la carrera, porque en algunos grandes premios era muy difícil adelantar. Casi imposible en otros, como en el prestigioso Mónaco. Además, el que se llevaba la *pole position* el sábado gracias a tener el mejor tiempo —o crono— posaba con su flamante Pirelli Pole Position Award. En realidad, es menos apabullante que su nombre; consiste en un neumático que es firmado por la marca y por el ganador del sábado.

Los veinte corredores ya se encontraban en pista, dispuestos a conseguir su mejor tiempo. Olivia los observaba por la pantalla como el resto de los integrantes del box. Su madre había terminado por sentarse en una banqueta alta alrededor del resto de ingenieros y de vez en cuando les iba a diciendo algunas cosas que iba viendo de los pilotos. La comunicación con ellos era constante. Rara vez pasaba que la radio dejaba de funcionar. Era muy importante para el equipo compartir información desde el box a pista y viceversa. Esto, por desgracia, Olivia tuvo que aprenderlo por las malas.

La lluvia no había parado ni un segundo, pero ahora era menos intensa, así que la situación en pista era un poco mejor.

Olivia se mantenía hipnotizada por la pantalla, viendo como Robert y Michel seguían en pista. El último quedó segundo al no conseguir adelantar a su compañero, Mark, que se quedó con el primer puesto.

—Mierda —susurró Olivia al ver el resultado. Aunque aún quedaba mucha clasificación y aquello iba a cambiar con total seguridad.

—Dile a Armando que haga ahora una buena vuelta y se meta en boxes —alcanzó a escuchar a su madre.

A los minutos el piloto, hizo lo que le pedían y consiguió una

tercera posición. Llevaba neumáticos de lluvia extrema, así que pronto, si cambiaban a los intermedios, los tiempos mejorarían rápidamente. La cuestión era que había demasiada agua en la pista y ningún equipo se atrevía a hacer el cambio.

Robert estaba haciendo su vuelta, le quedaba solo el último sector. Fue entonces cuando Olivia dio un grito ahogado al ver cómo su amigo daba un pequeño trompo. El susto duró solo unos segundos porque el piloto consiguió controlar bien el monoplaza y enderezarlo rápido para volver a pista. Esa vuelta ya no le valdría, y en la anterior había quedado duodécimo. Por suerte para él, la lluvia comenzó a apretar más aún y nadie pudo mejorar en aquella última vuelta, así que pasó sin problemas a la siguiente ronda.

Jones, el segundo piloto del Astorian, había conseguido llegar octavo. La estrategia del equipo había salido a las mil maravillas: con una sola vuelta buena cuando la pista estaba en mejores condiciones les había bastado para entrar en la Q2.

Los cinco primeros en caer fueron el australiano Will Brown, junto con su compañero de equipo, el argentino Manuel Gómez; el alemán Bruno Meyer, el japonés Hiro Ogawa y, para sorpresa de todos, uno de los integrantes del equipo gris, que se solía situar en medio de la tabla y que tenía acostumbrado llegar a la Q2, el inglés James O'Brien.

Los descalificados salieron de sus monoplazas al terminar y los que continuaban se quedaron dentro, mirando una pantalla con los datos que su ingeniero les había puesto por delante. Desde el box, Olivia escuchaba cómo los ingenieros pronosticaban el clima. Olivia se acercó un poco para escuchar lo que decían.

—Vuelve a aflojar la lluvia, Silvia. Creo que si esperamos un poco y dejamos que los demás salgan, podemos poner intermedios y hacer buen tiempo. Esta vez va a tratarse del que salga el último, porque va a ir mejorando seguro —le dijo el director de estrategia, Andy, a su madre. Silvia asintió.

—Pero se ve una mancha de agua ahí, si es igual de intensa que hace un minuto…, después no habrá marcha atrás y haremos peor crono que el resto —indicó Jackson, señalando una de las pantallas.

Llegados a este punto, solo podían arriesgarse; al final, de eso se trataba todo, de intentar interpretar los datos de la mejor forma, o ese era el pensamiento que Olivia había tenido desde que fue

consciente del funcionamiento de ese deporte.

—Vale, vamos a esperar un minuto a ver qué hacen los demás —propuso Andy sin mucho convencimiento. Se podía percibir sin mucho esfuerzo la tensión que existía entre ambos técnicos.

Fuera, las gradas estaban llenas de chubasqueros de colores y paraguas. A la gente no le importaba mojarse, y mucho menos con la emoción que causaba la lluvia en las carreras. Lo hacía completamente disparatado.

El cronómetro empezó a correr hacia atrás y la Q2 dio comienzo. Pasaron un par de minutos y la sorpresa fue escuchar… nada. Un silencio entre los trabajadores que resonaba con fuerza. No salía ningún coche a pista aún. Estaban esperando a que hubiera una pequeña ventana en la que la lluvia diera un descanso o, al menos, bajara de intensidad. Olivia vio a un par de mecánicos asomarse al *pit lane* para corroborarlo. Todos estaban observando al vecino.

Hasta que, de repente se escuchó un motor; por supuesto, ya no eran como los de la época de su padre, cuando el ruido que hacían era estridente, pero se distinguía desde lejos. En la pantalla apareció el coche de Robert.

> —¡*El primer valiente es el señor De Castro con intermedios*!
>
> —*Creo que es arriesgado, Tomás*.
>
> —*Pero nos dará un tiempo estimado e inspeccionará la pista. Así tendremos una mínima noción de cómo está, ¿no te parece? Su padre hubiese hecho lo mismo. Son pilotos temerarios*.
>
> —*Por lo que veo en la cámara, parece que está dejando de llover, puede ser el momento perfecto para que todos entren a pista*.
>
> —*Esto ya está más interesante, Jorge*.

«Conociendo a Robert, seguro que resulta a las mil maravillas», pensó Olivia al escuchar a los comentaristas.

El pronóstico de los comentaristas fue acertado: en cuanto Robert pudo dar una vuelta decente, empezaron a salir todos los demás. Silvia dio su validación a los ingenieros para que salieran sus pilotos. Tenía la mano derecha apoyada en la barbilla, pensativa, sin quitar ojo a la pantalla donde ya podía ver las *onboard* de sus dos pilotos.

Algún corredor se fue a la grava y otros pudieron terminar sus vueltas. La lluvia cesó casi por completo y empezó a formarse un caminito seco por todo el circuito siguiendo la trazada de los monoplazas; si alguno salía de él, terminaba perdiendo tiempo y patinando. Pero aún no estaba la pista para neumático seco para cuando terminó la Q2. De hecho, estaba justo en el límite.

Armando pasó a la siguiente ronda, pero no fue un resultado brillante: se quedó a mitad de la tabla. Jones quedó al límite en el décimo puesto y Robert terminó primero, seguido de Mark y Michel. La diferencia era de centésimas. Estaba demasiado reñido como para apostar por uno de manera certera, pese a que en este deporte las centésimas significaban mucho más.

Todos volvieron a boxes. Olivia, que llevaba ya un rato cruzada de brazos al fondo del box, vio como Mila se acercaba a su posición.

—Interesante, ¿eh?

—Sí, estoy viendo por el rabillo del ojo la pantalla de climatología. Parece que una mancha de agua se acerca de nuevo por la parte derecha del circuito.

Mila entrecerró sus ojos para focalizar su mirada en el punto de la pantalla que Olivia le indicaba.

—Uy, eso parece. Voy a preguntar a Andy.

Eso hizo, y volvió al minuto.

—Está a la que salta hoy. Sí, parece que puede llegar el agua de nuevo para el final de la Q3. Creo que van a intentar salir lo antes posible.

—La estrategia contraria a la de antes —comentó Olivia.

Mila asintió.

—Tengo que comentarte algo… —soltó entonces. Daba la sensación de estar muy apurada.

—Claro, dime —instó.

—Ya sabes que nosotros tenemos facilidad para ver lo último de lo que se habla sobre Fórmula 1, y un compañero de comunicación

me ha pasado esto. —Mila le enseñó el teléfono a Olivia, que comprobó cómo su cara aparecía pegada a la de Robert en un directo. Habían captado las imágenes y algunos habían recortado el momento en el que el *streamer* había entrado en el *motorhome* de Robert un rato antes.

—Vaya gilipollas… —soltó ella sin miramientos.

—No sé cómo ha podido entrar, pero hay bastantes memes.

Olivia comenzó a mirar los comentarios, algunos hasta tenían su gracia. La mayoría eran de chicas que deseaban estar en su lugar. Otros de chicos que también lo deseaban y, por último, de lo que parecían aficionados cuestionando la profesionalidad de Robert en mitad de una clasificación. Lo tachaban de no estar concentrado, entre otras cosas.

«Se le permite todo por ser hijo de quien es. Después irá llorándole a papaíto para que la Federación no le castigue en pista».

«De Castro puede hacer lo que le dé la gana, con esa cara y ese cuerpo le dejamos».

Olivia no daba crédito a algunos de los comentarios, que nada tenían que ver con lo que se podía apreciar en la imagen. La gente lo sacaba de contexto y hacía una historia paralela criticando así el rendimiento del piloto.

—Es todo un malentendido…, es uno de mis mejores amigos desde hace años.

Mila negó con la cabeza.

—De verdad, querida. A mí no tienes que darme explicaciones ni mucho menos. Esta gente da asco y nadie está contento con nada. Sacan cualquier pequeña cosa de contexto para cebarse con ellos por el mero hecho de ser figuras públicas.

—Lo sé —dijo Olivia con tono de tristeza.

—Ahora, la única verdad en este negocio es esta —dijo, dejando una pausa dramática para crearle expectación—: un piloto vale lo que vale su última carrera. Y da igual todo lo anterior que haya hecho. Si Robert lleva un par que no sube al *podium* y se queda a las puertas, pensarán que está volviéndose mediocre y, en vez de ser objetivos y razonables y pensar que ha habido otros factores, como el tipo de circuito o que tuvo un problema con los frenos, lo que dirán es que fue porque se había echado una novia y no estaba comprometido con la escudería ni con sus fans.

Razón no le faltaba a Mila, pero era agotador y disparatado.

—Y yo soy directora de comunicación —añadió con sarcasmo—, pero, chica, es agotador intentar que no haya un cataclismo con los pilotos y su imagen.

Olivia sonrió.

—Lo haces genial, Mila. Eres de las mejores de aquí.

La aludida se sonrojó un poco y miró hacia delante.

—Eres un cielo. Ya salen —anunció, señalando a los monoplazas —. Veinte euros a que Armando queda primero.

—Acepto —aprobó Olivia.

—¿Vas en contra de nuestro piloto? —preguntó con tono de broma.

—Nunca. Pero creo que Michel está haciendo un gran trabajo, algo se guarda.

—Me gusta cómo piensas, pero tienes que aprender a barrer para casa, no con nuestra competencia directa. Creo que me queda mucho que enseñarte.

Olivia le sonrió.

—Siempre barro para casa.

Mila la miró confusa. Sin embargo, ella sabía bien de lo que hablaba.

—Vamos, Armando, aprieta. Es el momento. —Leyó los labios de Silvia mientras se comunicaba con su piloto. Olivia también se percató de que Jackson, que en ese momento se llevaba la mano derecha al mentón sin quitar los ojos de la pantalla, no parecía muy convencido de que lo fuesen a conseguir.

Quería que Astorian ganara, pero el puesto de Michel corría peligro, así que, si de ella dependiera, hubiese apostado todo lo que tenía para que su amigo hiciera la *pole position* de ese día.

Lo irónico era que ninguna de las dos ganó la apuesta. Para sorpresa de todo el *paddock*, ese día el ganador había terminado vistiendo de rojo.

Capítulo 21

La gente se agolpaba para ver al ganador de la *pole* del sábado, a pesar de que había vuelto a comenzar a llover. Importaba bien poco. Y es que, todo de rojo, se encontraba haciéndose la foto, con sonrisa de donjuán, Roberto de Castro. Después de firmar el mítico neumático, se acercaron los otros dos que completaban el podio para la salida de mañana. Armando segundo, y Michel tercero.

Por primera vez en la historia, los tres primeros pilotos de la categoría reina eran hispanohablantes; eso era una foto que vendría incluida en los libros de historia deportivos con total seguridad. Además, en el Gran Premio de España. El público estaba completamente entregado entre gritos y festejos. A cada cual se le apreciaba más feliz por el puesto que a cualquiera de los tres agraciados.

La realidad es que Robert había estado muy acertado: hizo la mejor vuelta en el momento más adecuado. Casi había terminado antes de que comenzara a llover de nuevo de manera más intensa. Así que cuando los demás intentaron mejorar su tiempo, no pudieron. Todos sabían que eso no significaba que fuese el más rápido, pero sí el que había tenido mejor estrategia para conseguir salir el primero mañana. El segundo puesto de Armando supo a gloria al equipo Astorian, que se echaba encima de él celebrándolo como si fuese el mismo domingo. Esa ilusión, ganas y ansiedad por tenerlo todo hacían que el equipo de Silvia fuese cada vez mejor. Michel también sonreía, aunque de manera muy cauta. Olivia conocía muy bien a su amigo, tanto que en su fuero interno estaba segura de que él se maldecía por no estar el primero, pero el simple hecho de quedar por encima de Mark le sacaba una sonrisa, era un pequeño triunfo.

Cada uno de los tres deportistas que tenía delante luchaba una batalla interna. Robert quería demostrar que era mucho más que el

mimado de su deporte, mucho más que esa sombra alargada de su progenitor. Armando quería poner de manifiesto que aún tenía que demasiado que ofrecer aun siendo el piloto con más edad de la historia y que no debía quedar relegado a la vieja gloria que le habían dado anteriores campeonatos. Y, por supuesto, Michel, que necesitaba dejar claro que había merecido por méritos propios estar donde estaba en ese instante.

Olivia observaba la estampa a una distancia considerable, y aunque la lluvia la estuviera calando no le importaba. Todo el equipo verde estaba allí para la celebración. Parecía que las cosas estaban saliendo como esperaban y disfrutaban; eso sí, con cierto aire de tristeza en el ambiente a pesar de las buenas noticias.

Hasta que dos personas llegaron como una sombra aterradora. Entre la multitud encontraron a Silvia, que estaba muy cerca de la barrera, y fueron directos hacia ella. De inmediato, Olivia se puso en marcha en su dirección. La actitud de la pareja era dramática. El chico con una gabardina hasta los tobillos y la chica sosteniendo el enorme paraguas negro que los tapaba a ambos. Pudo llegar justo a tiempo al encuentro.

—Señora Díaz, necesito que nos acompañe a comisaría, usted y el resto del equipo, por favor —pidió el inspector con voz grave. Era una simple amabilidad, no se lo estaba pidiendo. Se lo ordenaba.

—Pero ¿de qué están hablando? ¿No ven que estamos en plena celebración?

La inspectora Rodríguez apoyó su mano en el hombro de su madre.

—Señora Díaz…, le pido amablemente que nos acompañe a comisaría.

La estupefacción llegó al rostro de Silvia; le había pillado por sorpresa el duro tono de la inspectora.

Olivia llegó empapada y se puso al lado de su madre. Las gotas de agua le caían por las mejillas.

—¿Qué está pasando? ¿Inspectora? —No quería tutearla por si acaso su compañero se daba cuenta de que tenían un trato especial en su ausencia.

—Señorita Stewart, no nos haga perder el tiempo —le espetó el inspector.

Mila se había acercado a donde estaban.

—¿Qué ocurre?

—Nada, Mila —repuso Silvia—. Los inspectores necesitan contarnos algo urgente del caso.

—Señorita Martin, también requeriremos de su presencia, la del señor Corner y la de la señorita Stewart —apremió el hombre.

—Podemos contárselo en alguna sala en la que estemos tranquilos y después llevarlos a comisaría, Carles —lo intentó convencer la inspectora—. Los medios están ahora mismo presentes, mejor será dejar que hagan las entrevistas a los pilotos mientras les contamos lo que sabemos apartados, y después nos los llevamos.

—¡Madre mía! —exclamó Mila alarmada, llevándose una mano al pecho—. No puedo creer lo que está pasando.

Por un momento, el tono tan dramatizado de la chica hizo sonreír a Olivia, ya que parecía demasiado teatral, pero lo cierto era que la muchacha estaba completamente pálida y no había resquicio para el humor. Se sintió mal de inmediato, pero su risa había sido un bloqueador de la histeria que sentía.

Silvia miró a su hija como solo una madre puede hacerlo al necesitar prestarle la protección necesaria a sus criaturas. Después, a los pilotos desde lejos para comprobar que estaba todo bajo control a simple vista; y, por último, a los inspectores.

—Está bien, podemos ir a la sala que os prestamos la última vez. Allí nadie nos molestará. Por favor, os pido discreción, ninguno quiere salir en la portada de la prensa de mañana. —Solo su madre podría exigir algo a unos agentes de policía que podían detenerla en cualquier momento—. Y, si nos lo permitís, Mila es la directora de prensa del equipo. Debe quedarse con nuestros pilotos para las ruedas de prensa, ¿hay algún inconveniente para que se incorpore más tarde? La necesito en su puesto para que nadie sospeche nada. Y los pilotos harán muchas preguntas si ella no está a su lado de repente.

—¿No tiene ningún sustituto? —preguntó el inspector un poco exasperado.

Silvia negó con la cabeza.

—No inmediato, con tan solo dos minutos de antelación, como comprenderán —repuso. Y su espíritu de jefa salió a relucir como nunca.

Los inspectores se miraron y Carles suspiró.

—Está bien. Por favor, señorita Martin, nos gustaría pedirle encarecidamente —recalcó con fuerza esta última palabra— que esté completamente localizable y que en cuanto termine su trabajo vaya a vernos.

Ella asintió tragando con fuerza y se fue rápidamente de allí. La angustia parecía recorrerle cada poro de su piel.

—¿Y yo? —respondió Olivia visiblemente confundida.

—Usted también. Todos los pasajeros del avión —repuso Carles, al que parecía habérsele olvidado que Olivia estuvo, además, no solo en el momento de la muerte de Óscar, sino que fue la más cercana al cuerpo del fallecido.

Valeria la miró con cara de «te lo dije». Silvia fue a buscar a Andy Corner entre la multitud, cosa que no fue fácil, y a continuación todos se dieron media vuelta para seguir a Silvia hacia el box.

Para esos momentos, a Olivia le había calado la lluvia no solo en los huesos sino también en el alma.

—Sentimos comunicarles que Óscar Campbell fue asesinado.

Las palabras habían caído como un trueno rompiendo toda la sala y retumbaban en la cabeza de Olivia constantemente como un eco lejano. No entendía por qué, si era un dato que ya sabía con certeza. Pero escucharlo de manera tan tajante y, sobre todo, que más gente lo supiera, lo hacía de alguna manera mucho más real. Como si el cuerpo inerte de Óscar unos días antes no hubiese sido suficiente. Andy Corner se tapó la boca y aguantó las lágrimas. Silvia, por el contrario, parecía ida por completo. Su mirada permanecía en un punto fijo y aquello la preocupó. Olivia lloraba en silencio. Había llorado ya por Óscar, y, sin embargo, sentía que no había sido suficiente.

Corner preguntó con la voz temblorosa.

—¿Cómo ha…? ¿Qué narices ha pasado? ¿En qué momento?

—En el avión, por supuesto.

—Sí, pero ¿cuándo? Es imposible, estábamos todos bien —la voz de Corner era de incredulidad. Miraba a uno y a otro sin entender. Después miró a Silvia y le tomó la mano al verla tan descompuesta. Ella ni siquiera reaccionó.

—Murió envenenado —tomó la palabra Valeria—. Fue una muerte indolora y apacible, eso sí. Intoxicación.

—¿Comió o bebió algo en mal estado? ¿Le echaron algo en los alimentos? —La voz de su madre retumbó en el eco de la sala. Su voz potente y directa se había convertido en una completamente desgarradora. Seguía con la mirada perdida en un punto fijo, pero al menos a Olivia le aliviaba saber que prestaba atención a lo que decían.

El inspector negó con la cabeza.

—No. La autopsia ha revelado que falleció a causa de una intoxicación por monóxido de carbono.

Corner, su madre y ella los miraron con sorpresa. Olivia se quedó petrificada. ¿Estaba en las mascarillas? Estaba deseosa de preguntar. De gritarle a la inspectora si a eso se refería al salir por la puerta de su habitación. Pese a ello, su reacción fue contraria. Inmóvil en el sitio, escuchando atentamente a los inspectores. No sabía cuánto metería en un lío a la inspectora Rodríguez por todo lo que sabía por ella.

—¿Cómo es posible? —volvió a repetir Corner.

Ella comprendía perfectamente la confusión que generaba: todos estaban allí al mismo momento que Óscar y solo él había muerto. Habían comido y bebido lo mismo, así que imaginar cómo había podido suceder era complejo.

Cuando los inspectores les explicaron prácticamente lo mismo que ya conocía Olivia, las caras de sus acompañantes se tornaron en terror. Se dieron cuenta de lo mismo que ella, y es que todos podían haber muerto aquel día. Cinco cadáveres habrían sobrevolado para aterrizar sin vida. Si alguno más se hubiese puesto esa mascarilla, no lo hubiesen contado.

—No puedo creerlo… —repuso su madre.

Era perturbador verla de aquella forma. Recordó la única vez que la vio de esa forma y no quiso adentrarse en ese recuerdo por nada del mundo. Olivia debía decir algo o sería extraño para todos.

—¿Hay ya algún sospechoso?

Ellos negaron, pero fue la inspectora quien contestó.

—Tenemos la teoría que haya podido ser vuestra competencia. Alguien a quien no le importaba que alguno, o todos, murierais. Y, ante todo, alguien con mucho poder para hacerlo y pagar a los trabajadores de la aerolínea.

—¿Han podido hablar con los trabajadores? —preguntó de

nuevo su madre.

—Tenemos un percance con ese tema —contestó Carles, y entonces sacó unas fotos que llevaba en una carpetita dentro de su chaqueta. Como un detective privado de los años sesenta. Les enseñó una foto de un hombre de pelo moreno y ojos oscuros—. ¿Os suena su cara? —preguntó dándole la foto a Silvia y haciendo que la pasara a los demás. Cuando llegó a Olivia contestó rápidamente:

—Me suena muchísimo.

—Es el comandante del avión de ese día.

—Sí, lo vimos fugazmente al salir del avión —repuso Silvia.

Olivia lo recordaba vagamente. Se había desmayado a la salida y el clonazepam le jugaba una mala pasada.

—¿Y este? —Ahora fue la inspectora quién les entregó la otra foto. Silvia y Andy negaron con la cabeza. Cuando llegó a Olivia, lo reconoció de inmediato.

—Es un trabajador de la compañía —contestó en un susurro.

Aquella foto le empezaba a confirmar lo que venía temiendo desde que Mila le enseñó la noticia.

—¿Cómo lo sabes, Olivia? —la pregunta de Carles fue en un tono más suave que de costumbre.

—Vi esta misma foto en el *Times*. Fue encontrado muerto en la habitación de su hotel el mismo día de la muerte de Óscar.

—Es la persona encargada de cambiar el oxígeno en las mascarillas de emergencia del avión, entre otras cosas.

Andy se llevó la mano a la boca incrédulo. Su madre seguía en trance.

—Quisimos hablar con el comandante al enterarnos de esta muerte tan casual, pero para nuestra desgracia, lo encontramos exactamente igual. Con las mismas características que su compañero.

Olivia, con sus manos cerradas en puños sobre sus rodillas, se dio cuenta de que se clavaba las uñas en su piel para que la ansiedad no se exteriorizara. La intensidad con la que lo hacía en ese momento la ayudaba a concentrarse para no echarse a llorar.

—Es decir, que seguro que ellos sabían quién había sido y los mataron para que no se les escapara nada —argumentó Corner, ahora visiblemente cabreado.

—Sí, esa es la teoría principal, que los asesinó la misma persona —repuso Valeria con seriedad—. Necesitamos llevarlos de nuevo a comisaría para que nos vuelvan a prestar declaración ahora que sabemos que es un homicidio. Comprendemos que están en mitad de un gran premio, así que intentaremos ser rápidos con las preguntas. Carles, llama a la señorita Martin para que se reúna en comisaría con nosotros en cuanto acabe.

Él asintió, tomó su teléfono y salió de la sala para llamar.

Los cuatro integrantes se quedaron en silencio; no era de esos incómodos, sino de los que se guardan en pleno luto, sabiendo que en esa tempestad silenciosa estaban unos con otros apoyándose en la quietud. Olivia miraba todo el rato por el rabillo del ojo a su madre, que negaba con la cabeza como si quisiera borrar aquel momento de su mente. No paraba de hacerlo y daba la sensación de que no tenía el control. Estaba fuera de sí. A ella también le hubiese gustado eliminar las acciones pasadas, el haber decidido subirse a ese avión como ella le pidió. Puede que eso también estuviera martirizando a Silvia de alguna forma.

—Quiero serles muy clara —arrancó a hablar Valeria de nuevo, rompiendo el momento—: deben extremar la precaución y tener ojos en todas partes. Cualquier cosa que se les ocurra o cualquier inconveniente que hayan tenido con otros competidores en el sector deberán contárnoslo. Yo misma he intentado investigar estos días aprovechando el campeonato y he visto que tienen un cara a cara esta temporada con Zed Rush. Así que mi compañero ha salido no solo para llamar a Mila, sino también para interrogar a unos cuantos miembros de este equipo. También a alguien del Astorian, Karl Jackson. Esto ya no se trata de un mero deporte. Para nosotros, sus vidas están en riesgo.

Por primera vez, su madre alzó la mirada orgullosa y con los ojos encharcados para mirar a la inspectora.

—No sé si alguna vez ha creído que este es un deporte tranquilo y de sana competición. Pero es mi deber comunicarle que en esta profesión, sistemáticamente, desde sus orígenes, ha habido vidas en riesgo.

Capítulo 22

Dos años y medio atrás…

Olivia se encontraba en la fábrica de la escudería Astorian. Aún le parecía irreal poder estar allí observándolo todo. La ingeniería mecánica más innovadora estaba en ese tipo de fábricas. Desde niña, había soñado estar en un sitio así, pero siempre había algún inconveniente que impedía a su padre llevarla.

Ahora estaba en mitad de Inglaterra de nuevo y había ido por petición de su madre para mostrarle dónde trabajaba. También quería que pasaran algo de tiempo juntas, un atisbo del recuerdo de tener una rutina de familia normal y corriente, aunque no tenía muy claro cuál era la definición de esas dos palabras. Después de un pequeño *tour*, se quedó en la entrada esperándola. Cuando apareció, lo hizo junto a Óscar.

—¿Han echado a Mary? Hacía un trabajo extraordinario en administración.

—Sí, algo habrá visto en las cuentas que no ha sido de agrado a los de arriba.

—Habría que hacer algo, Óscar…

Él señaló a Olivia y sonrió. Silvia calló de inmediato y saludó a Olivia.

—Espero que no te importe que me apunte. He insistido a tu madre en que era algo vuestro, pero nada —le explicó a Olivia apurado.

Ella negó con la cabeza en señal de que todo estaba bien.

—Para nada, Óscar, eres más que bienvenido.

Y no lo dijo por apuro ni compromiso. Era la verdad. Desde que lo conoció vio en él una persona agradable y con quien compartir sus diferentes puntos de vista. Era placentero hablar con alguien

más que su madre. Sus amigos estaban en los simuladores de Fórmula 1, y los que había hecho en la carrera trabajaban en diferentes puntos de Europa. Así que estaba sola durante un tiempo, hasta que pudiera toparse con alguno de ellos. Se había apuntado a un curso de cocina para mantenerse entretenida y dar rienda suelta a algo que le encantaba desde hacía años. Aunque lejos de la utopía soñada, eso le había conllevado a otro problema. Hacía años que no se sentía juzgada por su color de piel o, al menos, no le daba la menor importancia. Al entrar en las clases sintió que le hacían el vacío, comenzando por su profesor, que el primer día le había dejado caer si estaba segura de haber pagado aquella clase. Ser «chef» no era para cualquiera. Y al voltearse, comprobó que sus compañeros eran todos de piel muy clara y, a excepción de dos chicas, todos hombres. Tampoco parecía que ninguno tuviera mucha intención de acercarse a ella. Se le estaba haciendo difícil.

El día anterior, solo uno lo hizo y su mirada lasciva le provocó tanto asco que hizo lo posible por ignorarlo. Eso solo la hizo parecer grosera y antipática. A su edad, jamás se había considerado una persona hostil, al contrario.

Se sentía como un lobo descarriado de su manada. Solitaria.

Habían decidido acercarse hasta Londres, que quedaba tan solo a veinte minutos en coche de la escudería, para poder comer en el japonés del que Olivia siempre hablaba cuando volvía a España desde la universidad. Óscar también era muy fan de ese tipo de comida, y pasaron una jornada agradable recordando viejas anécdotas y charlando distendidamente.

—¿Recuerdas aquel piloto que soltó por la radio que su culo estaba ardiendo? —preguntó Silvia a su hija—. Eras muy pequeña, pero nos reímos muchísimo.

Sí que se acordaba, con ternura y mucha felicidad. Aunque estaba segura de que el piloto no tendría el mismo pensamiento.

—¡Claro que sí! —exclamó con una carcajada—. ¿Y eso a qué se debió? —No lo recordaba en absoluto.

—Recuerdo a los pobres ingenieros pensando que no comprendían al piloto. Que había sido un error de comunicación… o más bien de traducción. A veces pasa e intentan ser precavidos. Pero el piloto siguió insistiendo y se escuchaba por la radio: «¡Que me arde el maldito culo!».

Óscar se unió a las risas de ambas.

—El problema en realidad fue un error de montaje del sistema hidráulico y su mal aislamiento —explicó este.

—Cierto, pobres ingenieros —soltó su madre.

—¡Ingenieros dices! Pobre piloto. Jamás se me olvidarán esas ampollas gigantes que le aparecieron de inmediato al salir del coche y quitarse el mono. Y a pesar de ello, siguió compitiendo en el siguiente gran premio, que fue el de Mónaco. Con cantidad ingente de vendajes, eso sí.

—Mamá siempre ve el lado de los ingenieros. Pero los pilotos están hechos de otra pasta —repuso Olivia.

Silvia recordaba aquello como un incidente nefasto para los ingenieros, que se deshacían en disculpas hacia el piloto y que lo pasaron fatal por no haber hecho su trabajo a la perfección. No comprendía, sin embargo, que el verdadero calvario recaía en el piloto. Su mente simplemente funcionaba así.

Al final, la conversación tornó al trabajo y a debatir lo que debían hacer en la escudería, cómo podían mejorar el suelo del coche y, sobre todo, cómo fichar a un piloto que deseaban.

—¿Crees que Armando dirá que sí? —repuso Silvia.

—Ojalá, desde arriba están moviendo los hilos necesarios para la siguiente temporada.

—Tiene contrato anual, pero, aun así…, lo veo complicado.

—El tema de los fichajes es ridículo. Tengo entendido que se está liando mucho internamente en el *paddock*… Quieren fichar a más de un *rookie* y apostar por él desde el principio con mucho dinero.

—Más o menos como hicieron con Mark.

—Exacto.

—Nosotros necesitamos ahora mismo a alguien con mucha experiencia que nos ayude en el camino con el nuevo coche. Que lo comprenda y lo sienta de una manera que no podemos nosotros…

—Como hacía papá —soltó Olivia.

La cara de Silvia se tornó en sorpresa y después algo nostálgica.

—Sí, exacto… Nigel aportaba mucho a su equipo en ese aspecto. Los pilotos con más talento y, ante todo, experiencia son los mejores en ese aspecto. Puedes tener talento, y aun así si no estás acostumbrado a cómo se siente el coche para que vaya bien, no

sirve de absolutamente nada.

Óscar asintió, de acuerdo con todo.

—Creo que el jefe —dijo señalando arriba y dramatizando las altas esferas como si fuesen un dios omnipotente— está en charlas y trámites para hacerlo posible. Al parecer están tratando mal a Armando, y la prensa inglesa está filtrando noticias sobre ello.

—¿Cómo narices se enteran siempre de todo?

—Ni idea, pero son letales.

Olivia escuchaba con atención toda la conversación mientras se metía en la boca un trozo de *sashimi*.

—¿Y quién sería el segundo piloto? —preguntó al tragar.

—Aún están barajando…, pero con lo caro que puede salir Armando…, seguramente alguien mucho más novato, que tenga talento, pero menos experiencia. Habrá que tener de las dos cosas en el box —explicó Óscar.

Los sueldos de los pilotos eran públicos. En lo alto de la lista estaba James, de la escudería Meridian y cinco veces campeón del mundo, ganando sesenta millones de euros al año. Eso sin contar, por supuesto, la variable por ganar carreras o quedar en los puestos más altos, además de la publicidad y otros trabajos diferentes a pilotar. No ganaban como un jugador de fútbol de élite, por descontado, pero tampoco es que fuera un sueldo mediocre. Aunque en su trabajo hay un plus, y es que cada vez que se subían al monoplaza arriesgaban su vida, incluso en un punto de la Fórmula 1 en la que los monoplazas eran más seguros que nunca en su historia, tanto que era difícil que echaran a arder como antaño. Más aún con la llegada del halo, un sistema de seguridad al que muchos se opusieron por su impacto en la estética del vehículo hasta que tuvieron que reconocer que había salvado varias vidas en numerosos accidentes en la pista.

Óscar levantó la mano para pedirle a la camarera otra ronda de *nigiris* de salmón. Era la tercera que pedía; parecía que el amigo de su madre no tenía fondo. Olivia se preguntaba constantemente dónde lo metía siendo un hombre tan menudo.

—De todas formas, si el jefe quiere llevar la escudería a lo más alto, tiene que invertir, es lo que hay —retomó Óscar.

—Y lo está haciendo. Al final, es lo que ocurre con los hombres de negocio poderosos, están acostumbrados a tenerlo y controlarlo

todo… Normalmente te diría que eso es un problema, porque lo es, pero ahora mismo nos beneficia.

Silvia miraba a Óscar mientras daba su argumento. Olivia palpaba cierta complicidad entre sus palabras que ella no llegaba a comprender, pero tampoco necesitaba meterse donde no le llamaban.

—Hasta que deje de beneficiaros —volvió a soltar Olivia descaradamente. Sus acompañantes la miraron con perplejidad—. Habrá un momento que será así, porque solo tienen ojos para los números. Mientras tanto goza de esa inyección de inversión en vuestro trabajo y lo que os gusta. Pero es preocupante el dinero que puede llegar a tener una persona…

—Ese es otro tema diferente —atajó Silvia—. Mientras tanto, haremos nuestro trabajo, que nos satisface y nos lucra. No seré yo la que se ponga ahora moralista.

—Todos somos moralistas hasta que nos conviene no serlo por algún motivo —contestó Óscar en sintonía con el comentario de Olivia. Él le guiñó haciéndole ver que estaba de su parte, pero aparcando el conflicto.

—En fin… —suspiró Silvia—. ¿Cómo llevas el tema del asma, Óscar? El otro día te vi regular.

—¿En serio? —preguntó Olivia preocupada.

—Tengo mis épocas… El otro día en la fábrica me costaba respirar. El inhalador ayudó. De todas formas, iré al médico para que me miren o me den algo más fuerte.

—Si no te encuentras con fuerzas no hace falta que vengas, ya lo sabes. Has venido todos los días sin descanso.

Óscar negó con la cabeza.

—Tú tampoco has faltado ni un día esta semana, no digas bobadas. Los dos estamos demasiados obsesionados con el trabajo —replicó—. Ya te digo que estoy bien, desde la niñez uno termina por acostumbrarse.

—Ambos deberíais tomaros un descanso. No me gustaría tener que sacaros de la fábrica a rastras.

La camarera trajo por fin la última comanda de *nigiris* y Óscar fue el primero en coger uno con sus palillos y mojarlo en el cuenco con soja que tenía frente a él. Lo levantó y lo dejó suspendido en el aire a modo de brindis y contestó:

—Si vamos a ser campeones del mundo, todo merecerá la pena.

Años más tarde, Olivia recordaría esta misma conversación y pensaría con congoja lo equivocado que estaba Óscar y lo estúpido que había sido pensar que ganar lo compensaba todo.

Capítulo 23

Había salido por fin de comisaría. Horas después de la visita de los inspectores al *paddock*, por fin habían podido volver a descansar al hotel. Aunque Olivia imaginaba que ninguno se sentiría tan seguro después de las nuevas revelaciones. Desde que ella recibía los anónimos, había sentido una desazón inconmensurable en el pecho. El aire le faltaba y los ataques de ansiedad causados por el *shock* traumático que estaba viviendo no ayudaban en absoluto en la soledad de su habitación del hotel. Podía haber ido a la de su madre a refugiarse como cuando era pequeña, pero su orgullo y cabezonería de enfrentar las cosas como alguien de casi treinta años se lo prohibían, aunque la mayoría de las veces se preguntaba cómo era eso de enfrentar las cosas a esa edad, como si fuese muy diferente a la veintena. Empezaba a pensar que simplemente era un espejismo, crear un aura de seguridad ante los demás.

A Olivia le habían hecho entrar en la sala como a todos los demás, pero la inspectora Rodríguez solo le recalcó lo que ya le había contado y le preguntó si existía algo más relevante que hubiese recordado para poder contar. Por desgracia, no había sido así. Sin embargo, la inspectora era muy insistente al respecto. Rememorar el momento de la bajada del avión era crucial, o eso decía, para comprender ciertas cosas.

Se culpaba a sí misma por haberlo desterrado a un lugar recóndito de su mente, aunque tenía la pequeña esperanza que volviera en algún momento, como había pasado durante los días anteriores en los que los recuerdos volvían en forma de *flashes* para torturarla. Esta vez, no le importaba sufrir si eso significaba poder ayudar en algo a la investigación. Al menos, se sentiría útil.

Al salir, no llovía torrencialmente como al mediodía después de la clasificación, pero la llovizna hacía que la tarde siguiera fría.

Hasta que no anduvo unos cuantos pasos hacia delante no se percató de que su madre la esperaba dentro del coche. Había traído el suyo propio para ir hasta allí. Andy Corner había ido junto a los inspectores y Mila se había encontrado con ellos más tarde, al igual que Jackson. Todos los del equipo Astorian se habían marchado ya. Abrió la puerta del copiloto y suspiró de manera prolongada.

—¿Estás bien? —preguntó Silvia en cuanto se subió. Olivia se limitó a asentir—. Todavía no puedo creerlo.

—Lo sé. Es difícil de creer… —añadió solo.

Olivia se propuso para conducir viendo el estado de Silvia. Esta aceptó y salió para que cambiaran posiciones. Metió la primera marcha y puso rumbo hacia el hotel. Ya hacía tiempo que no conducía y en ese instante recordó cuánto lo echaba de menos. Le transmitió una paz que hacía días que necesitaba.

El camino se hizo terroríficamente silencioso. Ninguna parecía con fuerzas para poder hablar sobre el tema, pero ambas se necesitaban para seguir adelante.

Al llegar al hotel, aparcó con tranquilidad, y entonces Olivia decidió mostrar algunas cartas.

—Creo que llevan razón.

Silvia la miró con el ceño fruncido.

—Tienen que llevarla, si la autopsia ha revelado eso no hay mucho que discutir.

—No, no me refiero a eso —negó ella con nerviosismo—. Me refiero a que ha tenido que ser alguien que os conoce, alguien que no puede permitir que el equipo gane. ¿No se te ocurre nadie? Porque yo tengo una persona en lo alto de la lista…

—Olivia, por favor —cortó Silvia fríamente—. Johnson no se atrevería. Además, no podría planificar algo así. No tiene tanto cerebro.

—Yo no estoy tan segura… —desafió, recordando la charla que había tenido con Johnson en el box de Zed Rush el día anterior.

—Escúchame bien. No quiero que te metas en esto. Va más allá de ti y de mí. No te imaginas lo poderosa que es la gente de este mundo y yo no puedo protegerte. Dios… —Se llevó las manos a la cabeza—. Ni siquiera puedo protegerme a mí misma, no pude hacerlo con Óscar… Esto ya lo veía venir…, pero no imaginaba… ¡JODER! —gritó dando un golpe en el salpicadero.

Ahí estaba. La mujer de hielo tenía corazón después de todo. Las lágrimas comenzaban a salir sin remedio.

—Tú no podías hacer nada, lo sabes muy bien. No te martirices —la tranquilizó. Deseó abrazarla y poder confortarla, pero se sentía demasiado torpe teniendo el reposabrazos de por medio.

—Debí estar más alerta.

—No sufras, mamá… —suspiró Olivia, y decidió ponerle la mano en el hombro para consolarla de alguna forma—. No hagas lo mismo que cuando murió papá.

De repente, Silvia levantó la cabeza para mirarla. Su tristeza pasó a un nerviosismo y tembleque que nunca había vivido junto a ella.

—¿Mamá…?

—¿Y si…? —comenzó a preguntarse Silvia—. Dios mío. Tienes que irte. Tengo… tengo cosas de las que encargarme.

Silvia se frotó la cara para retirarse las lágrimas. Olivia no comprendía nada.

—¿Qué está pasando? ¿Qué acabas de recordar?

Silvia negó con la cabeza.

—Algún día lo hablaremos, te lo prometo. —Ella ya estaba saliendo del coche.

Olivia hizo lo mismo y cerró la puerta, pero la persiguió hacia el hotel.

—Siempre he pensado que fue un accidente…, pero les benefició y todo terminó ahí.

—¿El qué?

—¡Nigel! —gritó ella desesperada—. Lo perdí, lo perdimos en ese último giro y nos quedamos solas, Lo perdimos igual que a Óscar.

Estaba más confundida aún que hacía unos minutos. Sin embargo, con ese mensaje tan críptico por parte de su madre comprendió que no iría a ningún lado. Mientras la veía marchar a paso ligero, se quedó ahí, plantada como un espantapájaros esperando a que los cuervos hicieran lo propio.

¿Tenía algo que ver su padre en todo aquello? O, lo que era más importante, ¿tenía algo que ver su muerte con la de Óscar? Por la reacción de su madre, parecía que sí.

Aún era temprano. Las ruedas de prensa habían terminado, así que

decidió mandarle un mensaje a la única persona que no debía molestar, pero a la que necesitaba desesperadamente.

En el sillón donde había estado hacía unas horas la inspectora, ahora se encontraba Michel, intentando procesar los datos de la autopsia de Óscar, junto a todo lo demás. Había llegado con cara de pocos amigos y se le veía resentido por algo que ella no alcanzaba a pensar. De hecho, el único motivo que se le ocurría era que había quedado por detrás de Armando y Robert en la clasificación. Por norma, eso lo ponía de muy mal humor, como a casi todas las personas competitivas hasta la médula.

El piloto llevaba un tiempo mirando a su amiga sin dar crédito a las novedades y con la mano en la boca para ahogar los gritos de sorpresa.

—No esperaba que este fuera el motivo por el que me habías pedido venir…

—Lo sé, siento que no haya sido para estar tranquilos antes de la carrera.

Muchas veces hacían eso, se ponían una película o una serie el día antes de la carrera para relajarse después de las interminables reuniones sobre estrategia que tenían tanto Robert como él. Los ayudaba a distraerse y descansar.

—No me refería eso —respondió cortante Michel. Olivia se percató y frunció el ceño—. No tiene importancia —reculó él.

—La cuestión es… que creo que Johnson tiene que ver en todo esto. No sé por qué, es algo que me tiene en vilo.

—¿Por qué iba Johnson a querer asesinar a Óscar? ¿O a alguno de ustedes? No tiene sentido.

—Son sus competidores directos.

—No mames, Olivia… ¿Te estás escuchando? Las cosas no funcionan así. Sé que muchas veces este deporte parece muy melodramático y salido de un documental de Netflix, pero te aseguro que nadie está dispuesto a matar por ganar. Ni que Johnson fuera el dueño del equipo y dependiera todo su capital de esto. Él también fue piloto —argumentó—. No, me niego.

—Lo sé, sé que es una estupidez —concordó—, pero… ¿quién si no? Tiene que ser alguien que tenga que ver con este deporte.

Michel encogió sus hombros en señal de desconocimiento. Se quedó un rato en el sillón junto a Olivia, que estaba sentada en la

cama de nuevo, pensando en alguna explicación que fuese plausible.

—Lo único que se me ocurre —comenzó a divagar Michel—, es que Óscar no fuese el objetivo…, sino que realmente lo fueran todos los pasajeros del avión. Tú habrías sido un daño colateral. Nadie esperaba que estuvieras ahí, ¿no? Y si fuese así, alguien que no tuviera pudor en deshacerse de todos tendría que ser alguien de muy arriba. Alguien poderoso.

—¿Te refieres a la Federación?

Michel negó.

—¿Y si ha sido su propio jefe? El dueño de la escudería Astorian no más.

—Estás de broma…, ¿verdad? —preguntó Olivia con risa nerviosa—. Voy a imitarte hace un minuto: ¿tú te estás oyendo? Eso no tiene ni pies ni cabeza, ¡¡están ganando!! El trabajo que hacen cada día esas personas le está dando *mucho* dinero.

—También ha perdido mucho: sabes que una inversión tan grande no se recupera con ganar unas pocas carreras. ¿Y Jackson? Es muy conveniente que se fuera de nuestro equipo y que ahora esté en el puesto de Campbell.

—No tiene sentido, Michel. Precisamente porque no se beneficia con unas pocas carreras, necesita todo el campeonato para mejorar el presupuesto y ¿va a asesinar a sus empleados a mitad de temporada? No me hagas reír, no estoy de humor para estas mierdas… Sobre Karl, a mí tampoco me da buena espina ese hombre. Pero no me daría buena sensación nadie que estuviera en ese puesto ahora mismo.

Esa conversación era absurda y no llevaba a ninguna parte. El punto que tan lógica y claramente veía el piloto no era ni de lejos nada de lo que le pareciera convincente a Olivia.

—¡*Órale*, Oli! —Su tono cambió a uno dulce, mucho más tierno y paternal. Tomó su mano antes de seguir—. ¿Y si hay una tapadera detrás, algo que los de ese avión o sus jefes saben? Por ejemplo, recuerdo haber visto un documental de un piloto estadounidense que formó su propia escudería gracias a su negocio con la droga. Se convirtió en narcotraficante solo para financiarse su carrera.

—¿Estás diciendo que uno de los grandes magnates del mundo ha montado su escudería gracias a ser un camello? —dijo con

sarcasmo.

—*Órale*, no lo simplifiques —insistió él—. Pero es un gran magnate alemán del petróleo.

—¿Qué me quieres decir con eso?

—No más que, si la escudería no va por los caminos que él está planeando… ya puede que prefiera deshacerse de ellos. Hay gente muy loca. He leído mucho sobre esto… dentro de unos años quiere que los combustibles sean sintéticos y de hidrógeno. Pero para ello se ha aliado con empresas… —reflexionó antes de soltarlo— poco éticas, digamos.

No le convencía el hecho de que internamente el propio dueño de su negocio lo hiciera explotar; sin embargo, la hipótesis de Michel comenzaba a tener forma en su cabeza.

—¿Cómo sabes todo eso?

Él sonrió satisfecho.

—Me encanta leer noticias y ver vídeos en YouTube sobre innovación tecnológica —confesó con la misma sonrisa.

—¿En serio? —Desde hace años conocía la faceta de *nerd* de Michel, pero ahora le costaba pensar en su hipótesis con tantas variables.

—Bueno, está bien. En realidad, uno se entera de todo por las noticias y los hilos de Twitter…, pero te prometo que verifico cada cosa que leo. Y mis ingenieros platican demasiado del tema.

—Dime que esto lo has contrastado.

—Te lo prometo —sentenció—, de hecho, dame unos minutitos y ahorita ya verás qué noche tan maravillosa vas a pasar cuando te mande unos cuantos enlaces bien chidos.

Miró a su amigo y lo abrazó con fuerza, tanta como su cuerpo le permitió. Él hizo lo mismo y se quedaron así por unos instantes. Ella deseó poder permanecer ahí hasta que sus ojos vencieran al sueño, haciendo de Michel uno de los pocos lugares que reconocía como su hogar.

Ni un terreno, ni una casa. Ni siquiera una habitación. Una persona que, a pesar de moverse por todo el mundo, al volver su cuerpo siguiera siendo un lugar en el que siempre desear estar.

Como si él hubiese estado escuchando sus pensamientos y supiera lo que deseaba, le dijo muy cerca de su oído y sin apartarse de ella:

—Estoy aquí, Oli, no pienso irme a ninguna parte.

Respiró su olor recordándose a sí misma que no podía perderlo.

Capítulo 24

Olivia aprovechó el resto de la tarde para leer toda la información que Michel le había pasado antes de volver a irse al circuito a trabajar en la carrera del día siguiente. Se había empapado sobre el tema de la mejor manera posible teniendo en cuenta las herramientas limitadas y el tiempo tan corto del que disponía.

Al cabo de un rato decidió tomar un descanso e ir hacia el restaurante del hotel para pedir un café y a seguir con ello. No dormía, apenas descansaba bien y el resto del día estaba más alerta que en toda su vida. Así que le pareció una buena idea.

Pidió un americano y, mientras esperaba en la barra, entró en las redes sociales. Comenzó a ojear intentando distraerse, hasta que se topó con un titular: Armando Sánchez se muestra acusante hacia la escudería Zed Rush: «No apoyan en absoluto a su piloto, Mendoza».

«¡No puede ser!», pensó Olivia al leerlo. No se había considerado nunca muy cotilla, pero al ver aquello consideró que serlo un poco no le hacía mal.

Abrió la noticia de inmediato y leyó con atención. Regularmente, los titulares siempre eran amarillistas. El *clickbait* barato. De cualquier modo, desde luego al leer el principio no pudo evitar que su corazón diera un vuelco. Era básicamente como si una escudería se hubiera puesto a encender la mecha frente a la otra. Una batalla que ya estaba en la pista y hacía falta tan solo un suspiro para trasladarla fuera de ella. Un movimiento en falso, una palabra más subida que la otra y dejaría de ser un enfrentamiento frío para ser simplemente la guerra. Con todo lo que ello conllevaba.

«Ya aseguró el asesor de la escudería hacía poco que el rendimiento de Mendoza no era el mejor porque era sudamericano».

Armando, tras llegar al circuito de España y compartir el podio

de clasificación con el mexicano, dejó clara su postura en la rueda de prensa posterior: «No sé con exactitud qué pasa dentro del equipo, ni con Michel Mendoza. Sin embargo, como piloto puedo decirte que tiene que estar expuesto a muchísima presión y responsabilidad. No creo que su equipo lo apoye plenamente y eso tiene que ser durísimo… Si me pasara a mí, si Silvia Díaz viniera y me dijera algo como eso… Entiéndanme, no me lo diría porque compartimos nacionalidad, sería raro. Pero lo que digo es que es muy duro. No digo que todo el equipo le esté dando de lado; solo digo que hay ciertas personas que, por lo que estamos escuchando y viendo, no lo apoyan dentro de la escudería, y eso psicológicamente no ayuda cuando te subes al coche. Todos mis respetos para Michel; estoy deseando que corramos mañana».

—Guau… —se le escapó a Olivia al terminar de leer.

Armando llevaba toda la razón. Los comentarios racistas del asesor de la escudería no ayudaban en absoluto y, en general, parecía que Johnson estaba de acuerdo porque jamás había salido a defender a su piloto y, mucho menos, a posicionarse ante los comentarios. Por fin alguien lo había soltado, y había defendido a Michel, puesto que él solo intentaba hacer como si no existiesen. A pesar de saber lo mucho que le hacían agonizar por dentro.

Precisamente, recordó por lo que estaba allí, y toda la información que le pasó Michel. ¿Y si, en definitiva, él no quería ver la verdad y se había posicionado contra la escudería verde? Sería mucho más fácil para él que imaginar un escenario tan horrible en su propio equipo, cuya situación en él ya estaba siendo de por sí difícil.

Después del texto, había una fotografía de Armando hablando con el periodista. Olivia aumentó la imagen; detrás del piloto, había alguien que llamaba la atención de Olivia. Una persona que le sonaba.

Descargó la foto, la metió en el buscador y le pidió que escaneara y buscara la cara de la persona —bendita y maldita tecnología a su vez—. Y ahí estaba. Era el dueño de la escudería Astorian, Colin Darmond, junto a uno de los altos miembros de la Federación, Barnett Wilkinson. A este último ya lo había visto alguna que otra vez; de hecho, lo recordaba vagamente de cuando su padre estaba en las carreras. Había estado junto a él en su equipo

anteriormente antes de…

Negó con la cabeza, como si eso le ayudara a no caer en antiguos recuerdos que eran inservibles.

Pero sí que intentó rebobinar estos días anteriores; sin embargo, no llegaba a ningún momento en el que su madre le hubiera mencionado la llegada de Darmond al campeonato. Tampoco es que los miembros de la escudería hubieran cuchicheado sobre el tema. Fuera como fuese, estaba allí. No era de extrañar si uno de sus empleados más importantes acababa de fallecer…, ¿no?

Y, por supuesto, no era raro que el dueño de una escudería se paseara por el *paddock* para ver la carrera de su equipo, y menos cuando era el equipo del momento.

Joder.

Quería preguntarle a su madre, buscarla para que le diera información sobre él. Cómo la trataba, cuántas veces se habían visto, qué tipo de persona daba la impresión ser y cuál creía que era realmente. Porque lo primero y lo segundo rara vez iban en la misma línea.

Por mucho que lo deseara, Silvia no iba a contestarle a su interrogatorio, ni siquiera la vería en ese preciso momento. Tenía que buscar algo o alguien que ayudara en este tema.

Se le ocurrió una idea estúpida. ¿Y si iba a ver a Armando? Podría sacarle el tema de la entrevista que acababa de leer sobre Michel. Estaba segura de que algo en claro sacaría de una conversación con uno de los mejores pilotos de la parrilla. El más mayor y el que más experiencia tenía. Confiaba en que su visión de la historia le aportara algo que a ella se le escapa.

El café americano llegó por fin. El camarero se lo puso en la mesa y le preguntó si quería algún edulcorante con la bebida; ella negó con la cabeza y el muchacho se fue a seguir con su trabajo. La mirada de Olivia se encontró de frente con dos caras conocidas, Andy Corner acababa de llegar y se había situado a la derecha de la barra junto con Mila. Tomó su taza entre las manos y decidió ir hacia su dirección.

Ahora sí, o lo de Michel comenzaba a tener sentido, o se había metido en su cabeza para manipularla a su antojo, como siempre.

Mila estaba de espaldas a ella. Solo podía ver cómo hacía algún aspaviento a Andy con sus manos. Este afirmaba con la cabeza, de

acuerdo a todo lo que decía la chica.

—¿No podía hablar de la carrera simplemente? Estoy como para fiarme de nuestros pilotos. ¡No es tan complicado!

Andy seguía asintiendo y, al ver que Olivia se acercaba, levantó la vista para mirarla y sonreír. Mila paró de hablar para darse media vuelta y comprobar a quién le regalaba la sonrisa su compañero.

—¡Ah, Olivia! —saludó esta. Y, de manera automática, la abrazó —. ¿Cómo estás? Ha sido una tarde horrible.

Ella afirmó con su cabeza.

—¿Y vosotros? La noticia ha sido como un jarro de agua fría.

—Congelada —constató Mila—. Pobre Silvia… Jamás la vi tan devastada.

—Desde que la conozco, nunca he visto a esa mujer perder la compostura, sin contar cuando nos grita a todos en el box, claro —repuso Andy—. Pero hoy…

—Ha sido un trauma para todos. Ojalá descubran al culpable rápido —sentenció Olivia.

Los dos compañeros estuvieron de acuerdo y Andy llamó al camarero para pedir hielo para su café. A Mila le trajeron lo que parecía un vaso con *whisky*.

—Por cierto —retomó Olivia—. No sabía que estaba aquí Darmond. ¿Cuándo ha llegado?

—Creo que ayer —respondió Andy—. Estaba hoy en el *paddock*.

—¿Y alguien sabe qué piensa de todo esto? Mila, ¿no ha tenido rueda de prensa para el tema de Óscar?

—Hicimos un comunicado en todas las redes sociales y en la web de la escudería. También un homenaje con imágenes de Óscar. Iba firmado por Darmond, por supuesto. De todas formas, creo que intenta no hablar del tema con los periodistas. No le gusta nada estar en cámaras, en general. Es de estos ricos a los que no les hace gracia que el mundo sepa cómo es su cara.

—Ya… —respondió Olivia, pensativa—, pero entiendo que algo tendrá que decir este fin de semana, sobre todo si ha venido…, ¿no?

—Supongo que sí —siguió Mila—. Yo no puedo con más movidas mediáticas.

—Menos mal que llevas el departamento de comunicación —contestó irónico Andy.

—No te equivoques —respondió ella amenazante con un dedo hacia él—, llevo la prensa de nuestros pilotos y del equipo de Fórmula 1. Los marrones corporativos son de otro.

Olivia se sintió incómoda por un momento, pero decidió echarle cara y seguir preguntando.

—Es un poco raro que no hable con la prensa en estas circunstancias —divagó—. Además, debería estar hablando con la jefa de equipo, para ver cómo están yendo las cosas. ¿Y el sustituto de Óscar? ¿Cómo va? —recordó.

—Pues va poco a poco acostumbrándose al nuevo trabajo —respondió Andy con cautela—. Jackson no es Campbell. Este tenía un don para adaptarse.

—¿Poco a poco? ¡Qué falacia, Andy! —rio irónica Mila. Olivia se percató del cansancio de la chica, además de lo ansiosa que parecía. Era como ver a un niño pequeño peleando entre el sueño y el hambre—. Pero claro, como para decir algo. Ese sí que está puesto por enchufe. Le ha venido bien.

—Perdona —la paró Olivia—, ¿enchufe?

—Sí, creo que es sobrino de Darmond o algo por el estilo. Oh. —Paró un momento su argumento, para reflexionarlo un segundo—. Por eso habrá venido el jefe. Tendría sentido.

—La verdad es que eso es mucho suponer —intentó poner cordura Andy—. Es más probable que ya quisiera venir a este circuito. Armando ganó el anterior y este finde corre en casa. Puede ser un gran momento… Lo otro ha sido algo casual, al menos, a mi parecer.

Mila calló unos instantes reflexionando sobre lo que acababa de escuchar. Se le veía con la mirada algo perdida.

—Creo que mañana tenía reunión con Wilkinson —replicó Andy de nuevo.

—¿Barnett? ¿El de la Federación? —preguntó Mila con tono asqueado.

—¿Quién si no iba a ser?

—A mí lo que me parece fuerte es que Wilkinson no haya salido a defender a Mendoza —saltó Mila de repente.

—El que calla, otorga —contestó Olivia.

—Al final todos se mueven en esa órbita —repuso de nuevo Mila—. Los peces gordos pensando en cómo van a manejar el mundo en

los próximos años. Nos dirán cómo trabajar y lo que se supone que es lo mejor para este deporte y, por desgracia, nosotros agacharemos la cabeza y rendiremos cuentas. Qué más da que un piloto reciba ataques racistas por parte de su propio equipo, y qué les importa a ellos que muera un empleado con un talento nato si pueden sustituirlo por un familiar. Si se sientan en una reunión para decidir cuáles serán los próximos pasos del combustible, así se hará, y ellos se llenarán los bolsillos de más dinero aún si cabe y, por supuesto, si eso quiere decir que viviremos bajo el yugo de racistas y asesinos… así será. Todo por su dinero, claro.

Mila cogió el vaso de alcohol, se lo bebió de un trago y lo dejó en la barra.

—Hasta aquí mi TED Talk. Me voy a mi habitación, me tienen hasta las narices.

Cuando la muchacha se fue, había poco que decir. Andy y ella se quedaron allí plantados sabiendo con certeza que a Mila no le faltaba razón y que, naturalmente, estaban de mierda hasta arriba.

—Oye, Andy, tú acabas de estar con los pilotos, ¿no?

Este asintió.

—¿Sabes dónde podría encontrar a Armando? Tenía unas dudas sobre su dieta. Tengo su ficha con la información, pero me siempre gusta hablar con el piloto.

—Una chica entregada —repuso con media sonrisa—. Pues creo que estaba en la sala de abajo, donde la zona de ocio del hotel. Creo que iban a echar unas partidas de billar rápidas antes de irse a dormir; si te das prisa puede que lo encuentres.

Se lo agradeció. Tomó de un sorbo la taza de café y la dejó sobre la barra para salir a paso ligero al encuentro del piloto.

Capítulo 25

Cuando abandonó de la cafetería, aún no era muy tarde, y menos para el horario español. Era la noche previa a la carrera y todos los trabajadores del equipo ultimaban los detalles, desde el coche hasta la estrategia, pasando por los eventos de prensa. Aunque todos necesitaran descansar, algunos optaban por socializar un poco después de una larga jornada. Por eso no era de extrañar ver a los pilotos intentando desconectar fuera de la pista; por muy poco rato que fuese les vendría bien.

Armando se encontraba donde Andy le había indicado. Tenía el palo de billar en sus manos y en la mesa solo quedaban tres bolas, contando la negra. Estaban a punto de concluir la jugada. El piloto miraba fijamente las bolas y sonreía mientras se colocaba para marcar el tanto. Después de conseguirlo, solo le quedaba la negra, la otra era del otro equipo.

—¿Con qué agujero quieres que te gane? —le preguntó con altanería a su contrincante. El aludido bufó y señaló uno. A Olivia le pareció extremadamente difícil.

Armando asintió y volvió a colocarse para llevar a cabo su jugada. Estuvo un rato midiendo lo que sería la geometría espacial en su cabeza hasta que decidió darle con gracia.

El piloto se incorporó y sonrió animadamente a su contrincante.

—Otra vez será —le espetó dándole un par de golpecitos en los hombros—. La próxima vez no me digas que eres capaz de ganarme y no me esforzaré tanto.

El otro comenzó a sacar su cartera y le dio un billete de cincuenta euros asqueado.

Armando negó con la cabeza.

—Ah, no, no. Me invitas a una cerveza cuando no estemos de campeonato. Pero a la próxima sí que te cojo el dinero apostado. —Era muy pícaro.

Tenía cuarenta y pocos, pero su actitud era del típico joven que conquistaba todo.

Olivia se decidió por fin a acercarse a él.

—¿Armando? —preguntó ella a sus espaldas.

—¿Quién me solicita? —respondió con la sonrisa en la boca conforme se daba media vuelta para toparse con ella—. Yo te conozco.

Olivia se sonrojó. ¿La conocía? Su corazón se paró por un instante y deseó que no dijera lo que suponía aquello.

—Eres nueva en el equipo, ¿no?

Olivia asintió rápidamente aliviada. Aliviadísima.

—Espero no molestar. ¿Podría robarte un poco de tiempo? Quería preguntarte un par de cosas.

Armando la miró de arriba abajo sin comprender muy bien, pero aceptó de buen grado.

—Me salvas de estos salvajes. Además, ya era hora de retirarme, ¿quieres ir al restaurante de la azotea? Te invito a lo que quieras.

Olivia negó con la cabeza, no le apetecía que la vieran mucho con Armando. Ni con ningún piloto, en realidad, aunque con este no era destacable, ya que ahora trabajaba en Astorian junto a él.

—¿Te importa que caminemos un poco fuera? Ahora mismo solo cae llovizna, no hace frío y llevo paraguas —repuso, y sacó uno enano del bolsillo de su chaqueta.

Armando la siguió hasta la salida. Mientras tanto, ella le sonreía tímidamente intentando no comenzar una conversación antes de tiempo. Quería esperar a estar fuera, en la oscuridad de la noche. Cuando salieron, parecía que la lluvia había dado una pequeña tregua, no creía que fuese por mucho tiempo, pero ese ambiente le gustaba. Olía a lluvia, pero en junio no hacía frío. Era perfecto. Miró a Armando y señaló un camino desértico.

—He leído tus declaraciones de hoy —comenzó Olivia. Armando la miró de reojo sorprendido con las manos en los bolsillos de su sudadera mientras andaba—. Me refiero a la defensa de Mendoza. También opino que el equipo no le da el apoyo necesario.

—Cualquiera en su sano juicio lo ve. Es un secreto a voces, me da pena. Es un chaval extraordinario, creo que se come mucha mierda para estar ahí. Aunque todos hemos pasado por ahí en algún momento. Hemos intentado mirar hacia otro lado mientras ponían

piedras pesadas en nuestra espalda y nosotros intentábamos rozar la gloria. O al menos, lo que nosotros consideramos «gloria» —contestó con sorna.

—No me cae bien Johnson —soltó Olivia de pronto. Se sorprendió de este arrebato de sinceridad propio, pero estaba nerviosa y quería observar cómo se comportaba Armando con sus comentarios.

—¿Johnson? —preguntó incrédulo y, acto seguido, volvió a sonreír como hacía unos minutos—. Johnson es un corderito. Creo que es un esbirro. Entre tú y yo, hay gente peor en ese equipo desde las sombras, sin pertenecer a él por contrato. —Aquel dato la dejó en alerta. Se refería a alguien en concreto, pero no iba a proporcionarle el nombre, claro—. Y, en general, Wilkinson es mucho peor. —Sacó su mano del bolsillo y la puso en sus labios formando el gesto de una cremallera y tirándola—. Yo no he dicho nada de esto. Que las altas esferas tienen oídos en todos lados. ¿A ti te preocupa mucho la política en este deporte? Porque me sorprende que me saques del hotel para esta conversación.

Olivia se encogió de hombros. Armando era un hombre perspicaz y no quería mentirle, tendría que ser sutil.

—Michel es amigo mío, igual que Robert. Sé cuánto se han esforzado ambos para llegar hasta aquí, sobre todo Michel. No se merece ese comportamiento y me irritan los comentarios despectivos de su propio equipo. Bueno, en realidad me fastidia más aún que nadie salga en su defensa. Parece que todo está podrido, no avanzamos.

—Vaya, una amiga entregada. Muchacha…, este mundo es así. Yo vengo ya de vuelta; a mí, por suerte, me importa ya poco lo que piensen o digan. Y me tomo la libertad de defender mis creencias sin cuidarme mucho de lo que digo. Eso quiere decir que, en días como hoy, mi jefa de prensa sufre de cierta ansiedad. —Olivia sonrió, pensando que lo había visto claramente hace un momento—. Si me permites el consejo, deja a tu amigo hacer lo que crea conveniente; al fin y al cabo, todos aprendemos según la propia experiencia. Y ya es mayorcito.

Olivia asintió y dejó el tema de lado.

—¡Ya sé de qué me sonaba tu cara! Recordaba haberte visto en el box, pero no en qué parte —exclamó Armando. Te vi ayer

saliendo de la sala del Astorian con el resto del equipo y los inspectores. ¿También estabas en el avión?

Olivia se limitó a afirmarlo con la cabeza.

—Joder, lo siento mucho. Tuvo que ser terrible. Sentía pasión por Campbell. Era un gran hombre, en serio. No sé si lo conocías mucho, pero desde el momento en que le conocí me tenía ganado. Nos ha pasado factura a todos. Intento dar lo mejor de mí para darles otra victoria, sé que Óscar se hubiese sentido orgulloso. Pero, joder, esta situación es una auténtica mierda…

Armando dejó la frase suspendida en el aire y Olivia pudo notar el nudo en la garganta que se le había formado al piloto.

—Estudié ingeniería y Óscar quería que trabajara con él. —Contó la versión que sabía Andy, para salvaguardarse las espaldas—. Pero también estudié cocina y me encanta. Así que estoy en vuestro *catering*, Silvia quería que me encargara de las dietas, de las de los pilotos si podía ser. Yo iba al lado de Óscar en el avión, todo pasó… —Tomó aire antes de seguir—: rápido. Fue una pesadilla.

—¿Una ingeniera en potencia que decide ser chef? No me meteré en las decisiones de nadie, ¿quién soy yo? Pero qué pena. —Olivia se sorprendió: la intención era de broma pero el tono apenado era de verdad—. Silvia está histérica. Nunca la había visto así.

—¿Histérica? —repitió ella.

—Oh, sí. Tensa como ella sola. Tampoco es que normalmente sea la alegría de la huerta, pero no es así. Está arisca y más estresada. Debe estar durmiendo poco, como es lógico.

—No creo que ninguno estemos descansando mucho… ¿Puedo hacerte otra pregunta?

—La verdad es que me siento como en un interrogatorio.

—Lo siento, no es mi intención. Te prometo que te prepararé la mejor comida que esté en mis manos —se excusó—. Me pone un poco nerviosa Darmond. No sé, ahora es mi jefe directo, me infunde mucho respeto. ¿Tú como lo haces para tratar con él?

Armando se paró en seco y la miró para evaluarla sin disimulo. Mierda. Eso había sido estúpido. Completamente fuera de la charla que estaban teniendo. Pero si él realmente se había dado cuenta de algo, decidió no hacer caso a su instinto.

—Mira, no eres la única que lo piensa. Al final, yo soy su primer piloto, no puede hacer más que animarme y tener buenas palabras para mí. Pero Silvia e incluso Óscar… nunca le han tragado. A veces me pregunto por qué trabajaban para él… Bueno, joder, en el caso de Óscar, *trabajaba*.

—No nos vamos a acostumbrar —empatizó ella acercándose a él y dándole una palmadita en el hombro—. Te entiendo. —Armando le sonrió agradecido—. No me anima en absoluto eso que dices de Darmond —volvió a retomar Olivia con una sonrisa falsa.

—La realidad es que hay que andarse con ojo con todos estos peces gordos. Algunos son de fiar, no me malinterpretes, pero no son la mayoría. Darmond no es santo de la devoción de la mayoría del equipo, pero paga el sueldo y aquí estamos.

Olivia asintió creyendo que ya era suficiente. No quería tirar más de la cuerda de aquella conversación. Le dio la sensación de que Armando sabía perfectamente sus intenciones, pero por algún motivo que aún no alcanzaba a comprender había decido no hacérselo saber. Pusieron rumbo hacia el hotel con una conversación mucho más superficial sobre la dieta del piloto.

—Por cierto —repuso Armando antes de dirigirse hacia su habitación—, ¿qué neumáticos pondrías tú mañana?

Olivia sonrió.

—¿Es una pregunta trampa? Mañana llueve, así que no hay otra opción que los de lluvia. Pero en cuanto haya una ventana de margen y haya trazadas de la pista en seco, los neumáticos blandos.

Armando sonrió.

—Para eso no hay que ser ingeniero, solo ver un par de carreras —bufó ella cruzándose de brazos.

—Nadie ha dicho que sea una pregunta difícil. Solo quería saber qué respondías, y saber que es algo muy básico en estas circunstancias climatológicas también muestra lo mucho que dominas el tema. Silvia estaría orgullosa —soltó.

El cuerpo de Olivia se tensó y pensó en lo estúpida que había sido.

Capítulo 26

15 años antes…

En mi mano sostenía una carta que no me gustaba en absoluto. Un anónimo, en donde me pedían que perdiera las carreras si no quería que la mía se echara a perder por completo.

Esa mañana, Olivia y Silvia estaban dormidas aún. Estábamos en Francia, en la *suite* de unos de los hoteles que la escudería siempre reservaba para nosotros. Por suerte, me desperté primero, como casi siempre, para disponerme a ir al gimnasio. Y, entonces, vi el sobre blanco en el suelo, cerca de la puerta de salida. Al principio, pensé que era una broma, lo arrugué con rabia y me dirigí hacia la basura para tirarlo. Lo hice y de inmediato volví a retomar mi camino para salir de allí e ir a soltar adrenalina. Pero algo en mí recapacitó. Con un gruñido que me arañó la garganta, volví hacia atrás y me planté en la papelera. Saqué el dichoso sobre a disgusto y lo metí en la pequeña mochila que llevaba con el agua.

Podría haber sido cualquiera. Aun así, en mi cabeza solo rondaba el hecho de que el culpable se situaba muy cerca de mí. Tanto que podía notar su respiración en mi nuca.

Aquel pensamiento me puso la carne de gallina y me hizo frotarme los brazos. No fue mi mejor entrenamiento.

Llegué al *paddock* para trabajar junto a mi ingeniero de carreras. Normalmente íbamos y recorríamos la pista en bici o andando para ver puntos clave, las zonas lentas, rápidas, etc. Debía hacerme con la pista de nuevo. Aunque normalmente se repetían circuitos, a veces cambiaban considerablemente, no solo porque les hacían algunas modificaciones —que también—, sino porque la lluvia u otras condiciones climatológicas podían haber reiniciado la pista, por ejemplo.

Al acabar, vi a nuestro jefe de equipo y, de nuevo, la rabia me envolvió. Llevaba el sobre en la mochila, así que la recogí de una silla y fui hacia él. Con la mirada, y un gesto de cabeza, le pedí encarecidamente hablar en un sitio a solas y él concordó asintiendo con la cabeza, llevándome a la sala de reuniones. Había varios compañeros mecánicos allí y, al vernos y, sobre todo al vernos las caras, salieron sin decir nada. Tras de sí, el último cerró la puerta, dejándonos a solas. Fui hacia él conforme sacaba de la mochila el sobre.

—¿Qué narices es esto? ¿Ahora me mandas a sicarios a mi propia habitación?

Una de las cejas se le levantó en señal de extrañeza y confusión. Me quitó el sobre de las manos para saber de qué estaba hablando. Lo leyó con parsimonia, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo en deleitarnos con cada letra.

—¿Crees que sería tan estúpido de enviarte algo así?

—¿Tú? No, por supuesto. Pero contratar a alguien es más tu estilo.

—¡Oh, vamos, Stewart! Te estás volviendo un pelín paranoico. Jamás te mandaría algo así, porque yo, sin lugar a dudas, te lo diría a la cara. ¿No lo hice la última vez?

En efecto, no le faltaba razón, pero ¿quién si no me mandaría algo parecido? Justo un fin de semana después de nuestro encontronazo. Solo deseaba darle un puñetazo en su blanca cara.

—Más te valdría no hacerlo, porque, entonces, te denunciaría ante la Federación.

—¿Por querer lo mejor para mi equipo? No me hagas reír.

—Yo veo una clara discriminación aquí —repuse fríamente.

—Oh, ¿ahora soy racista porque eres negro? ¿O mulato? No sé exactamente cómo quieres que te llame para no hacerte sentir mal. Siento decirte que no, que aquí lo único que tiene que ver es tu rendimiento, y no te engañes, que los años pesan.

—Ojalá te escucharas a ti mismo. Eres vergonzoso —contesté sin miramientos. No iba a volver a entrar en su juego—. Voy a averiguar quién me ha mandado esta mierda —dije quitándole el papel de las manos—, y cuando lo haga…, bueno —hice una pausa dramática—, espero que no te veas envuelto. Sería un duro golpe para ti y para mi compañero de equipo ahora que estáis tan unidos.

Salí de allí cabreado. Después me fui hacia el simulador para intentar despejarme. Me estaba desesperando y la peor de las batallas era la psicológica. Si tenía mi mente, me tendría a mí. No podía dejar que eso pasara cuando me subiera al monoplaza. Iba mirando hacia abajo distraído mientras me contenía, así que en el camino me golpeé el hombro con alguien. Inmediatamente pedí perdón antes de alzar la mirada y encontrarme allí a mi compañero de equipo.

—Mejor que seamos profesionales, así que no hace falta que me lesiones fuera de pista —lo decía escupiendo el sarcasmo por todos sus poros, pero con un tono muy serio. Me miró de arriba abajo y, al ver que no le respondí, siguió su camino tocándose su estúpido hombro. Apenas le golpeé. Fue fortuito.

Pensé entonces en todos los compañeros que tenía en la parrilla y me di cuenta de que era el único que no venía de una familia de bien ni tampoco era blanco, no como ellos. Comprenderlo e interiorizarlo me dolió, pero más lo hizo cuando me percaté de que no había nadie allí que pudiera comprenderme. Ni siquiera Silvia.

Capítulo 27

Olivia se encontraba en la puerta de la *suite* de Robert. Era bastante tarde, y sabía que no debía molestarle. Pero tampoco sabía qué hacer después de los comentarios que le había soltado Mila y la charla con Armando.

Relatarle la teoría a Robert podría ayudar a aclarar sus pensamientos y ordenarlos para darle algún sentido a lo que estaba ocurriendo. Porque había un asesino. Alguien que iba a por el equipo Astorian. O, al menos, a por su madre, Andy y Mila. Ella, como bien le habían hecho ver, había sido solo un daño colateral y un imprevisto para el asesino. Uno que ella esperaba no ser, ni siquiera por accidente, pero así eran las cosas. Y ahora, estaba metida hasta el cuello en el asunto.

Comenzó a hilar ideas en su mente. No era complicado sacar la primera conclusión de entre todas: la misma persona que asesinó al trabajador de avión, al comandante, a Óscar, y lo intentó con todos los demás, sabía exactamente quién era ella. Lo que aún no tenía claro era si ese dato lo conocía antes o después de subirse al avión junto a ellos. Se decantó por quedarse con la última de las opciones para intentar organizar todo en su mente y seguir una vía hacia alguien, al tiempo que la primera tampoco la descartaba del todo. La guardaba a buen recaudo en un baúl mental, por si acaso.

Terminó llamando a la puerta de Robert. Desde dentro, este preguntó quién era con una voz chillona y ella respondió. Tardó unos segundos en abrir la puerta y recibirla.

Se encontró con un Robert con el pelo despeinado —como el noventa por ciento de las veces—, sin camiseta y unos pantalones cortos de deporte. Él sonrió como siempre, pero algo aturdido.

—¿Soy o no soy el mejor?

Ella bufó al escucharle haciendo como si le exasperara sobremanera.

—Déjame pasar, rey de la pista.

—Es bienvenida, de nuevo —inquirió— a mi humilde aposento. —Después giro su cara mientras Olivia entraba—. ¡Tenemos visita! —gritó muy contento.

Ella lo miró extrañada y, al entrar y cerrar la puerta tras de sí, vio a Paolo sentado en el sofá de la *suite* de Robert. Después se volvió de nuevo hacia su amigo y lo observó con cuidado. No podía creerlo.

—¡Olivia! —exclamó con entusiasmo—. ¿Estás mejor? Me alegro mucho de verte recuperada.

No hacía tanto que se habían visto, pero era cierto que, para la tez morena que le caracterizaba, se había terminado por poner lívida en exceso la última vez que se encontraron.

—Yo también me alegro de verte —respondió con sinceridad—, gracias por preocuparte… No sé qué pudo pasarme. —Bueno, sí que lo sabía.

—Ni siquiera lo pienses —repuso él con rapidez y un movimiento de mano quitándole importancia. Después usó la misma mano para darle un par de toquecitos al sofá pidiéndole que se sentara junto a él. Robert la siguió y se sentó frente a ellos.

Olivia señaló a Robert.

—No estarás borracho, ¿no? —Era una pregunta tonta, sabía la respuesta—. ¿Paolo? No deberías dejar que esto pasara.

—¡Oh, por favor! Soy mayorcito, quería celebrar la *pole* de hoy —repuso el afectado.

Paolo se echó las manos a la cara y suspiró con desesperación.

—Se le ha ido de las manos. Por eso estoy aquí, para controlarlo. No le viene nada bien con la carrera. Se le pasará, le he traído un café y te aseguro que está mejor.

—¿Qué está mejor? ¿Cómo narices estaba antes?

Robert bufó al escucharla.

—Ya que estás aquí, y mientras este se relaja —dijo aludiendo a Robert—, me ha pedido mi jefe que me enterara de cotilleos de Zed Rush. —Olivia miró de inmediato a su amigo con cara de pocos amigos—. No te preocupes, soy sutil, ¡no sabes la de rumores que hay siempre en el *paddock*! Tiras un poquito de la manta vieja y aparecen veinticinco.

Se podía percibir lo encantado que estaba Paolo con ayudarles.

Olivia suponía que su presencia también habría calmado el ambiente. Robert no parecía estar en condiciones de nada.

—Verás, el fisio de Mendoza es amigo mío, estudiamos juntos hace años y, de hecho, fue el que me consiguió la entrevista con aquí —dijo señalando con la cabeza hacia el frente—, con nuestro estúpido Robert, así que le estoy agradecido —comenzó a relatar—. El caso es que esta mañana, en el desayuno, le pregunté a mi amigo Andrea cómo iban las cosas por el equipo y, bueno, al parecer Johnson tiene contactos gordos en la Federación a los que no les gusta en absoluto que Mendoza gane a Mark. Lo cogieron porque pensaban que sería un buen segundo piloto que diera buenos puntos, pero no para superarle.

—Pero ¿para qué quieren que gane de nuevo Mark? No debería importarles mientras el equipo gane —preguntó ella.

—Mi humilde opinión, después de lo que veo cada día, es que los patrocinadores tienen mucho que ver, para ellos seguro que da más dinero una marca en concreto con una historia terrorífica por detrás, y que esta prefiere invertir en el tres veces campeón del mundo. En realidad, no es descabellado —explicó Paolo—. Al final siempre es alguien que mete suficiente dinero en este deporte como para interesarle…

—Espera —pausó Robert a ambos con un tono de voz excesivamente estridente—. ¿Alguien sabe quién es el tío de Mark? Puede que él tenga algo que ver en que no quieran a Mendoza en todo esto. Yo sé precisamente cuánto poder tiene la mano «paterna» en este deporte. Si está entre las sombras manejando los hilos de la carrera de su sobrino…, puede que sea el que esté intercediendo para que Michel no compita o, al menos, que no gane contra Mark. Hay familiar con mucho poder… ¡Os lo digo yo! —repuso levantando la mano.

—Ah, sí, es ese Peeters… —Paolo intentó buscar el nombre en su mente, sin éxito—. Perdonadme, es que no estoy muy puesto en este deporte a no ser que sea de cinco años para acá.

Olivia abrió mucho los ojos hacia Robert. Sobre su cabeza se encendió una bombilla imaginaria que se reflejó en su rostro. Cogió el teléfono para buscar algo en internet y, al encontrarlo, se levantó de inmediato para mostrárselo a su amigo.

—Es este, ¿verdad?

Robert asintió.

—Creo que sí. Está guapo ahí el cabrón, la vejez no perdona. —Se le escapó una risita a Robert. Olivia empezaba a ponerse de los nervios con su actitud.

—No puedo creerme que este imbécil siga dándome dolores de cabeza… —escupió Olivia.

—¿Quién es? —preguntó Paolo confundido.

—Es Kevin Peeters —soltó Robert—, fue piloto de la Fórmula 1 y campeón del mundo en 2008. Solo ese año, después se retiró. Fue bastante polémico… —comentó con cuidado mirando a Olivia—. Su comunicado en prensa fue que ya había demostrado todo lo que necesitaba demostrar y se fue para seguir con sus negocios. Al poco se puso a disposición de su sobrino, lo metió en el mismo equipo en el que él estaba y empezó a dirigir su carrera.

—Mark podría competir con su arrogancia, son tal para cual —escupió Olivia.

—Vaya, el tipo os cae mal.

El piloto encogió los hombros en señal de no importarle mucho. Sin embargo, Olivia tenía la mirada perdida. Su mente se trasladó a un lugar donde no quería volver. La cara de un Kevin bastante más joven que sonreía malévolamente.

—¿Se sabe qué contacto tiene en la Federación? —repuso Robert—. Porque las veces que yo lo he visto ha sido junto a Wilkinson. Tiene que ser ese.

—Wilkinson es amigo de cualquier hombre medianamente poderoso del mundillo —contestó Olivia despectivamente—. Lo vi junto a Darmond.

—Bueno, es normal ¿no? Es una de las caras más visibles de la Federación. Está haciendo bastante por este deporte.

Olivia solo podía reconocer a medias esa afirmación, a pesar de que sabía que Robert tenía razón. Pero admitir que ese hombre jugaba un papel importante en la Fórmula 1 era para ella más doloroso que una patada en plena boca del estómago.

—Si tú lo dices…

Robert la miró incrédulo.

—Yo y todo el que ha pasado por este deporte.

—Todos los niños de papá, sí. Claro.

—¿Qué has dicho? —Robert dejó paso a otro ser y Olivia se

arrepintió *ipso facto* de su contestación. No estaba en condiciones.

—A veces se me olvida lo hipócrita que llegas a ser. ¿De dónde crees que vienes tú?

Olivia bufó al escucharle y se cruzó de brazos. La atmósfera de la habitación se tornó tensa y desagradable.

—Mi padre está muerto por culpa de gente como Wilkinson que no sabe hacer su trabajo, así que no vengas a darme lecciones.

—¡Joder, Olivia! El problema es que pretendes dármelas tú como si no te hubieses criado entre hoteles de lujo y padres ricos en la cima del mundo.

Los dos se desafiaron con la mirada. Ninguno pensaba apartarla, como si el argumento más válido dependiera de eso.

Paolo carraspeó e intentó calmar la situación cambiando de tema. Se acercó a Robert y le tocó el hombro como señal para que se relajara.

—Hay otro detalle que me ha confiado mi amigo… Darmond planea vender el equipo al mejor postor.

—¿Piensa en venderlo? ¿Cómo sabe eso? —preguntó Olivia completamente sorprendida, obviando a Robert, que seguía mirándola con resquemor.

—Dice que la gente habla…, por eso es solo un rumor. Ahí no puedo estar muy seguro. Así que tómalo con pinzas —le aconsejó, y respiró profundamente—. Cambiando de tema. —Paolo estaba visiblemente tenso—. ¿Qué vais a hacer con el *streamer* que os ha asediado?

Robert suspiró y relajó de nuevo sus hombros.

—Mejor dejarlo estar. He conseguido la *pole* para mañana. Eso debería callarles la boca durante un tiempo a los más entrometidos.

—Eso nunca pasa —respondió Paolo.

—Lo sé, pero es lo que hay. No puedo estar emitiendo comunicados cada vez que me vean con una amiga, por muy guapa que sea —concluyó guiñándole el ojo a Olivia. Él también intentaba relajar la situación—. No, no hablaré de eso. Sin embargo, cuando pase la carrera diré que no se puede atentar contra la intimidad de un piloto y que eso rebasó los límites. Vale, no así, lo diré mejor. Son unos cabrones egoístas. Me recuerdan constantemente que no tenemos la posibilidad de privacidad e intimidad. Sé que no son todos los aficionados, pero joder, dan ganas de mandar a la mierda

a más de un gilipollas y quedarme a gusto. Estoy cansado de mantener la compostura… —Tomó aire y su pecho se hinchó mucho, como recogiendo todo el aire que le había faltado hasta ese momento—. Se lo diré a mi jefe de prensa y me ayudará con el tema —concluyó, aunque aún con rabia en la voz—. ¿Tú estás preocupada por ese imbécil? —preguntó dirigiéndose a Olivia.

Sabía que se refería a que si ella pensaba que podían averiguar quién era; sin embargo, Robert la respetaba lo suficiente para no decirlo frente a Paolo. Incluso estando ebrio, mantenía ese pacto de lealtad inquebrantable entre ambos.

Hasta hacía unos minutos podía estar preocupada, pero ahora que sabía lo de Kevin, en su mente se encontraba un escenario en donde lo veía cara a cara y le decía quién era. Óscar era mucho más importante que su privacidad, por mucho que le fastidiara que todos pudieran saber de quién era hija. Total, para ese entonces el asesino que andaba suelto también lo sabía.

Todavía le quedaba contarle a Robert la información que había recabado ese día, pero necesitaba que Paolo se fuera, a pesar del estado de Robert.

—Un poco, pero sé que lo manejarás bien —manifestó ella, y su mirada se agravó—. Paolo… ¿te importaría dejarnos a solas un rato? Tengo que comentar algo con Robert.

Pudo ver en el semblante del entrenador una pizca de *desilusión* que se disipó al instante al mirar a Robert y este asentir de acuerdo con la propuesta de Olivia, dándole permiso para marchar.

—Claro, por supuesto. Además, debo llamar a mis padres antes de que se haga más tarde —se excusó levantándose del sillón—. Si me entero de algo más, seréis los primeros en saberlo.

—Gracias, Paolo, en serio.

El entrenador asintió saliendo de la habitación y dejando a la pareja sola.

Robert se estiró hacia atrás y la miró esperando a que comenzara a hablar.

—Tengo que contarte muchas cosas.

—Miedo me das, ¿quieres una copa?

—¿Estás de broma? —gruñó ella.

—Es para ti, no para mí.

Ella se echó la mano a la frente exasperada. Negó con la cabeza.

Fue hacia el minibar de la *suite* y sirvió dos vasos de agua, uno para su amigo y otro para ella. Se sentó a su lado y decidió contarle lo que sabía antes de que el impulso de estrangularlo se acrecentara.

Le relató todo lo que había pasado desde que se fue de su *motorhome*.

—Joder, Liv, no puedo dejarte sola. ¿Qué narices…?

—Tampoco es que puedas estar a mi lado todo el rato, ¿no crees?

Robert se levantó del sofá de enfrente y se sentó a su lado. Le tomó de las manos y respiró hondo.

—Vamos por partes —comenzó—. ¿Crees que la teoría de Michel puede ser cierta?

—No la descarto. Armando también me ha dejado caer algo.

—¡Es una locura! El propio dueño del equipo asesinando a sus empleados; yo lo descartaría.

—Lo es, pero ya de por sí es una locura lo que está ocurriendo, sin saber quién es la mano ejecutora.

—Yo estoy más con otra teoría.

—Ilústrame.

—Johnson y… Peeters. Después de lo que ha dicho Paolo…

Olivia frunció el ceño.

—Sabes que Johnson siempre fue mi primera opción, pero dudo mucho que Mark esté metido en esto.

Robert se carcajeó, pero esta vez no era una risa relajante de las suyas, sino una mucho más nerviosa y sin control.

—Claro que no, ese memo no sabe mucho más que conducir y mirarse el ombligo. Aunque no lo hace nada mal, no le quitemos méritos. Me refiero a su tío, Liv. —Hizo una pausa sabiendo lo delicado que era el tema para ella—. Si Peeters, Wilkinson y Darmond tienen un punto en común… Los tres podrían haberlo acordado.

—Sigo sin ver qué tiene que ver Darmond en esto, ¿por qué contrataría a mi madre entonces?

Olivia alzó más la voz de lo que le hubiese gustado reconocer. Las teorías le estaban ardiendo en la garganta.

—Liv… —Robert pronunció su nombre con una dulzura extraordinaria. Le acarició las manos y la miró a los ojos y prosiguió con una voz aterciopelada—, a tu madre nunca la contrató

Darmond, fue Óscar. Tú misma me lo dijiste, se plantó en tu casa un día y dijo que la junta le había dicho que, si él estaba tan seguro, que fuera a por ella. Pero nadie más propuso su nombre; de hecho, creyeron que tu madre se negaría después de lo que le pasó a tu padre.

Las lágrimas brotaron de pronto de los ojos de Liv y, para su sorpresa, también vio los de Robert empañados de agua empatizando con su amiga. Él la abrazó con fuerza. Todo esto podía haber sido causado por el efecto del alcohol que le embriagaba. La respiración de ambos se escuchaba entrecortada, y los sollozos de Olivia eran un eco en la *suite*.

—Lo siento, de verdad, lo siento —gimió ella en su hombro.

Robert negó con la cabeza y se apartó con cuidado.

—Hemos llegado a algo. No sé cómo vamos a averiguar algo más, pero hemos llegado a algo. Esto es importante, tú eres importante y sé que es lo que piensas, Liv —le advirtió con su mirada—: no se te ocurra plantarte frente a Peeters. Ahora mismo no es lo que necesitas, me siento en la obligación de decírtelo.

Ella respiró hondo a pesar de que sus mocos no le dejaban abrir paso al aire por su nariz.

—No es momento de sacar la muerte de tu padre a relucir, pero estoy seguro… Joder, desde que era un puto crío he pensado en que Peeters no era trigo limpio, algo en ese tipo no me daba buena espina. Así que, por favor, mantente lo más alejada que puedas.

Olivia asintió, pero ni su mente ni sus palabras le estaban prometiendo nada.

—No voy a irme hasta que no te vea metido en la cama. Así que vamos —le apremió—, mañana tienes una carrera complicada, no puedes hacerte esto a ti mismo. Eres un puñetero deportista de élite, joder. No hagas que tu padre lleve razón, Roberto de Castro, no te hagas esto.

Él soltó una risita al escuchar su nombre completo. Olivia le obligó a levantarse y lo llevó a su dormitorio como un niño. Se quedó en el umbral de la puerta de brazos cruzados.

—Yo duermo en calzoncillos —le anunció.

Ella puso los ojos en blanco mirando al techo.

—Me parece genial; me doy media vuelta y te metes en la cama, venga. No estoy para tonterías, que también quiero irme a mi

habitación y dejar de jugar a ser canguro.

Robert protestó algo ininteligible para Olivia. Mientras tanto, ella recordó algo que tenía en su teléfono.

—¡YAAA! —gritó Robert aún con la voz afectada por el alcohol.

Olivia se dio media vuelta y vio a su amigo casi desnudo sin tapar en la cama.

—¿Es que eres un crío? —le preguntó—. No sé para qué me he dado la vuelta. Anda, ponte de lado por si acaso.

Ella se acercó y tomó la sábana que estaba a los pies del piloto y se la echó por encima.

—En realidad tengo muuuuuuuucho sueño —indicó alargando la frase como un crío cansado.

Ella asintió, pero Robert ya había cerrado los ojos.

—No dejes que te digan quién debes ser, Robert. No sucumbas a las versiones que tienen los demás de ti mismo, porque eres único —le susurró mientras le acariciaba el pelo. Después pensó que se lo decía también a sí misma.

A Olivia ya le extrañaba que no hubiese estado dormido hace rato. A veces Robert hacía ese tipo de estupideces: cuando más presión tenía, más arrasaba con el bar. Había pasado más veces de las que Olivia quería reconocer. Salió de la *suite* y se quedó más tranquila.

Conforme bajaba a su habitación, casi a hurtadillas tomó su móvil y buscó lo que quería. Sabía que terminaría recordando a la cuarta persona de la fotografía en la que salía su padre sosteniendo el segundo trofeo. Abrió de nuevo la imagen que les había enseñado a Robert y Paolo. Los ojos de un Darmond más joven, con menos arrugas de expresión, le devolvían la mirada posando felizmente como un empresario ya consolidado. Era el mismo rostro que había visto en aquella sala llena de recuerdos de antaño en la que aparecía su padre.

La volvió a recordar en su mente haciendo que su piel se erizara. Volvió a meter el móvil en su bolsillo y se abrazó a sí misma frotándose los brazos para calmar la sensación. Todos sonreían: Darmond, Peeters y Wilkinson. También su padre. Pero ahora Olivia tenía la sensación de que esa sonrisa en realidad era un grito de auxilio silencioso.

Capítulo 28

Nunca estuvo tan orgullosa de la persona que era junto a Robert y viceversa. Aprendían el uno del otro, e incluso en esos momentos tan dolorosos e insoportables sabían cómo hacer que los abrazos mutuos fueran una especie de hogar que ninguno de los dos tenía realmente.

De primeras, pensó que debía ir hacia su habitación y aplicarse su propio consejo de descansar algo, aunque fuera un poco, aunque solo pudiera cerrar los ojos tumbada y con la cabeza dando vueltas. Pero ni siquiera de eso se veía capaz en ese momento y, a pesar de encontrarse ya en la puerta, decidió cambiar sus pasos. La inercia la llevó de nuevo al *paddock*, de camino al *motorhome* del Astorian. Ahora que tenía acceso, le pareció buena idea ponerse a cocinar a esas horas. No, no era algo normal, pero para ella era necesario a veces: la mejor forma para reordenar pensamientos y relajarse.

Fuera hacía frío y estaba lloviendo de nuevo, así que optó por pedir un Uber para llegar a su destino. Pasó con su tarjeta de acceso. Todo estaba completamente a oscuras. No parecía haber nadie en esa ala, aunque imaginaba que en el box sí estarían los mecánicos con ambos coches. Ellos sí que solían trabajar hasta bien tarde, especialmente si los pilotos no se sentían completamente a gusto con el monoplaza y pedían un cambio de última hora en la mecánica o una configuración diferente.

Fue con parsimonia hacia la cocina. Ni siquiera quiso encender las luces, la calma en la oscuridad le relajaba de sobremanera. Puso la tenue luz led de una de las encimeras, miró el frigorífico y decidió prepararse una simple ensalada. No había muchos ingredientes para hacer algo más majestuoso al solo quedar un día de gran premio. Tomó brotes verdes, los echó en un bol después de lavarlos concienzudamente y comenzó a picar algunas hortalizas y frutas. Eso es lo que le hacía entretenerse. Cortar los alimentos con

cierta dilación. Después cogió queso y, por último, vinagre y aceite para aliñarla.

Algo tan sencillo y a la vez tan reparador para su mente. Al terminar, se sentó en la encimera para degustar su plato.

No había pasado ni un minuto cuando una de las puertas de fuera se cerró, haciéndole dar un salto del susto. Después escuchó voces de lo que parecían un par de personas; no detonaban alegría precisamente. Más bien, mantenían una acalorada conversación que no llegaba a comprender desde donde estaba. De inmediato, dejó el bol con la ensalada y fue a apagar la poca luz que tenía en la cocina. Después volvió a escuchar otra puerta y las voces se perdieron. Optó por salir a hurtadillas y averiguar quién había entrado. Al salir y recorrer la estancia, observó una luz por debajo de la sala de reuniones que le llamó la atención. Fue entonces cuando aguzó su oído y escuchó las voces. Intentó respirar más lento. El corazón parecía salirse de su pecho. Se desplazó de manera que pudiera acercarse a la puerta lo suficiente para escuchar, pero no como para que la pillasen si abrían de repente. Lo que menos necesitaba era que la encontraran allí. No quería dar explicaciones.

—¿Te ha quedado claro? —se escuchó a una voz de hombre.

—Por supuesto. Como siempre y, sin embargo, seguiré sin hacerte el más mínimo caso.

—Soy tu jefe. No seas absurda.

—Es cierto y, aun así, no tienes ni una excusa para echarme. Nadie lo hará mejor que yo ni pondrá al equipo lo suficientemente alto como para que te aporte beneficios. Los medios se te echarán encima. —Esa voz la reconocería en cualquier sitio. Olivia sintió un miedo atroz al reconocerla. Sin embargo, Silvia estaba confiada en lo que decía. Sin ápice de duda ni temblor en su voz, a diferencia de la última vez que la había visto.

—No tengo que tener ningún argumento. Diferencias de opiniones, lo llaman.

—Aun así la prensa se te echaría encima, y más con la muerte de Campbell tan reciente… ¿Es que no tienes escrúpulos, Darmond? Con todos los años que he estado trabajando para ti.

Olivia se tapó la boca para no dar un grito ahogado. De hecho, en la sala se callaron unos segundos como si hubiesen notado su presencia en ese momento.

—Jackson te sustituirá a las mil maravillas, aprende rápido.

Silvia emitió un bufido sarcástico.

—Sé que nunca me quisiste en este equipo. Pero que subas a tu sobrino tan rápido de puesto huele un poco. No es que la prensa sea benevolente.

—Que Campbell te contratara fue toda una sorpresa…, pero ya no está aquí. —Darmond intentó cambiar el tono de voz—: Por desgracia —dijo, con un tono que, por un momento, pareció realmente apenado—, eso te hace vulnerable. Más pequeña inclusive de lo que ya eres.

—Ay, Colin… —repuso su madre, y advirtió en ella cierto tono divertido al pronunciar su nombre de pila—, me he topado con tantos hombres como tú que no podría contarlos. ¿Crees que necesito alguna clase de protección? —Hizo una pausa, pero antes de que él pudiera contestarle, ella se adelantó—. No he llegado hasta aquí por ti, ni siquiera por Óscar. Ni por Nigel. —Al sacar el nombre de su padre a relucir, a Olivia se le formó un pequeño nudo en la garganta—. Estoy aquí por mi talento, que, por cierto, cuesta mucho más demostrarlo cuando estás rodeada de hombres y, ¿sabes qué?, he llevado a tu estúpido equipo a competir en lo más alto con centenares de mujeres ingenieras en tu fábrica. Interesante, ¿verdad? Eso, para tu suerte y sin tu saberlo, te ha dado una relevancia en el sector automovilístico intachable. Tu imagen ahora es progresista y menos misógina que hace unos años. Todo fachada, por supuesto. Y, sin embargo, todo esto lo he montado yo sola. Y tengo tantos datos y tanta información sobre tu empresa, como en su momento tuve de Zed Rush, que ni tú mismo conoces ni entenderías. ¿De veras piensas ponerte de un lado que no sea el mío? Tú crees que sabes amenazar, pero Colin… —pronunció su nombre de manera tan afilada que Olivia ni siquiera reconoció la voz de su propia madre—. Solo eres un crío con un juguete de adulto que te queda muy grande. Este circo lo conozco como la palma de mi mano.

El silencio permaneció por unos segundos que parecieron eternos hasta que llegó la contestación de él.

—Espero que mañana gane ese español tuyo, porque, de lo contrario, te vas a la puta calle, ¿entendido? Me dan igual los medios y el qué dirán. Si mañana ese piloto no gana, tú te vas y no

vuelves a ningún equipo de Fórmula 1.

—¿A qué viene esa desesperación por echarme de este deporte, Darmond? —Lo preguntó con real curiosidad. Olivia también deseaba saberlo, no tenía sentido que ese hombre quisiera echar a una de las personas que más estaba haciendo por la evolución de su negocio—. ¿Es miedo lo que tienes?

Él rio con su elocuencia. Una risa feroz y aterradora. La de un hombre blanco y privilegiado que sabía que podía destruirte con tan solo pulsar un botón o decir una palabra de su boca. Como su madre, Olivia había conocido a muchos de ellos en su vida.

—Sabes demasiadas cosas para seguir entre nosotros y, aun así, para tu desgracia, no eres de los nuestros.

Olivia seguía con la boca tapada por su mano. Miró hacia la puerta deseando entrar; sin embargo, algo en ella tiraba hacia el otro lado. La conversación parecía haberse acabado. Alguno de los dos parecía estar moviéndose en dirección a la salida de la sala, así que Olivia intentó hacerse con toda la agilidad que pudo para salir de allí de inmediato sin hacer ruido. A pesar de ello, esa destreza se convirtió en un desatino y chocó sin querer con unos de los auriculares que había en una de las mesas, tirándolos al suelo.

Escuchó la voz de Darmond.

—¿Quién narices hay trabajando a esta hora?

—Puede que sea un mecánico —intentó calmar Silvia, cuya voz no sonaba en absoluto segura.

Olivia dejó los miramientos y terminó por dirigirse hacia la puerta principal y salir corriendo. Se olvidó su chaqueta dentro, pero poco le importaba. Ni la lluvia, ni el frío; solo se centró en correr entre la tormenta lo más rápido que pudo. Cuando se vio lo suficientemente lejos del circuito como para que nadie la siguiera, cogió su móvil, abrió la aplicación de Uber, pidió uno y, en unos minutos, estaba de vuelta en el hotel. Empapada y con cara de pocos amigos, al verla en un primer momento, el conductor pareció preocupado. Estaba tiritando y algo histérica. El conductor puso la calefacción a pesar de que seguramente, él estaba perfectamente y no tenía necesidad de sudar. Ella le agradeció que la llevara y pidió perdón por su tapicería, ahora pasada por agua, y le dio una propina considerable. El conductor volvió a asegurarse de si estaba bien antes de dejarla marchar y ella intentó ofrecerle la mejor de

sus sonrisas. Aunque no, no era la mejor ni de lejos; puede que incluso le asustara.

Al llegar al hotel decidió sentarse en el *hall* unos instantes. Había toallas en la entrada para todos los huéspedes que llegaran y eso calmó algo más sus espasmos por el frío, que ya le calaba los huesos. Por más que lo intentaba, no podía dejar de pensar en lo mismo.

Michel tenía razón. Por algún motivo que se le escapaba, Darmond quería muerta a Silvia. O, al menos, así lo había dejado ver de manera muy poco sutil con su última frase: «Sabes demasiadas cosas para seguir entre nosotros».

No podía perderla a ella también. Y menos, por una lucha de poder que ni siquiera le correspondía.

Sollozó irremediablemente mientras se tapaba con la toalla entre sus hombros. La imagen era desoladora. Podrían haberla tomado por loca, como el día anterior. Ya no sabía qué podía hacer para superar aquello. Ya no tanto por ella: sufría por todas las personas que la rodeaban. Los que querían seguir luchando por otros, por ellos mismos y demostrar que valían algo más que lo que rezaba en un titular.

Veía luchar a Robert cada día contra una nueva causa; no solo las que abanderaba en carrera, sino también las batallas internas que se libraban en su mente y en su vida personal. Con su padre, consigo mismo.

Veía a Michel, que había sido su amigo desde que tenía uso de razón, salir de su hogar durante prácticamente toda su vida para convertirse en el mejor piloto en un mundo donde las antiguas tradiciones no le habrían aceptado. El mejor corredor mexicano de todos los tiempos y, aun así, tenía que demostrar cada día que era válido.

Cogió su móvil y miró su bandeja de borradores. Había un mensaje que le había escrito a Michel días atrás y nunca le había mandado. Uno en el que le reconocía el miedo que tenía a ser como los que le rodeaban. Una niña mimada, una niña de mamá que siempre había tenido todo, que no apreciaba lo que la rodeaba. Guardó de nuevo el teléfono sin tampoco llegar a enviarlo.

Había visto a su madre terminar la carrera de ingeniería. También la había visto llorar desconsolada sin querer salir de una

habitación con la muerte de su padre. Devastada y depresiva. La descubrió superando el duelo, trabajando y peleando y haciendo inconcebibles para una mujer en este deporte.

Recordó a su padre y cómo lo había admirado de tal manera que, cuando lo perdió, el mundo había cambiado y comenzaba a tornarse un trauma constante. Por eso no podía volver a correr en un monoplaza. Por eso dejó los *kartings*. El recuerdo que con mayor recelo atesoraba era el que tenía de él inspirando a miles de personas con sus carreras.

Las cuatro personas que más amaba en el mundo y más admiraba tenían cada día que demostrarle algo al mundo que, a su modo de ver, los estaba destrozando poco a poco y los consumía. ¿En eso consistía vivir? Pues comenzaba a ser agotador.

Entonces, Olivia negó con la cabeza y rectificó en su mente.

No era el mundo el que estaba despedazándolos. Era el poder de aquellos que eran intocables.

Capítulo 29

Llegó a la habitación algo desorientada y mareada. Le comenzó a parecer que la toalla estaba demasiado mojada. Puso la calefacción al darse cuenta de que seguía tiritando. Ya no podía diferenciar si era de frío o de terror. Puede que de ambas cosas.

Se miró al espejo y vio su pelo mojado más oscuro que su habitual tono avellana. Sus ojos también parecían otros. Las pupilas dilatadas y la mirada desorientada a pesar de estar mirándose a sí misma. La persona del espejo no se asemejaba a la Olivia que conocía. Y daba igual que su tez morena y las pequeñas pecas siguieran allí. Ella ya no era la misma persona, y eso era lo que más le asustaba. No podía mantener la compostura, ni mucho menos la cordura. Miró la bañera y decidió abrir el agua caliente para darse una ducha. Tiró la toalla mojada al suelo, tomó una limpia de los cajones del baño y se quitó la ropa para meterse en la bañera en cuanto empezara a salir vapor.

El efecto de su piel contra el agua hizo que los músculos se relajaran de inmediato. La quemazón no le importaba en absoluto, ni siquiera cuando se le iba enrojeciendo la piel. Se quedó allí, perdiendo la noción del tiempo y, al salir, el vaho gobernaba todo el baño. Miró de nuevo en el espejo y frotó la superficie con su mano para volver a mirarse. Allí estaba. Una mujer de veintiocho años que parecía una cría traumatizada. Tomó la toalla limpia, se la envolvió por su cuerpo y volvió hacia la habitación para tumbarse en la cama. Puso su teléfono móvil a cargar y, mientras tanto, comenzó a investigar.

Estaba segura de que cualquier indicio que se le estuviera escapando podría encontrarlo allí, en internet. Para algo tenían que servir todas esas ruedas de prensa y medios que se lucraban cada día con las informaciones de aquel deporte. Nadie podía escaparse de eso, ¿no?

Así que optó por no dormir aquella noche hasta encontrar algo que mereciera la pena. Volvió a repasar los enlaces que Michel le había enviado. Hablaban del nuevo combustible que querían usar en el futuro y cómo comenzaban el proyecto en los países árabes. En una de las pocas entrevistas que Darmond había hecho, contestaba muy escuetamente o directamente con monosílabos sobre cómo estaba viendo la evolución de su equipo en esa última temporada. Olivia intentó analizar sus gestos, su mirada… todo lo que denotaba su expresión no verbal.

Nada.

—¿Piensa que es probable que puedan arrebatarle el mundial a Zed Rush?

Él hizo una pausa.

—Eso sería mucho decir… Creo que aún tenemos mucho en lo que trabajar, pero vamos en la dirección correcta. No me gustaría crear falsas ilusiones a los fans, pero si no creyera que tenemos una oportunidad, no habría invertido parte de mi capital en esto. Los negocios son los negocios —repuso solemne.

—La Fórmula 1 es de los deportes que pueden arrebatarle la fortuna rápido a uno, señor Darmond. Un giro mal dado del piloto y podría ser el último para el coche. Sin presupuesto para arreglarlo.

El entrevistado sonrió como un diablillo.

—No me preocupa. Si se rompe, lo arreglaremos con mejoras.

No comprendía nada en absoluto. ¿En qué momento había cambiado la perspectiva de ese hombre? ¿O es que simplemente era una fachada de cara al público?

En otra de las entrevistas decía que ganar era su único objetivo y que él conseguía todo lo que se proponía en la vida: «Si no fuese así, nunca hubiese llegado a convertirme en el hombre que soy».

Olivia bufó, ¿qué clase de hombre era? No uno de los que juegan limpio.

Entonces recordó que una de las personas que podían saber quién era ella, era precisamente Darmond. Alguien que también podría habérselo confesado a Jackson.

Había estado varias veces en la fábrica en los inicios, con su madre, antes de trabajar en el *catering* y decidir no contarle a nadie que era su hija. Óscar le había presentado al magnate y, a pesar de que este no parecía haberse fijado mucho en ella, no podía pasarlo

por alto. Para ella contaba como alguien que podía conocer su paradero y podía ser un sospechoso de los tres asesinatos. Así que abrió las notas de su móvil y apuntó su nombre. Después hizo lo mismo con Johnson, Peeters y Wilkinson. Descartó a Johnson, estaba segura de que no lo sabía; si no, se lo hubiese dicho en aquella charla improvisada en el box de Mark. ¿O estaba fingiendo? Repasó la conversación y decidió descartarlo. Ese hombre tenía demasiada soberbia para guardarse esa información. La habría soltado para utilizarla.

Sin embargo, Peeters sí que podría saberlo: no debía de serle muy complicado recordarla.

Miró la hora y vio que era tarde, pero los nervios pudieron con ella. Necesitaba llamar a su mejor amigo y contarle que llevaba razón. Antes de nada, decidió mandarle un mensaje para ver si estaba despierto. A pesar de la ansiedad que le causaba el tema, no quería por nada del mundo despertarle y conocía bien a Michel: sabía que su móvil siempre estaba en silencio. Solo respondería si también estaba despierto.

Se ilusionó cuando vio los puntitos en la pantalla de mensajes. Sin embargo, desaparecieron a los pocos segundos. Siguió esperando, pero el resultado siguió siendo el mismo.

—¿Me acaba de dejar en visto? —dijo a nadie en la habitación. Como si el mero hecho de decirlo en voz alta lo hiciera más increíble—. No, esto es raro.

Se levantó de un salto de la cama y se puso la primera sudadera que encontró. Miró por la ventana, observando que aún llovía sin control. Tomó su móvil, se puso las zapatillas de deporte y salió al pasillo. Tomó el ascensor y fue directa hacia la *suite* de Michel.

Olivia era una persona impulsiva, pero no así. Dejaba el espacio necesario a todos a su alrededor, por lo general disfrutaba de su soledad y cuando tenía problemas no era de las que tenía la necesidad de contarlo. Sin embargo, aquello era distinto. Comenzó a conocer a una Olivia algo fuera de sí, con un dolor de pecho constante y el imperativo de estar el menor tiempo sola posible.

A continuación, el ascensor se paró en una planta inferior a la que iba, y al abrirse las puertas se topó con un par de personas que también entraban para subir junto a ella. En ese momento, vio una espalda reconocible al fondo, yéndose con otra persona. Parecía que

iban camino al bar, que estaba en esa misma planta. Al darse cuenta, salió lo más rápido que pudo y con cierta torpeza del ascensor justo antes de que este se cerrara.

Siguió a la pareja de la manera más discreta y manteniendo las distancias. El problema era que así no podía oír nada.

Pero tenía más o menos buena perspectiva de la estampa… Michel estaba manteniendo una conversación… con Johnson. No debía de haber nada raro si un piloto está junto a su jefe de equipo la noche antes de la carrera…, pero a Olivia había algo que no le encajaba, y mucho menos después de la conversación que Johnson había tenido con ella. Para su suerte, no entraron en el bar, sino que salieron a la amplia terraza techada y se quedaron allí conversando.

Ninguno podía verla si salía con su sudadera y se ponía a hacer como si llamara a alguien con su teléfono y de vez en cuando soltaba alguna frase mínimamente coherente.

Eso hizo. Tomó su móvil mientras salía a la terraza y les dio la espalda. Se puso justo en el lado donde estaba Michel, pero con una buena separación de por medio.

—Es por el equipo, Mendoza —escuchó a alcanzar que le decía Johnson.

—¿Es trabajo en equipo que me deje ganar? No lo veo.

—No se trata de eso. Ya te lo he dicho. Mark debe quedar por delante.

—¿Es que está por contrato o algo por el estilo? —soltó irónico Michel, pero el silencio de Johnson parecía otorgarle una respuesta afirmativa—. Será una broma.

—Aquí nada es una broma. Te lo recompensaremos, en serio.

—No depende todo de mí —repuso Michel—, yo no puedo poner a Mark a la cabeza por mucho que me lo pidáis. Él debe hacerlo todo bien y este fin de semana no tiene la velocidad.

Johnson suspiró.

—Mira, Mendoza. Te lo he pedido por las buenas y te aseguro que yo soy el tipo bueno. Si quieres quedarte en este deporte y seguir jugando, acata la ley que te impongamos. Si te decimos que lo dejes pasar, lo dejas; si tienes que perder unos segundos para que te alcance, los pierdes, ¿entendido?

No se lo estaba pidiendo. Lo exigía y, de hecho, era una amenaza flagrante. Michel se quedó en silencio. Uno sepulcral que

gritaba auxilio en mitad de la nada. Olivia imaginó su cara, apretando los labios e intentando buscar una solución a aquella conversación que le diera una mínima ventaja. Había trabajado mucho durante toda su vida para que, ahora, simplemente le pidieran que se dejara alcanzar.

—Ya veré qué hago. Yo no gano nada con esto —terminó diciendo.

Johnson se carcajeó como si lo que acabara de decir Michel fuera un monólogo divertidísimo.

—Ay, chico —le respondió, y Olivia escuchó como le daba un par de palmadas. Supuso que en el hombro—. Lo que ganas es que te renovemos el contrato otro año más, incluso que le añadamos algún cero a tu salario. Aquí no se trata de lo que decidas, se trata de lo que debes hacer.

Ella se había olvidado hasta de que tenía que disimular diciendo algo elocuente a su teléfono móvil que tenía pegado a su oreja. Lo único que quería era apartar a Michel a un lado y darle un puñetazo en la cara al gilipollas de Johnson.

—¿Así ha ganado Mark sus campeonatos? ¿No más que mandando al sicario para que se ocupe de los contrincantes fuera de la pista? Ya dudo que a la gente que ama este deporte le haga la misma gracia que a ti.

A Olivia se le escapó una pequeña risa al escuchar a su amigo. Escuchó cómo se volvían y decidió actuar.

—¡Oh, David, pero qué cosas tienes! Deja los chistes para cuando nos veamos mañana, sí —soltó sin pensar con una voz más aguda de lo normal. Lo dijo en español y de manera muy rápida, así Johnson no tendría ni idea de qué era lo que decía, aunque sí Michel, pero con la oscuridad que había y lo distanciada que estaba de espaldas esperaba que no la hubiese reconocido.

Johnson carraspeó.

—Esto es una pequeña excepción. Solo espero que sepas lo que debes hacer por el bien del equipo… y por el tuyo propio.

Olivia escuchó cómo se marchaba, dejando allí a Michel con la palabra en la boca. Mendoza profirió unas cuantas palabrotas y dio un par de golpes a la barandilla mientras lo hacía.

—¡Pinche pendejo cabrón! —siguió gritando.

Fue entonces cuando Olivia decidió darse la vuelta para mirarle.

No quería hacerlo con pena, pero no pudo no escapársele una chispa de tristeza en sus ojos. Se acercó más a su amigo y le tomó una de las manos que acababa de golpear el metal.

—No mames, Olivia… —repuso este aún cabreado—. Vaya estúpida voz tenías. —Ella le sonrió coincidiendo con su afirmación —. ¿Lo escuchaste todo?

Olivia asintió y le atrajo para sí abrazándole con fuerza.

—No tienes por qué hacerlo, ya te dije que Johnson trama algo —le aconsejó mientras aspiraba el olor de su amigo—. Y tú te has ganado estar aquí más que ninguno. Lo sabes.

Michel la apartó.

—Por eso no puedes entenderlo. Ni tú, ni Robert —soltó alzando la voz, aún visiblemente enojado—. Y Johnson es pura mierda. Pero me dio mi asiento en ese coche y eso es algo que no debo desaprovechar.

—No puedes dejar que te pisotee —replicó ella.

Él se retiró del todo y puso distancia entre ambos.

—¿Crees que me pisotea? ¿Qué no ves que esto es todo lo que tengo? No hay plan B, yo de eso nunca tuve. Vas de jugar a las casitas de clase obrera en tu *catering*, pero la verdad es que sabes demasiado bien que siempre fuiste una niña de papá y mamá y, ¿sabes qué?, yo debo luchar y esforzarme por lo que tengo porque si sale mal, mi mamá no estará ahí para salvarme el pellejo. Eres como Roberto, que necesita sentirse mejor poniendo una banderita en su casco para luchar por una causa que tampoco le pertenece.

La mano de Olivia voló de manera automática para darle un bofetón en la mejilla a Michel.

Las lágrimas se acumularon en sus ojos.

—Entonces… ¿vas a dejar que se salga con la suya?

Michel la miró enfurecido con una tensión entre ambos que jamás había sentido. Sabía que en ese momento no era él quién hablaba, pero no pudo más que sentirse dolida y reaccionar así.

—No es de tu incumbencia. Ya que viniste a cotillear cual chismosa, al menos, podrías haberte comportado como una amiga. A veces no cuesta nada asentir y estar para tus amigos no más.

Las palabras llegaban como dardos envenenados a su cuerpo. Toda ella quería parar esa conversación antes de que fuese demasiado tarde. Aunque pronosticaba que ya hacía rato que todo

se había derrumbado. Olivia tragó saliva y, antes de que Michel se diera la vuelta le tomó por el brazo.

—Lo siento, no quería empeorarlo. Solo quiero lo mejor para ti.

Michel la miró y en sus ojos atisbó aquello que llevaban años guardando. Algo que ambos necesitaban confesarle al otro, pero que ante la cobardía de perderse siempre acababan escondiendo hasta que la tormenta entre ambos volviera a desatarse. Pero cuando Olivia comenzó a creer que Michel se replantearía la situación, cambió el semblante y quitó el brazo rápidamente.

—Y yo, Olivia. Pero no te das cuenta de nada. —Al decir aquello, su amigo la miraba fijamente a los ojos, impasible; pero en el fondo, ella podía ver cómo también él tenía un nudo en la garganta. Se dio media vuelta dejándola allí con la tormenta a sus espaldas.

Olivia se dio cuenta entonces que había estado en un momento frustrante y humillante para Michel, algo que él hubiese preferido que no presenciara.

En toda la noche le fue imposible borrar de su memoria los ojos suplicantes de Michel para que se diera cuenta de algo, que ya sabía en su interior y que no quería ni debía dejar salir.

Capítulo 30

15 años atrás…

Esa mañana estaba más irritable de lo normal, no podía evitarlo. Tenía que asistir junto a una panda de hombres multimillonarios a jugar al golf. Dicen que allí se logran los grandes acuerdos. Para mí, allí lo único que se consigue es aumentar o disminuir los egos de unos y otros.

Había una línea muy delgada, casi invisible entre regalar un cumplido entre hoyo y hoyo y de verdad hacer la pelota a los inversores.

Ese día tenía que ir junto a Peeters, nuestro jefe de escudería, y algunos de los patrocinadores más grandes que teníamos. Era un compromiso que no me gustaba en absoluto, aunque a decir verdad… ¿a quién le gusta un compromiso? Supongo que, si no, no tendría ese nombre. Sería más bien echar el rato con los compañeros de trabajo.

—Sé bueno, Nigel… —me aconsejó Silvia mientras me colocaba el cuello del polo blanco que había elegido ella misma ese día—. Respira dos veces antes de hablar.

—Ya me he ganado el apodo de «difícil de tratar», así que qué más da —protesté de manera seca y, de algún modo, como un crío con una pequeña rabieta.

—Olivia tiene mejor trato que tú y es una preadolescente. No te pasa nada por poner buena cara unas horas, te hará bien —continuó, y en su cara reflejó una sonrisa forzada para que la imitara.

—Está bien, lo haré —cedí.

La verdad es que recapacité el asunto y decidí ir con la mejor de las predisposiciones —dentro de mis posibilidades, por supuesto—. Me planté en la puerta del campo de golf y allí ya estaba Peeters.

—Vaya, ya creía que te habías rajado —dijo, dedicándome una sonrisa.

Yo forcé la mía tal y como Silvia me había enseñado minutos antes.

—No sé lo que eso significa —le contesté encogiendo los hombros.

—¿Sabes quién viene hoy de patrocinadores? La verdad es que no lo recuerdo —repuso, mientras se encendía un cigarro relajado.

Me quedé consternado al verlo. Éramos deportistas de élite y ya hacía unos años que tanto el alcohol como el tabaco estaban mal vistos en nuestro trabajo y para nuestra imagen pública, y mucho más si íbamos a vernos con patrocinadores que darían dinero al equipo. Nosotros éramos su imagen y lo mejor era no dar una que fuese en contra de sus valores. Si precisamente no tenía certezas de quiénes serían, no debía dar una imagen equivocada. O eso pensé mientras esperábamos, pero después, una vez conocido nuestro patrocinador, me daría cuenta de que todo eso le daba exactamente igual.

Peeters lo tendría fácil. Era el estereotipo de hombre y piloto que todos querrían en su equipo y como aficionado. No era muy alto, pero tenía una estatura perfecta, tenía una melena rubia algo despeinada pero que, no sabía cómo, siempre parecía impecable en su desorden. Su piel blanca estaba todo el año bien bronceada, dándole un aire surfero y despreocupado. A pesar de tener los ojos algo separados, el azul cristalino hacía que el efecto fuese atractivo. No es que a mí me gustara, pero objetivamente hablando, el tipo se llevaba a toda persona que quería solo por su físico. Era el James Hunt de mi época, y eso solo me daba dos opciones: o me convertía en el magnífico Niki Lauda o en simplemente el tipo feo y cascarrabias del box de al lado. Esperaba ser lo primero.

—No, no lo recuerdo —mentí descaradamente.

—Bueno, qué más da. Si todo el mundo nos quiere ahora, hagamos lo que hagamos —contestó dando un par de caladas al cigarro.

No soportaba el olor e intenté por todos los medios no poner cara mustia. Al instante, llegó nuestro jefe de equipo hablando animadamente con dos tipos más. Uno era regordete y alto, con el pelo vaticinando algunas canas, pero muy abundante. El otro de

pelo oscuro, algo más musculado y de altura similar.

—Aquí están mis chicos —dijo mi jefe con júbilo.

Era un hipócrita de mierda. Deseaba con todas mis fuerzas habérselo podido decir en voz alta. Pero recordé a mi mujer y respiré hondo.

—Barnett —dije, apretándole la mano cordialmente. Peeters hizo lo mismo.

—Estos son Colin y su ayudante, Óscar Campbell —presentó mientras todos iban dándose la mano y saludándose entre sí.

—Nuestro amigo Jon no ha podido venir al final, pero con Colin no necesitamos más, ¿verdad? —repuso Wilkinson.

—Sí, además Óscar es muy bueno: nos dejará por el césped y sin dignidad —dijo el aludido con una pequeña carcajada.

—Bueno, será divertido —contesté, harto de la escena.

Cuando todos nos asentamos en el primer hoyo comencé a sentirme algo más cómodo. No porque lo estuviera con ellos cerca, sino porque el aire libre y hacer algo de deporte me sentaba bien. Lejos de alagarme y presumir de mis virtudes, decidí que fueran ellos los que apreciaran que se me daba bien el golf sin más experiencia que la que este tipo de compromisos me había proporcionado.

—Colin, ¿cómo es esa carrera de los nuevos combustibles? ¿De verdad le ves salida?

Este asintió.

—Sí, no te creerías las tecnologías que tenemos ya, y dentro de veinte años… eso revolucionará el mundo del motor. Te lo aseguro. Estoy viendo cómo meterme en esta espiral, creo que me dará bastante dinero…, pero aún estoy recabando información para ver cómo llevarme la mejor tajada en esto.

—Este deporte quiere dar un salto con el tema medioambiental, pero no sé cómo lo harán. Motores eléctricos, dicen. Comenzarán por una era híbrida, seguro —respondió Wilkinson.

—Bueno, ya se verá —repuso Colin con tranquilidad—. Mientras tanto, estos chicos van a hacer que mi empresa aparezca en sus monoplazas, ¿no es cierto?

Peeters asintió con rapidez.

Colin Darmond era dueño de una marca de ropa de lujo y, por lo que les había contado hasta entonces, quería que su logo estuviera

bien visible en el monoplaza, además de en el casco de ambos pilotos y en toda su ropa. De hecho, el *merchandising* de la escudería sería todo de su marca. Era un acuerdo bastante grande, daba mucho dinero al equipo y a él mucha visibilidad.

—Un campeón del mundo y una gran promesa de la Fórmula 1 llevando mi marca —comentó satisfecho.

Wilkinson se puso en posición para golpear su bola. Lo hizo con gracilidad y destreza. Dio un buen golpe.

—¿Y cómo ves el tema de la mujer en la Fórmula 1, Wilkinson? ¿Tenéis a alguna echada el ojo?

Este se rio y dejó su palo; mientras tanto Peeters fue a coger el suyo.

—Lo que me encantaría es encontrar a la mujer adecuada, ¿sabes? Quizá negra o mulata, que tenga muy buena apariencia… O musulmana, ¡o judía! ¡Ah! Y que hable español, así no tengo que escucharla.

Me quedé de piedra e incluso Peeters miró a Wilkinson confuso. Era una de las peores ofensas que había escuchado en mi vida y, aun así, lo soltó como si fuese un chiste. Uno que a Colin le hizo una gracia estratosférica.

—Me ha quedado claro —repuso este.

—No, en serio. Una idea maravillosa sería que fueran vestidas de blanco. Como cualquier electrodoméstico —soltó Wilkinson riéndose de su propio chiste. Yo sabía que tenía no solo a su hijo, sino a dos hijas más. Pensé en la mía y en lo que amaba este deporte. Pensé en Silvia y en cómo quería abrirse paso para ser ingeniera; tenía más visión que yo. Y lo único que vi fue a hombres como Wilkinson riéndose de sus posibilidades; y peor aún, a gente como Colin siguiéndole el juego.

Miré al asistente de este. Su expresión era de bochorno, estaba avergonzado e incómodo por la situación. Todo pasó muy rápido. En un abrir y cerrar de ojos, no sé en qué momento, mis músculos fueron más rápidos que mi cerebro.

Mi puño terminó en la mandíbula de Wilkinson; los presentes se quedaron estáticos por unos instantes, a todos los había pillado desprevenidos.

—¡Ten un poco de decencia, Barnett! ¿Quién cojones te has creído que eres?

Este cayó hacia atrás del golpe y se acarició su barbilla, dolorido. Fue entonces cuando todos reaccionaron. Peeters se puso detrás de nuestro jefe de equipo para intentar recogerlo del suelo. Óscar, el ayudante de Colin, me sostuvo rápidamente para que no le propinara otro derechazo. Era muy menudo, pero me agarró con firmeza.

—No merece la pena —me susurró—, esta no es tu batalla. Hazme caso.

Pero sí que lo era. No sabía hasta qué punto comenzaba a ser personal.

—Serás imbécil, negro de mierda —fue lo único que articuló a decirme desde su posición en el suelo. Era una rata.

Miré hacia Colin, que había dejado de sonreír, y después a Peeter junto a nuestro jefe.

—Creo que se nos ha ido un poco de las manos, vamos… —comenzó a mediar Darmond.

—¿Tú ves a alguna mujer aquí delante? —preguntó—. ¿O es que te consideras una?

Fui a hacer el intento de atestarle otro golpe, pero Óscar me tenía bien sujeto. Empecé a cabrearme con él por retenerme. Barnett hizo la pregunta de manera tan despectiva… como si las mujeres fuesen inferiores en todo. Como si fuese una vergüenza ser mujer. Solo podía pensar en Olivia y Silvia. Dejé pasar el insulto del racismo hacia mi persona. No iba a escandalizarme por sus palabras: durante todos estos años he tenido que escuchar cosas peores y de la boca de aquel hombre ya no me afectaban, al menos no tanto como antes. No tenía que demostrarle nada en absoluto.

—Si hubiera una mujer aquí delante ya te hubiese puesto en su sitio mejor que yo, Barnett. ¿No te da vergüenza?

Este se fue levantando con ayuda de Peeters mientras me miraba con rabia. Maldito Peeters, era un zalamero.

—Creo que yo he terminado por hoy. Discúlpame. Colin, Óscar —me referí a los invitados—, ha sido un placer. Los veré en alguna carrera, espero.

No. Realmente a Colin no me hacía mucha gracia volverlo a ver, pero era lo que tenía que decir.

Tomé mi mochila y me fui sin despedirme del resto. Fui hacia el café del club para pedir un vaso de agua. Aún me costaba asimilar

aquella situación. Entonces, una mano se apoyó en mi hombro. Me giré y vi a Colin con gesto grave.

—Chico, debes saber controlarte —repuso—. Entiendo que uno tiene sus valores, pero este tipo de rabia o violencia no te va a llevar a ningún lado. De hecho, solo te causará problemas, ¿entiendes?

—¿Es más ético dejar que mi jefe sea un gilipollas?

—Mientras no lo sea de cara al público, todo bien.

El camarero me puso el vaso de agua en la barra y me lo bebí de un trago.

—No, señor Darmond, no hay nada bien en esto. No pienso bailar al son de un hombre tan mezquino.

—A veces, no hay otra opción. Tenemos que hacer cosas que no nos gustan, cosas horribles. Pero el fin justifica los medios. Y esto es un negocio, bailamos al son del dinero, no te equivoques. Eres un ganador, sabes a lo que me refiero.

¿Eso era un consejo? Si lo era, estaba podrido.

—No. En absoluto.

Capítulo 31

Domingo

Aunque Olivia no había dormido bien desde la muerte de Óscar, aquella noche fue la peor de todas con diferencia. Sus párpados cayeron en algún momento de la noche y se volvieron a abrir al poco, un par de horas más tarde como mucho. Estaba inquieta, su corazón iba a mil por hora.

No podía dejar de pensar que su amistad con Michel se había resquebrajado. Ni en cómo sus dos amigos la veían como una hipócrita. Las palabras de Robert y Michel le habían dolido a niveles que no había sospechado. Era irremediable pensar que ya no volvería a ser lo mismo después de aquello, y más si se dejaba ganar. Sería como haberle perdido por completo. Su equipo lo había consumido y, en parte, comprendía que necesitaba seguir donde estaba si quería ganar algún mundial. Este campeonato era un buen momento para hacerlo, incluso con Robert a la cabeza en la clasificación y con el Astorian pisándole los talones. Su madre había hecho un buen trabajo y el equipo había dado en la tecla con algo interesante, con una buena estrategia, pero iban con pies de plomo. A eso había que sumarle la muerte de Óscar y las amenazas de Darmond. Zed Rush no dejaba de ser el mejor equipo del momento, con los mejores coches. Si había una posibilidad para Michel de ganar era aquella. Pero parecía que su propio equipo no quería darle esa posibilidad. Como le pasó a su padre antaño.

Estaba tan deprimida que no sabía siquiera cómo salir de la habitación, aunque tendría que hacerlo en unos minutos para comenzar el servicio de desayunos. Nunca antes había deseado tan poco ser del *catering* como en aquel preciso instante.

Se vistió y se fue al espejo para recogerse un moño. Se maquilló

e hizo hincapié en las ojeras. Intentó que se notaran lo menos posible, sin mucho éxito. Entonces escuchó cómo llamaban a su puerta. Se asomó al umbral de la puerta del baño como si desde allí pudiera hacer una radiografía a la puerta de entrada de la habitación. Volvieron a llamar.

—¡Olivia! Abre inmediatamente —ordenó su madre al otro lado.

Ella hizo caso y abrió rápidamente dejándola pasar.

—¿Qué haces aquí? Es muy temprano —le respondió secamente.

—¡¿Qué hacías anoche en el *motorhome?*!

Olivia se quedó gélida, ¿la vieron? Creía que había escapado de allí sin haber dejado rastro.

—¿Cómo?

Silvia se puso la mano en la frente, como si le doliera la cabeza de escucharla.

—Por favor, deja el número. Escuchamos un ruido. Colin lo ignoró, pero yo miré quién escaneó su tarjeta para abrir. Y luego vi tu chaqueta en la cocina.

Su madre, la ingeniera. Aunque tampoco había que ser muy espabilado para que se le ocurriera algo así.

—Fui a hacerme algo de cenar. No podía dormir.

—¿Qué escuchaste? —preguntó directamente.

Se fijó en Silvia. Estaba muy nerviosa, con los brazos cruzados esperando una respuesta que le sirviera para tranquilizarse. Olivia tenía dos opciones.

Decidió mentir.

—Nada. Escuché murmullos. Sentí que si me veía alguien me metería en un lío, así que me fui.

—La verdad, Olivia, por favor.

—¡Te lo prometo! ¿Había algo que yo no debía de escuchar? —Empezó a sentirse mal por mentirle tan descaradamente, pero prefería que tuviera un problema menos en su cabeza.

Silvia la inspeccionó unos instantes de arriba a abajo.

—¿Y por qué estabas nerviosa? ¿Es por lo de Óscar?

Ella le dio la razón con respecto a Campbell, pero también decidió contarle lo que había escuchado de la conversación entre Johnson y Michel la noche anterior. Una de las tantas cosas que pasaron esa noche.

—¿Que le ha pedido qué?

Asintió, porque sabía bien que era una pregunta incrédula, pero que en realidad la había escuchado bien.

—Es para denunciarle a la Federación. Pero por desgracia estas cosas ocurren. Hay un piloto número uno y un número dos. Está en una posición muy difícil…

—Tú jamás harías algo así.

—Por supuesto que no, pero Johnson no se parece en nada a mí y, por supuesto, su escudería no es nueva, tienen un largo recorrido.

Olivia suspiró.

—¿Crees que Mark ha ganado sus campeonatos haciendo trampa? —No pudo evitar preguntarle.

—Lo dudo mucho —contradijo—. Espero que no, al menos. Si no, sería terrible para nuestro deporte… —respondió pensativa—. No, estoy segura de que no. El pedirle esto a Michel es porque nunca se han visto así. Siempre se aseguran de que el segundo piloto que contratan sea eso mismo, un segundo piloto que ayude al primero, no uno que crean que puede ganarle las carreras. Si no, no lo hubiese escogido. Por eso me dio tanta pena ver a ese muchacho fichado en Zed Rush… Ya sabía que si tenía que haber órdenes de equipo sería en beneficio del campeón del mundo.

—Pero… no siempre fue así —contestó Olivia con cierto tono triste y nostálgico—. Con papá, al menos, no lo fue.

Silvia negó con la cabeza.

—Ya. Porque hay algo que prevalece más. El dinero que pongan detrás de un piloto, y tu padre no era para ese entonces el caballo ganador a pesar de tener ya títulos. Había algo en él que decía que se retiraba, aunque Nigel no hablara de ello explícitamente. Y a veces, cuando empiezan a cambiar normativas, prefieren caras nuevas, patrocinadores que prefieren un cambio en su marca… Ellos lo sabían y, por supuesto, querían pilotos mucho más jóvenes para lavar más la imagen.

—¿Lavarla?

—Sabes a lo que me refiero.

Lo sabía bien. Estaba completamente segura de que, en su día, esa escudería prefería a un piloto joven y el estereotipo de un piloto europeo atractivo para llevar las marcas patrocinadoras. Su padre no encajaba con ello: un inglés de ascendencia africana no encajaba con muchas empresas en aquel entonces. No hacía anuncios, no le

gustaban las cámaras. No se metía en polémicas. Trabajaba en la pista y se volvía a casa en la medida de lo posible.

Se le ocurrió una idea.

—Podríamos hablar del racismo encubierto. Lo hicieron con papá y lo están haciendo con Michel. Se blanquean su imagen escogiendo a Michel, pero después no le dan la oportunidad de ganar y su asesor de escudería dice…

—Sé lo que dice el imbécil de Huber.

—El único que ha decidido plantarle cara en los medios es Armando —dijo Olivia con cierto orgullo.

—Sí, para mi suerte tengo un piloto maduro y con dos dedos de frente. Pero esta batalla no nos corresponde, Olivia. Ya bastante tenemos con lo nuestro.

Olivia asintió y recordó que antes de la carrera tenía una conversación pendiente con la periodista de Inglaterra. Estaba deseando poder hablar con ella después de todo lo que había ocurrido. Se sentía más perdida que nunca.

—Zed Rush es asunto nuestro. Mark está ahí por su tío —volvió a insistir algo impotente.

—Lo sé, es buen mánager.

—No, pero…

—¡Olivia! ¡Ya basta, maldita sea! —le ordenó su madre con dureza—. Intento protegerte, ¿es que no lo ves? Deja ya de hacer preguntas. Tienes que parar. Deja el pasado atrás, por el amor de Dios. Vete, haz tu trabajo y no te metas donde no te llaman.

A Silvia casi se le salían los ojos de las órbitas. Olivia se quedó paralizada ante la negativa de su madre. Recordó por enésima vez por qué no le contaba lo que sabía.

—Sé que es difícil de asimilar, pero ya no soy una cría. Hace muchos años que dejé de serlo. Veintiocho años, mamá. Puede que tenga ataques de ansiedad, que esté pasando por algo traumático con lo de Óscar. Al igual que tú. Quizá sepas gestionar mejor tus emociones, pero eso no quiere decir que no estemos pasando el mismo duelo —intentó decirle de la manera más relajada posible—. No soy estúpida y no dejaré que ni mis amigos ni tú estéis llenos de mierda ni hacer como si no pasara nada. Hay un asesino suelto y seguramente sea alguien que nos conoce a todos bien. Sí, puede que tengas muchas más respuestas que yo, que puedas tener una cierta

idea de lo que está pasando —hizo una pausa y se acercó más a ella —, pero yo no voy a descansar hasta que sepa quién fue y qué está ocurriendo.

En ese momento, llamaron a la puerta de nuevo. Madre e hija se miraron. Olivia dio a entender con la mirada que no esperaba a nadie. Abrió la puerta y vio plantado allí a Robert.

—Oh, reunión familiar —respondió con felicidad—. ¿Molesto? —preguntó.

—No, para nada, Roberto —le respondió su madre.

—Esto no os va a gustar en absoluto —tenía el móvil en la mano y lo enseñó a ambas—. Acaban de dar un chivatazo sobre la muerte de Óscar, porque se ha filtrado en la prensa.

En la noticia hablaban de cómo la autopsia había revelado un posible asesinato por intoxicación en el propio avión en el que iba. La compañía privada estaba siendo investigada, pero tanto el comandante del avión como otro trabajador que, al parecer, podían estar implicados, también habían aparecido asesinados. No daban mucha información, pero los detalles más relevantes estaban ahí. Justo cuando el gran premio se iba a llevar a cabo.

—¿Crees que cancelaran la carrera de hoy?

Silvia miró al piloto sin saber qué decir.

—Madre mía, tengo que hablar con Mila —dijo, y salió corriendo de allí.

—Buenos días a ti también —contestó con sarcasmo Olivia.

—Con el pie izquierdo, por supuesto. No esperaba menos, Liv. El que tiene el dolor de cabeza soy yo.

Ella suspiró y quiso echarse a llorar, pero no podía. Ya no tenía fuerzas para eso. Solo necesitaba respuestas, era lo que la hacía seguir adelante.

—Ha sido una noche muy larga.

—Pues prepárate, porque nos espera un día eterno. ¿Quieres un ibuprofeno? —le preguntó con sorna, sacando una tableta del bolsillo. Seguramente, él lo necesitara más después de la noche que había pasado.

Era el Gran Premio de España, así que tanto Robert como Armando tenían mucho más trabajo que los demás. Más entrevistas y eventos con los aficionados al ser el circuito de casa.

—¿Estás mejor? —preguntó él cambiando su expresión a una

más seria.

—No. Pero es lo que hay —se sinceró ella—. Creo que podías tener razón respecto a Darmond —susurró ella, ya que la puerta de su habitación seguía abierta.

Él asintió.

—Yo he descubierto algo: ¿sabías que una de las marcas de Colin Darmond fue patrocinadora de Zed Rush cuando tu padre corría?

Ella lo miró incrédula.

—¿Qué estás diciendo? ¿De dónde has sacado esa información?

—Muy fácil —respondió él encogiéndose de hombros. Encendió de nuevo la pantalla de su móvil y se puso a buscar algo conforme seguía relatándole—. Miré cuáles eran las empresas que le pertenecían, me sonaba una de las marcas de ropa e investigué si había sido patrocinador de la Fórmula 1. No fue difícil: en cuanto vi el logo sabía que lo recordaba en algún monoplaza. Y ahí estaba, en los coches de Nigel Stewart y Kevin Peeters.

Le enseñó la pantalla y allí estaba.

—Sí que hay una conexión —susurró ella—. ¡Eres un jodido genio! ¡Por eso están todos en la fotografía que vi en la sala de trofeos y recuerdos del circuito!

Robert puso cara de no entender la última aclaración de su amiga. Ahora tenía sentido. Olivia pensó en las posibilidades y se le ocurrió que Darmond realmente no apoyaba a Stewart, sino que estaba pidiendo un cambio de pilotos para renovar su imagen y ganar más dinero. Robert se encogió de hombros de nuevo metiendo sus manos en los bolsillos a su vez.

—Lo sé —dijo este con sonrisa de galán—, no sé por qué lo dudas con bastante frecuencia.

Por un momento, una pizca de esperanza le recorrió el cuerpo. Aunque tampoco sabía muy bien por qué, dado que no tenía aún una conexión lógica que vinculara todo aquello con el asesinato de Campbell.

Eso sí, notó que, aparte de ese pequeño rayo de luz, llevaba realmente mal que su amigo estuviera lleno de energía y con tan buena cara a esas horas intempestivas y después de todo lo que estaban pasando. Era lo contrario al Robert de la noche anterior que había estado consolándola e investigando teorías junto a ella. Ahora

volvía a hacer como si nada, el piloto parlanchín de siempre.

—Deberíamos irnos, ¿tú no tendrías que cocinar, chef?

Ella asintió. Entró a su habitación para coger una pequeña mochila y su identificación y se despidió de su amigo para salir corriendo hacia el *paddock*.

Intentó rebobinar todo desde el momento en que pisó el aeropuerto para coger el maldito avión. Cómo subió las escaleras, los movimientos de Óscar. De su madre, Mila y Andy… No había nadie más y tampoco nada inusual. Los *flashes* de los gritos de su madre intentando despertar a Campbell volvieron… y tuvo que parar por un momento de andar para respirar.

No podía permitirse tener otro ataque de ansiedad, así que optó por intentar no recordar, al menos por ahora.

Estaba segura de que tendría que volver a revivirlo segundo a segundo.

Capítulo 32

El circuito de Cataluña amanecía completamente a oscuras. A pesar de los rayos de sol que tenían que haber comenzado a vislumbrarse en el horizonte, los nubarrones no daban espacio a la claridad. Olivia llegó a la cocina para ponerse a trabajar. No miró a nadie, no paró ni un segundo. No es que se lo permitiera a sí misma.

Pensó que, con toda probabilidad, en ese momento Ernest estaría parloteando y haciendo conjeturas sobre el asesinato de Óscar. Odiaba imaginárselo sin ni siquiera tener que soportarlo allí presente. Era inevitable concebir la idea de su antiguo compañero creando un nuevo chisme del que hablar a pesar de que las circunstancias eran horribles.

—La verdad es que pinta mal, ¿verdad? —escuchó decir a uno de sus compañeros.

Se giró, pues no esperaba que se estuviera dirigiendo a ella.

—¿Es a mí? —preguntó.

—Sí, claro. ¿Estás bien? No has dicho nada desde que has llegado.

Ella asintió en silencio. Ellos se miraron entre sí en señal de no comprender su comportamiento. Uno siguió trabajando, pero el otro siguió insistiendo.

—Me refería al tema de Campbell. No deberían competir, no sé por qué están empeñados en seguir.

—Hay mucho dinero en juego —respondió el otro—. Tener que devolverle la entrada a los aficionados y todo… —dijo encogiéndose de hombros—. Quedan mucho mejor haciendo algo en su honor.

—Me parece de hipócritas —soltó el otro.

Olivia no quiso opinar en ningún momento, pero se quedó pendiente de lo que decían, que al final no era más que seguir dándole vueltas al mismo tema, pero sin llegar a nada concluyente.

Al terminar, salió del *motorhome* y optó por ir a ver las entrevistas de los pilotos. Seguramente, estarían hasta arriba. El *paddock* estaba a rebosar. Al entrar apenas había trabajadores, pero ahora, aquello estaba abarrotado. Daba igual la amenaza de lluvia constante para las siguientes horas. La gente deambulaba de un lado hacia otro con excesiva ilusión. Todo el mundo tenía prisa por ver a sus pilotos favoritos. A los ingenieros y mecánicos se los alcanzaba a ver bien por sus caras de agobio y la prensa iba con cámaras enormes buscando el mejor plano de los protagonistas. El caos de cada fin de semana. Solo que ese en cuestión debía ser mucho más triste y horrible sin la presencia de Campbell. Al menos, lo era para Olivia y también para el equipo Astorian, estaba segura.

Fue hacia el *food truck* para pedir un café —podría habérselo hecho ella misma un rato antes, pero no le apetecía—, y justo delante de ella estaba Johnson pidiendo una bebida. Al terminar de pagar, se dio media vuelta y la miró de arriba abajo. Durante unos segundos fue algo incómodo, pero terminó saludándola con discreción y siguió hacia delante. Cuando llegó su turno, vio que alguien se había dejado un teléfono móvil. Ella lo tomó en sus manos y miró a la chica que iba atenderla con cara de incertidumbre.

—¡Oh! Tiene que ser del hombre que se acaba de marchar.

—No te preocupes, voy ahora para allá, yo se lo llevo —respondió rápidamente Olivia. Su corazón dio un vuelco al ver que seguía desbloqueado, así que tocó la pantalla para que no se bloqueara con disimulo.

Le dieron el café e hizo como que iba hacia donde Johnson se había dirigido. Sin embargo, cuando ya no alcanzaba a ver la *food truck*, cambió de rumbo y se metió en uno de los huecos que había entre un *motorbox* y otro de los equipos más pequeños de la parrilla. Estaba segura de que el jefe de equipo no aparecería por allí.

Su corazón palpitaba tanto que parecía que se saldría del pecho en cualquier instante.

Abrió corriendo los mensajes y buscó algo que le llamara la atención. A pesar del frío, notó que comenzaba a sudar más de lo normal. Entonces vio, entre los mensajes recientes, de aquella misma mañana, un nombre que conocía bien: Kevin Peeters.

¿Lo hará?

Sí, creo que sabe lo que le conviene. No es tonto.

Me da igual lo tonto que sea. Mark tiene que quedar por delante u olvídate de que siga poniendo dinero y patrocinadores.

El coche es bueno, Kevin. Mark no estará en un lugar mejor, lo sabes.

Astorian lo está haciendo muy bien. Y a Darmond le encantaría. Por los viejos tiempos.

No creo que te interese un equipo donde la gente acaba asesinada.

Ningún equipo puede librarse de eso. Lo que Barnett Wilkinson desee, así se hará.

¿Y si no…?

Déjaselo claro a tu chico sudamericano.

A Olivia se le escapó un grito ahogado y se tapó la boca de inmediato al comprobar que una silueta estaba acercándose. Cerró de inmediato la aplicación y al levantar su cabeza vio a Michel mirándola sin comprender.

—¿Qué haces aquí escondida?

Bajó la mirada hacia el teléfono muy nerviosa.

—No te vas a creer lo que acabo de leer…

Entonces, Michel apreció el logo de su equipo en el teléfono que Olivia tenía en la mano.

—¿De quién es eso? —preguntó a la defensiva.

Ella lo miró con apuro y reflexionó qué iba a decirle a continuación. Intentó que sonara lo mejor posible.

—Creo que Barnett Wilkinson mató a Campbell y Johnson lo sabe. Y Peeters. Michel, tienes que irte de ahí, hagas lo que hagas estás condenado.

Él la miró muy confuso.

—¿De quién es ese móvil, Olivia?

—Es… es de Johnson.

—¡*Órale*! No manches —dijo quitándoselo de las manos con rabia. Ni siquiera lo miró, lo único que hizo fue bloquearlo.

Olivia no daba crédito a lo que acababa de hacer. No le estaba dando la oportunidad de explicárselo.

—Te lo digo en serio, se lo dejó en la *food truck*, iba a dárselo, pero después de lo que escuché anoche quería ver si conseguía algo…

—¿El qué querías demostrar? Esto —dijo señalando a ninguna parte y a todos lados a la vez— significa demasiado para mí. Amo mi profesión y desde que estoy en este equipo no me apoyas, ni antes de este campeonato ni ahorita. Necesitaste recordarme todo el rato lo horrible que es Johnson. Y ya sé, sé de sobra. Es mi jefe. Pero lo necesito, necesito esto. Y no voy a entrar en polémicas, me dedicaré a correr y ya.

—Pero Michel, Robert y yo estamos seguros de que…

Intentó pensar en cómo decirle todo lo que habían descubierto, pero era demasiado peliagudo para hacerlo allí, y menos con lo alterado que él estaba. Nunca le había visto de aquella manera, ni siquiera la noche anterior.

—¿Qué no te quedó claro anoche? Ya estoy harto de que Robert y tú me dejen de lado y que para colmo me mientan diciendo que no tienen nada.

Ella frunció el ceño visiblemente confuso. ¿A qué venía eso?

—No te dijimos nada porque pensamos que era mejor no complicarte más la vida.

—¿La vida? Vi la noticia del pinche *streamer* ese.

—¿*Streamer*?

¿Por qué parecía que estaban hablando de cosas completamente distintas? La mirada de Michel cambió por completo, parecía que se debatía internamente. Suspiró y gruñó, empujándola un poco más hacia dentro del escondite.

Olivia se quedó mirándole, y entonces lo supo. Michel iba a traspasar la amistad para demostrar algo que ninguno había querido exteriorizar hasta entonces. Con todo lo que estaba pasando, y lo mucho que ella le quería desde hacía años, optó por dar el primer paso, antes de que él lo hiciera por desesperación, porque ya no sabía cómo hacérselo saber. Así que lo besó. Le sujetó la nuca y lo hizo con rabia. Como para demostrar que estaba ahí para él, aunque

durante años hubiese pensado que solo tenía ojos para Robert. Pero no tenía ni idea. Esperaba que en algún momento se diera cuenta por sí mismo. Estaba repleta de dolor y claroscuros, pero lo único que tenía de claro era que no podía dejar que ignorara lo que sentía después de lo ocurrido anoche.

Michel la correspondió con fuerza y la ira que parecía haber controlado hasta entonces se volcó en el beso.

Al separarse sus miradas se encontraron unos segundos, en plena confusión y pasión a su vez. Los latidos de Olivia se sosegaron en su pecho al darse cuenta de que estaba en casa, junto a él.

—Yo iba…

—Ya lo sé, lo sé —dijo ella—, te prometo que estoy de tu parte. —Se arrepintió al instante al decirlo, porque Michel pareció molestarse.

—¿Me besaste solo para demostrar que estás de mi parte? —Olivia negó—. Esto no cambia mi opinión respecto a lo que acaba de pasar con el teléfono.

—Lo sé —respondió abatida—, tampoco la mía. Pero deja de pensar en Robert. Lo adoro. Pero solo somos amigos.

—Como nosotros.

—No. No como nosotros —negó ella rotunda—. Solo… ten cuidado.

—No puedo ayudarte con esto —dijo levantando el teléfono—. Haré lo que crea conveniente. No tiraré mi futuro por tierra, por nada, Olivia.

—Nunca querría algo así —repuso ella desesperada—. Pero han asesinado a Óscar, Michel. Yo estuve allí, podría haber sido yo. Podría haber sido mi madre. Y no quiero que tú estés en ninguna lista negra por estar en el equipo…

—No estoy en Astorian. He pasado años compitiendo para estar donde estoy hoy y no voy a dejar que nadie lo eche a perder —dijo con soberbia—. Le llevaré el móvil a Johnson, le diré que lo encontré en la *food truck*.

Olivia asintió en silencio.

—Michel… yo…

—Lo sé. Siento traicionarte así —le dijo con una mezcla de vergüenza y tristeza a la vez.

Era lo más certero que le había dicho durante todo el fin de

semana. Había abierto su corazón en canal después de tantos años y, sin embargo, lo había hecho de la peor de las formas.

Olivia se quedó allí plantada mirando como Michel se iba con la cabeza gacha. Lanzó un suspiro mientras le caían algunas lágrimas por las mejillas. No quería perder a su mejor amigo, pero cada vez que sacaba el tema de Robert percibía que se iba alejando de ella, por creer algo que no existía. Tampoco podía dejarle pensar que no estaba a su favor. Michel tenía la idea que ella estaba molesta desde que entró en el mismo equipo en el que su padre perdió la vida. Sabía que lo pensaba y lo intuía cada vez que hablaban del tema. Él evitaba todo lo que tratara de cómo era su trabajo en la escudería. Simplemente se encerraba en su trabajo, en correr.

Lo único que Olivia deseaba era que a Michel lo trataran con el mismo respeto que trataban a Mark. El mismo que hubiese merecido su padre hacía años. Para ella, la historia se repetía y, cada vez, lo tenía más y más claro. La viva imagen de su padre se le acercaba por las noches en sus sueños para recordarle lo que sucedió.

Desde el día que conoció a Michel sintió algo diferente por él. Su pasión y su constancia le hacían creer en que todo era posible. Lo admiraba por ello. Y de ahí surgió en ella algo que era más que una amistad, porque ¿qué era el amor sino admiración hacia esa persona?

Se recompuso después y salió de su escondite. Miró a un lado y al otro aun confusa por lo que acababa de pasar. Después miró su reloj. Quedaban diez minutos para la videollamada con la periodista, así que debía encontrar un lugar lo suficientemente tranquilo y alejado de curiosos. De todas formas, lo tenía fácil: todo el mundo estaría buscando a los pilotos antes de la carrera para hacerse fotos con ellos, tener las últimas entrevistas y desearles buena suerte.

Solo esperaba poder sacar algo en claro, ya que después de lo que acababa de leer en el teléfono móvil de Johnson aquello parecía gordo. Como si todos estuviesen conectados por un hilo común y supieran en qué estaban metiéndose. Conocían las consecuencias que acarreaba no estar de parte del caballo ganador. Eso le provocó un escalofrío en la nuca que vino acompañado de un viento arrollador de la nada. La tormenta se acercaba al circuito, parecía

ya algo inminente.

Por segunda vez, había deseado con todas sus fuerzas no haber estado en un gran premio. Tenía esa misma sensación que la primera vez, cuando una carrera se cobró la vida de su padre y no volvió a verlo jamás.

Capítulo 33

Olivia se puso los auriculares inalámbricos y se metió en cocina. Sus compañeros ya no estaban por allí. Se habían marchado al box para ver desde las pantallas la previa antes de comenzar el Gran Premio de España. Los pilotos estaban terminando de colocarse en parrilla de salida —sin subirse al coche aún— para escuchar el himno de España y atender alguna parafernalia antes de que diera el pistoletazo para el comienzo de carrera.

Estaba nerviosa, y con razón. Creía que, si tenía más detalles con respecto al asesinato del trabajador en Londres, podría tener algo de lo que tirar y hacer que todas las conjeturas e hipótesis que rondaban en su cabeza encajaran entre ellas, cobraran algún sentido. Quería poder proporcionarle alguna pista a la inspectora Rodríguez.

Se sentó en la encimera de cara a la puerta de entrada a la cocina, por si alguien entraba de casualidad que no tuviera la posibilidad de comprobar ni siquiera con un simple vistazo rápido con quién estaba entablando conversación.

Miró fijamente el reloj del móvil; aún faltaba un minuto para la llamada. Uno que se hizo eterno, pero, en cuanto el teléfono comenzó a sonar, contestó sin dilación. En la pantalla podía ver a una joven que rondaría su edad, con ojos muy azules y pelo castaño recogido en una coleta. Era muy pálida. Por el fondo, parecía que estaba en su casa.

—Encantada, señorita Stewart —saludó la periodista.

—Igualmente. Llámame Olivia, por favor.

La muchacha asintió.

—Soy Freya. No te robaré mucho tiempo.

—No te preocupes. De hecho… yo también necesito hacerte algunas preguntas sobre el artículo del trabajador de la aerolínea privada —comenzó a poner en contexto Olivia intentando por todos

los medios no parecer ansiosa—. ¿Cómo encontraron al trabajador?

—Verás, tengo un contacto en Scotland Yard; de hecho, no voy a mentirte, está rondando por la casa —respondió sonriendo tímidamente. Miró hacia arriba como si tuviera a alguien frente a sí. Olivia supuso que sería el inspector que le comentó Mila—. La cuestión es que fue fácil ver que acababa de tomar algo y eso le había intoxicado. La botella de champán estaba justo encima de la mesa de su habitación, así que fue lo primero que la Policía investigó. Y dio positivo en arsénico. Se descartó la hipótesis del suicidio, porque envenenarse a uno mismo con arsénico es bastante raro, no cuadraba. Han buscado en las cámaras para ver si se había reunido con alguien que le regalara la botella y han preguntado al personal, pero nada. Vino por correo postal y desde la recepción del hotel se la subieron. No les pareció raro ni vieron nada fuera de lo común. Pero al saber que la botella vino de regalo, ya lo investigaron como un homicidio.

—Ya… —contestó, notablemente decepcionada—. Sin embargo, una vez aquí después de la muerte de Óscar Campbell —se le hizo un pequeño nudo en la garganta difícil de tragar al pronunciar su nombre— el comandante del avión también murió… bajo las mismas circunstancias.

—Sí. Tengo entendido que con el mismo método. Todo esto —retomó la periodista— entiendo que ha sido para encubrir la muerte del avión que fue de Londres a Barcelona.

Olivia asintió. La muchacha sabía atar bien los hilos, o quizá era el inspector; sea como fuere, estaban en lo cierto, así que decidió contarle su experiencia.

—Mi acompañante… bueno, creíamos que estaba dormido, pero había fallecido.

—¿Cómo? —preguntó Freya.

—Sí. En uno de los momentos el avión descendió drásticamente, el comandante nos comunicó que eran turbulencias. Las mascarillas de oxígeno salieron. Sin embargo, ninguno nos la pusimos. Fue un segundo. Óscar Campbell, el hombre que murió, sí que lo hizo. Era asmático y supongo que pensó que ponerse la mascarilla le ayudaría a estar más tranquilo. —Hizo una pausa y tomó todo el aire que pudo en sus pulmones para continuar—. La cuestión es que era monóxido de carbono y eso… —No pudo seguir, tampoco quería

mencionarle a la periodista que ella misma le había puesto la mascarilla, eso era algo que la martirizaba y que solo la hacía ponerse en el punto de mira como principal sospechosa.

—El asesino silencioso —contestó Freya en un susurro—. Tuvo que ser horrible cuando os disteis cuenta.

—Lo fue —respondió, y tragó saliva todo lo fuerte que pudo. Un nudo le atravesaba la garganta cuando pretendía hablar—. Ninguno creíamos que… que estuviera muriéndose. Estaba a mi lado y yo… yo solo creí que se había dormido. No hizo nada raro que me advirtiera de lo que estaba ocurriendo. No sabría decirte cuándo me venció el sueño a mí, puesto que me tomé clonazepam antes de subirme al avión y cuando desperté…

—Lo siento muchísimo —escuchó decir a Freya con tono profesional, pero sincero—. Y claro, pensaron que había sido muerte natural al principio, ¿no?

Olivia afirmó.

—Solo uno de los trabajadores podía cambiar el oxígeno del conducto de las mascarillas por el del monóxido y, para que saltaran estas, el comandante tenía que hacer una bajada considerablemente brusca. El asesino tuvo que ponerse de acuerdo con ambos trabajadores.

—Por eso te llamaba… Esperaba que hubiese alguna conexión, algún detalle que me dieras que pudiera vincular con alguien.

—Es complicado, pero está claro que quien fuese lo pensó bien e intentó que las personas que pudiesen incriminarle quedaran fuera de juego.

—La persona que lo organizó seguro que fue vista por las dos víctimas en persona o, al menos, conocían quien era. Por eso acabaron como tu amigo. Puede que esto suene un poco insensible, pero tengo que preguntártelo. ¿Crees que iba a por todos los pasajeros de ese avión?

Es algo que Olivia reflexionaba constantemente. Como en un bucle, la pregunta de oro. Podían haber sido asesinados todos, ninguno o solo unos pocos.

—No lo creo… hubiese sido un escándalo. Tendrían que haber parado el gran premio de este fin de semana, como mínimo, y a saber si se rescataría lo que queda de competición. Cuatro muertes de altos cargos de una escudería, por muy nueva que fuese… es

mucho.

—¿Y tú? —preguntó la periodista muy interesada—. ¿Tú que hacías en ese avión? —Fue bastante directa y poco discreta, pero a Olivia no le importó en aquella situación.

—Soy del *catering* de la competición. La jefa de equipo me quería convencer para que trabajara solo para ellos.

—Permíteme de nuevo la pregunta. ¿Y eso? No suele ser muy corriente que, aun queriendo convencerte, decidiera que viajaras con las personas que conforman el equipo principal. Entiéndeme… eres del *catering* —carraspeó.

Ella suspiró.

—La jefa de equipo es mi madre. Silvia Díaz.

Freya suspiró. Entonces entró en pantalla un hombre. Pelo oscuro, ojos claros y algo mayor a ellas. Se le veía excitado.

—Perdona, señorita Stewart, siento la intromisión. Soy Henry Green, inspector de Scotland Yard.

—Olivia.

—Olivia, perdón —corrigió en un correcto inglés que le pareció incluso anticuado—. ¿Eso significa que eres la hija de Nigel Stewart?

Ella resopló y puso una sonrisa nerviosa.

—La misma.

—¡Qué me dices! ¡Era muy fan de tu padre! Lo siento muchísimo. De veras. Fue una conmoción para todos.

—Muchas… gracias. Pasó hace mucho tiempo.

Notó que cierta timidez le subía hacia las mejillas.

—Sí, y aún lo recuerdo bien. Yo tenía unos dieciocho años. Acababa de entrar en la universidad y era fan acérrimo de él —relató con un brillo de ilusión en los ojos. La cara de la periodista era un poema que lo miraba entre divertida y sorprendida—. Bueno —carraspeó aclarándose la voz y calmándose—, a lo que iba. Si es así, ¿no crees que el asesino o asesina sabía de tu presencia en el avión? No eres una chica del *catering* sin más.

—Lo he estado meditando. Nadie sabía quién era, se supone. Solo mi madre y Óscar, porque él ha sido como de la familia desde que le dio el puesto a mi madre. Lo que sí es cierto es que después he recibido anónimos para que dejara de investigar o, de lo contrario, irían a por mi madre… así que quienquiera que sea, al

menos ahora sí que lo sabe.

—Pero puede haberlo sabido ahora que la investigación se ha llevado a cabo. Con tirar un poco del hilo… no es difícil.

—No, por supuesto que no.

—¿Quieres que te sea sincero? —repuso el hombre—. A veces la sinceridad no gusta en absoluto, pero es completamente necesaria, sobre todo en estos casos. Y de alguien que lo ve completamente desde fuera es, en mi opinión, casi una obligación.

—Por supuesto… —El particular acento inglés de aquel hombre, tan educado y marcado, le recordaba a un personaje de otra época.

—Creo que tienes que recordar bien lo que pasó en ese avión y descartar por completo a las personas que iban en él. Si de verdad, quienquiera que fuera el asesino o asesina, su intención no era la de matar a todos, algo tuvo que hacer o se las tuvo que ingeniar para que solo Óscar se pusiera la mascarilla. Alguien que supiera que era asmático y que tendría más probabilidad de necesitar el oxígeno.

A su mente vino su madre. Ella no era la única que tenía ese conocimiento, ¿no? Silvia no podía ser, se negaba a pensarlo y, además, no tenía ningún sentido. No solo eso: estaba el pequeño detalle de que ella misma le había puesto la mascarilla, pero que Freya desconocía por completo. Todo era muy difuso y estaba borroso en su mente, pero esa imagen… de su mano temblorosa ayudando a Óscar a ponérsela… no lo podía olvidar.

—Incluso el personal del avión. Conocen al comandante y al trabajador asesinado… ¿no recuerdas nada? Mi hipótesis es esa. Supongo que no sirve de mucho, pero creí necesario comentarlo. A fin y al cabo, yo tengo aquí a los familiares y amigos de un hombre asesinado, que no han obtenido respuestas y también las anhelan. Peor no pueden pasarlo ya.

Olivia miró a ambos a través de la pantalla. Creyó escuchar algo fuera, mucho más movimiento, y supuso que la carrera estaría por comenzar.

—Cada vez que revivo ese momento… entro en una especie de *shock* traumático. No… no puedo. Es como si mi mente se nublara por completo.

—Te comprendo —respondió la periodista—, no imaginas cuánto, y se tocó la oreja con la mano. Es una historia muy larga, pero te la resumiré diciéndote que hace poco que tengo deficiencia

auditiva, y también fue por algo que me causó un trauma bastante impactante para mí… —Henry la miró con ternura conforme hablaba—. La cuestión es que te aconsejo que te relajes, intentes estar en un entorno que te proporcione seguridad, con un amigo o un familiar que esté ahí para darte la mano, e intentes hacer memoria. No va a volver a repetirse, tenlo claro. Solo se repetirá las veces que tu cerebro desee. Intenta que, la vez que vayas a hacerlo, sea la última, para que no vuelvas a tener que recurrir a ello.

Olivia asintió algo más tranquila; la periodista parecía saber muy bien de lo que hablaba.

—Por cierto, ¿has dicho que debía de ser alguien que estaba en ese avión? —inquirió Freya al inspector, mosqueada—. ¡Mi prima Mila iba en él! ¿No creerás que…?

El inspector se encogió de hombros.

—He vivido de todo… Lo siento, Freya, no puedes descartar a nadie, lo sabes bien. Y usted… —dijo refiriéndose a Olivia—. Perdón, la costumbre —se corrigió—: y tú, tampoco deberías. No pases a tu madre por alto, por experiencia a veces son las personas que más cerca tenemos y más ciegas nos vuelven. No conocemos la naturaleza real de las personas.

Ella volvió a tragar saliva y asintió con firmeza. Odiaba haberse tenido que tomar las pastillas por su absurdo miedo a volar. Le irritaba más aún reconocer que, si no fuese por eso, podría haberlo recordado todo con plena claridad.

—Gracias por todo.

—No hemos podido hacer mucho —contestó la periodista con tristeza—, pero estamos en contacto por si resolvemos algo más. Ojalá pudiera haberte ayudado… ¡Ah! —exclamó la chica entonces —. Te paso ahora en cuanto colguemos las fotos que tengo de la habitación del asesinado. Lo siento —dijo girándose hacia el inspector—, son confidenciales, por favor —le rogó—; sobra decir que no pueden salir de aquí, pero a lo mejor ves algo que te ayuda.

Olivia volvió a agradecérselo y se despidió de ambos. Pulsó el botón rojo de la videollamada y se quitó los cascos resoplando. Sin duda, la carrera estaba a punto de comenzar, porque el ajetreo fuera era constante.

Antes de salir de la cocina, el teléfono móvil le vibró en la mano. Freya le había enviado un *email* con archivos adjuntos. Observó las

fotos con atención acercándose más a la pantalla para observar cada detalle. La habitación estaba muy desorganizada, con señales y cintas de la policía aquí y allá indicando las cosas que debían examinarse. El champán encima de la mesa, abierto. La copa caída en mitad de la moqueta… Por lo llena que estaba la botella, no se habría servido más que un par de veces.

Tomó aire y pensó en lo que le acababa de comentar Freya. Tenía que recordar, porque aquellas imágenes no le estaban dando ninguna idea ni información. Cerró la aplicación, apagó la pantalla de su móvil y se lo guardó en el bolsillo. Al salir, vio a los mecánicos colocarse en sus asientos; su madre volvía desde la parrilla. Eso significaba que estaban en la vuelta de reconocimiento antes de que el semáforo se pusiera en verde. La miró detenidamente: estaba inmersa en su trabajo. Olivia se negaba a replantearse las palabras del inspector. Por nada del mundo Silvia era una asesina.

Miró hacia las pantallas: los monoplazas se colocaban en sus casilleros de salida.

Los motores sonaban.

La lluvia comenzaba a caer.

Los mecánicos sentados contemplando el escenario.

El público en la grada gritaba de emoción.

Ingenieros preparados con sus cascos y la radio para comunicarse con sus pilotos.

Todo estaba listo.

La carrera estaba a punto de comenzar.

Capítulo 34

Un año atrás…

Olivia había llegado algo antes para las vacaciones de Navidad. Había estado junto a Robert y Michel esquiando en uno de los sitios más recónditos que el primero conocía. Mendoza y ella habían pasado la mayor parte del tiempo juntos, porque Robert ocupaba sus noches entre salir de fiesta y ver a varios amigos que se encontraban allí cada año. Ella y Michel decidieron ir más a su aire aquellas vacaciones y tomárselas con tranquilidad. Al mexicano acababan de comunicarle que Zed Rush lo había fichado, y esa era la mejor noticia que podía esperar. Había estado esforzándose tanto que, al enterarse, no había podido más que llorar de felicidad junto a su amiga.

Ella nunca había visto llorar a Michel de alegría (aunque sí de frustración, en alguna carrera). Era un alivio verlo desahogarse, a veces parecía hecho de puro mármol. Cuando eso pasaba, Olivia intentaba recordar que la masculinidad frágil de Michel comenzó a desaparecer cuando ella empezó a ganarle en los *karts*, aún muy pequeños. Aprendió a no frustrarse cuando le ganaba una chica, y era para verlo porque al principio no lo llevaba en absoluto bien. Fue evolucionando su madurez conforme también lo hacía su pilotaje y Olivia, de vez en cuando, se daba el gusto de recordar la suerte que tenía de haber vivido esas etapas junto a él.

Aunque lo negara, la química entre ambos traspasaba la amistad y en esas vacaciones de invierno se había dado cuenta, pero temía horrores que Mendoza quisiera dejarlo estar para no perder la amistad. Ella tampoco podía permitirse que eso pasara. Michel era parte de ella misma y no podían estropearlo.

Sobre todo porque era de los pocos apoyos que tenía. El último

año no había sido bueno para su relación con Silvia, quien había intentado por todos los medios que trabajara con ellos en la nueva escudería, aunque fuera en el *catering* privado del Astorian y no en el de la Federación. Al menos, ya había dejado de darle la lata para que se metiera como becaria de ingeniería para ella. Olivia no estaba preparada, ni creía que lo fuera a estar nunca.

Al abrir la puerta y entrar, desde el recibidor escuchó la voz de su madre.

—¿Y dejar que Barnett se salga con la suya? No, Óscar, me niego —calló un instante—. Lo sé, pero no es de fiar. Esos dos traman algo, he visto las cuentas. —Volvió a imperar el silencio—. Este año ganaremos, estoy segura. Y a ver cómo se las apaña con su mafia. No les quites el ojo y mantenme informada.

A Olivia le pareció extraña aquella conversación y se dirigió hacia donde se encontraba la voz. Su madre estaba en el sofá del salón rodeada de montones de papeles y sosteniendo algunos en sus manos, que iba leyendo mientras sostenía el teléfono entre el hombro y la oreja, en una postura muy incómoda.

—¿Mamá?

Llevaba la maleta más grande que tenía y, aparte, su bolso de viaje. Dejó todo apartado a un lado, en el suelo, y fue hacia ella para saludarla.

—Te llamo mañana. Ya ha llegado Olivia —hizo una pausa—. Sí, yo se lo doy.

Silvia colgó y le dio un abrazo.

—Un abrazo de parte de Óscar.

—¿Y el tuyo?

—El mío va incluido.

—¿Qué pasa? Se te ve irritada.

—Nada, papeleo interno de la escudería —atajó Silvia restándole importancia.

—Parecía algo más grande.

—Y lo es. Nada que deba preocuparte, no te incumbe —concluyó sin dejar resquicio a la réplica. Cada día la encontraba más agria y se sentía más apartada de ella.

Silvia jugaba muy bien con la situación. Desde el día en que Olivia decidió no trabajar para ella, ningún asunto le incumbía y, claro, por mucho que le interesase o por mucha curiosidad que

tuviera, no podía más que morderse la lengua o tendría que volver a abrir el debate.

Olivia se encogió de hombros en señal de rendición.

—Como veas, si necesitas algo me dices. Voy a deshacer las maletas y hacer la colada.

—Perfecto, ¿pedimos *pizza*?

—Por favor —pidió.

Cada vez que su padre volvía de viaje siempre pedían *pizza*. Era una costumbre convertida en tradición, para compensar la horripilante y agónica tarea que era volver a poner cada cosa en su lugar.

La tarde pasó tranquila y, cuando llegó la cena, Olivia no pudo evitar recordarlo.

—Papá estaría orgulloso de que no hayamos olvidado estas pequeñas cosas.

—Lo sé —afirmó Silvia intentando no darle la mayor importancia.

Por lo general, la actitud que tenía hacia ciertos momentos que hacían mencionar a su padre la ponía de los nervios. Casi parecía que no tenía corazón. Lo triste es que ya se había acostumbrado, aunque, a favor de Silvia, debía reconocer que aquel día no parecía muy estable. Más bien daba la sensación de estar en otro lado, con cientos de cosas rondándole la cabeza.

Se sentaron en la isleta de la cocina y Olivia tomó el cortador de *pizzas* para hacer lo propio.

—Michel ha entrado en Zed Rush para la próxima temporada —le anunció, aunque sabía de sobra que su madre conocía la noticia. Tenía la esperanza de tener una conversación algo más optimista.

—Como para no enterarnos, ha sido la noticia de estas semanas. ¿Está contento?

—Ya sabes que sí.

—No debería —contestó tajante e irascible—, esa escudería está podrida. En realidad, todas lo están.

Silvia había estado trabajando para esa escudería durante años. Incluso después de la muerte de su padre, había seguido, intentando cumplir sus sueños. En vida, Nigel le insistía siempre para que trabajara para un equipo. Olivia nunca supo a ciencia cierta por qué decidió dejarlo, pero imaginó que tendría que ver con los recuerdos

que tenía de su padre. Estar en su misma escudería después de haber muerto sobre un monoplaza no era fácil, pero ella decidió hacerlo para que otro piloto no acabara como él.

—Para cualquier piloto es un sueño, tienen el mejor coche. Puede competir a lo grande, sabe que no tiene un monoplaza mediocre.

—Lo sé, Olivia —contestó contundente—, el problema radica cuando el monoplaza no es el que decide tu posición.

Había terminado por perderse en la conversación.

—No te sigo —contestó mientras se metía un trozo de *pizza* con salami en la boca.

Silvia resopló.

—Mark es el campeón del mundo. Dudo que apuesten por Michel más que para que le haga de escolta.

—No tiene por qué —contradijo Olivia mientras masticaba con la boca llena—. No es como recuerdo la última temporada de papá.

Aunque, en ese momento, no sabía lo errada que estaba. Quería convencerse de que su amigo tenía las mismas posibilidades de triunfar y se negaba a aceptarlo.

—Precisamente. Mark… en todos los sentidos les beneficia mucho más que Mendoza. Es el prototipo de piloto y con el beneficiario detrás que necesitan.

Olivia guardó silencio a pesar de que ya había tragado el trozo de *pizza* no sin esfuerzo, pues con esa última frase se le hizo bola en la garganta. En consecuencia, no le apetecía seguir hablando. Se le había quitado el apetito.

Capítulo 35

El semáforo en rojo se había apagado. Todos los coches llevaban el neumático intermedio para lluvia. No era un diluvio como el del día anterior —al menos no por el momento—, así que ninguno había decidido poner el neumático de lluvia extrema. Todos iban con los mismos zapatos en su monoplaza.

Robert comenzaba desde la *pole*, a su derecha algo más atrás estaba Armando y justo detrás del primero se situaba Michel. Este a su vez, tenía al lado a su compañero, Mark.

Por desgracia, Robert tuvo un tiempo de reacción más largo que el del resto. Unas milésimas de segundo, pero eso te podía costar el primer puesto. Había salido mal. O lo arreglaba o en la primera curva ya no tendría su puesto. La recta era muy larga, así que si pisaba a fondo y frenaba más tarde podía conseguirlo. Intentó cerrar al resto tirándose hacia la derecha. Después vendrían dos curvas rápidas.

No obstante, Michel tenía mucha más tracción con su coche, había arrancado más rápido y se metió entre medias de Armando y Robert a modo de sándwich. Él, como su amigo, también tenía opciones de mejorar su posición. O pisaba el acelerador o sería el que menos movimiento tendría de los tres al llegar a la curva, ya que dependía de los otros dos. El *spray* que desprendían los coches hacía que los de atrás tuvieran peor visibilidad y que fueran más lentos que de costumbre. Y eso también les daba una ventaja a los tres de delante.

Olivia no se dio cuenta, pero tenía su mano derecha en la boca. No se mordía las uñas, pero poco le faltaba.

> —¡*Ha sido una jugada muy arriesgada la de Mendoza con esta lluvia*!

—Sí que lo ha sido, Tomás. A ver quién frena antes en la primera curva y cómo acaba ese primer puesto.

—Armando tiene el exterior, pero ha frenado más tarde. ¡Ay, Mendoza, dónde va a acabar ahí en medio!

—¡No puede ser! ¿Cómo lo ha hecho?

Los gritos ahogados se escucharon en todo el circuito. Michel se había dado un toque con Robert, al girar hacia la derecha en la primera curva. No era culpa de nadie, no había espacio, así que Robert tuvo que hacer una pequeña corrección en su trayectoria y terminó saliendo a la grava haciendo un recto. La pista estaba resbaladiza con la lluvia, propiciando que se saliera de ella. Eso lo dejó en la cuarta posición, ya que Mark también había aprovechado la ocasión para adelantar al español.

Olivia suspiró aliviada; al menos continuaba. Seguramente, en la escudería Stallaro estarían histéricos comprobando si el coche tenía algún daño, al igual que en Zed Rush, aunque este seguía, ahora batallando contra Armando.

La segunda curva era seguida a la izquierda y Armando había salido mucho mejor, pero en las rectas eran mucho más rápidos Michel y Mark.

A continuación, llegó una curva lenta y mucho más larga que las dos anteriores y que desembocaba en una recta. La posición de Armando parecía sólida y, como en fila india, los cuatro primeros coches se estiraron sobre la pista.

Por detrás, en medio del pelotón, el compañero de Robert, Lucas, sufrió un impacto en la segunda curva, provocando que tanto él como el coche de Ogawa, el piloto japonés, se dieran contra las protecciones.

—¡Madre mía! ¡Lucas y Ogawa han acabado en las protecciones, Jorge!

—Esperemos que estén bien, ha parecido muy fuerte.

—¿Podremos ver la repetición?

—Eso es lo que me preocupa: ya sabemos todos que, por respeto, hasta no saber si los pilotos se encuentran en perfectas condiciones, no nos lo van a repetir.

—Ya, Jorge, ¿pero tampoco una cámara para que sepamos que están bien? Esta lluvia es traicionera.

Olivia conocía a la perfección esa situación. A pesar de los años que habían pasado y la evolución de la tecnología dentro del deporte, el miedo aterrador que sube hasta la nuca cuando hay un accidente seguía siendo el mismo. Sobre todo para los familiares y amigos que estaban en vilo, unos segundos podían parecer horas.

Por fin, mostraron las imágenes de cómo Ogawa salía del coche e iba hacía el de Lucas, ya que el otro no salía. Parecía que el piloto estaba dolorido y le estaba costaba salir, pero finalmente dejó el mando en el chasis y tomó la mano que Ogawa le ofrecía para poder levantarse. El equipo médico ya se encontraba allí para atenderle. Uno le hizo un examen rápido, le preguntó un par de cosas y lo tomó del brazo. El otro le preguntó algo a Ogawa y al verlo bien fue a tomar el otro brazo de Lucas para sacarlo lo más rápido posible de la pista.

En todo este rato, la bandera amarilla había estado vigente y el coche de seguridad había salido. Ahora ningún coche podía adelantar y tendrían que mantener las distancias hasta que arreglaran las protecciones y retiraran los coches que, por suerte, no estaban muy lejos de la salida. La gente comenzó a aplaudir y animar a ambos pilotos, y los comentaristas alababan al japonés por su deportividad y empatía al haber ayudado a su contrincante a salir. Mientras tanto, pusieron la repetición en la que se veía claramente que el culpable había sido Lucas. El japonés le tenía ganada la posición con ambas ruedas por delante, y, aun así, no le dejó espacio suficiente.

Era ejemplar por parte de Ogawa no haberse cogido un berrinche, muchos pilotos de la parrilla no solo no habrían ido a ayudarle, sino que se habrían acercado a insultarle por haberle destrozado por completo su monoplaza y, con ello, su participación en aquel gran premio. En todo caso, podría haber sido peor. Lucas era buen piloto, pero particularmente aquel fin de semana estaba

bastante por detrás de Robert a pesar de tener el mismo coche, y eso, a cualquiera que fuese mínimamente competitivo, lo ponía de los nervios. Si no estás preparado mentalmente y te dejas llevar por la impaciencia de adelantar para alcanzar tu objetivo, terminan ocurriendo este tipo de cosas y, adicionalmente, te puedes llevar a otro piloto por el camino.

Olivia escuchó a los monoplazas pasar uno tras otro por la parrilla de salida junto al coche de seguridad, que, después de tres vueltas, parecía que se marchaba. Eso significaba que la arrancada sería en movimiento y que Armando era el que decidía cuándo comenzar la carrera una vez se fuera el coche. No iba a hacerlo en una recta o un sitio que fuera relativamente fácil para adelantar. Lo haría saliendo de alguna curva estrecha sin mucha posibilidad de reacción para el de atrás. Veía a Silvia hablar con Andy sin parar. Seguramente viendo si el plan A era el viable o si debían optar por otra estrategia.

Andy parecía cabreado cuando le habló el nuevo, Jackson, que ocupaba el puesto de Óscar. No parecían ponerse de acuerdo.

Olivia se acercó de la manera más discreta que pudo —que no era mucha que digamos— para intentar captar algo de lo que decían mientras hacía como que miraba la pantalla con muchísimo interés.

—Vamos, Karl, eso no es lo mejor que podemos hacer —le dijo Andy—, podríamos adelantarnos unas vueltas antes de cambiar y así ganamos minutos. A veces, ser el más valiente de primeras funciona.

—Eso es adivinar el futuro demasiado pronto. Habrá que esperar un poco: si hay más banderas con esta lluvia podemos entrar y ahorrarnos tiempo en el cambio de neumáticos. Silvia, ¿cómo lo ves?

—Una mancha viene por el norte del circuito. Es más intensa…, seguramente habrá que cambiar a neumáticos de lluvia extrema. Esperemos, estoy con Karl.

—Vale —dijo secamente Andy—, como nos hagan un *undercut*…

—Entramos justo en la de después y listo, no pasa nada —concluyó Jackson a su contestación.

Su madre estaba muy seria y a Olivia le sorprendió que le diera

tan rápido la razón a nuevo ingeniero. La idea de Andy no era mala. Sopesándolo, las dos podían servir: solo las circunstancias de la pista y la lluvia en las próximas vueltas afirmarían cuál era mejor.

La carrera seguía sin ningún contratiempo, y algún piloto adelantaba a otro en los puestos del final sin sobresaltos. Todos los adelantamientos fueron bastante limpios, aunque a la mayoría de los pilotos les costaba mucho adelantar debido al *spray* del agua que levantaban todos los vehículos, así que tenían que estar seguros de la maniobra que iban a hacer.

Entonces escuchó la voz histérica de Silvia.

—Hay un problema en el coche de Jones, ¿lo veis?

Se acercaron algunos ingenieros.

—Está diciendo que tiene pérdida de presión.

—Tiene que detener el coche —soltó Jackson—, que se lo diga su ingeniero de pista.

—¡Mierda! —gritó su madre dando un porrazo en su mesa—. ¡Joder!

Los comentaristas ya estaban anunciando la retirada del coche de Jones por la televisión. Se veía cómo entraba en boxes. Olivia observó cómo salían los mecánicos en plena lluvia mientras el piloto paraba su monoplaza y ellos empujaban marcha atrás para meterlo en el garaje. La decepción en la escudería verde comenzaba a notarse en sus caras. A pesar de que Armando fuera primero, Jones había salido bastante bien posicionado y eso contaba como puntos para el equipo. Puntos que ya se habían esfumado.

—Ha salido humo del coche —le dijo uno de los mecánicos a Jackson.

—Eso tiene pinta de que va a ser un problema en el sistema hidráulico… —respondió su madre abatida—, esperemos que todos estéis rezando a vuestro dios para que no tenga el mismo problema el coche de Armando, porque yo soy atea.

Aquella frase hizo sonreír a Olivia independientemente de la circunstancia. Jones salió del coche. Se podía ver que estaba cabreado a pesar de que no se había quitado el casco, y se dirigió al interior del box para que las cámaras no le siguieran. Olivia lo observó irse a una pequeña sala para tener un poco de paz; uno de los mecánicos lo siguió, seguramente un buen amigo del piloto que querría animarlo. Mila fue detrás, ya que, en cuanto terminara allí,

tendrían que ir al corralito para hablar con la prensa, y ella debía estar a su lado. Se la veía muy concentrada y hablaba al piloto con mucha delicadeza.

Le costaba imaginar a esa chica haciendo daño a alguien. De hecho, su madre parecía más capaz que aquella muchacha. Era horrible pensar eso, pero el temperamento de Mila le parecía muy débil y no podía tener los recursos para preparar y llevar a cabo algo mínimamente parecido a lo que había ocurrido en el avión.

Olivia volvió a fijarse en la carrera. La lluvia comenzaba a ser algo más intensa y a algunos de los pilotos les costaba mantener la trazada sin salirse de los límites de pista o sin que el coche no se les descontrolase.

Tenían que tomar una decisión. Armando había cometido ya un par de errores y Michel le estaba pisando los talones. Pero eso no era lo peor: el que de verdad estaba recortando segundos por vuelta era Mark. ¿Estaba dejándole Michel pasar sutilmente? No le había parecido así en ningún momento de la carrera; es más, había sido muy agresivo en la salida y no había dado margen de duda para que su compañero pasara. Le había hecho un tapón junto con Robert y Armando en esa primera curva para evitar que metiese el coche en las primeras posiciones.

Aun así, el campeón del mundo se acercaba peligrosamente a Michel, y este tendría que tomar una decisión.

Como la que su padre tomó quince años atrás.

Capítulo 36

15 años atrás…

El día que morí no fue tan malo como la gente pudiera llegar a pensar. De hecho, fue un día precioso. Aunque quizá eso lo hace todavía más trágico.

Era el domingo de la carrera y, a pesar de todo lo que había ocurrido con Barnett Wilkinson, mi jefe de equipo, me sentía tranquilo. Llevaba todo el fin de semana siendo rápido y, a pesar de que solo había veinte puntos de diferencia entre Peeters y yo, con ventaja para mí, por supuesto, aún quedaban suficientes carreras para poder dar margen y sacarle más puntos. No estaba preocupado.

Sí, saltaban chispas en el box y las reuniones, pero la verdad es que, con el tiempo, me percaté de que mi problema nunca fue con Peeters, que era un inexperto y, a veces, un kamikaze, sino contra Barnett, que seguía empeñado en ridiculizarme y hacerme de menos. En parte lo entendía: había agredido a mi jefe y, encima, teníamos una historia pasada que no era nada agradable. Terminé sobrellevando el chaparrón de la mejor manera posible e intentando no perder los nervios como en el campo del golf. No debía dejar que la rabia me tornara en alguien así. No podía convertirme en algo que no era ni quería ser, y menos por alguien como Wilkinson. No merecía la pena.

Esa mañana me levanté pronto y pedí que me trajeran a la *suite* un desayuno abundante para las chicas. Hice traer gofres, crepés, cruasanes y diferentes tipos de bebida y fruta. Un banquete enorme para tan solo dos personas y media, y más teniendo en cuenta que los días de carrera yo no podía comer cualquier cosa, y menos bollería industrial, o el deportista de élite que había dentro de mí

vomitaría en el acto. Cuando llegó el servicio de habitaciones le di un beso en la frente a Silvia despertándola con toda la ternura que pude —esa mujer era la pesadilla andante de cualquiera que osara molestarla antes de tiempo y sin un buen café a mano—, y abrió los ojos sorprendida.

—¿Ocurre algo?

Yo negué con la cabeza y sonreí.

—He traído el desayuno.

—Querrás decir que lo han traído —me rebatió dándome un pequeño golpe en el pecho por la ocurrencia—. Te encanta ponerte medallas.

Yo no lo desmentí y la dejé remolonear mientras iba a por Olivia, que ya estaba despierta y tenía medio ojo abierto cuando entré en su habitación.

Desde que nació esa niña parecía que no dormía nunca. Me hubiese gustado saber cómo se mantenía tan maravillosamente bien el resto del día con tan solo unas pocas horas de sueño. Con tan buena cara y humor.

—Te ha llegado el olor, ¿verdad? —dije con media sonrisa mientras me acercaba a su cama.

—No he olido nada, pero haces mucho ruido —respondió dándome un abrazo—. Buenos días, papá.

—Buenos días, cariño. Vente a desayunar antes de que tu madre decida que el café es completamente de su propiedad y no me permita ni una sola gota.

La niña asintió divertida. Aunque quería seguir viéndola como tal, ya estaba entrando irremediablemente en la adolescencia, más consciente del mundo de lo que hubiese querido imaginar. Se levantó de inmediato y se puso sus zapatillas azules de peluche; parecía que llevaba un oso entre los pies.

No imaginaba que sería el último despertar que vería de mis chicas. La última mañana que despertaría a Olivia. Me había perdido muchos momentos de mi hija mientras estaba fuera compitiendo. Sin embargo, desde hacía años las dos estaban siempre que podían, aunque no me era suficiente; era consciente de todo lo que había dejado marchar para lograr mis objetivos. Si hubiese sabido que mi reloj de arena finalizaba antes que el resto… Pensaba, como cualquier persona mediocre, que ese día llegaría

cuando mi hija, ya adulta, decidiera ir a la universidad y no volver a dormir en casa. El problema son las cosas y momentos que damos por supuestos. Que creemos que nos pertenecen y que nosotros mismos decidiremos su trayectoria, olvidándonos que la vida es una suerte. Un préstamo que, con frecuencia, vence antes de tiempo, y nada ni nadie te asegura cuáles son los momentos que podrás o no vivir.

No voy a mentir, fue muy iluso por mi parte, dedicándome cada fin de semana a correr a más de trescientos kilómetros por hora y compitiendo con otros al mismo ritmo que yo, creer que mi esperanza de vida era igual que la del resto.

Cuando te subes a un monoplaza de Fórmula 1, conoces los riesgos. Tu vida está en peligro constante por puro entretenimiento para el espectador y adrenalina para el piloto. Así de simple.

Sin embargo, os aseguro que esa mañana fue una de las más felices de mi vida. Es curioso, mi subconsciente parecía saber que nos quedaba poco tiempo y decidió invertir aquella mañana en estar junto a ellas en vez de salir corriendo al gimnasio y a las reuniones que me esperaban sobre estrategia y a hablar con los medios de comunicación.

Creo que, viéndolo ahora con retrospectiva, esperaba que aquella mañana se quedara para siempre en la memoria de mis chicas. Que me recordaran así, feliz. Riéndonos de Silvia y su mal humor mañanero. Advirtiéndole a Olivia que debe aprender a comer más lento… Felicidad, al fin y al cabo. La mía en concreto, si me preguntan, tenía el aspecto de aquella lluviosa mañana.

Pero basta de nostalgia porque, al fin y al cabo, quiero contar lo que pasó aquel día. Uno en el que diluviaba sin dar tregua.

Imaginé que la carrera se cancelaría o, al menos, tenía la estúpida esperanza. La postergaron varias veces. Pero unas dos horas antes de que comenzara, la lluvia se hizo menos intensa y la Federación y los jefes de equipo decidieron que seguíamos adelante con el espectáculo. Éramos muchos los que no estábamos de acuerdo y, otros, como Wilkinson por descontado, que deseaban que se hiciera.

Así que salimos. Yo salía segundo aquella vez, por detrás de mi compañero de equipo. Por experiencia de anteriores carreras me habían demostrado desde mi escudería que se apoyaría a Peeters, a

pesar de que iba detrás de mí en el Mundial y de que era más nuevo que yo. Sentía que ya había perdido sin haber comenzado a competir, así que comencé a sentirme algo impotente. Al montarnos en los monoplazas comprobamos que las radios funcionaran y que todo estuviera en orden en la vuelta de reconocimiento antes de empezar. El *spray* que se formaba en la pista era terrible. Incluso para mí, que iba segundo, estaba siendo difícil ver y controlar el monoplaza sin pelear; no quería imaginar los compañeros que venían por detrás. Ser primero en estas condiciones siempre es un plus. De por sí, ese día no me apetecía correr; quería estar en casa con mi familia. Así que decidí tomármelo con calma: si ellos querían que Kevin Peeters ganara, esta vez no iba a impedírselo, no al menos de la misma forma que en las anteriores carreras. Solo deseaba hacer mi trabajo e irme. No tenía que demostrar nada en absoluto, ya había logrado todo lo que anhelaba y me había propuesto en esta profesión.

Por eso, cuando el semáforo se apagó e hice el amago de adelantar a Peeters, no pisé a fondo ni frené más tarde, cuando vi que se acercó a mí más de la cuenta y podíamos tocarnos de nuevo. Opté por subir el pie del acelerador, quedándome detrás. Dejé mi orgullo a un lado por una vez y el piloto competitivo y agresivo que habitaba en mí me pidió un descanso.

La gente seguía en las gradas apoyando a sus equipos. Después de tantos años, aún me parecía surrealista que el público estuviese allí sin importar el frío, el viento o el agua. Comprendí por un momento por qué seguíamos pilotando: por los aficionados.

O, al menos, eso quería pensar en aquel momento, y no en el dinero que se embolsarían los demás por esta carrera a costa de nuestra seguridad.

De mi vida.

Por la radio, me avisó mi ingeniero de que se acercaba de manera peligrosa el equipo rojo. Uno de sus pilotos estaba a menos de cuatro décimas. Lo sabía, pero no quería apretar más; ya se me había escapado alguna que otra vez el coche por culpa del *spray* de Peeters, y decidí yo mismo alejarme un poco de él para obtener mejor visibilidad.

Así que eso hizo que se me acercaran más los de atrás.

—Lo tengo controlado —le dije.

—No dejes que te pasen, tienes más velocidad.

—Lo sé —repliqué ya molesto—, déjame concentrarme.

Él solo hacía su trabajo y llevaba razón. Sin embargo, hay que tener en cuenta que lo que decimos por las radios a veces mejor es no tomárselo en serio. Ni cuando insultábamos ni cuando nos desquiciábamos. Vamos muy rápido y estamos compitiendo, pensar y hacer tantas cosas a esa velocidad es difícil, y el humor, hasta que no ves cómo has quedado al final del gran premio, no suele ser muy animado.

Conseguí quitarme de en medio al tercer piloto, pero Peeters iba muy lento, y me acerqué bastante a él. Lo cierto es que podía adelantarle sin problemas. Así que lo intenté. Y eso llevó a una serie de adelantamientos muy arriesgados por su parte y la mía. Uno de ellos demasiado cerca que, de nuevo, hizo que pisara el freno antes y volviera a mi segunda posición. Sin embargo, me volví a quedar cerca.

—Pronto habrá que entrar a cambiar neumáticos y repostar.

—¿Plan A?

—Plan A más uno.

Eso significaba que eran las vueltas que teníamos planeadas más una. Así lo habíamos hablado en la reunión de estrategia antes de salir. Podíamos aguantar una vuelta más de lo que pensábamos. Así que estaba tranquilo por el momento.

La carrera siguió hasta que, en un punto, me comunicaron que otro piloto había tenido un accidente. De inmediato pregunté si estaba bien y comenté la locura que me parecía seguir corriendo. Mi ingeniero de pista me contestó con un escueto:

—Estoy contigo, pero debemos seguir. Lo estás haciendo genial —me alentó.

Yo suspiré.

—¿El piloto ha salido por su propio pie?

No escuché respuesta. La radio parecía estropeada, lo intenté un par de veces sin éxito. En aquel preciso instante la lluvia comenzó a apretar mucho más, siendo por desgracia nula la visibilidad que tenía. Tanto que no pude ver lo que ocurría tan solo una curva más adelante. Si la radio hubiese funcionado, mi ingeniero podría haberme avisado de esas condiciones en las que se encontraba la pista. La vida quiso que no fuese así y todo se torció.

Me salí de la trazada por un resbalón, el coche se me descontroló en un último giro de volante y, a la velocidad estaba la que iba, sin que me diera tiempo a aflojar lo suficiente, me estampé contra la grúa que recogía el coche del piloto que acaba de accidentarse. Todo pasó muy rápido. De hecho, no vi nada en absoluto y me alegro. Porque en mi vacío solo rememoraba esa misma mañana con las sonrisas de Silvia y mi hija. Sabía que no saldría de esa, mi cuerpo lo sabía y yo mismo, antes de subir al monoplaza, tenía la sensación de que no debía haber competido aquel día.

Recordé de manera fugaz la voz de Wilkinson en los baños junto a Darmond cuando salí aquel día de los entrenamientos libres antes de tiempo. Su voz, como un eco, resonaba en mi mente mientras veía a Olivia nacer. A Silvia ponerme el anillo de casados… Dicen que la vida te pasa muy rápido por la mente en cuanto sabes que vas a morir. Y es cierto, con un miedo atroz de no volver a verlas recordaba las imágenes de mi vida junto a ellas, pero también la estúpida voz de Barnett Wilkinson retumbaba como un presagio:

—Nos desharemos de Stewart sin importar las consecuencias.

Capítulo 37

Olivia estaba de los nervios. Michel llevaba un par de vueltas peleando contra Mark. Estaba claro que no le dejaba pasar o, al menos, que no se lo iba a poner fácil. La verdad es que no estaba siendo tan agresivo como con otros pilotos, pero el resultado era el mismo: Mark no pasaba. Los comentaristas estaban disfrutando de lo lindo. No solo ellos: las gradas gritaban con cada batalla cuerpo a cuerpo. Era precioso como ambos seguían dándolo todo en cada nueva oportunidad que tenía Mark para adelantar y Michel para defenderse. Mientras tanto, Armando era el mayor beneficiado: mientras por atrás perdían tiempo en su batalla, él tenía aire limpio para seguir.

> *—¿Has visto eso, Tomás? ¡ESTO ES TODO UN ESPECTÁCULO!*
>
> *—Una maravilla, el mexicano está defendiéndose a las mil maravillas.*
>
> *—¡Me recuerda a cómo conducían los grandes de antes!*
>
> *—Estoy completamente de acuerdo, pero por desgracia creo que Peeters tiene algo más de ritmo.*
>
> *—Sí, puede que el roce que tuvo el mexicano con De Castro haya tenido consecuencias en su monoplaza.*
>
> *—Es cuestión de tiempo que le adelante, pero… ¿y la maravilla que estamos viendo?*
>
> *—¡Allá va! El belga ahora tiene el interior y el*

mexicano ha frenado antes. ¡Mark Peeters consigue la segunda posición!

Mark terminó pasando; tenían razón, parecía llevar más ritmo. Robert no conseguía alcanzarlos a pesar de estar bastante cerca. Sin embargo, no era suficiente, entre el *spray* de agua y que, posiblemente, tenía algún problema después del pequeño roce con Michel, las probabilidades eran escasas.

Y, definitivamente, algo no iba bien, porque Robert comenzó a perder más y más tiempo conforme iban pasando por cada zona de del circuito.

—¡No puede ser cierto! De Castro tiene problemas.

—Exacto, Jorge. Iba perdiendo ya algunas décimas por vuelta paulatinamente.

—El equipo rojo se queda sin sus dos pilotos.

—Veremos dónde deja el coche De Castro. Esto supone, como mínimo, la salida del coche de seguridad, y más en estas circunstancias: cada vez llueve más y más.

—Es hora de que los equipos se preparen.

Se escuchó a Silvia gritarles a los mecánicos. Ahora era el momento para cambiar a neumáticos de lluvia extrema y perder menos tiempo gracias a la bandera amarilla y al coche de seguridad que había provocado el monoplaza de Robert. Ya desde allí sentía la frustración de su amigo, al que vio a través de las pantallas salir de su coche cabreado y dando aspavientos al aire.

Los mecánicos salieron con rapidez; el problema vino después. Todos los equipos hicieron entrar a uno de sus pilotos, con lo que eso conllevaba. Significaba que habría caos en el *pit* al salir, y más con lluvia. En cuanto llegó Armando, Olivia se asomó y vio a su madre de brazos cruzados mirando a los mecánicos cambiar los neumáticos velozmente. Levantaron el coche y, a los lados, los cuatro mecánicos actuaron con una rapidez inherente. Armando

salió rápido, lo comprobó en la pantalla, solo 2,4 segundos en la parada. Aun así, pisándole los talones estaba Mark, que había salido disparado y había hecho una parada de tan solo dos segundos. Fue cuando Olivia se dio cuenta de que Zed Rush había hecho entrar a su campeón del mundo, pero no a Michel, que entraría en la siguiente vuelta y, con suerte, aun podía seguir el coche de seguridad vigente para no perder demasiado tiempo.

Mientras le cambiaban los neumáticos, también en un tiempo récord, el coche de seguridad se disponía a marcharse. Olivia se dio con la palma de la mano en la frente exasperada. Michel había tenido muy mala suerte y ahora, como mucho, saldría quinto. Aunque no debía ser un problema, ya que tenía un coche más rápido. Debería tener la tercera posición asegurada.

La lluvia caía con fuerza y ahora todos estaban callados en el box. Mientras Michel intentaba adelantar para llegar a un puesto del podio, Armando se las estaba apañando para no ser alcanzado por Mark. Nadie podía hacer nada a esas alturas: estaba todo en manos del piloto, que solo tenía la velocidad que el coche le otorgaba y su propia destreza.

Armando sabía defenderse bien, mejor que Michel, dada la experiencia de tantos años. Sin embargo, el coche de la bebida energética parecía una pizca más rápido. La suficiente como para ponerlo entre las cuerdas y adelantarlo cuando cometiera un fallo. Uno que todos esperaban que no llegase. Olivia miraba a su madre, nerviosa: le era inevitable pensar en las palabras que Darmond le había regalado y temía por ella si Armando no ganaba la carrera.

Fue entonces cuando vibró su móvil. Era Robert.

Vaya mierda de carrera.

Lo siento, lo has hecho genial.

No, para nada. Salí ya sentenciado.

Eso tampoco. Pero que el coche te fallara no ha sido culpa tuya.

Sí que lo ha sido, tendrá un problema por el toque con Michel.

Bueno, tranquilo. Al menos no ha sido un accidente, hay más temporada.

¿Algo nuevo?

Nada. Tú ahora céntrate en lo tuyo.

Con lo suyo, se refería a las entrevistas después de su retirada de la carrera. A Robert se le daba muy bien autocastigarse cuando algo no resultaba como había esperado.

Levantó la mirada para continuar siguiendo la carrera. Todos estaban en silencio y se escuchaba la lluvia de fondo caer. Unos gritos ahogados se escuchaban cuando Mark se acercaba y estaba a punto de rozar a Armando. Olivia pensó que la mejor de las posibilidades la tenía en la recta; si ahí se acercaba mucho podría adelantarle. Y después de una vuelta, eso hizo. Era irremediable, el monoplaza de Armando era algo más inestable y nervioso. Las gradas comenzaron a abuchear al belga. Se encontraban en el Gran Premio de España: adelantar a uno de sus pilotos oriundos era objeto de abucheo por la decepción y la desilusión que causaba. No muy deportivo, pero así era la pasión de los aficionados.

La realidad es que era bastante sorprendente cómo había mejorado Mark en esa última carrera, y Olivia comenzó a darle vueltas al asunto reflexionando por qué podía haber ocurrido, si ni siquiera había podido adelantar a Michel, que había tenido más velocidad durante todo el fin de semana. Recordó algo que había visto cuando estuvo allí, dentro del box de Zed Rush, y decidió compartirlo con Silvia en cuanto la carrera acabase.

Michel había conseguido adelantar y posicionarse de nuevo el tercero. Quedaban tan solo dos vueltas. No iba a poder llegar a Armando. Había conseguido estar en un punto medio, no había dejado que Mark le pisoteara, pero tampoco se había puesto estricto con su compañero de equipo. Había decidido no arriesgarse en esa curva que podía haberle llevado contra las protecciones.

Una curva, dos… Armando intentó, antes de llegar a la recta, acercarse lo máximo posible a Mark, sin éxito. Esto hizo que la bandera de cuadros ondeara al pasar el actual campeón del mundo, haciendo que en el box del Astorian se hiciera un silencio sepulcral. Aquel segundo puesto sabía a último, y más con Jones fuera de la competición de ese domingo. Estaban visiblemente conmocionados… Habían hecho todo bien y, aun así, no había servido para nada: su coche no era tan rápido como el de ellos.

A pesar de que nadie sabía lo que Silvia tenía encima de su cabeza con ese segundo puesto, daba la sensación de que todos compartían el sentimiento. Hasta que uno de los mecánicos deshizo el silencio con un apretón de manos y soltó que habría podido ser peor. Un segundo puesto era increíble, no lo podían haber imaginado a principios de temporada.

Esas eran algunas de las frases que empezaban a escucharse, pero con unos ánimos propios de derrota.

Sin embargo, Jackson tenía una sonrisa de suficiencia. Estaba satisfecho, como si le bastara con ese puesto. Iba contra marea de toda la escudería. La ponía de los nervios.

Olivia decidió no darle más importancia y buscó el contacto visual de su madre entre la multitud. Ella la miró con el ceño fruncido y algo confusa. Le hizo una señal con la mano para que se acercara un momento.

—¿Qué pasa? No me des la enhorabuena tú también.

—No se me ocurriría ni por un instante, tranquila. Pero escucha atentamente.

La tomó por los hombros y le dio la vuelta para que nadie le leyera los labios. Silvia tenía los cascos en el cuello y se acercó a la boca de su hija. Esta tapó su mano aun así para dejar fuera a posibles curiosos.

Conforme iba diciéndole a su madre lo que sabía y le aconsejaba, esta asentía. El brillo en la mirada de Silvia era latente. No quería hacerse ilusiones, pero por probar no perdían nada.

Olivia sonrió.

—Gracias. Si eso es verdad y sale bien, tú y yo tenemos que hablar de negocios.

Ella sonrió y por un momento hasta le pareció bien que su madre volviera a sacar el asunto, como si hubiese vuelto Silvia, la jefaza del equipo verde de siempre. La de antes de la tragedia del avión. Anterior a la muerte de su mejor amigo. La que tenía esperanzas y quería revolucionar el mundo del motor.

La dejó marchar para ir a donde Olivia le había aconsejado. Miró de nuevo a la pantalla y observó como los tres primeros ponían su coche cerca del podio, que ya estaba preparado para la celebración. Lo habían dejado todo organizado para que la lluvia no fuera una molestia para los pilotos, aunque los equipos y los

aficionados tendrían que mojarse si querían verlo desde cerca.

Olivia se acercó hacia donde estaban todos. Tomó un paraguas que había en el box y observó la escena. En ese momento, Armando estaba con el entrevistador dando su punto de vista de la carrera.

—Ha sido un torbellino de emociones. Mucho caos, accidentes, coches de seguridad… Lo siento muchísimo por no conseguir ese primer puesto para todos los españoles y también me da pena por Robert; no terminar la carrera en el gran premio de tu país duele el doble que en cualquier otro. Creo que ha sido muy entretenido y, al menos, espero que los aficionados lo hayan pasado bien a pesar de la lluvia y todo lo que han tenido que esperar. Ha habido muchos adelantamientos para haber sido en agua. Ha estado bien. Sí, me mantengo optimista. Es normal la decepción en el equipo, podríamos haber conseguido más, pero otra vez será.

Después tomó el micrófono Michel y el entrevistador le preguntó por su carrera y la batalla con Mark.

—Sí, la carrera fue demasiado caótica. Ha sido una pena haber perdido tantas posiciones al entrar a cambiar neumáticos. Pero así es la vida, lo he dado todo y espero que en las próximas carreras el resultado sea mejor. Han sido todos los adelantamientos muy limpios y divertidos. Me alegro por Mark.

Lo dijo por cumplir y muy secamente. Se apreciaba en su mirada mientras se frotaba el pelo para ponerse la gorra oficial del equipo.

—Sí que lo siento por Robert, espero que nuestro toque no haya sido lo que le ha echado de la carrera, fue una pena —respondió a la pregunta de un periodista sobre su pequeño choque.

Su acento mexicano al hablar de su amigo lo hacía incluso más tierno y la cara de Olivia era un poema al observarlo. Sacudió la cabeza cuando le vino a la mente su propio «choque» con Michel, unas horas atrás.

Los pilotos subieron al podio, se escucharon los himnos pertinentes y se bañaron en una botella de champán enorme como era tradición. A pesar de la lluvia y los paraguas por doquier, el público seguía animado y con ganas de festejos.

Entre tanto alboroto, una mano le acarició el hombro. Dio un pequeño salto por la sorpresa y miró hacia atrás. Era Robert con expresión taciturna.

—Tenía que haber estado yo ahí.

—Hubiese estado bien. Pero estás aquí y eso es lo más importante. —Él sabía perfectamente a lo que Olivia se refería.

—Una pena.

—Sí, porque a lo mejor uno de ellos tres puede que quede fuera de la carrera de hoy.

—¿De qué estás hablando?

Robert siguió la mirada de Olivia, que observaba el podio. Johnson celebraba con Mark la victoria. Armando y Michel chocaron entre sí la botella gigante y se la echaron el uno al otro. Después, el piloto de Astorian derramó líquido hacia abajo para manchar a su equipo con el champán.

Olivia sonrió divertida mientras los miraba. Hacía mucho que no se sentía orgullosa de sus nociones en ingeniería.

Capítulo 38

Ver a Armando con la copa del primer puesto hizo llorar de alegría a Olivia. Pensó en Óscar y en lo orgulloso que estaría de su equipo. Los ingenieros y mecánicos del Astorian estaban lanzando a su madre por los aires. Todos estaban radiantes. No podían creerlo, y es que parecía surrealista. Sin embargo, este deporte, y sobre todo las normas que lo rigen, a veces te plantean este tipo de situaciones poscarrera.

¿Qué era lo que había ocurrido entonces? ¿Cómo es que había llegado Armando a ganar la carrera del Gran Premio de España? Repasemos.

La Federación Internacional del Automóvil hacía, en cada carrera, una inspección de los coches. Era completamente aleatoria, se podía revisar cualquiera de los componentes de un monoplaza y no a todos les tocaba. El problema radicaba en que la Federación no podía hacer una inspección completa a todos los coches de la parrilla. Era imposible, no disponían ni de tiempo ni comisarios técnicos suficientes para que cada fin de semana, al acabar la carrera y en parque cerrado, aquello no se hiciera eterno y pudiera cada cual volver a su casa. Si encontraban una anomalía técnica en algún monoplaza, este se investigaba.

Por suerte para el Astorian —y la desgracia para Zed Rush, sobre todo para Mark—, la inspección física de ese día fue para las planchas del suelo de los monoplazas de Mark y Armando. En la de este último todo estaba correcto; no obstante, en la de Mark se había encontrado un área en la que ese suelo no cumplía con la norma de la Federación.

Lo que había ocurrido es que esa plancha, hecha de una especie de resina, no tenía el grosor mínimo suficiente. Al acabar la carrera, la medida de esta debe ser de mínimo nueve milímetros. Este patín del suelo originalmente debe salir con diez milímetros y la

Federación permite que se desgaste un milímetro durante la carrera. Ni uno más. El de Mark estaba en poco más de siete milímetros. Eso solo significaba una cosa: su coche no se podía conducir en carrera porque no cumplía las normas, en otras palabras, era ilegal a ojos de la Federación.

En resumen: Mark Peeters estaba descalificado del gran premio lo que daba la victoria al segundo clasificado, Armando, e hizo que Michel escalara a la segunda posición. La cuarta fue para David Thomas, del equipo Larec, que había hecho también una gran carrera.

Cuando todos se calmaron un poco más, su madre tomó la palabra para todo el equipo.

—Esta victoria es para nuestro querido Óscar, ojalá hubiese estado aquí para verlo. Jamás hubiésemos llegado a donde estamos sin él. De hecho, yo no estaría ahora mismo frente a vosotros de no ser por él. Hemos perdido un amigo, un hermano. A alguien de nuestra familia… Solo espero que se haga justicia y encuentren al culpable de arrebatárnoslo. Y gracias, Armando —dijo, mirando a su piloto con lágrimas en los ojos—, por correr por él este fin de semana y darlo todo en la pista.

Armando abrazó con cariño a su jefa de equipo y los demás dieron un aplauso muy sentido. Jones no estaba. Había ido a ponerse en la foto de equipo para las redes sociales y se había ido lo más rápido posible. Para él, seguía siendo una derrota a pesar de que el equipo hubiese ganado. Pero, como es bien sabido por todos, tu primer enemigo es el que tienes al lado de compañero y al que tienes que batir. Cosa que ni de lejos podía hacer Jones en esas circunstancias.

El equipo comenzó a marcharse y Silvia le pidió a Olivia que la acompañara a la sala de descanso. Cuando se aseguró que nadie entraría, la abrazó.

—¿Cómo lo has sabido?

Ella se encogió de hombros.

—Johnson cometió un pequeño error. Me pidió una pequeña charla y me metió dentro de su box, vi como trabajaban en el fondo plano del coche de Mark de manera muy insistente. No es que las tuvieras todas conmigo, era un simple pálpito. Aunque sabía que algo debía ocurrir. Mark no había tenido ritmo suficiente antes de

la carrera de hoy. No a una vuelta, al menos. Y si Johnson confiara en que este hubiese podido ganar, no habría amenazado a Michel. Así que creo que recurrieron a ese pequeño truco. Tener la plancha más baja puede hacerte ganar unas décimas porque el coche va más bajo, ya sabes… Así que cuando vi que pasaba a Michel y después a Armando…

—Buscaste una explicación lógica —respondió su madre con cierto orgullo.

—Ya te digo que podría haber sido por otras miles de razones. Pero no se pierde nada por avisar a la Federación para que investigue.

—No esperaba que me hicieran caso. No estaba Wilkinson, para mi suerte, y yo solo sugerí que se lo hicieran a Mark y que, si hacía falta, también a nosotros. De hecho, a nuestro coche le han hecho más pruebas aún, de otras piezas de aerodinámica y también de motor. Tampoco es que me importara, estaba segura de que los mecánicos lo tenían todo controlado. Merecía la pena arriesgarse.

Olivia sonrió.

—Me alegro mucho por vosotros, os lo merecéis.

—Se lo merecía Óscar.

—Lo sé —contestó ella cabizbaja.

—Bueno, deberíamos abrir el otro champán que teníamos guardado para la ocasión. Creo que quedaba otra botella. Una copa rápida por Óscar y nos vamos. La verdad es que no pienso ir a celebrar nada. Que vayan los mecánicos y el piloto si quiere, yo me voy a la cama.

Olivia asintió y decidió ir a por él. Lo mejor que podían hacer ambas era irse a descansar. Mañana tendrían mucho en lo que pensar y, seguramente, les quedaban aún varias visitas a comisaría hasta que encontraran al culpable.

Olivia llegó al pequeño frigorífico y resopló. Se echó el pelo hacia atrás y se agachó para abrir la puerta.

Fue cuando se quedó petrificada. Miró hacia un lado y a otro con la esperanza de que Silvia no la hubiese seguido hasta allí. La botella parecía que le sonreía maléficamente desde la balda. Era curioso que hiciera eso un objetivo inanimado y, aun así, le pareció completamente tétrica.

Tomó su móvil y miró las fotografías que le había mandado la

periodista.

Allí estaba, la misma botella descorchada. No podía ser simple casualidad. Así que decidió ir corriendo hacia Silvia con alguna excusa tonta y llevarse la botella como prueba a su habitación. Tenía que descubrir quién del equipo se encargaba de comprar aquello. ¿Había sido Darmond realmente? Eso le daría por completo la razón a Michel.

Sin embargo, también podía haber sido Silvia.

—Olivia, ¿ocurre algo? —La voz de su madre le resultaba escalofriante en esos instantes y no tenía la menor idea de por qué. Estaba segura de que ella no tenía nada que ver, ¿no? No. Su madre no era una asesina.

Las palabras del inspector resonaron en su cabeza: «No pases a tu madre por alto, por experiencia a veces son las personas que más cerca tenemos y más ciegas nos vuelven».

—Creo que no me encuentro bien, ¿lo dejamos para otro momento? —mintió ella.

—¿Te duele algo? ¿Sientes que te mareas de nuevo?

—No. Tengo el estómago revuelto, creo que voy a entrar al servicio antes de ir al hotel. Ve yendo tú, nos vemos allí, no te preocupes.

Silvia levantó una ceja mientras inspeccionaba a su hija. Era una excusa muy estúpida, pero veía a su madre muy cansada y eso podría hacer que no insistiera.

—Está bien… ¿seguro que no estás mareada? Has perdido color en la cara.

—Mira quién fue hablar —repuso esta. Silvia era tan blanca que parecía traslúcida y, ella, después de todo, era hija de su padre.

—El humor sarcástico sigue ahí, genial —resopló—. Te veo en el hotel. Avísame cuando llegues.

—Mamá —la llamó antes de marchar por la puerta—, ¿quién compra este champán? ¿Tienes idea?

Su madre se dio media vuelta y reflexionó. Olivia deseó con todas sus fuerzas que no fuese ella, ni de cerca.

—Mmm… No recuerdo si fue Mila o Andy. Sé que lo trajeron en el avión, pero no recuerdo quién. ¿Es relevante? Si te gusta mucho, les pido alguno más.

Olivia negó con la cabeza y le agradeció la respuesta. Cuando

escuchó la puerta cerrarse cogió con rapidez la botella de champán. Fue hacia la cocina donde tenía su mochila y la guardó. Se sentía como una ladrona, mirando constantemente a todos lados por si alguien la seguía.

Al salir del box intentó respirar hondo y mandó un mensaje a Michel y a Robert. Hacía tiempo que no se encontraban los tres, pero para esto los necesitaba. Ambos respondieron afirmativamente a encontrarse en su habitación. Imaginaba que Robert estaría en el hotel puesto que no tenía nada que celebrar y, aunque Michel había conseguido el segundo puesto, después de la descalificación de su compañero imaginaba que Johnson no querría ni verlo. Pidió un Uber y en unos minutos estuvo en el hotel. No quería entretenerse.

De inmediato subió hacia la habitación, mandó otro mensaje a los chicos para avisar de que ya se encontraba allí. Robert llegó escasos dos minutos después que ella. Michel tardó algo más, pero cuando entró, cerró la puerta de un portazo y la abrazó muy fuerte.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

Él asintió.

—Hoy me han dado un consejo y quiero seguirlo al pie de la letra. Necesito rememorar lo que ocurrió en ese avión, desde que entré por la puerta. Algo… algo que me dé una mínima pista de quién pudo asesinar a Óscar. Cada vez que pienso en el momento… colapso. No sé qué me ocurre.

—Estamos aquí —le contestó con ternura Robert—. No vamos a ningún lado. Tranquila. Cuenta paso por paso cómo lo viviste.

Y eso hizo. Les relató todo bien, desde que entró en el aeropuerto hasta el momento en que el avión bajó drásticamente y las mascarillas cayeron. Llegado a ese punto, comenzó a faltarle el aire. Tenía la sensación de seguir allí encerrada, reviviéndolo.

—No… no puedo. —Se echó las manos a la frente frustrada y puso la cabeza en sus rodillas.

Michel se levantó y se puso a su lado, agachado.

—Vamos, Olivia, eres demasiado valiente para no hacer esto. Estamos aquí, ¿qué pasó? ¿Alguien se levantó, alguno dijo algo fuera de lo común?

—No. Ahí Óscar se puso la mascarilla y me miró… con cariño. Yo estaba aterrada y, sin embargo, parecía que él estaba mucho más tranquilo. Creo que lo hacía por mí… ¡de hecho hizo el amago de

ponerme la mascarilla!

Ahora lo recordaba: él intentó colocarle la mascarilla. Las imágenes llegaban como *flashes* a su memoria, una tras otra, como en una cámara antigua dónde había que girar la manivela para proseguir con la historia.

—Dios… —soltó, y miró a sus amigos.

Recordó una voz lejana que le decía que se tranquilizara. En ese momento su memoria la trasladó allí, sentada en el avión, mirando a su izquierda. Estaban su madre, Mila y Andy. La voz no era la de Silvia y tampoco de Mila. No era de mujer. Él se levantó y le quitó la mascarilla de la mano.

—No te preocupes, respira. Ya ha pasado, no hace falta que te la pongas… Estamos bien. Tú relájate.

Ella recordó asentir y mirar a Óscar en ese preciso instante. Este estaba intentando colocarse la mascarilla, pero sus manos estaban torpes y temblaban.

Entonces, Andy le susurró a Olivia.

—Ayúdale, que es asmático.

Andy volvió a su sitio después de dedicarle una sonrisa dulce. Óscar la miró agradecido y cerró los ojos. Ella también los cerró para intentar calmarse después del incidente.

Su mente había descartado aquel momento que la tenía traumatizada. Los días anteriores ni siquiera se acordaba de que él se acercara a ella en ningún momento más que en la entrada y la salida del avión. Pero sí lo hizo. Y evitó que pudiese morir. Tanto ella, como el resto.

—Solo iba a por Óscar. El blanco siempre había sido Óscar… —susurró.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Robert sin entender nada.

—En el avión, se aseguró que nadie se pusiera la mascarilla, pero cuando Óscar lo hizo, no puso ninguna pega. Supongo que porque sabían todos de su asma y no les pareció raro.

—¿Quién se aseguró de que no te la pusieras, Olivia?

—El jefe de estrategia. Fue él. Andy asesinó a Óscar.

Capítulo 39

Michel se levantó erráticamente. Se quedó mirando alertado a Robert sin decir una palabra con los ojos muy abiertos.

—¿Estás completamente segura? —preguntó el español.

La chica asintió.

—Hay que ir a por él —resolvió el mexicano—, y decirles a los inspectores. Sabrán qué hacer.

—Estoy de acuerdo con Michel, Liv —reafirmó Robert.

Olivia no estaba tan segura.

—¿Qué voy a decirles? ¿Que recordé que Andy me persuadió sutilmente para no ponerme la máscara de oxígeno, pero sí a Óscar? Hasta yo reconozco que como argumento es bastante flojo. He cometido un homicidio involuntario. Aunque… —Fue hacia su mochila y sacó el champán.

—En serio, no estoy para celebraciones —protestó Robert a modo de broma.

—Os tengo que contar otra cosa —soltó sin tapujos.

Y eso hizo. Enseñó las fotos que Freya le había enviado y después vinculó el resto.

Si Andy compró el champán para el equipo, también podía haber hecho lo mismo con el que envenenó al piloto y al comandante. Era la misma marca y no, no era barato; de hecho, era bastante exclusivo. Si a eso le sumaban lo que acababa de recordar Olivia…

—Tengo una idea —soltó—. Robert, tienes que averiguar cuál es el número de habitación de Andy. Espero que ya haya vuelto.

—No —respondió contundente Michel—, no vas a hacerlo.

Ese hombre la conocía demasiado bien.

—Sí. Voy a hacerle hablar. Pondré mi móvil a grabar y vosotros estaréis detrás de la puerta. No pasará nada.

—Ni modo —siguió Michel en su negativa.

Robert se levantó con la mirada grave.

—Algo hay que hacer. Nosotros estaremos detrás de la puerta escuchando por si ocurre algo. —El español se giró hacia su amigo—. Es adulta, no podemos decirle lo que hacer, aunque no nos parezca bien. Al menos, vamos a ayudarla.

Michel suspiró.

—Está bien, pero a la mínima cosa extraña que haga, no lo dudes y grita.

Olivia asintió.

Una vez tuvieron el plan (y con Michel gruñendo a cada rato para expresar su discrepancia), Robert bajó a recepción y a los pocos minutos pudo mandarle por mensaje el número de habitación de Andy. Ese chico sabía cómo obtener lo que deseara de cualquier persona. Eso sí, le seguía pareciendo un peligro para el resto de personas que se pusieran en su camino. Si Robert sonreía y te dedicaba dos palabras amables, caías en sus redes. Sin duda, en otra vida había sido embaucador a tiempo completo.

Michel la acompañó y esperaron a que llegara Robert. Ambos se quedarían en la otra punta del pasillo hasta que Andy la dejara pasar. Olivia llevaba su mochila al hombro y dentro llevaba la botella. No sabía muy bien cómo iba a manejar la situación, pero algo improvisaría.

Dio un par de golpes en la puerta y Andy abrió de inmediato.

—¿Olivia?

Ella le regaló una sonrisa forzada.

—¿Puedo pasar? Me gustaría comentarte algo.

—¿A mí?

—Sí, claro. Es sobre el interrogatorio que nos hicieron los inspectores. Me dijeron un par de cosas y no sabía con quién comentarlas; no quería dejarlas pasar. ¿Te importa? —improvisó.

—Por supuesto —dijo Andy, apartándose para que ella entrara en la habitación y cerrando la puerta después. Olivia había puesto el móvil a grabar antes de entrar en la habitación. La habitación de Andy era algo mejor que la suya. No era la *suite* de los pilotos, pero sí que era superior. Sus vistas eran mejores y daban a una zona ajardinada del hotel muy bonita.

Él le pidió que se sentara, pero ella se negó. Así que él se quedó de pie a su lado.

—Sé lo que hiciste. Lo que no me queda claro es por qué.

—¿De qué estás hablando?

Andy la miró con el ceño fruncido. Parecía un tipo tan normal… que incluso en ese momento Olivia se debatía si estaba en lo cierto.

—De que no sé los motivos que te llevaron a asesinar a tu compañero.

—Creo que estás delirando, ¿no tenías un *shock* postraumático, querida?

Era la primera vez que la voz de Andy era tan condescendiente.

—Sí, pero he estado haciendo memoria… ¿Y sabes qué? Fue muy gentil por tu parte detenerme para que no me pusiera la máscara de oxígeno en el vuelo. Hubiese podido morir junto a Óscar. Pero recuerdo más que eso.

Andy la miraba desconcertado y soltó una risita nerviosa.

—A ver si me está quedando claro… ¿me estás recriminando que te salvara la vida? Aunque haya sido accidentalmente, tienes una forma muy extraña de agradecérmelo.

Olivia resopló. Iba a ser difícil que confesara en algún punto. De lo que sí estaba segura era de que, a la hora de acusarlo, el cambio de actitud del jefe de estrategia había sido significativo y no debía pasarlo por alto.

—Tú lo sabías. Y te aseguraste de que ninguna de nosotras nos la pusiéramos. Con solo un cadáver era suficiente para mandar el mensaje.

—¿Y qué mensaje es ese si puede saberse?

—Que dejasen de ganar. —Esa afirmación era como tirar a una diana con los ojos cerrados. Había que probar.

Andy resopló con media sonrisa.

—Eso no tiene ningún tipo de sentido, Olivia.

Le quedaban dos tiros más con el arco imaginario. El segundo llegó en el momento en el que abrió su mochila y sacó el champán.

—Poco acertado por tu parte el hecho de envenenar al comandante del avión y al trabajador que cambió el oxígeno por monóxido de carbono con el mismo champán que compras para las celebraciones.

Andy abrió los ojos, sorprendido. Antes de contestar se frotó las sienes, como queriendo dar a entender a Olivia que nada de lo que decía tenía sentido.

—No sé de qué me estás hablando. Y no me hacen gracia tus acusaciones. Deberías marcharte.

Olivia dejó la botella en la mesita que había de escritorio en la habitación y después le enseñó la fotografía del asesinato en el hotel que tenía en donde se veía con claridad que era la misma.

—No lo tenías todo tan atado como pensabas. ¿Vas a reconocerlo de una vez?

—Las pamplinas de una muchacha no las puedo considerar serias. Has sido una clara decepción, Olivia. Seguramente también lo fuiste para Óscar antes de morir, una pena.

La rabia de ella comenzó a quemarle la garganta al escuchar el nombre de Óscar en sus labios. Así que decidió ir con su última oportunidad.

—¿Lo supiste antes o después de verme en el avión?

—¿A qué te refieres ahora? —Andy comenzaba a desesperarse: el tono de su voz tenía un matiz nervioso. Cada palabra le costaba más que la anterior.

—No te hagas el ingenuo, Andy. Es ridículo verte fingir así. Haznos un favor a ambos y sé sincero por una vez. —Olivia se acercó más a él, tanto que podía notar su respiración en la cara—. ¿Cuándo supiste que era la hija de Silvia Díaz y Nigel Stewart? Y si lo supiste después de bajarnos de aquel dichoso avión, de haber tenido ese conocimiento a tu merced con anterioridad… ¿me habrías dejado morir? ¿O tu intención solo fue Óscar? Ninguno más de los presentes éramos tu objetivo.

Andy se la quedó mirando fijamente, retándola con la mirada. A cada segundo, con sus gestos, sus respuestas y la forma en la que hablaba, Olivia estaba segura de que había sido él.

—No lo niegues, porque en tu cara no se ha reflejado ni un leve gesto de sorpresa —le espetó al ver que seguía en silencio—. No te preocupes, toda esta información irá de inmediato a los inspectores. Tengo la sensación de que ellos sabrán encontrar las respuestas mucho mejor que yo relacionando tus homicidios y te detendrán antes de que puedas salir de España.

Él aspiró todo el aire que pudo, robándole el suyo propio.

—Lo que decía, una pena. Esperaba grandes cosas de ti.

—No necesito ninguna esperanza tuya sobre mí, Andy… —Este la dejó en la habitación mientras hablaba y se dirigió hacia la otra

puerta que era el baño. La habitación de él era muy parecida a la de Olivia. Algo más grande, pero de distribución parecida.

Olivia no entendía por qué Andy se había ido dejándola con la palabra en la boca.

—¿Andy? —preguntó intentando sonar lo más segura posible.

—Me he dejado el móvil en el baño, dame un segundo. De verdad que no entiendo tu actitud, Olivia —vociferó desde el otro lado de la pared.

El silencio en la habitación fue atronador. Uno de los que existían solo para dar vida a una gran tormenta. Estaba confundida por la actitud de aquel tipo. Por un segundo volvió a pensar en si se estaba equivocando. En si Mila o su madre eran las verdaderas culpables. Olivia alcanzó a ver el móvil en la mesita de noche, aunque no era un *smartphone*: era uno de los que parecían de prepago antiguos. Aquello no le gustó en absoluto. Con toda la rapidez que pudo se dirigió hacia el teléfono. Por suerte, no tenía ningún tipo de contraseña. Era muy básico. Así que fue corriendo a los mensajes.

—Pues dame argumentos razonables a lo que te estoy diciendo —le respondió para intentar que no le escuchara toquetear el teléfono.

Allí estaban.

Sus anónimos, los que tanto le habían aterrorizado. No pudo más que dar un grito ahogado y taparse la boca con su mano con avidez. Se metió el aparato en el bolsillo. Decidió coger la botella para volverla a meter en su mochila antes de que él volviera a salir.

La pilló de improviso. En cuanto tocó el manillar de la puerta, a sus espaldas, Andy le puso una toalla mojada en la cara, tapándole boca y nariz. Intentó no inhalar nada, había visto suficientes películas y documentales de crímenes reales y tenía entendido que si no inhalaba al menos durante dos minutos, podía evitar que la dejara inconsciente. No obstante, Andy tenía mucha más fuerza y cuando intentó abrir la puerta con una de sus manos, él la retuvo y la echó hacia atrás.

—Escúchame bien, zorra entrometida: después de ti iré a por tu madre para cumplir mi promesa. Solo porque me apetece, ni siquiera tengo nada en contra de ella. Pero te has entrometido más de lo que me hubiese gustado. Saldré de aquí sin que nadie se

entere.

A Olivia se le acabó el aire y tuvo que tomar una bocanada para respirar. Él le dio un puñetazo en el estómago para que parara de forcejear. Y ambos cayeron al suelo, pero Andy la seguía sujetando con fiereza. El golpe le vino de sorpresa y creyó que vomitaría.

Fue cuando escuchó a lo lejos el aporrear de la puerta. Andy paró de inmediato.

—¡Inspectora Rodríguez! ¡Abra inmediatamente!

Andy miró con miedo a Olivia.

—¿Cómo has…? Mulata de mierda.

El insulto le dolió más que el golpe. De la boca de Andy era mucho más despectivo y sucio. Como si no valiera nada en absoluto. Nunca se había sentido de aquella forma. No tenía la piel tan oscura como su padre por la genética de Silvia, pero por un momento vio cómo la veía el mundo desde el prisma racista de Andy.

Ella no había hecho nada, no había avisado a nadie, pero agradeció con todo su ser escuchar la voz de la inspectora.

—¡Abra, hágame el favor! —escuchó gritar.

A pesar del forcejeo, Olivia pudo escuchar el maravilloso sonido de la puerta abriéndose.

La estampa era esta: la inspectora Rodríguez estaba junto a uno de los chicos del servicio de habitaciones, que sostenía una de las llaves maestras que tenían los trabajadores. Robert y Michel estaban justo detrás de ambos. La inspectora tenía el arma en la mano y apuntaba hacia Andy.

—¡Suéltala! ¡De inmediato, suéltala y pon las manos donde pueda verlas!

Andy la tiró con fuerza y maldijo.

Fue entonces cuando ninguno esperaba la silueta que se lanzó desde detrás de la inspectora. A una velocidad apabullante, Robert se había trasladado hasta llegar hacia Andy. Nadie pudo reaccionar, ni siquiera el propio Andy. La fuerza con la que Robert le placó rodando y quedando al lado de Olivia. Se puso encima de él y comenzó a propinarle golpes en la cara, uno tras otro.

—¡Eres un hijo de puta! ¡Cómo te atreves a tocarla!

Los ojos de su amigo parecían salirse de las órbitas completamente absorto en los golpes que estaba desatando sobre la

cara del otro.

—¡Robert! —suplicó Olivia, que lloraba de la conmoción.

La inspectora Rodríguez fue la más rápida en reaccionar. Quitó a la fuerza a Robert y lo empujó hacia atrás haciéndole caer. Michel entró detrás de ella sujetando a su amigo del brazo y ayudándole a incorporarse para alejarlo de Andy y la inspectora. Esta sujetó a Andy con las manos y le echó un breve vistazo comprobando que, a pesar de los golpes propinados por Robert, no había mucho más que lamentar.

—¡No seas estúpido, De Castro! Esto solo te hace mal a ti, ¡joder! —le gritó la inspectora al piloto.

Llevaba razón, por supuesto. Olivia no creía haber visto jamás a Robert dejándose llevar de aquella forma. Tan visceral y animal. Todas las sonrisas, el humor y la felicidad de Robert habían desaparecido por primera vez desde que lo conocía. La impresión fue tal que le dieron ganas de vomitar. Miró a Michel, agradecida por tomar las riendas y contener a su amigo, que, a pesar de la advertencia de la inspectora, seguía con la mirada fija en Andy.

—Andy Corner, queda detenido acusado de tres homicidios. Y un intento de cuarto, por lo que acabo de ver. Tiene derecho a permanecer en silencio. Cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra delante de un tribunal. Tiene derecho a un abogado. Si no tiene o no puede disponer uno, se le asignará de oficio. ¿Entiende usted estos derechos?

Ella le pidió dar media vuelta y lo esposó.

—¿Estás bien? —le preguntó entonces la inspectora sin quitar la vista del detenido. Ella afirmó sin poder levantarse. Michel soltó un instante a Robert y le pidió que se quedara en la puerta, alejándole de Andy, y se acercó para ayudarla a levantarse.

—Por favor, dígale a mi compañero que tenga el coche preparado, nos llevamos al sospechoso. —Fue más una exigencia de la inspectora hacia el muchacho del servicio, que seguía plantado en el umbral de la puerta.

El chico asintió con la cabeza, pálido por lo que acababa de ver, y se fue corriendo de allí.

—¿Qué pasó? —preguntó Michel a Olivia mientras la inspeccionaba de arriba abajo con gran cuidado—. ¿Te ha hecho daño? Ese pinche mamón…

—Se me pasará, estoy bien… ¿Cómo ha llegado hasta aquí la inspectora?

—Hay que reconocerle a Mendoza que a veces está bien que no se fie de tus planes y tenga un plan B. —Fue lo primero que Robert soltó, aunque lo hizo desde el umbral de la puerta. Intentó sonar con cierto toque de humor, pero distaba mucho de su voz normal. Parecía contenida y llena de rabia aún.

—Muchos años pilotando, Robert —le soltó intentando restar importancia a la situación—. Ya sabes, siempre hay que tener más de una estrategia para ganar la carrera; si no, estamos perdidos.

Olivia sonrió.

Tenía razón, sin ellos no hubiese podido llegar a la línea de meta.

Capítulo 40

—¿Qué hiciste qué? —gritó Olivia indignada en mitad del pasillo.

Michel se cruzó de brazos.

Acababan de salir de la habitación de Andy y ella se apoyaba en el hombro de Robert; iban a salir del hotel para dirigirse a comisaría, ya que la inspectora Rodríguez les había ordenado que fuesen para prestar declaración.

—Hablé con Silvia para contarle todo lo que sabías. Íbamos a incriminar a un miembro de su equipo y, además, ella podría tener más información.

—Pero ¿cómo llegó la inspectora? No lo comprendo.

Habían llegado al ascensor y este se abrió. Dentro estaba Silvia. Su mirada se encontró con la de Olivia y se tiró a sus brazos.

—Venía a verte, ¿estás bien?

—Un tanto confusa y puede que cabreada. Michel me estaba explicando cómo se puso en contacto contigo, precisamente —comentó con resquemor.

—No voy a enfadarme ahora por todas las cosas que no me has contado y has confabulado por ti misma —reprochó—, pero necesito unos minutos con ella, chicos.

Ambos asintieron y tomaron el ascensor, dejando solas a madre e hija.

—Me siento como una adolescente.

—Para mí lo sigues siendo y, en parte, ese ha sido mi error. Ven.

Le ofreció el brazo y la llevó al descansillo que había en la planta con un par de sillones. Una vez sentadas, Silvia comenzó a relatarle.

—Michel me puso al día de todo, y fue clarificador porque yo misma estaba haciendo mis propias investigaciones sin llegar a nada en claro. Tienes que saber que, aunque Andy ha sido la mano ejecutora, yo iba a por un pez mucho más grande.

—¿Peeters? —preguntó Olivia.

Su madre negó.

—Barnett Wilkinson.

Olivia la miró sorprendida, pero con la cabeza la instó a continuar.

—Verás, cuando Óscar me pidió trabajar para el equipo no fue solo por mi buen hacer como ingeniera —comenzó a decir—. Ojo, por eso también. Pero fue más bien por inquina hacia ciertas personas. Una de ellas era Wilkinson. En tu memoria, recordarás las grandes competiciones de tu padre junto a Peeters.

—Sí, no fue una buena época.

Silvia afirmó con la cabeza y continuó relatando.

—En realidad, el rival a batir era Barnett Wilkinson.

—¿El de la Federación?

—El mismo. Es más complejo de lo que puede parecerte a simple vista… pero a Wilkinson hay algo que le gusta más que el dinero, y es el poder de control.

—¿Eso no se hace con dinero?

—Por supuesto, y con más cosas. De hecho, aquí radica la diferencia entre Darmond y Wilkinson. Llegaré a eso a su debido momento. Cuando tu padre comenzó a decaer en su último año con la llegada de Peeters, no fue por bajo rendimiento; en realidad, fue por el liderato del equipo que hacía Wilkinson. Lo nombraron durante un par de años jefe del equipo azul y, bueno…, eso es una larga historia, pero ya venía trayendo una larga trayectoria de rencillas junto a tu padre. No lo soportaba y lo quería desbancar del deporte por las peores de las maneras.

—Haciendo que un *rookie* le ganara a un campeón del mundo. Sigo sin comprender: escuché a Darmond amenazarte anoche en el *motorbox*, ¿qué tiene que ver Andy en todo esto?

—Andy es solo la mano ejecutora.

—Pero es a quien se han llevado.

—Con un poco de suerte, Andy cantará cual pajarito y hará caer a Wilkinson. Tiene ese tipo de ira y rabia contenida que, cuando sale, no le importa señalar al culpable si cree que puede ganar algo.

—Y tú, ¿cómo lo sabías?

—No tenía ni idea de lo de Andy hasta que Michel me lo ha comunicado. Rememoré el momento de las mascarillas en el avión y

tenía todo el sentido. Pero yo sé quién compra ese champán desde hace años: le encanta a Wilkinson; y cuando pregunté a Andy de dónde lo había sacado, me dijo que había sido un regalo de Barnett por el anterior gran premio.

—Pero es su palabra contra la de Andy.

—Sí. Pero hay más, te lo contará la inspectora Rodríguez. Cuando Michel me llamó, la inspectora estaba aquí, hablando conmigo.

—Estoy muy confusa —repitió Olivia.

Su madre la miró con ternura. Hacía años que no le dirigía una mirada así. Ambas se levantaron y pusieron rumbo a comisaría. Aún tenía demasiadas preguntas.

A Olivia le daba vueltas la cabeza después de las dos horas en las que su madre y los inspectores le habían ayudado a completar el puzle de los últimos días. Ahora se sentía bastante más estúpida de lo que pensaba en un primer momento.

Por una parte, su madre había estado investigando desde que entró a Astorian. El rencor que guardaba por Wilkinson y Darmond la impulsó a meterse ahí. Los inspectores también habían hecho su parte del trabajo de manera impecable.

La inspectora Rodríguez, lo único que tenía desde un principio era el testimonio de una de las azafatas, que le había asegurado que había visto alguna que otra vez a Andy, pero no recordaba cuándo. Y además, que cuando todos bajaron del avión, parecía como si el comandante y él ya se conocieran de anteriores encuentros. Pero todo eran suposiciones cogidas con pinzas que no llevaban a ningún sitio.

La inspectora atosigó bastante a Andy en el interrogatorio. Él, en el primero, aseguró no haberse movido de su asiento. Sin embargo, la segunda vez sí que aseguró haberse levantado para ayudar a Olivia. Y eso comenzó a escamarle más aún.

Otra de las cuestiones era la de por qué Olivia recibía los anónimos, los mismos que los dos envenenados. Así que decidieron hacerle partícipe para que pudiera contarles todo a los inspectores. El asesino tenía que ser alguien cercano a Olivia que supiera quién era ella y tuviera miedo de que descubriera algo que no debería.

Fue cuando los inspectores, en el segundo interrogatorio, pudieron averiguar que Andy sabía quién era Olivia, no por que a él

se le escapara, sino porque Silvia sabía que él la había visto en la fábrica y la reconocía. Ella no tenía ni idea, su madre no había querido revelárselo para no entrar en discusiones. Era el único, aparte de Óscar, que tenía esa información, y aun así no tenían nada con lo que poder incriminarlo. Todo se basaba en suposiciones que se relacionaban entre unas y otras.

Hasta que Olivia decidió que esas suposiciones le eran completamente válidas para arriesgarse a incriminarlo. Estaba tan segura del comportamiento de este en el avión que decidió hacerlo por su cuenta. Y eso sacó de las casillas a un Andy que ya estaba de los nervios. Encima, intentó acabar también con ella en la habitación, la grabadora de su móvil no dejaba dudas al respecto, dejándoles ahora un juicio largo y tedioso para Andy, que ya había pedido un buen abogado.

Al salir se topó con Michel y este le ofreció ir hacia la cafetería que hacía esquina al lado de comisaria. Era ya tarde, así que estaba bastante desértico.

—Tengo que disculparme contigo —comenzó el mexicano—, te mentí y necesito confesártelo.

—¿Qué me estás queriendo decir, Michel? No me asustes más porque no sé yo si voy a poder soportarlo.

El suspiró y luego cogió aire. Le era más difícil hablar que subirse a un monoplaza a más de trescientos kilómetros hora.

—Todo este tiempo he estado ayudando a tu madre. Cuando te pasé aquellos artículos sobre Darmond y Wilkinson… fue porque ya llevábamos tiempo detrás. Ella tiene muchos más datos que yo, claro. Pero al enterarse de que estaba en la escudería Zed Rush, recibí una llamada suya.

—No creo que fuese una llamada fácil.

—Fue chida —contestó con ironía—. Bajé de mi burbuja de felicidad en un tiempo muy chiquito. Silvia sabe cómo hacer eso —dijo con una sonrisa nerviosa—. La verdad es que ella estaba segura de que lo de tu padre había sido un complot. Dijo meterse en el equipo por eso mismo y no le gustó nada lo que vivió.

—¿Lo de mi padre fue…?

—Un accidente. Un trágico y desgraciado accidente. No más. A Silvia le había cegado el dolor, pero en realidad no había más que eso. Sin embargo, uno de mis primeros días vi a Wilkinson

rondando por ahí, hablando con Peeters y Johnson. Por lo que tengo entendido, quiere reunir suficientes votos y dinero para llevar a cabo un combustible sintético.

—¿Nada de eléctrico?

—Nada. Este quiere tener el dominio junto a las petroleras. Así que los tiene comprados, es una apuesta de futuro. Al que realmente tiene en su mano es a Darmond, a quien le da igual el equipo; solo quiere el dinero…

—No le importará el equipo, pero a mi madre la amenazó para que hiciera ganar a Armando.

—Cuanto más valga la escudería, mejor podrá venderla a Wilkinson después.

Ella dio un grito ahogado de sorpresa y se llevó la mano a la boca.

—¿Piensa venderla de verdad? Lo tomé como un simple rumor cuando me llegó.

—Ah, porque mi compañero de equipo es un chismoso y le encanta hacerse el interesante. Claro que lo supo por su tío. Al final todos están conectados.

—Y lo de Andy… No entiendo sus motivos.

—Yo sí. Y esta es mi suposición: creo que se lo mandó Wilkinson. Algo le prometería.

—¿Por qué iba Wilkinson a mandarle algo semejante?

—Primero, por la inquina que le tiene a tu madre. No quiere que triunfe. Aunque con sinceridad, creo que eso es algo secundario. La verdad es que, si Astorian cae, Darmond también.

—Y Wilkinson no comparte el botín —concluyó Olivia.

—Esa es mi creencia.

—Andy solo es una marioneta —afirmó Olivia—. Una muy estúpida y… creyendo que Zed Rush internamente era horrible, tengo que admitir que Astorian está podrido.

Capítulo 41

Habían pasado 24 horas desde el arresto. Olivia se encontraba junto a su madre dentro de una de las habitaciones de la comisaria, detrás de un cristal. La inspectora Valeria Rodríguez estaba junto a ellas observando la escena que tenían delante. Carles, el inspector, estaba frente a Andy Corner, interrogándole.

—Solo hice lo que se me mandó.

—¿Quién te lo ordenó? Si colaboras, sabes que te irá mucho mejor. Tarde o temprano lo sabremos y ya no habrá ninguna reducción para ti, Andy.

—No puedo… Si digo algo será peor aún.

Silvia levantó una ceja, sorprendida, y miró a la inspectora en señal de desesperación. Ambas tenían los brazos cruzados mientras se concentraban en las palabras de Andy.

—¿Con qué crees que lo tiene amenazado, Silvia?

—No lo sé, pero le habrán dado mucho dinero para que cumpla su parte del trato.

—Sí, administración ha comenzado a rastrear sus cuentas y quién le ha ingresado ciertas cantidades. No debería ser complicado dar con la persona que hay detrás. Es cuestión de tiempo.

—Creí que confesaría, no pensaba que fuera a ser tan leal.

—Este tipo de personas no conocen el significado de esa palabra: si no se ha sincerado es por miedo.

Olivia estaba de acuerdo. Parecía que tendrían que investigar un poco más si querían que aquello se desentrañara por completo.

Ella había vuelto a prestar declaración y había dejado la grabación de su móvil como prueba. Además del teléfono de prepago que le había robado en ese momento a Andy. No solo estaban sus anónimos: también había contactado a los trabajadores de la aerolínea agradeciendo sus servicios y mandándoles «un regalo».

Robert y Michel pudieron ser testigos de cómo Andy tenía apresada entre sus manos a Olivia. Tampoco le ayudó que tuviera cloroformo en su habitación y que impregnara con este la toalla que le había puesto en la boca y que los inspectores habían recogido.

Andy no tenía nada a su favor, pero de él dependía si quería hundir con él a los que le habían llevado hasta allí o pudrirse en la cárcel solo.

Olivia conducía por la autovía que separa Madrid de Barcelona. Robert iba de copiloto y Michel sentado detrás del asiento de este. El primero ya llevaba tiempo protestando no haber tomado un ave, a pesar de que sus amigos ya le habían recordado que no podrían subirse, así como en ningún transporte público. Era curioso que su problema era estar tantas horas en un coche. Su argumento era que ya pasaba suficiente tiempo en uno trabajando como para tener que hacerlo en su semana libre. Así que fue Olivia la que propuso tomar un coche de alquiler y hacer un pequeño viaje por carretera.

—¿Crees que algún día irás en un avión? Porque creo que los necesitas para trabajar —repuso Robert con sarcasmo a su lado de copiloto.

—No es el momento. Y, de nuevo, aprecio mucho que me acompañéis en coche. Podíais haber tomado vuestro avión privado.

—Ninguno estamos como para eso justo ahorita —replicó Michel desde atrás.

—Por cierto —comenzó a decir Robert—, ¿tú por qué estabas tan de mal humor?

Se volvió para preguntárselo a Michel. Este se encogió de hombros antes de continuar.

—Intuí que no me contabais nada. Y después vi lo del *streamer* ese en redes y pensé… ya sabes.

Robert miró a Olivia sin comprender nada. Ella le miró por el rabillo del ojo sin quitar la vista de la carretera.

—Espera, ¿pensabas que estábamos liados?

Él se echó a reír por la ocurrencia. Cuando terminó volvió a su semblante sorprendido. No daba crédito. Mientras tanto, Michel miraba por la ventanilla esperando a que su amigo dejara la broma.

—¿No le has dicho nada? —le preguntó ahora a Olivia. Ella negó de inmediato.

—Eso no me corresponde a mí, Robert. Es tu decisión.

El aludido se quedó en silencio mirando a su amiga con agradecimiento.

—Podía habernos ahorrado la discusión con Michel y su temperamento pasional.

—¿Qué me estoy perdiendo? —preguntó Mendoza—. ¡*Órale*! ¿Qué es?

—Ay, amigo… Adoro a nuestra Olivia, pero tendría que hacer un cambio de género para que tuviéramos algo.

A Michel le subió el tono rojizo por las mejillas.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—En primer lugar, cuando Liv se enteró, creí que automáticamente te lo contaría. Tenéis una relación de amistad de años y… bueno, me resultaba más fácil decírselo a ella. No lo sabe nadie más que mi familia.

—Yo lo supe el año pasado —confesó Olivia—, y porque le pillé en la *suite* con uno…

Robert sonrió al recordarlo.

—Lo siento, amigo. No es algo fácil de decir para mí, ojalá un día me lo parezca… No es que tengamos una profesión muy tolerante. Ninguna chica y prácticamente la mayoría del *paddock* son hombres heteros.

—No tienes que disculparte. Me alegra que me lo hayas contado tú.

Robert asintió con la cabeza y volvió a mirar hacia delante. Estuvieron un rato en silencio hasta que, de nuevo, el piloto de la escudería roja rompió el silencio.

—Vamos que, si eso era todo, Mendoza, no sé qué estás esperando para lanzarte.

Olivia lo miró con cara de pocos amigos.

—Es que eres estúpido.

—Y que lo digas, pero por ir en carretera de nuevo. Como si no hubiese tenido ya suficiente este fin de semana.

Razón no le faltaba.

Capítulo 42

Un mes más tarde…

Era el parón de verano de la Fórmula 1. Olivia no había podido retomar su trabajo en las dos siguientes carreras al Gran Premio de España. Se negaba a subirse en un avión, al menos por el momento, y hacerlo vía terrestre como hacían los *motorbox* no era lo que más le apetecía tampoco.

Silvia, por su parte, había decidido rescindir su contrato, aunque, para entonces, Darmond ya había anunciado que vendería el equipo, a pesar de aún no disponer de nada serio sobre la mesa. Había optado por dejar por completo la escudería verde. No iba a reprochárselo; en cierto modo, no tenía nada que demostrar. Demasiado había hecho durante los últimos años.

Sin embargo, ese día se tornaba mucho más feliz. Estaba junto a su madre en el salón viendo las noticias en la televisión. La inspectora ya las había informado, pero les resultaba más satisfactorio ver por televisión a Barnett Wilkinson imputado por incitación al homicidio de tres personas y delito de extorsión. Andy no había hablado como habían pensado en un primer momento que haría, pero su cuenta bancaria había recibido una cantidad ingente de dinero de uno de los fondos destinados a ONG de Wilkinson. No estaba a su nombre, pero era de su propiedad y lo usaba, sobre todo, para desgravar dinero y limpiar su imagen. A Olivia le pareció irónico.

Al tener este dato, Andy terminó por declarar. Wilkinson quería dejar a Astorian sin buenos trabajadores para que Darmond se lo vendiera por un precio mínimo, y así él podría ser dueño de una escudería más y tener otro voto a su favor para el futuro del deporte.

Olivia estaba atenta a las redes sociales, donde la Federación había sacado un comunicado desvinculándose por completo de Barnett, pero las consecuencias de lo que había hecho aquel hombre serían nefastas y seguramente el equipo directivo cambiaría, dando un lavado de imagen al deporte.

—¿Estás contenta? —le preguntó a Silvia.

—Más bien aliviada… Ahora vendrán muchos cambios, pero irán a mejor.

Olivia estuvo de acuerdo.

—Papá estaría muy orgulloso de ti.

—Ese último año… —comenzó a decir—, no paraba de decirme lo ruin que estaba siendo Wilkinson…, sus comentarios machistas y racistas, las ansias de control. Pensé que era el causante de la muerte de tu padre, hasta hablé con Peeters de ello. De hecho, Darmond era patrocinador de Zed Rush. Supongo que Barnett movió los hilos para convencer al magnate de que hiciera un equipo y tener otra persona más a su favor para ir creando el futuro camino a los combustibles sintéticos.

—Ya sabemos que lo de papá fue un estúpido accidente —recordó ella—, y en parte, gracias a eso, los monoplazas ahora son muchísimo más seguros.

—Sí. Lo sé. Aun así, estaré vigilando muy de cerca a Johnson. Él no habrá tenido la culpa de nada de esto, pero es muy influenciable, y Huber se parece mucho a Wilkinson. No quiero que la historia se repita con Mendoza.

—No lo hará. Por desgracia, cuando papá pilotaba, el mundo era diferente. Si alguien pensaba algo así podía decirlo abiertamente.

—Engañarse no sirve de nada. La gente debe rebelarse contra ello. Como Armando, Robert…

—U Óscar —soltó Olivia—. Él lo hizo. A su manera, pero lo hizo. Creo que está en paz sabiendo que Wilkinson estará entre rejas y… ¿mamá?

—Dime.

—Necesito superar mi fobia a volar. La terapia está ayudando, pero me urge.

Silvia fijó su mirada en Olivia sin entender.

Ella ya lo había pensado durante todo ese mes. Lo había reflexionado y, en ese último fin de semana de gran premio, se

percató de lo que echaba de menos las carreras.

Quería retomar el testigo que sabía que sus padres le habían regalado. Suponía que, aunque hubieran resuelto los asesinatos, en la Fórmula 1 aún se movían hilos invisibles demasiado turbios. Aunque ya no tenía edad para empezar a competir, anhelaba sentirse cerca de su padre y, ahora, también de Óscar. Retomar todo lo que había perdido por miedo, dejar de ser una farsante. Quería dejar de sentirse así, con esa maldita sensación de vacío.

Suponía que para algo debía servirle su título universitario.

—Quiero volver a la Fórmula 1.

Su madre sonrió al escucharla y asintió con la cabeza. Salió de la habitación, dejándola, y Olivia dirigió su mirada al televisor. Subió el volumen al ver a Barnett en plena pantalla. El hombre sonreía a pesar de estar apresado. Los guardaespaldas le rodeaban intentando que la gente y la prensa no se acercara. El cámara que estaba enfocando se acercó todo lo que pudo e hizo unas preguntas rápidas al exingeniero. Este no contestó, pero sonrió maliciosamente al objetivo.

Un intenso escalofrío recorrió a Olivia, que tuvo que frotar sus propios brazos. Daba la sensación de que estaba mandando un mensaje con la mirada enturbiada.

Y lo adivinó.

Comprendió que aquel juego solo acababa de comenzar.

Glosario

Box: Garaje de la escudería en Fórmula 1 donde los equipos trabajan en los coches.

Paddock: Zona donde las escuderías aparcan sus camiones y montan su «campamento» para todo el fin de semana. Es un área colindante al circuito, concretamente la encontramos detrás de los garajes y de los boxes.

Pit stop: Parada mecánica en el box (normalmente para cambiar los neumáticos, pero también puede ser por otros muchos motivos) que hacen los pilotos durante la carrera.

Motorhome: Espectaculares «casas rodantes» dentro de camiones que permiten a los equipos ir de a los diferentes países donde se disputan las carreras.

Corralito: Sitio del circuito en donde se dan las noticias frescas. Donde se encuentra la prensa, las cámaras y se difunden los rumores.

Undercut: Denominación para anticipar la parada en boxes en plena carrera. Esta acción tiene como consecuencia un cambio de neumáticos, permitiendo al piloto ir más rápido en las vueltas que siguen y sacar ventaja a sus rivales, lo que hace que pierdan la posición sin necesidad de adelantarlos en pista.

Halo: Consiste en tres barras de titanio ubicadas delante del piloto cubriendo así su cabeza. Es un sistema de seguridad que se introdujo en la Fórmula 1 recientemente, en 2018, para aumentar la protección de los pilotos.

Agradecimientos

Este libro ha sido el mayor reto al que me he enfrentado. Llevaba años dándole vueltas a la idea de crear una historia alrededor del entramado de una competición de Fórmula 1. Amo este deporte desde niña. A día de hoy, no es que vea las carreras de los domingos, es que me paso desde el jueves, que son las entrevistas, hasta el *post* de la carrera enganchada a todo lo que trae un fin de semana de este deporte.

Esta historia está creada para todo aquel que le apasione la Fórmula 1 pero, sobre todo, para el amante de novela negra que desea algo diferente. Un ambiente en el que pueda salir del típico pueblo del norte de España o Europa.

Hay muchas referencias en esta novela que me he tomado la libertad de ficcionar y jugar con ellas. Seguramente los que seguís este deporte encontréis muchas y espero que os divirtáis con ellas. Todo ficción, por supuesto.

Así que, ante todo, quiero agradecer al equipo de Anaya, más concreto al sello de Contraluz, por darme la oportunidad con esta historia y creer en ella con la misma ilusión que yo, a pesar de los quebraderos de cabeza que nos ha dado. Gracias infinitas a Marina Mena, mi editora, por la sinceridad y el buen hacer en cada una de estas páginas. A Víctor por estar también conmigo en todo el proceso de correcciones y darme ideas maravillosas. He aprendido mucho de ambos y espero seguir haciéndolo.

Al equipo de Scenic Right, que tan solo con presentarles la idea en una reunión también creyeron en esta historia.

Gracias a mi familia por estar siempre junto a mí y ser pacientes con mis procesos creativos. Ya es el cuarto libro de mi carrera, pero con el corazón en la mano os digo que lo siento como si fuese el primero.

A Pancho, mi padre. Porque si por alguien amo este deporte con

locura es por él. Me acogiste con siete años y hemos vivido cada fin de semana de carreras juntos. Jugábamos en el *aquapark* a ver quién llegaba antes a la piscina y elegíamos a un piloto para ello. Tienes esa misma pasión por este deporte que me ha hecho escribir este libro. Gracias, no me cansaré de decirte lo importante que has sido para mí en esto.

Mamá, siempre te estaré agradecida por darme propio mi espacio aun estando días sin dar señales de vida. Sé que a veces me meto tanto en esto que no soy capaz de tener un mínimo de actividad social. Te quiero mucho.

Valeria, esta vez no eres mi Emma, pero tienes tu propio personaje en esta historia. Te quiero, hermana, espero que te guste.

A mis abuelos, que los quiero con locura y leen todo lo que escribo con orgullo. Que puedan tener mi libro entre sus manos una vez más me hace sentir muy afortunada.

A mis tíos, Tony e Inma, y a mis primos, Alexia y Tony. Que no se hacen una idea de lo absurdamente que los quiero.

A Edu y a tita Totel, gracias por preocuparos y estar atentos a mí. Tita, sé que ha sido un año muy difícil, pero te aseguro que solo vendrán cosas buenas si luchamos por ellas. Deseo que este libro te guste tanto o más que los anteriores y te refugies en los libros para encontrarme siempre que no esté cerca.

A mis amigas, Cristina, Marina y Paloma, por ser esa familia que se elige cada día. Pero, en particular, esta vez, a Luisa, porque mientras escribía este libro nos confesó que vendría alguien más de camino. Así que estoy impaciente por verle la cara. Este libro lo termino con mucha ilusión y con ganas de vivir lo que está por venir, amiga. Es un regalo tenerte a mi lado desde que tengo uso de razón; tú comenzaste leyendo mis obras de teatro, y me apoyas de forma incondicional con mis sueños. Espero estar para ti en cada paso importante de tu vida como tú has estado en la mía. Gracias.

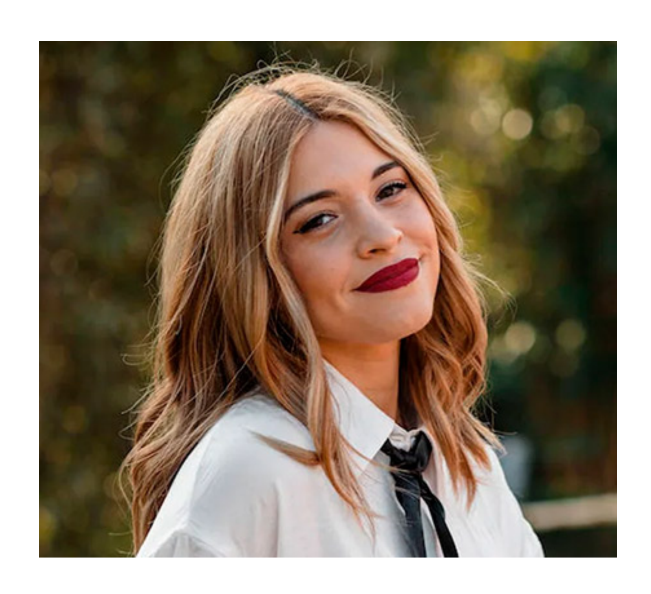
A Marina Burgos, porque es compañera, amiga y ve cada proyecto como una auténtica oportunidad. Gracias por aguantar mis teorías sobre esta locura.

A todos mis compañeros en este sector y en redes sociales. Ellos saben quiénes son. Les estoy tan agradecida por compartir conmigo esta aventura, ayudarme siempre y compartir momentos… En serio, gracias.

A mi marido, Enrique. ¡Madre mía!, es la primera vez que lo menciono con la categoría de marido, esto te va a hacer mucha gracia cuando lo leas en voz alta. Nunca me cansaré de decir que elegí tener a mi lado a mi mejor amigo. Me encanta disfrutar cada fin de semana viendo este deporte junto a ti y nunca pensé que podría hacer que te gustara tanto cuando nos conocimos, porque literalmente pensabas que estaba obsesionada con esto. Tú eres el primero que siempre cree en mí y no puedo esperar para ver qué historia sigue a tu lado.

Para mí, Olivia, Michel y Robert llegaron como una brisa fresca y nueva. Espero que se queden un poco en vuestro corazón, tienen muchas carreras por delante y necesitan apoyo incondicional.

Gracias.



PAOLA BOUTELLIER RODRÍGUEZ (12 de octubre de 1993, Málaga) se graduó en comunicación audiovisual con especialización en postproducción de vídeo y sonido. Más tarde, decidió mudarse a Madrid para proseguir con sus estudios en un Máster en Dirección de Marketing y comunicación digital.

Creadora de contenido y escritora, Paola Boutellier se dio a conocer gracias a su canal de YouTube «Bicheando Libros», en el que habla principalmente sobre literatura.

Entre todas sus redes sociales ronda los 200.000 seguidores, que ha ido ganando gracias a la promoción que hace de la lectura, especialmente entre los más jóvenes.

En 2020 autopublicó su primera novela, *A ojos de nadie*, que un año después vería la luz de la mano de una editorial tradicional.